

A man and a woman are seen from behind, holding hands on a hill. The man is on the left, wearing a dark hoodie. The woman is on the right, wearing a pink jacket and a dark hat. They are looking out over a city at sunset. The sky is a mix of orange, pink, and purple. The city below is lit up with lights from buildings and houses. The overall mood is romantic and peaceful.

GALDER IZARZUGAZA

UNA FAMILIA  
PARA

*Lena*

**© 2019 Galder Izarzugaza**

Todos los derechos reservados

Primera edición: Noviembre de 2019

Registrado en SafeCreative

Código de registro: 1910272332022

ISBN:

Diseño de la portada: Imagina Designs

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

*Una familia  
para Elena*

Galder Izarzugaza

Bogotá -16 de septiembre de 2017

Cerró la puerta, dio tres pasos hasta llegar a la cama y se sentó mientras dejaba el pequeño bolso en el suelo. Suspiró. Rebuscó en el bolso el teléfono y comprobó que no tenía ninguna notificación nueva. Dejó el móvil sobre la mesa que tenía delante, junto a la pantalla del ordenador y, suspirando de nuevo, presionó el botón de arranque de la computadora. Comenzaba su jornada de trabajo.

Mientras el ordenador arrancaba y se cargaban todos los programas necesarios se cambió de ropa. Se quitó los cómodos pantalones que llevaba, la camiseta de manga corta y las típicas zapatillas Adidas que todo el mundo tenía o había tenido en algún momento. Abrió la mochila que tenía siempre en esa habitación y sacó un vestido corto y ajustado. Era un vestido de color negro que no le gustaba mucho, apenas le tapaba el culo y tenía demasiado escote. No era muy de su agrado, pero sabía que ese vestido era la herramienta perfecta para ganar más dinero. Se lo puso llevando únicamente la parte inferior de la ropa interior del mismo color, sin sujetador. La naturaleza, o la genética, le había otorgado unos pechos no muy grandes que aún permanecían erguidos.

No era el trabajo de sus sueños, ni mucho menos, pero tampoco le era completamente desagradable. Los momentos malos, que los había, aún no habían conseguido acabar con ella y con su determinación. Para ella ser modelo de webcam no era algo de lo que ir presumiendo, pero tampoco lo mantenía totalmente oculto. Intentaba que tuviese la menor influencia posible en su vida diaria y hasta la fecha lo había conseguido. Sólo un par de amigos y su hermana sabían a lo que se dedicaba y el por qué lo hacía.

Ella venía de una familia humilde, donde sus padres trabajaban muchísimas horas para que a ella no le faltara de nada. Su hermana era mayor, estaba casada y vivía con su marido, pero ella aún vivía en casa de sus padres mientras estudiaba en la universidad y trabajaba en el estudio para ganar algo de dinero con el que ayudar en casa. No quería que sus padres tuviesen que cargar con todo el peso de su manutención y los gastos generados por la casa.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando un pitido del ordenador le avisó de que todo estaba listo para poder empezar. No le gustaba maquillarse, prefería ir natural por la calle, a estudiar o a tomar algo con los amigos, pero para el trabajo solía aplicarse algo de color, sobre todo en ojos y labios. Decidió que se maquillaría mientras comenzaba su trabajo. No iba a cambiar mucho el perder un par de minutos frente a la cámara. Cogió el pequeño pincel y se sombreó un poco los párpados para después, con el pinta labios, dar un toque de color rojo pálido

a su boca. Siempre pensaba que el maquillaje sutil daba mejores resultados que ir pintada como una puerta.

Dejó sus pensamientos a un lado y se centró en lo que veía en la pantalla. Unas cuantas ventanas de chat en las que veía los usuarios que estaban conectados en su sala y que la estaban viendo en esos mismos momentos. No llegaban a la media docena los conectados, pero le sorprendió que nada más conectarse ya entrase gente en su sala. Normalmente no solía ocurrir eso y tenía que esperar unos minutos hasta que veía a los posibles clientes. Sin duda le esperaba una nueva jornada de trabajo aguantando a salidos, a niños y a los típicos que la trataban como un trozo de carne por el mero hecho de ser modelo de webcam. Esos eran los que más le molestaban, los que creían que podían tratarla como si fuese una mierda, como una mera mercancía, por haber pagado por conectarse a esa web.

Uno de los usuarios, tras hacerle unas preguntas sobre los servicios que realizaba en el show privado, se decidió a quedarse a solas con ella, cada uno delante de su pantalla con las cámaras conectadas para poder verse. En cuanto vio la imagen del chico en la pantalla supo que le esperaba un rato de ser tratada como una muñeca. Estuvo a punto de bloquear al usuario y ahorrarse ese momento, pero prefirió hacer de tripas corazón e intentó ser amable con él. Trató de llevar la iniciativa y ser ella quien manejase la situación, mas no hubo manera. Él enseguida le ordenó que se quitase el vestido y que se quedase completamente desnuda. Sabía por experiencias anteriores que ese tipo de hombres no solía aguantar mucho, así que se sacrificó y fue siguiendo sus instrucciones rogando en silencio porque no le pidiese ninguna cosa extraña. Le dijo que se tocara los pechos, que moviese la lengua con sensualidad y que se tocase el clítoris. Los deseos del hombre eran cambiantes y no seguían una lógica, ni física ni sexual. Finalmente, antes de lo esperado por ella, el hombre le dijo que ya había acabado y, sin darle las gracias o despedirse, se desconectó dejando a Elena desnuda, tumbada en la cama viéndose en la pantalla del ordenador.

Elena se volvió a poner la ropa interior y el vestido. Se atusó su larga melena castaña y volvió a sentarse en el borde de la cama, desde donde llegaba con facilidad al teclado y al ratón para manejar el ordenador. Por un momento le dieron ganas de llorar, tenía una sensación de opresión en el estómago que casi le hacía imposible respirar. Ella no había tenido muchas ganas de ir a trabajar ese día, pero se había obligado para sacar algo de dinero y ayudar a su familia. Lo que no esperaba era que el primer cliente hubiese sido una persona falta de empatía o educación, lo que la sumió aún más en ese estado de desánimo.

Haciendo un ímprobo esfuerzo consiguió desterrar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos verdes y que amenazaban con llevarse por delante el escaso maquillaje que se había puesto. Con la misma fuerza de voluntad que lograba mantener las lágrimas a raya volvió a conectarse y a ver la lista de usuarios que estaban esperando a que volviese a estar en línea. Se volvió a sorprender de lo rápido que llegaban los usuarios hasta su sala. Hubo uno que le llamó la atención. Se había presentado educadamente y le preguntaba que cómo estaba. Elena le contestó y alucinó cuando leyó el siguiente comentario del usuario. Le estaba hablando de la música que tenía ella puesta cuando ni ella misma se había dado cuenta que estaba sonando la radio. Eso le arrancó una pequeña sonrisa y le hizo seguir la conversación con ese usuario. Empezaron a hablar de música, sobre lo que escuchaba cada uno y si tenían canciones favoritas o grupos a los que seguían incondicionalmente. Sin darse cuenta dejó de prestar atención a los otros usuarios y se centró en ese chico que, según le había dicho, tenía veintinueve años. A medida que iban hablando ella se sentía cada vez más relajada. No llegaba a olvidarse de dónde estaba, pero la sensación de ahogo que había sentido anteriormente iba desapareciendo más rápido de lo que ella esperaba.

–¿Te ocurre algo?– le preguntó él en un momento en el que ella lanzó un suspiro.

–Estoy bien, no es nada –contestó Elena esbozando una tímida sonrisa.

El chico no se dio por vencido y le dijo que sus palabras decían una cosa pero que sus ojos decían algo completamente diferente. También le dijo que, aunque no se conocían de nada, si necesitaba hablar, podía contar con él.

–Muchas gracias, te lo agradezco –ella no sabía ni por qué le había escrito eso. Parecía como si sus dedos fuesen más rápidos que sus pensamientos.

Para cuando ella quiso darse cuenta el chico había accedido para estar solos ellos dos. Volvió a saludarla con educación y le volvió a decir que si quería hablar allí estaba él.

Elena, de nuevo sin tener clara la razón, le contó que antes un usuario le había tratado como si fuese una muñeca y no una persona. El chico escuchó todo lo que ella le dijo y cuando acabó le preguntó si podía darle su opinión. A lo que Elena dijo que si, por supuesto.

–Yo creo que muchos de los que entran aquí pensarán que, por el mero hecho de pagar un dinero, tienen derecho a trataros como a ellos les da la gana –ella le escuchaba atentamente y quedándose atónita, pues él estaba utilizando las mismas palabras que ella tenía en su cabeza– y se olvidan de que sois personas, trabajadoras como cualquier otra. Pero, desgraciadamente, para muchos este es un mundo en el que ponen a una mujer a sus pies y se creen que tienen el derecho a hacerle todo tipo de bajezas, humillaciones y desprecios.

Los dos se quedaron callados por un momento. Elena no sabía qué decir, estaba completamente asombrada y las lágrimas volvieron a inundar sus ojos obligándola a esforzarse por no llorar delante de aquel desconocido.

–Lo siento si he tocado una fibra sensible, no era mi intención molestar –se disculpó el chico pensando que las lágrimas eran a causa suya–. Pero si el llorar va a hacer que te sientas mejor y que te liberes de esa presión que tienes en estos momentos, adelante, llora con tranquilidad.

Elena lanzó una media sonrisa y no pudo aguantar más las lágrimas. Unas anchas gotas saladas escaparon de sus ojos y se precipitaron por sus mejillas hasta la barbilla, donde ella, con un pañuelo, las secó y secó también sus ojos. Su mente se debatía entre dejar salir todo lo que llevaba acumulado y guardar la compostura ante un desconocido. Al final, otro comentario que aportaba confianza por parte del chico, hizo que el torrente de lágrimas fuese imparable.

Ella ocultaba su rostro entre sus manos mientras él guardaba silencio y respetaba ese momento tan personal. No quería interrumpir ese episodio con el que ella dejaba salir todo lo que durante tanto tiempo había guardado para ella sola.

Pasados unos minutos Elena se recompuso y con el pañuelo se secó las lágrimas a la vez que se quitaba el poco maquillaje que le quedaba. No sabía bien qué decirle a ese chico que tenía en su pantalla y con el que había sentido tanta confianza como para desahogarse, aunque fuese llorando. Cuando terminó de secarse la cara no tuvo que buscar ninguna palabra para comenzar a hablar de nuevo, sino que fue él quien volvió a hablar.

–Se te nota en los ojos que te has liberado un poco.

–Gracias, de verdad. Necesitaba sacar todo esto, aunque realmente no sé por qué he tenido que ponerme a llorar delante de ti y fastidiar el momento.

–No has fastidiado nada, eso lo primero. En ocasiones no sabemos por qué ocurren las cosas, pero, si es para bien, lo que tenemos que hacer es aprovechar. Tu necesitabas desahogarte, tenías la oportunidad y la has aprovechado. Aquí lo importante es que estés mejor.

Elena estaba anonadada. Se preguntaba cómo era posible que una persona como ese chico hubiese acabado en la página en la que trabajaba ella de modelo y por qué había decidido entrar

en su sala. Tenía muchísimas preguntas que hacerle a aquel chico, pero veía que se acababa el tiempo y que no tendría el suficiente como para hacerle ni siquiera dos preguntas.

–¿No quieres nada antes de que se acabe el tiempo? –Elena seguía un poco asombrada de lo que estaba pasando.

–Con saber que estás mejor es suficiente. Saber que, aunque sea un poco, he podido ayudarte, es más que suficiente para mí.

–Me has ayudado, sí, y más de lo que crees.

Los dos se dieron cuenta que se estaba acabando el tiempo que tenían para estar solos y se despidieron. Ella le dio las gracias de nuevo y él dijo que volvería a visitarla un día no muy lejano.

Cuando la sesión se acabó ella se quedó pensando. Todos decían que volverían y casi nunca lo hacían o, si lo hacían, eran los que peor se comportaban y los que peor le hacían sentirse. Ella quería que esta vez fuese verdad y que este chico, del que ni siquiera sabía su nombre, volviese no tardando mucho para volver a compartir tiempo con él. Sentía que con ese joven podría hablar, ser ella misma, no ser juzgada en ningún momento y estar tranquila mientras, por una vez, un usuario le miraba a los ojos y no a los pechos.

Elena se quedó un rato con la mirada perdida, pensando si lo que acababa de ocurrir era un sueño o si realmente había abierto su mente y su corazón, aunque fuese poco, a un completo desconocido. Se obligó a salir de su ensimismamiento y, poniéndose bien el vestido, más por nervios que porque lo tuviese mal colocado, retomó su conexión.

Cuando volvió a verse en línea y que nuevos usuarios entraban a su sala puso el gesto que siempre utilizaba cuando trabajaba y decidió afrontar el resto de la jornada con mejor ánimo. Sabía que le quedaban numerosas horas por delante, numerosas horas en las que tendría que seguir poniendo buena cara cuando lo que más le apetecía era irse a su casa.

O volver a hablar con el desconocido.

Se preguntaba si volvería a verlo algún día.



Bogotá - 16 de septiembre de 2017

Elena miró el reloj de pared que había colgado en la pared, junto a la entrada, y vio que le quedaban dos minutos más para acabar su horario en el estudio. Decidió que no iba a esperar esos dos minutos sin hacer nada delante del ordenador y se salió del rango de la cámara para empezar a cambiarse de ropa. No quería que nadie entrara en su sala cuando le quedaba tan poco tiempo para salir, ir a casa y descansar un poco antes de ponerse a estudiar.

Se quitó el vestido con gesto rápido e inmediatamente se puso su camiseta de manga corta. Agarró los cómodos pantalones con decisión y se los puso mientras con los pies acercaba las zapatillas. Ató los cordones y levantó la mirada hacia el reloj. Justo la hora de marchar. Recogió sus cosas en la pequeña mochila y dejó el ordenador encendido para la próxima chica que fuese a utilizar aquella habitación.

Salió por la puerta del estudio con ganas de respirar aire fresco. Eran las diez de la noche y las farolas eran la única iluminación en aquellos momentos. Se quedó unos segundos mirando en todas direcciones, decidiendo si volvía andando a casa o si cogía un autobús. Miró la hora y calculó cuánto quedaba hasta que pasara el próximo autobús y decidió que iría andando hasta casa. No era un trayecto muy largo y además le vendría bien para despejar un poco la cabeza.

Miró el móvil más por hacer algo que por ver realmente lo que ponía en la pantalla y comenzó a andar. Durante los primeros pasos no pensaba en nada, simplemente caminaba y respiraba el aire puro proveniente de un bosque cercano. Mientras cruzaba de una acera a otra se fijó en el escaparate de una tienda de ropa que le trajo el recuerdo del chico desconocido con el que había hablado al inicio de su turno en el estudio. Al principio no supo bien por qué aquella tienda le devolvía el recuerdo de aquel chico, pero luego se fijó en que uno de los maniqués llevaba una camiseta muy parecida a la que lucía el usuario desconocido. Elena desvió la mirada del escaparate para seguir su camino, pero no pudo desviar sus pensamientos de aquel chico. Un joven de veintinueve años, cinco más que ella, de pelo corto moreno y unos ojos de color grisáceo. Tenía una nariz algo prominente, pero fuera de restarle atractivo le aportaba personalidad. No sabía si era alto o bajo porque él estaba sentado y únicamente se le veía del pecho para arriba, pero, por los rasgos de su cara, dedujo que no era gordo y que tendría un cuerpo, si bien no demasiado trabajado, sí de deportista. Recordó de nuevo aquellos ojos grises que le miraron a los ojos y que escudriñaron cada centímetro de la habitación; aquellos ojos que no expresaban superioridad ni engreimiento, sino que hablaban de confianza, de respeto y de preocupación. ¿O es que estaba divagando? Quizás el que últimamente le fuese todo regular le



había hecho exagerar aquel momento en el que pudo quitarse la máscara por unos segundos. No estaba segura, mas quería que aquello hubiese sido real y que su mente no le estuviese jugando una mala pasada exagerando un buen recuerdo hasta llegar a confundirla. Y todo ello sin saber si volvería a ver a aquel joven. Suficientes problemas tenía ella a la espalda como para aumentarlos con una preocupación casi absurda.

Entonces, para intentar distraer su mente y volver de alguna manera a la realidad, comenzó a pensar en lo que haría al llegar a casa. Sus padres estarían ya en la cama así que, intentando hacer el menor ruido posible, entraría en casa y comería lo que su madre le hubiese dejado para cenar mientras abría los libros para estudiar.

Elena tenía los días con más actividades que horas y muchas veces no conseguía descansar lo suficiente para afrontar todo el día con ánimo y energía. Se levantaba después de unas pocas horas de sueño, desayunaba rápidamente y se dirigía a la universidad, donde estudiaba enfermería. Después de las clases comía algo en la cafetería de la universidad y se iba a su primer trabajo, una tienda de ropa donde trabajaba tres horas por la tarde antes de irse al estudio, a trabajar otras tres o cuatro horas. Al salir volvía a casa, a cenar y a estudiar para no perder el hilo de las clases. Y así cada día.

La joven terminó de cenar el pequeño bocadillo de jamón y queso y se metió de lleno en los libros, repasando sus apuntes y los apuntes que le dejaba una compañera de curso. Estaba en el tercer curso de la carrera y aún le quedaba otro más para poder terminar. Cada curso anterior lo sacó en dos años porque no podía dedicarle todo el tiempo que a ella le gustaría. Si por ella fuese se dedicaría únicamente a estudiar, terminar la carrera y lograr un empleo de enfermera, que era lo que realmente le gustaba. Pero su pensamiento de no aprovecharse de sus padre y querer ayudar en casa, aunque fuese con poco, le hicieron aceptar los dos trabajos.

Se acostó cuando el despertador que tenía en su mesilla marcaba algo más de la una de la madrugada. Abrió la cama lo justo para meterse y acurrucarse con los brazos bajo la almohada. Un último vistazo al móvil para ponerlo en modo nocturno y el cansancio la invadió de tal manera que tardó apenas unos segundos en quedarse dormida.

Bogotá - 17 de septiembre de 2017

Los primeros rayos de sol entraban por la ventana de su habitación. Entre la escasa luz que aún había fuera y el sonido del despertador Elena despertó más descansada que de costumbre. Había dormido casi seis horas y, lo más sorprendente, las había dormido del tirón, sin despertarse en ningún momento. No recordaba cuándo fue la última noche que durmió así. Le gustaría poder quedarse en la cama disfrutando del calorcito y de la sensación de relajación que invadía todo su cuerpo pero la universidad no se detenía. Las clases empezarían con puntualidad y ella no estaba como para perder ni un segundo. Se levantó, se duchó y se vistió con ropa cómoda, una falda amplia que le llegaba por las rodillas, una blusa azul y unas parisinas.

Cogió algo de desayunar de la nevera y se lo comió en el trayecto a la universidad. Aprovechó el trayecto en autobús para hablar por WhatsApp con Verónica, su amiga y compañera de clase. Le contó un poco por encima lo ocurrido la noche anterior en el estudio y le dijo que en uno de los descansos entre clases le contaría todo con más detalle. Al acordarse nuevamente del joven sonrió sin ella darse cuenta y una sensación de calma y bienestar recorrió su cuerpo. Cuando terminó de hablar con su amiga pasó a mirar el horario para ese día. Clases de ocho de la mañana a dos de la tarde, media hora para comer en la cafetería y a la tienda ropa, de dos y media

a cinco y media y, de allí, al estudio, donde trabajaría de nuevo de seis de la tarde hasta las diez de la noche. Solamente el ver que tenía todo el día ocupado le cargó los hombros, pero decidió sacudirse esa sensación y entrar a clase dispuesta a absorber todo lo posible y así tener menos que estudiar a la noche. Prefería repasar lo entendido y aprendido en clase que ponerse a estudiar de cero algún tema cuando llegaba del estudio.

Verónica estaba sentada en un banco junto a la parada del autobús. No vivían muy lejos la una de la otra, pero por temas de horarios Elena siempre montaba en un autobús que pasaba unos diez minutos después que ella. Cuando la joven bajó del autobús Verónica se puso en pie y le agarró el brazo a la par que le instaba a que le contase lo sucedido con aquel misterioso joven.

Verónica era una de sus dos amigas que sabían que por las tardes, casi noches, trabajaba en un estudio. Nunca la había juzgado, aunque también era cierto que nunca se interesó demasiado por lo que ocurría en aquel trabajo. Lo único que le solía preguntar era si todo iba bien y si llevaba bien aquella exposición a través de internet.

—Cuéntame, tía, que me has dejado con toda la intriga con tus mensajes -dijo Verónica poniendo cara de interesada—. ¿Tanto te sorprendió el chico ese?

—Pues si, porque no me esperaba que alguien que entra a esas páginas se pare a interesarse por una modelo que está al otro lado de una pantalla, normalmente a miles de kilómetros. Según me dijo él, entró porque vio que no estaba bien, que tenía un gesto que delataba que me pasaba algo.

—¿Pero cómo lo pudo saber? ¿Tanto se te notaba? —Verónica no salía de su asombro y alternaba gestos de duda y de emoción.

—Yo creía que no se me notaba y, viéndome en la pantalla, no creía que pusiese ninguna cara que lo diese a entender, pero, no sé, él lo notó. Luego me dijo que lo había notado en mis ojos, que parecía que tenía una sombra en ellos y que no brillaban como deberían.

Estaban llegando a clase y las dos se callaron para que nadie pudiese escuchar su conversación. Como de costumbre, se sentaron juntas en la tercera fila y sacaron los cuadernos para tomar los apuntes correspondientes.

Las clases pasaron volando y las dos salieron un rato a los terrenos de la universidad, se sentaron bajo un árbol y retomaron la conversación donde la habían dejado horas antes.

—Me tienes que decir de qué hablasteis —la curiosidad que demostraba Verónica era insaciable.

—La verdad es que tampoco hablamos mucho —por un momento Elena se sintió algo avergonzada. No le gustaba decir que había llorado y mucho menos delante de un desconocido—. Él supo que tenía ganas de llorar y me dejó libertad para hacerlo si quería. Dijo que si eso me iba a ayudar, que lo hiciera. En ningún momento me pidió nada y me dejó estar tranquila, desahogarme y olvidarme por un momento de todo para poder sacar lo que llevo dentro desde hace tanto tiempo. Ya sabes a lo que me refiero, Vero.

Su amiga asintió y la abrazó fuerte. Sabía por todo lo que tuvo que pasar Elena una década antes y también sabía que nunca hablaba de ello. Suerte que, en un momento de debilidad de Elena, había podido contar con la ayuda de aquel joven desconocido, más preocupado por ver a la persona que al objeto sexual que la mayoría buscaba en aquellos lugares de internet. Verónica no sabía nada de aquel joven, cómo iba a saberlo si la propia Elena sabía pocas cosas, pero le dio las gracias en silencio por haber acudido en rescate de su amiga cuando más lo necesitaba.

Tras unos minutos de hablar de otras cosas y ponerse al día de algunos cotilleos sin importancia volvieron a clase, dispuestas a comerse el segundo bloque de clases hasta la hora de

comer. Se levantaron, caminaron juntas por el césped y volvieron a sentarse una al lado de la otra en los mismos asientos que a la mañana.

Bogotá - 17 de septiembre de 2017

Tras el rápido almuerzo en la cafetería de la universidad, Elena entraba por la puerta de la tienda en la que trabajaba cinco minutos antes de que comenzara su turno. Tenía el tiempo justo para cambiarse de ropa, ponerse el uniforme, peinarse y ponerse a trabajar. Siempre llegaba con esos cinco minutos de margen para cambiarse y comenzar a trabajar en hora, pero había días en los que alguna clase se alargaba o tardaba más en comer y llegaba unos minutos tarde. Esos días intentaba que la jefa no la viera entrar, porque era una señora bastante malhumorada que no atendía a razones. Los días que llegaba tarde, que no era más de uno al mes, contaba con la ayuda de una compañera que siempre le cubría esos pocos minutos de retraso. Luego Elena siempre se lo compensaba cubriendo su puesto cuando lo necesitaba o llevándole algún detalle cuando su maltrecha economía se lo permitía. Su compañera siempre le decía que no hacía falta que le llevase nada, pero Elena, siempre atenta y agradecida, le sonreía y le decía que ya se vería.

Ese día, tras la charla con Verónica se sentía animada y habló con su compañera de trabajo mientras las dos colocaban la ropa en su sitio y doblaban lo que la gente dejaba tirado por cualquier esquina. La compañera le contó a Elena que, según las chicas del otro turno, la jefa estaba pensando en dejar la tienda e incorporarse a la central que tenía la marca en la ciudad de al lado. Elena no pudo aportar más información porque no pasaba el suficiente tiempo en la tienda como para enterarse de todas esas cosas. Las tres horas que pasaba todas las tardes allí, de lunes a viernes, las pasaba doblando ropa y colocándola en su sitio. Otros días le tocaba bajar al almacén para comprobar las existencias y ordenar aquello un poco. La jefa se servía de su corta experiencia en el sector y de su corta jornada laboral para mandarle aquellos trabajos que las más veteranas preferían no hacer. Cuando no había mucha gente su compañera se ofrecía a echarle una mano, pero a Elena tampoco le importaba bajar sola. Cuando lo hacía se administraba el tiempo y, si le sobraban algunos minutos, repasaba algo de lo aprendido ese día en clase.

Hoy era uno de esos días en los que el trabajo en la tienda era escaso y, poco después de organizar las primeras baldas, la jefa le dijo que bajase al almacén a comprobar el número de prendas que quedaban de la última colección de chaquetas.

Elena bajó al almacén sin querer pensar en lo que su compañera había dicho sobre la jefa ni en nada en particular. Quería que pasase rápido el tiempo para, a las cinco y media en punto, salir de la tienda para dirigirse al estudio. Hacía mucho que no sentía esas ganas terribles de ir allí; en realidad nunca había tenido una sensación respecto al trabajo de modelo y, sin embargo, estaba casi ansiosa porque llegase la hora de verse en el estudio.

Sabía que esa sensación estaba causada por el recuerdo del joven y por la posibilidad, quizá remota, de volver a verlo. Él le dijo que volvería pasados unos días, mas Elena tenía la esperanza de que apareciese también ese día.

Bogotá - 17 de septiembre de 2017

La entrada en el estudio fue más alegre que otros días. Saludó a un par de compañeras y se dirigió hacia la habitación que le habían asignado, normalmente siempre era la misma, la habitación en la que conoció al amable usuario desconocido. Dejó sus cosas en el suelo, en un

sitio donde no se viesen por la cámara y se cambió de ropa. De su mochila sacó un vestido parecido al del día anterior, pero el nuevo no tenía tirantes y era de un color más claro. Se maquilló mientras arrancaba el ordenador y abrió todos los programas con la esperanza de ver el nombre de usuario que le indicaría que él había vuelto. Por el momento era el único nombre que podía ponerle, el nombre de usuario que el joven había escogido al registrarse en la página: Skydd. Ese era el nombre de usuario, sin ningún significado para Elena, del joven.

Elena se sentó en la cama y vio como poco a poco los usuarios iban entrando en su sala. Algunos saludaban y preguntaban cosas sobre lo que hacía en los shows privados y otros ni siquiera saludaban, estarían viéndola esperando a que se desnudase. Algo que nunca ocurría. Ella nunca se desnudaba a no ser que alguno de los usuarios se lo pidiese en el modo privado.

A medida que iba pasando el tiempo los usuarios le iban pidiendo privados y ella pasaba el rato con esos usuarios. No eran del estilo maleducado de otros o de los posesivos que trataban de humillarla. Eran usuarios normales que buscaban ver las formas de una joven, una piel bronceada y tersa y unos rasgos en general bastante atractivos.

Con los diferentes espectáculos que tuvo que hacer, Elena se entretuvo bastante y casi no percibió el paso de las horas. Cuando miró el reloj por primera vez llevaba ya más de dos horas en el estudio y le quedaban algo menos de dos horas para acabar e irse a casa. Al ver la hora también se dio cuenta de que apenas se había acordado del tal Skydd, el joven misterioso. Había llegado al estudio con la esperanza de volver a coincidir con él y llevaba más de dos horas sin acordarse del joven. Parecía que le había dicho la verdad cuando le dijo que no volvería en unos días. Ella le dijo que siempre tenía el mismo horario, con lo que le resultaría fácil encontrarla de nuevo.

Ese recuerdo hizo que su cara mostrase un gesto menos alegre, pero para nada como el que tuvo la noche anterior. Esta vez era pena por haberse ilusionado como una niña, pensando que él volvería, como si tuviese alguna deuda que saldar, cuando en realidad era al revés. Si alguien debía algo al otro era ella.

Los minutos pasaban y poco a poco se acercaba la hora de salir del estudio. Cuando le quedaba alrededor de una hora para terminar de trabajar empezó a convencerse de que Skydd no aparecería. Le molestaba un poco el que no apareciese y no sabía por qué. Solamente habían hablado unos minutos y tampoco es que hubiesen hablado de nada profundo ni trascendente. Únicamente habían hablado de gustos musicales y pocos más. Eso sí, después de su llorera y del silencio reconfortante del joven, Elena sentía como que necesitaba de nuevo ese silencio, una ausencia total de sonidos que la acunó y la tranquilizó cuando más lo necesitaba. Quizá no necesitaba tanto a ese joven como a la atmósfera que se creó cuando estuvieron a solas. Igual la clave estaba en eso. Lo mismo si conseguía estar un rato en un silencio casi absoluto volvía a experimentar ese bienestar.

Faltaban diez minutos para las diez y Skydd aún no había aparecido. Era obvio que no aparecería ese día. Entonces Elena decidió que iba a desconectarse de la página web, iba a apagar la luz y a tumbarse en la cama, completamente a oscuras y en silencio. Cuando se tumbó en la cama sintió como el cansancio la envolvía y como quería hacerle caer en un sueño reparador, pero Elena, consciente de que no podía quedarse dormida, intentó alejar esa sensación y a la vez mantener la mente en blanco. Los minutos pasaban pero el estado de relajación que estaba buscando no llegaba. Miró instintivamente el reloj y vio que faltaba un minuto para las diez. Había estado casi diez minutos en silencio y sin pensar en nada, pero no había obtenido el resultado que ella esperaba. O lo que era lo mismo, no era el silencio lo que le provocó aquella reconfortante

sensación de tranquilidad, sino que fue la presencia de aquel joven la que ayudó a que su ansiedad disminuyese. Aquel joven que no había venido hoy.

Encendió la luz y recogió sus cosas con un punto de enfado. No entendía qué podía tener aquel chico para haberle hecho sentir así y tampoco entendía por qué anhelaba tanto volver a verle. ¡Si ni siquiera le gustaba!

Salió del estudio agradeciendo el frescor de la noche. Ese día estaba cansada y como el autobús hizo su aparición en ese momento doblando la esquina de la calle, decidió subirse e ir sentada hasta casa. Sin duda le vendría bien ese momento de descanso para ponerse a repasar los apuntes de la universidad después de cenar.

Bogotá - 26 de septiembre de 2017

–Ha vuelto a llamar tu padre –le dijo la madre de Elena a la joven.

–Ese hombre no es mi padre. Mi padre es él –dijo Elena señalando al hombre que estaba sentado junto a su madre–. Sabes de sobra que no quiero saber absolutamente nada de esa otra persona.

El padre biológico de Elena hacía ya una década que no vivía con ellas, pero la joven aún recordaba cada rasgo de su rostro, cada gesto de sus manos y recordaba muchos sonidos que aquella persona emitía. Para ella ese hombre no existía y no quería saber nada de él. Su madre había conocido a Mario un año después de la separación y enseguida se enamoraron y empezaron a convivir. Mario adoptó, desde el principio, con alegría a la adolescente de catorce años que por aquel entonces era Elena. En ningún momento intentó imponerse u ocupar el lugar de padre que estaba vacante y eso la joven lo agradeció mucho. Fue conociendo poco a poco a la nueva pareja de su madre y vio en él a un hombre diametralmente opuesto a lo que era el exmarido de su madre. Mario era un hombre amable, que cuidaba a su madre, atento con las dos, trabajador, tranquilo, con sentido del humor y responsable. Elena le cogió cariño en poco tiempo y no dudó en llamarle padre. Mario le había demostrado más en unos pocos meses que el otro en catorce años.

Elena pensó que su madre podría haber buscado otro momento para decirle aquello y no hacerlo justo cuando se iba a poner a cenar. Después del día tan largo que había tenido con la universidad y los dos trabajos y, además, teniendo que ponerse a estudiar después de comer algo de manera rápida, lo que menos le apetecía era que aquel recuerdo volviese a su mente. Aunque también era cierto que no había otro momento en el que su madre y ella se viesen más de diez minutos. Por las mañanas apenas coincidían cuando una desayunaba y la otra ya se iba para el trabajo. Elena no volvía a casa hasta por la noche, que era cuando su madre y Mario aprovechaban para estar juntos viendo la televisión o alguna película si se daba el caso. Porque eso de ir al cine no se lo podían permitir.

La joven intentó no enfadarse con su madre por hacerle hablar del tema en esos momentos, pero al hablar se notaba cierto tono de disgusto.

–Mamá, no sé por qué le sigues cogiendo el teléfono a esa persona. Tú mejor que nadie sabes por lo que nos ha hecho pasar, por eso me sorprende muchísimo que atiendas sus llamadas. Te llama a ti porque sabe que le cogerás y que yo tengo bloqueado su número. Ya no soy una niña con la que pueda jugar o a la que pueda manipular, no soy su juguete y si al final conseguimos dar el paso que dimos fue, en gran medida, porque yo di un paso al frente. Entiendo que creas que, al

tener una hija en común, tengas que estar en contacto con él, pero, mamá, ese hombre no se merece nada. Yo no quiero saber nada de él y creo que tú también deberías dejar a ese hombre donde le corresponde: en el pasado. Mi familia sois vosotros dos, tu y Mario. Sé que se te hace duro escuchar esto, pero quiero que sepas cómo veo yo las cosas. No te pido que compartas mi opinión, pero sí que la respetes. No quiero oír hablar de ese hombre en mi vida. Para mí es como si estuviese muerto.

La pena se dibujó en el rostro de la madre de Elena, que buscó refugio en los brazos de Mario. Este la abrazó e intentó consolarla susurrándole unas palabras al oído. Cuando ya estuvo algo más calmada fue a la cocina a por algo de beber. Allí se encontró con Elena, que terminaba de cenar un revuelto de setas ligeramente aliñado.

–Elena, sabes de sobra que nunca me he metido en medio con las cuestiones que atañen a tu madre y a su exmarido, pero hoy quiero decirte una cosa. Entiendo que hayas tenido que dejar clara tu opinión al respecto, lo entiendo y lo respeto. Lo que te quiero decir, o más bien pedir, es que no cambies la manera en que tratas a tu madre por el hecho de que le coja el teléfono. Creo que, en el fondo, tu madre aún tiene un sentimiento de culpabilidad.

–Siempre he agradecido que te hayas mantenido al margen y no hayas intentado ponernos en contra de nadie o intentar influenciarnos en ningún sentido, Mario. Sé que lo que le he dicho a mi madre es duro y le habrá resultado difícil escucharlo, pero ya tengo veinticuatro años, han pasado diez años desde que se fue y hay días en los que aún me duelen sus caricias. Mi madre sufrió más que yo, por eso mismo me asombra ver que aún le coge el teléfono. Quizás es por ese sentimiento de culpa que comentas, pero yo no quiero vivir con eso. Seguiré tratando a mi madre como siempre, porque se lo debo todo, le debo la vida, pero ella tiene que ser consciente de que ya no soy una niña y que tiene que respetar mi forma de pensar y mis sentimientos hacia ese ser despreciable.

–Gracias, Elena.

–Te quiero, Mario.

Elena salió de la cocina en dirección a su habitación, donde encendió la luz del escritorio y se dispuso a sacar los libros para estudiar hasta bien entrada la madrugada.

Mario, por su parte, aún con las últimas palabras de Elena en los oídos, cogió agua en un vaso y volvió a la sala, donde le dio el vaso a la madre de Elena. No era la primera vez que Elena le decía que le quería, pero el contexto en el que se lo acababa de decir reforzaba mucho esas palabras.

Bogotá - 26 de septiembre de 2017

Elena entró en su habitación y se sentó frente al escritorio después de encender la luz y colocar los libros sobre la mesa. Abrió dos libros por donde los tenía marcados y abrió el cuaderno donde iría tomando apuntes y haciendo sus esquemas.

Trató de concentrarse, pero la conversación que acababa de tener con su madre unos minutos antes no dejaba de resonar en su cabeza. No se explicaba cómo su madre podía cogerle el teléfono a una persona que la había humillado de tal manera. Elena revivió escenas de cuando ella tenía apenas diez años y aún no era del todo consciente de lo que sucedía en su casa. Veía a su padre biológico llegar a casa después del trabajo, en ocasiones con alguna copa de más, y veía cómo se acercaba a su madre mientras ésta no dejaba de hacerle gestos a Elena para que se fuese a su cuarto. La mayoría de las veces la niña obedecía, pero algunas veces se quedó a observar. Esas



pocas veces que se quedó vio cómo su padre intimidaba a su madre tanto verbal como físicamente, cómo utilizaba su fuerza para mantener a su madre pegada a la pared o a lo que fuera contra lo que había chocado en su vano intento de retirada. Elena recordó, como si hubiese sucedido en ese momento, la primera vez que vio cómo su padre pegaba a su madre. Aquella vez solamente le propinó un manotazo, pero debido a la fuerza del hombre, su madre cayó al suelo con el labio superior partido y se golpeó la cabeza contra el suelo. Aquel día Elena ahogó un grito de espanto y terror por miedo a que ese hombre viera su cabeza asomando por el marco de la puerta y la tomara con ella.

Elena paró sus recuerdos con toda la fuerza de su voluntad y tuvo que dejar de mirar los libros y cerrar los ojos cuando sintió un escalofrío recorriendo toda su espalda a velocidad extremadamente lenta. No quería seguir recordando todas las humillaciones, vejaciones y maltratos que su madre y ella tuvieron que sufrir durante tanto tiempo. Parecía que aquella mezcla de cosquilleo y suave corriente eléctrica que serpenteaba por su espalda no iba a acabar nunca y que se prolongaría tanto como aquel recuerdo. Finalmente el escalofrío abandonó su cuerpo y el recuerdo se desvaneció de su mente. No olvidaba todo lo sucedido durante los primeros años de su adolescencia, pero tampoco quería estar recordándolos tan vívidamente. Le había costado mucho tiempo y esfuerzo poder llevar una vida normal, no despertarse en mitad de la noche presa del pánico por cualquier pequeño ruido o caminar tranquilamente por la calle sin el temor a encontrarse con aquella persona.

Miró el reloj para organizarse un poco el tiempo hasta que se fuese a dormir y vio que eran más de las doce. Sin ser consciente de ello había pasado más de una hora recordando aquellos abominables momentos de su niñez. Se reprochó el haber perdido tanto tiempo con aquello y volvió a centrarse en los libros. Si iba a estar una hora más estudiando, la tenía que aprovechar al máximo.

Bogotá - 27 de septiembre de 2017

El despertador sonó como todas las mañanas y, como todas las mañanas, Elena deseó tener más tiempo para dormir. Esa noche se le había hecho especialmente corta y no consiguió dormir ni descansar como otras noches anteriores. Achacó esa mala noche a los recuerdos revividos mientras estudiaba y decidió darse una ducha con la intención de desterrar esa mala sensación. Anheló también que el agua se llevase parte de aquellos recuerdos, aunque en el fondo sabía que eso era imposible. El agua podía llevarse muchas cosas, pero no podía llevarse lo que había dentro de su cabeza.

Después de desayunar y despedirse de su madre y de Mario corrió hasta la parada del autobús para poder llegar a tiempo a la universidad. Sin haber hablado con ella, Verónica estaba en la parada esperando, como muchas otras veces, para entrar juntas a clase. Anduvieron por los pasillo y entraron en el aula hablando de cosas sin importancia y de cómo llevaban los estudios de cara a los exámenes que estaban planificados para el mes siguiente.

Justo antes de la última hora de clase empezó a dolerle la cabeza. Elena pensó que se debía a no haber dormido del todo bien y pensó en saltarse la última clase. Sabiendo que después tenía que ir a trabajar a la tienda y que, posteriormente, le esperaban otras cuatro horas en el estudio, no lo dudó y le dijo a Verónica que le dolía la cabeza y que se saltaría la última clase. Le pidió si le podía coger los apuntes y Verónica le respondió con un gesto afirmativo mientras con las manos gesticulaba para hacer obvio que la respuesta iba a ser que sí.

Elena salió de la universidad y buscó un sitio tranquilo a mitad de camino hacia la tienda. Con hora y media por delante hasta tener que entrar a trabajar decidió que quería estar ese tiempo a solas, tranquila e intentando relajarse. Compró algo de comer en uno de los establecimientos que rodeaban la universidad y pidió que se lo pusieran para llevar. Caminó sin prisa hasta encontrar un banco a la orilla del río por donde no pasaba mucha gente a esas horas y podía sentarse sin ser molestada.

Se sentó en el banco dejando la mochila a su lado, cruzó las piernas y, mientras abría el envoltorio de comida que había comprado, fijó su mirada en el río. Se fijó en los caminos tomaba el agua para esquivar toda clase de objetos. Las ramas, las piedras, los desechos. Nada era obstáculo para el agua, que bajaba con un ritmo constante y se abría paso hasta desaparecer en un recodo no muy lejos de donde Elena estaba sentada.

Le gustaba mucho la comida china y para disfrutar de ese inusual rato de desconexión había comprado unos tallarines con gambas. Una comida sencilla pero que a ella le encantaba por la mezcla de sabores. Saboreó cada uno de los bocados y dejó que el olor y el sabor se introdujesen en su cuerpo. La sensación era maravillosa y comenzó a evadirse de tal manera que se olvidó de dónde se encontraba. Para ella, en ese momento, únicamente existían la comida y el sonido del agua en su inquebrantable camino hacia el recodo por el que el río se perdía de vista. La alarma del móvil terminó con la ensoñación e hizo que volviese a la realidad. Cogió su mochila, se puso en pie lanzando un suspiro y comenzó a andar. Arrojó la caja de los tallarines, ya vacía, en la primera papelera que encontró y encaminó sus pasos hacia la tienda de ropa. Tenía tres horas por delante de doblar camisetas, pantalones y ordenar las baldas y el almacén. Pensó que era el día ideal para que le dijese que bajase al almacén y así poder seguir estando en su mundo y dejar volar la imaginación.

Entró por la puerta de la tienda y fue directamente al lugar donde estaba la jefa. Le preguntó si había que hacer algo en el almacén, que no le importaba bajar y ordenar lo que fuese necesario. La jefa le lanzó una mirada sorprendida pero, ante tal ofrecimiento, no lo dudó y le indicó que bajase y ordenase las cajas de los zapatos. Habían llegado numerosas existencias y había que colocarlo todo en su sitio. Elena no perdió tiempo y se fue directamente al almacén.

El tiempo pasaba a un ritmo normal, sin hacer tedioso el trabajo y no tan rápido como para tener que ir al estudio.

Skydd.

Elena se preguntó por qué al pensar en ir al estudio inmediatamente le vino a la mente el nombre de aquel joven. Habían pasado varios días ya desde su encuentro y no habían vuelto a verse. Los dos primeros días ella estuvo pendiente de si aparecía o no pero, a partir del tercero, dejó de hacerse ilusiones y ya no buscaba con impaciencia su nombre entre el de todos los usuarios conectados. Y ahora, de repente, cuando estaba ordenando unas cajas en el almacén de la tienda de zapatos, que no se parecía en nada al estudio donde se habían conocido, su cara y su nombre se le aparecían tan nítidas como si lo tuviera delante.

Llevaba un par de días sin acordarse de él y, por supuesto, no se iba a acordar de él con la noche y el día que había tenido después la conversación con su madre. O quizá era precisamente por eso por lo que se acordó de él en ese momento, se preguntó Elena. No supo responder y mientras aún tenía los ojos grises del joven en su memoria, siguió ordenando las cajas. Inconscientemente miró el reloj y vio que apenas quedaban treinta minutos para salir de trabajar

en la tienda. No sabía si volvería a ver a Skydd pero no dejaría que su recuerdo o la ilusión de volver a verlo fastidiara su día a día. Suficiente había sufrido en su vida como para ahora hacerlo por un joven al que no conocía más que de haber hablado unos minutos, que no sabía de dónde era y que ni siquiera sabía su nombre.

Bogotá - 3 de octubre de 2017

Elena abrió la puerta del estudio y se encontró con que todo estaba a oscuras excepto por un mínimo de iluminación proporcionado por las luces de emergencia. Paró a la primera persona que vio al entrar, una de las chicas que terminaba su turno, y le preguntó por lo que pasaba. La chica le dijo que la luz se había ido casi una hora antes y que aún no habían conseguido arreglarlo. No sabían si se trataba de un fallo del estudio o de la compañía eléctrica. Elena dudó si quedarse o marcharse a casa y aprovechar para estudiar. Entonces vio aparecer a uno de los dueños del estudio y le preguntó si la avería se solucionaría pronto o si era mejor marcharse. El chico le dijo que estaba a punto de solucionarse el problema, que ya estaba llegando el técnico que repondría el suministro y todas podrían volver al trabajo.

Elena avanzó por el pasillo hacia la habitación que tenía asignada para ese día. Normalmente siempre trabajaba en la misma habitación, cosa que a ella le gusta porque le hacía estar más cómoda cuando estaba en un ambiente conocido. No le gustaba cambiar muy seguido de habitación porque era como si tuviese que empezar a trabajar en un sitio nuevo cada vez que eso ocurría.

Entró en la habitación tenuemente iluminada por la luz de emergencia, dejó la mochila en el suelo y se sentó en la cama. Al de unos segundos dejó caer su cuerpo hasta quedar tumbada sobre el blando colchón con las piernas colgando. Parecía que en ese día todo estaba planeado para que ella pudiera tener sus momentos de relajación y de dejar la mente en blanco. Primero el dolor de cabeza de la universidad que se le pasó en cuanto tomó aire fresco, luego el magnífico rato que había pasado al borde del río comiendo y viendo el agua correr; a continuación el trabajo en el almacén en la tienda y, por último, el apagón de luz en el estudio. Todo estaba de cara aquel día para que su mente se distrajera de todo cuanto la presionaba y la estresaba.

De repente se escuchó un ruido metálico y todas las luces del estudio, los ventiladores, los ordenadores y los monitores volvieron a funcionar. Elena abrió los ojos e hizo un mohín como si quisiese que la luz lo viera y volviera a irse. Pero no iba a tener tanta suerte, así que se cambió de ropa y se colocó delante del monitor y de la cámara web. Tocaba ponerse a trabajar.

El reloj marcaba las nueve de la noche. Una hora más y podría recoger y marcharse a casa. La tarde estaba yendo bien en cuanto a ganancias y aún esperaba algún que otro pase privado para aumentar un poco más la recaudación de ese día. Durante la primera hora, con el recuerdo fresco de todo lo que había estado pensando en la tienda respecto a Skydd y todos lo demás, miraba con curiosidad los nombres de los usuarios que se conectaban, no fuese a aparecer el joven y ella no se diese cuenta. Pero a medida que fue pasando el tiempo, esa curiosidad se fue disipando y dio paso a una concentración por trabajar y dejarse de historias, invenciones, recuerdos y suposiciones. No ganaba nada con aquellos pensamientos y era mejor centrarse en lo que en esos momentos importaba: conseguir dinero con el que ser autosuficiente y no depender de esa manera de su madre y de Mario.

Solamente una hora más delante del ordenador y podría irse a casa y descansar un poco antes

de colocarse, de nuevo, frente a los libros. Una hora más con aquel vestido no muy cómodo y después podría ponerse unos pantalones, una camiseta y las comodísimas zapatillas.

En esas estaba Elena cuando, sin esperarlo ya siquiera, vio aparecer el nombre del joven en la sección de usuarios conectados a su sala. Vio que el nombre Skydd aparecía en color rojo. Ni siquiera se acordaba de haber cambiado el color con el que él aparecía, pero se dio cuenta casi al instante de que fue algo que hizo cuando terminaron de hablar la primera y única vez se encontraron. Elena intentó disimular, pero miraba fijamente la pantalla para ver si él daba el primer paso de saludarla. No sabía si el joven esperaba que ella diera el primer paso cuando lo normal era que ella esperara el saludo del usuario. De esa manera lo que hacía era centrarse en los que saludaban y parecían realmente interesados en un encuentro privado.

No tuvo que esperar más que unos segundos para ver que, efectivamente, él se presentaba y le preguntaba cómo estaba. Intercambiaron un par de mensajes corteses y enseguida él entró en modo privado para poder estar los dos a solas y hablar con más tranquilidad, familiaridad y confianza.

–Hola, ¿cómo estás? –Skydd habló con tranquilidad.

–Bien, gracias.

–Me alegro de que estés mejor que el otro día, hoy tienes ya cierto brillo en los ojos –Elena sonrió al escuchar esas palabras–. Me dio un poco de apuro dejarte con aquel estado de ánimo pero, al no conocernos de nada, pensé que tampoco era cuestión de ser desconsiderado.

–No te preocupes, que no fuiste desconsiderado en ningún momento. ¿Qué has hecho durante estos días?

–He tenido que viajar por cuestiones de trabajo, por eso no he podido venir a visitarte antes.

–¿A qué te dedicas?

–Soy ingeniero en una empresa de componentes aeronáuticos. Pero antes de que digas nada te diré que es menos interesante de lo que parece por el nombre –el joven rió con naturalidad.

Elena también soltó una carcajada y se dio cuenta de que estaba apareciendo en ella el mismo estado de tranquilidad y sosiego que tuvo unos días antes, cuando hablaron por primera vez. Bueno, más que hablar, cuando ella lloró y él mantuvo el silencio hasta que las lágrimas dejaron de brotar.

–Me comentaste algo la otra vez sobre otro trabajo o estudios, la verdad es que no lo recuerdo bien.

–Si, tengo otro trabajo y también estudio –contestó Elena–. Trabajo en una tienda de ropa tres horas por las tardes y a las mañanas voy a la universidad.

–¿Cómo te da tiempo a todo?

–La verdad es que en ocasiones me encuentro bastante cansada, pero si quiero conseguir acabar la carrera y tener algo de dinero, este es el precio a pagar: dos trabajos y poco tiempo libre.

–¿Cuánto tiempo llevas compaginando las tres cosas?

–Empecé la universidad con dieciocho años, aunque no estoy sacando un curso por año, por eso aún me queda un poco para terminar la carrera. A trabajar en la tienda empecé hará cosa de seis meses y aquí, en el estudio, unos cinco meses.

–¿Y cuándo estudias?!

–Jajaja, cuando puedo. Suelo aprovechar para estudiar y para pasar los apuntes el tiempo entre la cena y la hora de acostarme.

–Pues, chica, tienes mi admiración. No sé si yo sería capaz de aguantar el ritmo que llevas durante tanto tiempo. Y menos con tus otras cosas cargadas a la espalda.

Un velo de tristeza y vulnerabilidad cruzó por un momento los ojos de Elena, algo que no pasó desapercibido para Skyyd.

–Lo siento, Elena, no era mi intención traerte a la mente todo eso. Perdón.

–No pasa nada, tranquilo. Por cierto, me has llamado por mi nombre pero yo no sé el tuyo. ¿Cómo te llamas?

–Mi nombre es John. Encantado de conocerte.

–¿Un español con nombre inglés? –Elena no pudo evitar el tono de sorpresa.

–Sí, ¿tan rato te parece?

–La verdad es que sí.

–Si prometes no reírte te cuento el por qué de llamarme así –John lucía una tímida sonrisa mientras Elena asentía y le decía que no se reiría–. Bien, pues mi padre es un gran aficionado al cine y le gustó mucho la película Jungla de Cristal. El personaje de Bruce Willis se llamaba John y, cuando mi padre supo que iba a tener un hijo, convenció a mi madre para llamarme así.

Elena escuchó atenta la breve explicación de John sobre el origen de su nombre. Intentó no reírse a medida que el joven hablaba, pero cuando acabó no pudo evitarlo más y se rió con una gran carcajada. Una carcajada limpia, sin maldad y que era más por lo cómico de la situación que por el nombre en sí mismo.

John no se tomó a malas la risa de Elena y esperó a que terminase de reír para seguir hablando. No le importaba que se estuviese riendo después de contarle el origen de su nombre, prefería verla reír a verla llorar.

–Perdona que me haya reído –dijo Elena recuperando el ritmo normal de su respiración–, pero es que no me esperaba, para nada, una historia como esa.

–Ya ves, cosas de la vida –y entonces fue el quien sonrió.

Siguieron hablando durante un rato de todo tipo de cosas. Se preguntaron más acerca de sus respectivos trabajos, familia y aficiones. Para cuando se quisieron dar cuenta eran casi las diez y la hora en la que ella debía dejar libre la habitación.

–Me da pena porque lo hemos pasado muy bien hablando, por lo menos yo, pero se acerca la hora en la que tengo que dejar la habitación –se notaba un poco de pena en el tono de Elena–. También quería darte las gracias por haber estado tanto tiempo, casi una hora, hablando conmigo.

–No tienes nada que agradecerme. Si no me gustase hablar contigo o no disfrutase estos momentos, ya te aseguro que no hubiera vuelto. Te dije que volvería y he cumplido–sonrió John–. Si quieres puedo venir cada dos o tres días y hablamos un rato.

–Eso me encantaría –dijo Elena inmediatamente de manera casi inconsciente y con un brillo especial en los ojos–. Me siento a gusto hablando contigo y se me hace más agradable el paso del tiempo.

Siguieron despidiéndose y finalmente ambos se desconectaron. Elena apagó el ordenador, se cambió de ropa y limpió un poco la habitación. Esa noche nadie ocuparía esa sala, por lo que le tocó hacer esa pequeña limpieza. Cuando hubo acabado apagó las luces de la habitación y salió del estudio.

Madrid - 3 de octubre de 2017

Cuando vio que Elena ya no estaba conectada John repasó la conversación que había mantenido con la joven y apuntó los datos más importantes en una nota. No quería que se le volviera a escapar ningún detalle y arriesgarse a quedar mal frente a aquella simpática chica con

la que se reía y podía ser él mismo.

Al terminar de anotar todos los datos sobre trabajo, estudios, familia y aficiones que habían intercambiado, él también apago su ordenador, se fue a la habitación y se metió en la cama a dormir. Para Elena eran las diez de la noche pero para él pasaban ya unos minutos de las cuatro de la madrugada. Eso de la diferencia horaria sería un problema a tener en cuenta en sus futuras conversaciones.

Bogotá - 3 de octubre de 2017

Elena salió del estudio con una sonrisa dibujada en la cara. En esos momentos no existían el cansancio, la desmotivación o la vulnerabilidad que en ocasiones sentía. Había estado hablando con John, por fin sabía su nombre, durante una hora. Una hora completa que dedicaron a empezar a conocerse, como si fuesen dos personas que han coincidido en varias ocasiones en una biblioteca y que un día deciden dar el paso de hablar por primera vez.

A Elena le pareció que aquella noche no era tan oscura como otras veces. Decidió ir caminando a casa y disfrutar, durante todo el trayecto, de recordar la reciente conversación con John. Rio de nuevo cuando recordó por qué le pusieron ese nombre y le surgió la duda de cuál sería la razón de que ella se llamara Elena. Se lo preguntaría a su madre cuando llegase a casa.

La joven siguió caminando bajo la luz de las estrellas, que si bien quedaba atenuada por la luz de las escasas farolas, a la joven le pareció que brillaban más que nunca. Lo tomó como una señal de que algo bueno estaba sucediendo por fin en su vida. No estaba enamorada, ni mucho menos, pero le gustaba estar en compañía de aquel joven. Si es que a estar separados por miles de kilómetros y viéndose a través de una webcam podía llamársele compañía.

John, según le había contado, era de Madrid, tenía veintinueve años y llevaba trabajando tres años para la empresa de componentes aeronáuticos. Le contó que le gustaba viajar, de hecho había visitado varios países de vacaciones y otros por temas de trabajo. Había visitado Estados Unidos, Canadá, México, Francia, Portugal y Alemania. A los que había que sumar las visitas que había hecho a Italia y Reino Unido por motivos laborales. Ella sin embargo nunca había salido de su país. Había visitado varias ciudades y pueblos de Colombia pero jamás había cruzado las fronteras de su país y tenía unas ganas terribles de poner el primer sello en su pasaporte.

A Elena le daba envidia todo lo que John había viajado y se decía que un día ella también visitaría numerosos países. Hizo mentalmente una lista de países que le gustaría visitar. Estados Unidos, Canadá, Brasil, Argentina, España, Francia, Australia,... Eran tantos que hasta perdió la cuenta y no se enteró si había repetido alguno.

Pensando lo que le había contado John sobre los países en los que había estado, lo que le había gustado de cada uno de ellos o las anécdotas de sus numerosos viajes, la joven llegó a su casa. Abrió la puerta del portal y pasó de montar en el ascensor. Se sentía tan viva que decidió subir los tres pisos por las escaleras.

Llegó a casa y vio a Mario en la cocina, terminando de prepararle la cena mientras su madre estaba en la sala viendo algún programa de sociedad en la televisión. Se acercó a su madre por la



espalda y la sorprendió con un abrazo mientras le daba un beso en la mejilla.

–¿Por qué me llamo Elena?

Su madre se le quedó mirando extrañada. No entendía a qué venía esa pregunta y menos en ese momento en el que su hija solía venir con ganas de cenar e irse a su habitación a estudiar.

–Te pusimos Elena por Elena de Troya.

–Venga, mamá, no me tomes el pelo.

–Es verdad, hija. Tuve que hacer una obra de teatro de la Iliada de Homero en el colegio cuando tenía quince años y me gustó tanto el personaje que decidí que, si alguna vez tenía una hija, la llamaría Elena. Y cuando supe que tú serías una niña, pude cumplir aquella promesa.

Elena no sabía que su madre había hecho teatro en el colegio y tampoco sabía que había leído a Homero. Guardó esas cosas en su mente y se dijo que tendría que leer la Iliada si alguna vez tenía tiempo para ello.

–Supongo que tampoco lo sabrás pero –prosiguió su madre–, Elena significa antorcha y siempre quise que tú fueses la luz que iluminase mi vida.

La joven volvió a abrazar a su madre, sorprendida por lo que le había contado, y se dirigió a la cocina donde Mario estaba sirviendo la cena. Ellos dos ya habían cenado y Mario tuvo el detalle de prepararle algo más contundente que el típico sandwich que cenaba. Le cocinó un generoso filete de carne con patatas fritas, un buen trozo de pan y un vaso de agua. Todo bien puesto en la cocina para que al llegar a casa pudiera sentarse directamente a la mesa y cenar.

Mientras degustaba la exquisita cena siguió pensando en John y en todo lo que habían hablado. En algunas cosas coincidían, como, por ejemplo, en algunos grupos de música. A los dos les gustaban U2 y Avril Lavigne, pero a partir de ahí los gustos musicales de ambos diferían un poco. Era normal, cada uno era de un país diferente y eso se terminaba transmitiendo a los gustos en ciertos apartados. A Elena le gustaban el vallenato y él prefería el pop-rock de los años 60, 70 y 80.

A los dos les gustaba leer, pero no habían coincidido en el género que preferían. John se decantaba por las novelas policíacas y de terror. Había leído también algunos thriller psicológicos, pero no le gustaban tanto. Sin embargo, Elena prefería la ciencia-ficción y el mundo zombi. Le apasionaba todo lo que tuviese que ver con otros mundos, universos paralelos, seres desconocidos y, por supuesto, todo lo relacionado con zombis y muertos vivientes. El último libro que había leído trataba de un virus que convertía a las personas en una especie de zombis. No le costó recordar el título, Diario del Viajero de Iván Gilabert 1.

Después de saborear el rico filete y las patatas fritas dio las buenas noches a su madre y a su padre, porque para ella Mario era su padre, y se fue a su habitación a estudiar. Aún tenía unas horas por delante antes de acostarse, pero ese día no le importaba. Sentía que tenía fuerzas y motivación suficiente como para afrontar esas horas de estudio y otras tantas.

Madrid - 4 de octubre de 2017

John se levantó para ir al trabajo. Normalmente se levantaba a las siete, se duchaba, desayunaba e iba al trabajo. Su hora de empezar a trabajar eran las nueve, pero siempre estaba en su puesto un cuarto de hora antes. Le gustaba llegar con tiempo y organizarse un poco antes de abrir el portátil y comenzar el trabajo. Como el día anterior había llegado tarde de viaje, la empresa le había dado permiso para incorporarse unas horas más tarde. Gracias a eso pudo conectarse y hablar con Elena hasta altas horas de la madrugada.

El joven se despertó con el recuerdo de Elena aún fresco en su memoria. No podía, ni quería, olvidar esa melena morena, esos ojos verdes algo rasgados, esa pequeña nariz y esos labios finos que se curvaban de una manera peculiar cuando ella sonreía. Esos rasgos por separado eran agradables, pero al juntarlos todos en una misma cara daban como resultado un rostro de una belleza incomparable. No es que no hubiese ninguna otra persona más guapa que Elena, mas su belleza era algo distinto, era el resultado de la combinación de unas facciones muy curiosas.

El primer día que la vio no supo exactamente qué fue lo que le llamó la atención de ella. Supo enseguida que algo le pasaba y su naturaleza amable le hizo registrarse y entrar a hablar con ella. Había elegido un nombre de usuario con mensaje, aunque era obvio que ella no lo sabía. Cuando entró y al poco tiempo ella se puso a llorar sacando todo lo que llevaba dentro, no se atrevió a interrumpirla. Sintió como si algo dentro de él comprendiese perfectamente por lo que estaba pasando Elena y supo que lo mejor que podía hacer era estar en silencio hasta que ella se calmase y le dijese algo. Aún recordaba el modo en el que las lágrimas caían por sus mejillas y llegaban hasta la zona del mentón, donde Elena trataba de secarlas con el dorso de su mano.

El segundo encuentro con la joven fue mucho mejor. Ella se encontraba mucho mejor y pudieron hablar durante más tiempo y de más cosas. A John le sorprendió que coincidieran en algunos gustos. Entre todas las personas que había en el mundo se habían ido a conocer dos a las que les gustaban música parecida y a las que les gustaba leer. También les gustaba hacer deporte, aunque ella no tuviese tiempo para practicarlo, según le dijo, le gustaba la natación. A él le gustaba correr y tirar con arco, algo que sorprendió a Elena y, hasta tal punto la intrigó, que le dijo que no le importaría probarlo algún día.

John entró en la oficina dispuesto a afrontar las pocas horas que tendría que pasar ese día en la oficina. Primero tenía una reunión con el director de su departamento y después tenía una videoconferencia con otros ingenieros con sus mismas responsabilidades de otras plantas europeas. Al director tenía que informarle sobre todo lo visto en la visita a la factoría de Győr, en Hungría. Después, en la videoconferencia, sus colegas ingenieros de Europa y América y él tendrían que revisar los planos de las nuevas piezas que se querían poner en producción en el siguiente trimestre. Iban con el tiempo un poco apretado y se preveía una reunión donde habría que confirmar todos los puntos y cerciorarse de que la información fuese comunicada a todos los departamentos implicados.

Aún habiendo entrado al trabajo más tarde de lo habitual tenía un día complicado por delante. Sin duda el recuerdo del rostro de Elena y su suave voz le ayudarían a pasar el día. Sabía que no volvería a verla hasta pasados un par de días como mínimo, pero, aún sabiéndolo, sentía las ganas por volver a tener frente a frente a aquella joven con la que podría pasar horas y horas hablando.

Cuando dieron las seis de la tarde John ordenó su escritorio, apagó las luces del despacho y bajó al aparcamiento a por el coche. Giró la llave, arrancó y encendió la radio para poner algo de música de camino a casa. La reproducción aleatoria quiso que comenzara a sonar la canción Bailar pegados de Sergio Dalma, una canción que siempre le había gustado y para la que automáticamente puso la cara de Elena a la protagonista de la letra.

Al llegar a casa dejó la bandolera del trabajo en la mesa del comedor y se dirigió a su habitación para cambiarse de ropa, pero cuando estaba abriendo el armario decidió salir a correr, así que se puso unos pantalones cortos, una camiseta cómoda y se calzó las zapatilla de correr. Le vendría bien hacer un poco de ejercicio después del viaje a Hungría. Llevaba casi una semana sin

practicar deporte y su cuerpo notaba la ausencia de ejercicio. Cogió el teléfono, le enchufó los auriculares, abrió la aplicación de la música y, cuando la música electrónica que utilizaba para ir a correr empezó a sonar, se puso a trotar. No tenía pensado por dónde ir a correr y decidió que en vez de seguir alguna de las rutas que solía hacer habitualmente se dejaría llevar por esas decisiones que todos somos capaces de tomar en base a criterios que, muchas veces, se escapan de nuestro control y de nuestro raciocinio.

Le gustaba salir a correr regularmente para mantener un buen estado de forma y también era su válvula de escape más sencilla cuando el día en el trabajo había sido duro y necesitaba despejar la mente. El tiro con arco también le relajaba y le obligaba a vaciar su mente de todo lo que no fuese el arco, la flecha, la diana y las condiciones climatológicas, pero para poder tirar al arco tenía que coger todo el equipo, meterlo en el coche y conducir tres cuartos de hora hasta el campo de tiro que a él le gustaba. En esos momentos necesitaba una relajación rápida y por eso se calzó las zapatillas y salió a correr.

Bogotá - 8 de octubre de 2017

Por fin amanecía y llegaba el tan esperado sábado. Después de estar toda la semana casi sin tiempo para ella misma, Elena podría dedicar la mañana a estar un poco más de lo habitual en la cama. Apreciaba mucho esos momentos en los que podía darse la vuelta en la cama, al abrigo del calor de la manta, y mirar por la ventana mientras el sol comenzaba a ascender en su viaje diario.

Se levantó pasadas las nueve y media y se metió en la ducha dispuesta a disfrutar del agua caliente y de la espuma recorriendo su cuerpo. Abrió el grifo y el agua fría comenzó a caer. Mientras el agua alcanzaba la temperatura adecuada Elena se miró en el espejo. Comprobó que, como siempre le pasaba al levantarse, tenía el pelo bastante alborotado. Vio en el reflejo del espejo que el agua emitía algo de vapor y entonces se metió en la ducha, reteniendo la placentera sensación del agua recorriendo su cuerpo.

Después de ducharse se vistió con ropa cómoda para estar por casa y fue a la cocina a prepararse el desayuno. Sus padres se habían marchado a hacer unas compras para la semana que viene y también aprovecharían para pasear un rato y disfrutar de la ciudad en aquella soleada mañana.

Mientras desayunaba sonó su teléfono móvil. No era una llamada, era un mensaje de su amiga Verónica, que le preguntaba si le apetecía ir a comer juntas al centro comercial. Debían de haber abierto un nuevo restaurante de comida asiática y su amiga le estaba invitando a probarlo. Elena dejó el móvil sobre la mesa y siguió desayunando. Mojaba poco a poco el bollo en el café mientras decidía si iba a comer con Verónica o no. Apetecer claro que le apetecía, pero por muy baratos que fuesen ese tipo de restaurantes, su economía no estaba como para andar derrochando dinero en comidas u otras cosas. Si le decía que sí, tendría que mirar luego de dónde podría recortar el dinero que se gastaría en la comida, pero si le decía que no, tenía que pensar una excusa plausible con la que declinar la invitación. Finalmente decidió que iría a comer con su amiga y ya vería de qué se privaría después.

Elena terminó de desayunar y calculó el tiempo que tenía hasta tener que prepararse y salir de casa para encontrarse con Verónica en el centro comercial. Le daba tiempo a arreglar un poco su habitación, limpiar un poco y, sobre todo, ordenar la ropa que durante la semana había ido dejando en la silla que tenía en su habitación, que según le repetía a menudo su madre parecía más un perchero que una silla.

Verónica estaba sentada en uno de los bancos que había cerca de una de las entradas del centro comercial. Miraba el móvil continuamente y, desde la distancia, Elena no sabía si estaba jugando o es que estaba esperando alguna notificación con muchas ganas. Elena se fue acercando y saludó a su amiga en un momento en el que Verónica levantó la cabeza. Cuando se vieron Verónica guardó el teléfono y se levantó para encontrarse con Elena.

–Ya creía que no vendrías –dijo Verónica a modo de saludo.

–Te había dicho que me esperases aquí y aquí estoy –contestó Elena con una sonrisa–. El autobús ha venido con retraso y por eso he llegado algo tarde.

Verónica no se extrañó porque los autobuses rara vez llegaban en hora. Dejó atrás los minutos de espera y caminó junto a Elena en dirección a las puertas del centro comercial.

Numerosas personas atestaban tanto el exterior como el interior del centro comercial. Los sábados mucha gente acudía a realizar compras por la mañana y a disfrutar de las diferentes actividades lúdicas que se podían realizar por la tarde: juegos para los más pequeños, una sala de juegos con máquinas recreativas, cines, una bolera e incluso un laser-tag. A todo se unía la inauguración del nuevo restaurante de comida asiática, un tipo de gastronomía con mucho tirón en aquella zona.

Al ser solamente dos, pudieron abrirse camino con relativa facilidad hasta la zona de los ascensores. Verónica estaba cansada y no le apetecía subir las escaleras hasta el segundo piso. Esperaron a que el ascensor acristalado, que subía y bajaba por el exterior de la fachada, llegara hasta la planta baja para montar junto con otras cuantas personas y subir a la planta de restauración.

El nuevo restaurante asiático, Asian Food, estaba casi lleno y tenía una fila larga de gente esperando para entrar cuando los camareros viesan alguna mesa libre. Verónica tiró de la mano de Elena y se saltó toda la fila para llegar a la entrada por la parte derecha. Elena vio que su amiga enseñaba un papel al encargado de distribuir a la gente y este les dio paso, indicándoles una mesa situada al fondo del restaurante. Casualmente era la zona más tranquila y menos bulliciosa del local, lo cual les permitía hablar sin tener que levantar la voz.

–Ayer volví a hablar con Skydd –le dijo Elena mientras esperaban a que trajesen los diferentes platos para compartir que habían pedido–, que por cierto se llama John.

–¿Es inglés?

–No, es español, pero a su padre le gustaba ese nombre y con ese se quedó.

Elena no quiso contarle todo el por qué de que se llamasen John, pues pensaba que el joven se lo contó a ella en confianza y que no era justo contárselo a las primeras de cambio a Verónica, por muy amigas que fuesen.

–¿Qué más te contó? ¿De qué más hablasteis? –Verónica podía resultar una persona de lo más curiosa cuando de cotillear se trataba.

–Estuvimos hablando de lo que nos gusta hacer en los ratos libres, intercambiamos opiniones sobre gustos musicales y en cuestión de libros, me estuvo contando que trabaja en una empresa de componentes aeronáuticos. Hablamos de muchas cosas durante casi una hora y también nos dio tiempo a reírnos mucho.

Pero Verónica hacía unos segundos que no la escuchaba. Algo en su cerebro había saltado cuando escuchó a qué se dedicaba el joven. Los recuerdos intentaban salir del oscuro cajón donde los tenía guardados, pero las piezas no terminaban de encajar. Elena apenas le había dado el

nombre del joven, una breve descripción física y su ocupación, pero algo de todo aquello la transportó unos cuantos años atrás, a cuando estuvo en Madrid estudiando mediante un programa de intercambio. John, moreno, ojos grises e ingeniero. ¿Sería él?

Madrid - 8 de octubre de 2017

El fin de semana se presentaba tranquilo para John. Después del viaje a Hungría quiso descansar, pero no pudo hacerlo por tener que ir a la oficina a poner al día al resto de los involucrados en el proyecto. Después de aquella reunión y unos días habituales de trabajo por fin llegaba el fin de semana. El joven no tenía grandes planes y su mayor deseo era poder dormir más de ocho horas seguidas y, por un día, despertarse cuando el sol ya estuviese sobre el horizonte, entrando a raudales por la ventana y por los pequeños agujeros de la persiana bajada hasta la mitad.

Cuando se despertó, el despertador marcaba más de las diez de la mañana. No recordaba cuándo fue la última vez que se despertó a esas horas. Normalmente, los días de trabajo, se levantaba sobre las siete de la mañana y los fines de semana no solía estar en la cama pasadas las nueve. El viaje a Hungría sin duda le había cansado más de lo que él imaginaba y su cuerpo decidió tomarse un merecido descanso. Se estiró en la cama y retiró la sábana y la manta con un enérgico gesto, tirándolas hasta los pies de la cama. Se levantó, se fue al baño y abrió el grifo de la ducha para que el agua se fuese calentando mientras su mente pensaba en lo que haría durante el día. El agua de la ducha caía constantemente, con fuerza, llevándose el poco cansancio que pudiera tener todavía y llevándose también los últimos vestigios de sueño.

Cuando entró en la cocina decidió que se daría un capricho y desayunaría algo que le gustaba muchísimo, pero que ya nunca tomaba. Sacó la sartén del armario y todos los ingredientes para hacerse unas ricas tortitas con chocolate y nata. Calentó una buena cantidad de café y, poniendo todo en una bandeja, se fue al salón, dejó la bandeja sobre la mesa, se sentó en el sofá y encendió la televisión. No tenía por costumbre ver la televisión por las mañanas y menos entre semana, cuando prefería leer las noticias en el ordenador antes de ir al trabajo. La televisión solía dejarla para la noche, después de cenar, cuando veía algún programa de entrevistas o alguna serie.

Pero en ese momento le apetecía desayunar viendo la televisión. Estaba dudando entre poner una película o ver algún capítulo de alguna de las series que tanto le gustaban. Finalmente se decantó por poner una serie. Le encantaba *The Big Bang Theory*, con una duración contenida y momentos cómicos asegurados. Además tenía unos capítulos atrasados, con lo que la elección resultó sencilla y rápida. Accedió al disco duro con el mando y bajó hasta los últimos capítulos que le quedaban por ver mientras daba los primeros sorbos al café.

Las tortitas estaban calientes y el chocolate se estaba fundiendo dejando un río que se mezclaba con la nata. Viendo que se mancharía si comía con las manos, utilizó el cuchillo y el

tenedor. El momento de saborear el primer trozo de tortita lo disfrutó como si fuese la primera vez que comía aquel manjar. A medida que la serie avanzaba las tortitas iban desapareciendo, hasta que llegó el momento en el que solamente le quedaba un último sorbo de café por tomar. Por unos segundos estuvo tentado de pausar la serie e ir a la cocina a hacer más tortitas, pero se contuvo y tomó lo poco que le quedaba del café.

Mientras veía la serie su mente comenzó a abrirse paso por entre los recuerdos y lo acontecido durante los últimos días. Vagaba por diferentes reuniones en el trabajo, los momentos pasados delante del ordenador repasando cifras y planos, los instantes de desconexión cuando salía a correr y perdía su mirada y sus pensamientos en la línea del horizonte. Así hasta llegar a la persona que, desde hacía no mucho tiempo, ocupaba casi todos sus pensamientos. En ese momento vio el rostro de Elena con tanta claridad como si la tuviese delante.

De repente, y con Elena aún en su mente, sus pensamientos volaron unos cuantos años atrás y volvieron a cuando estaba terminando la carrera. Vio la imagen de una chica que nada tenía que ver con Elena y de la que no recordaba el nombre. Los rasgos estaban bien definidos y se acordaba perfectamente lo que pasaron y de lo que disfrutaron juntos, pero no recordaba su nombre. Recordaba a una joven con la piel tostada, unos rasgos finos y unos ojos marrones muy llamativos. Hizo el esfuerzo por intentar recordar el nombre de aquella chica, pero se le resistía. Tras unos minutos pensando, por fin se acordó. Verónica.

Madrid - Abril de 2013

John salía de la universidad como cada día, en dirección a la estación de metro para volver pronto a casa y comer algo. A veces solía ir a comer con algunos compañeros, pero ese día no tenía muchas ganas de comer fuera y prefería llegar a casa y sentarse, tranquilamente, en el sofá con un plato de pasta entre las manos mientras veía algo en la televisión.

Recorriendo los jardines de la universidad se encontró con Verónica, que también se dirigía al metro. Ambos se saludaron y caminaron juntos hacia la estación. Se conocían desde que comenzara el curso y, aparte de verse en los exteriores de la universidad, habían coincidido en alguna de las numerosas fiestas y celebraciones que organizaban diferentes grupos y asociaciones de estudiantes. Desde el día en que unos amigos les presentaron, cada vez que coincidían en algún espacio, se buscaban con la mirada. Tontearon en más de una ocasión, en alguna de las fiestas a las que ninguno de los dos solía acudir con demasiada asiduidad, bailando, rozando sus cuerpos y robando algún que otro beso furtivo.

Mientras caminaban hacia la estación se preguntaron mutuamente por los planes que tenían para el resto del día y, como ambos tenían intención de estar tranquilamente sentados en el sofá viendo la televisión, Verónica le dijo para que fuese a su casa.

–Podemos pedir algo para comer y ver varios capítulos de alguna serie, ¿qué te parece?

John se quedó pensativo unos instantes antes de responder. No tenía nada claros los sentimientos hacia Verónica. Los besos que habían intercambiado en varias ocasiones eran solamente eso, besos. Él nunca quiso demostrar más que una suave atracción por la chica que estaba de intercambio y que en poco tiempo volvería a su país, a ocho mil kilómetros de distancia. Tampoco quería darle esperanzas a aquella chica de que podrían ser algo más durante el tiempo que a ella le quedaba por estar en Madrid, apenas unos meses, o que podrían seguir manteniendo cierto grado de relación, casi como si de una pareja se tratara, cuando ella ya estuviese de vuelta en su ciudad natal. Finalmente decidió que, si conseguía controlar aquella situación y no dejar que



fuese a más, podría ser una buena manera de despejarse y salir de su habitual día a día.

–Vale, de acuerdo. Así cambio un poco mi rutina.

Verónica no pudo disimular una pequeña sonrisa al escuchar la respuesta del joven y siguió caminando con una incipiente alegría junto a él.

Madrid - 8 de octubre de 2017

¿Por qué se acordaba en esos momentos de Verónica si la persona que robaba sus pensamientos y ocupaba todos sus huecos libres era Elena? La pregunta le llegaba a causar cierto desasosiego y el no tener una respuesta clara lo carcomía por dentro. Verónica solamente fue una experiencia de universidad, una chica simpática y agradable con la que conectaba bien pero con la que tampoco sentía una gran afinidad. No podía negar que entre los dos hubo una atracción física y que fruto de esa atracción sucedió lo que sucedió cuando ambos estuvieron en el piso de ella y en otro par de ocasiones después.

John paró la serie, dejó el mando en el sofá casi de mala gana y se fue a la cocina, donde dejó la taza y el resto de utensilios utilizados durante el desayuno. Metió la taza, el plato y los cubiertos en el lavavajillas y se dirigió al baño. Decidió que se lavarían los dientes y saldría un rato a correr para ver si de esa manera conseguía despejarse de todo y volver a casa más relajado.

Bogotá - 8 de octubre de 2017

Cuando salieron del restaurante Verónica se había serenado un poco. Al escuchar la descripción que Elena hizo de John, el corazón le dio un vuelco y por su mente comenzaron a pasar decenas de imágenes del chico con el que tuvo cierto acercamiento amoroso durante su estancia en Madrid. Se acordaba muy bien del joven porque le gustó desde el primer día que lo vio. Les presentaron en una fiesta de las muchas que se hacían los jueves y los viernes. Ella notó que él sentía cierta atracción por ella, pero nunca se decidían a dar el paso definitivo que los llevara a ser pareja formal o a mantener una relación.

John y ella no acudían a la misma clase, ni siquiera compartían profesores. Se conocieron en dicha fiesta y para ella supuso un gran cambio. Hasta ese momento no solía acudir a ninguna juerga porque, aunque llevaba varios meses en España y tenía relación con varios compañeros de clase, no se sentía del todo integrada. Acudía a clase y siempre hablaba con los mismo compañeros, durante los descansos solía sentarse en un aparte para leer, repasar los apuntes o escuchar música. En ocasiones iba con esos compañeros a la cafetería o a comer algo, pero su timidez hacía que no se relacionara más que con los demás miembros de la clase. Si no llega a ser porque se dejó convencer para acudir a una fiesta, con la intención de poder poner luego la excusa de que no le gustaban para no acudir a ninguna otra, no hubiese conocido a John, no hubiese dado los pasos para acercarse a él y no habría terminado teniendo un lío amoroso con el joven. La Verónica actual nada tenía que ver con la Verónica de aquella época. Toda esa experiencia vivida durante su curso de intercambio en la universidad hizo que la timidez quedara atrás y que diera un paso de gigante hacia la espontaneidad y la extroversión.

Verónica recordó los momentos pasados junto a John en los encuentros sociales y como, tras muchos momentos de tanteo entre ambos, por fin un día se atrevió a decirle que fuese a su casa. Se acordaba de ir los dos camino del metro, pero no recordaba de lo que hablaron, cuando de repente se sorprendió a ella misma invitando a John a su piso para pasar la tarde.

Mientras Elena y ella entraban en diferentes tiendas para ver ropa y complementos, Verónica trató de recordar aquella tarde junto a John, cada vez más segura de que se trataba del mismo joven con el que su amiga hablaba por internet y sin saber cómo decirle todo lo ocurrido entre ambos.

Madrid - Abril de 2013

Verónica caminaba tranquilamente por los jardines de la universidad para coger el metro e ir a su piso, donde pasaría la tarde sin hacer nada. Levantó la vista de la hierba y las flores y vio, unos metros por delante, a John, el joven con el que había tonteado en varias ocasiones y con el que se había besado otras tantas veces. Se acercó a él, saludó amablemente y, sin poder remediarlo y desoyendo sus temores internos, le dijo para que fuese con ella a su casa. En el tiempo que John tardó en contestar, el corazón de Verónica pasó de latir de manera desbocada a casi pararse por completo. Sus pensamientos pasaban por su cabeza a la misma velocidad descontrolada que latía su corazón y las preguntas y las dudas no hacían más que intensificar la sensación de zozobra que se estaba apoderando de ella. ¿Qué pasaría si le decía que no? ¿Cómo reaccionar ante una negativa? ¿Todos los momentos que habían compartido no habían significado nada para él aparte de una distracción? Verónica estaba a punto de retirar su propuesta con una excusa cualquiera cuando John contestó.

–Vale, de acuerdo. Así cambio un poco mi rutina.

Verónica volvió a notar el latido constante y regular de su corazón. Lanzó un pequeño suspiro para no denotar que había estado aguantando la respiración y no pudo disimular una pequeña sonrisa al escuchar la respuesta del joven. Haciendo un esfuerzo por no saltar o ponerse a hacer gestos de euforia y alegría siguió caminando junto a él con una incipiente alegría.

El trayecto en el metro hasta la estación más cercana a su casa se le hizo especialmente largo. Normalmente aprovechaba el trayecto para leer o escuchar música, lo que le hacía el viaje más ameno, pero ese día no había ni música ni libro. Lo que había era un joven alto, de pelo moreno corto y ojos grises con el que hablaba mientras en silencio suplicaba porque el metro llegase cuanto antes a su destino. Verónica se moría de ganas por estar a solas con John, en su casa, un lugar en el que se sentía totalmente a gusto y con la confianza necesaria como para intentar llevar su relación con el joven un paso más allá. Ella quería pasar de tontear en las fiestas a mantener una relación de pareja con él.

El metro por fin llegó a la estación en la que se bajaba habitualmente y le dijo a John que se tenían que bajar ya. Salieron de la estación y volvieron a sentir los rayos de sol en sus rostros. En aquella época del año, plena primavera, Madrid resultaba una ciudad de lo más soleada y con unas temperaturas agradables, aunque Verónica seguía teniendo frío algunos días cuando iba a la universidad por las mañanas. Anduvieron con paso tranquilo hasta el portal de Verónica, aunque si fuese por ella estarían recorriendo aquella distancia corriendo, y subieron por las escaleras hasta el segundo piso.

Entraron en el piso, poco más que un apartamento con una cocina, un baño, un salón generoso y una única habitación. Verónica, tras cerrar la puerta, fue a su habitación para dejar sus cosas e indicó a John que podía dejar sus cosas en la mesa del salón. Después le hizo de guía por el pequeño piso, tras lo cual se sentaron en el sofá y encendieron la televisión para ver alguna serie. Al poco tiempo llegó la comida que habían encargado mientras anduvieron de la estación del metro al piso. Desplegaron toda la comida sobre la mesa baja que había frente al sofá y se

dispusieron a dar buena cuenta del sushi y la comida italiana. Era una mezcla un poco rara, pero a los dos les gustaban ese tipo de comidas y decidieron hacer una mezcla de ambas. Comieron tranquilamente mientras veían la televisión y hacían numerosas risas por las situaciones de la serie de comedia o por los comentarios que se les ocurrían a raíz de lo que veían.

Cuando terminaron de comer recogieron la mesa y se volvieron a sentar en el sofá. Verónica aprovechó para sentarse algo más cerca de él, así pegados, y para sugerirle ver una película. John sabía perfectamente lo que la joven estaba buscando y no estaba del todo seguro de querer recorrer el camino que ella le estaba proponiendo. Tras dudarle un instante le dijo que pusiera la película que ella quisiera, que él no tenía preferencia por ninguna.

John tenía sentimientos encontrados respecto a Verónica. Ella era una joven atractiva, con una piel tostada, unos rasgos finos y unos ojos marrones muy llamativos. Se sentía atraído físicamente por ella, pero, aunque le era simpática y agradable, no sentía una atracción plena por la joven. Le faltaba algo, algo que los uniese no sólo en lo físico, sino también en lo emocional para poder entregarse a ella por completo.

Verónica escogió una película del montón. No tenía intención de fijarse mucho en la televisión porque su interés y sus cinco sentidos estarían centrados en John. Poco a poco se fue acercando más al joven hasta quedar acurrucada junto a su hombro izquierdo. Pasaron así unos minutos hasta que ella decidió dar un paso más y comenzar a acariciarle la mano. Deslizaba suavemente sus dedos entre los de él, por el dorso de la mano y subiendo de vez en cuando hasta el antebrazo. La reacción del joven, o más bien la falta de reacción, descolocó un poco a Verónica porque, sin llegar a ser una reacción negativa, tampoco era la reacción positiva que ella esperaba encontrar. Supuso que se trataba de los nervios por estar a solas por primera vez en un entorno desconocido para él y por eso siguió con sus caricias.

En un momento que él giró la cabeza para observarla ella vio la invitación para acercar sus bocas y fundirse en un beso. Sus labios se tocaron y saborearon los últimos vestigios del dulzor del postre. Los dos abrieron instintivamente sus bocas y sus lenguas se fundieron y jugaron como si descubrieran un paraje nunca antes explorado. Ambos mantenían los ojos cerrados y dejaban que fueran sus otros sentidos, sobre todo el tacto y el gusto, los que captasen toda la información y prolongaran ese momento de íntima conexión. Verónica comenzó a moverse para sentarse en una posición más cómoda y quedar frente a él. Sin deshacer el beso en ningún momento se movió con agilidad y sin brusquedad hasta quedar sentada sobre las piernas de John, que pasó a rodear las cintura de la joven con sus brazos. La joven pasaba sus dedos por la nuca de John y jugaba a pasarlos por el pelo mientras seguía sentada a horcajadas sobre él. Poco a poco fue bajando sus manos hasta posarlas en el pecho del joven y comenzó a jugar con los botones de su camisa, desabrochando un par de ellos. Justo en ese momento John deshizo el abrazo y el beso y se quedó mirando a los ojos marrones de Verónica.

—No puedo seguir con esto, Verónica. Eres atractiva, simpática y me caes genial, pero no siento una atracción tan fuerte como para practicar sexo o mantener una relación estable contigo.

La joven se quedó inmóvil por un momento, sin saber qué decir o cómo reaccionar. Tras unos segundos de vacilación se quitó de encima del joven y se sentó de nuevo en el sofá. Esta vez sin que hubiese contacto entre ellos, dejando un generoso espacio entre los dos.

—¿Y me tienes que decir eso justo ahora? ¿No has encontrado un momento en todo este tiempo?

La voz de la joven denotaba incredulidad y rabia a partes iguales. Ella creía que él sentía por ella lo mismo que ella sentía por él, pero saber que no era así había herido sus sentimientos.

Podía entender que no estuviese tan colado por ella como para iniciar una relación estable, y menos cuando ella volvería a su Colombia natal en pocos meses, pero no entendía por qué no podía disfrutar de una tarde de sexo, donde sus cuerpos se juntaran y hablaran su propio idioma, sin nadie que los interrumpiera y dejando fluir la imaginación y los sentimientos.

–Verás, Verónica. Como te digo, eres una chica atractiva y me caes genial, eres muy simpática, pero yo necesito algo más para acostarme con una chica y comenzar una relación. Los dos hemos estado tonteando durante casi todo el curso, pero no habíamos dado pasos en ninguna dirección, ninguno de los dos. No quiero decir que cada uno no tengamos nuestras razones para no haber llegado antes a este punto o para haber hablado de esto antes, pero creo que es el momento de parar. Para no hacer algo que no quiero y, sobre todo, para no hacerte daño a ti.

–O sea, que me estás diciendo que pasas de mí.

–No es eso, Verónica –John intentaba utilizar un tono de voz tranquilo y sosegado porque sabía que no convenía echar más leña al fuego–, no paso de ti, pero no quiero hacer algo de lo que luego me vaya a arrepentir, o de utilizarte para tener sexo y luego, quizás, no volver a vernos en un tiempo o nunca más.

Parecía que las palabras de John o su tono de voz comenzaban a surtir efecto y que se abrían paso entre la rabia y el enfado de Verónica hasta llegar a sus oídos. La joven se relajó un poco aunque siguió con el ceño fruncido y una mirada acusadora clavada en los ojos de John. Él no bajaba en ningún momento la mirada, soportando estoicamente todos los reproches que ella le estaba haciendo en silencio. No tenía intención de interrumpirla ni tampoco de dejarla allí sin haber terminado la conversación, así que se armó de paciencia y se dispuso a esperar hasta que ella dijese algo.

La película seguía su curso y generaba un ruido de fondo que rompía un poco la tensión que se había creado en el salón. Verónica seguía en silencio, pero ya no tenía fija la mirada en John, sino que la paseaba por todo el salón y solamente de vez en cuando volvía a posar la mirada en el joven.

–Tengo que beber algo.

Verónica se levantó y se fue a la cocina. Cogió un vaso del armario y lo llenó con agua de la nevera. Necesitaba ordenar sus pensamientos y no se le había ocurrido mejor manera de ganar tiempo que ir a beber algo. Tenía la esperanza de que, al tragar, el agua se llevaría en su camino la rabia y la frustración que sentía. Le había enfadado muchísimo que John no quisiera seguir adelante. Su orgullo femenino se había revelado con brutalidad ante aquel desplante y a punto estuvo de estallar en una amalgama de gritos e improperios.

Mientras bebía agua en la cocina no escuchó ningún ruido proveniente del salón que no fuesen los diálogos y la banda sonora de la película. O John seguía sin moverse en el sofá o había recogido sus cosas y se había marchado con el mayor de los sigilos. Dejó el vaso en el fregadero y volvió al salón, donde encontró al joven en la misma posición que lo había dejado unos minutos antes. La única diferencia era que se había abrochado los botones de la camisa que unos instantes antes soltara ella.

Verónica entró en el salón mas no se sentó en el sofá, sino que lo hizo en una de las sillas de la mesa del comedor. Por el momento quería mantener una distancia prudencial para con John.

Aunque el joven estaba decidido a esperar el tiempo que fuera necesario, pensó que Verónica había tenido tiempo para decir algo, aunque fuese algún insulto o alguna cosa sin sentido. Viendo que la joven no decía nada y apenas le miraba, decidió tomar la iniciativa.

–Verónica, puedo entender cómo te sientes en estos momentos y, seguramente, tengas

sentimientos encontrados. Por un lado querrás soltar toda esa rabia que tienes dentro y por el otro querrás aguantar lo más posible. Yo he decidido ser sincero y parar la situación antes de que no hubiese marcha atrás. ¿No vas a decir nada?

–¿Qué quieres que diga?!

El grito de la joven fue tan agudo que debió de oírse en los pisos de alrededor. John aguantó el impacto de la palabras y habló manteniendo un tono de voz agradable y conciliador.

–No se trata de lo que yo quiera que digas. Lo mismo que yo te he dicho lo que pienso y lo que siento, te doy la oportunidad de que hagas lo mismo y así podemos normalizar esta situación. No me gustaría irme sin haber resuelto esto y después encontrarnos incómodos cuando nos veamos en la universidad o en cualquier otro lugar.

–No sé que decir, John. Me gustas mucho y pensaba que yo también a ti. Bueno, más que pensarlo estaba convencida –a Verónica le costaba abrirse de esa manera a un chico, pero algo en su interior le decía que debía hacerlo, pues al fin y al cabo, él también había mostrado sus sentimientos–. Y de repente me dices que te parezco mona pero que no te gusto lo suficiente.

–Has cambiado un poco mis palabras pero quiero que te quedes con el fondo, por muy hueco que pueda sonarte en estos momentos. Me pareces una chica simpática y agradable, pero yo busco algo más para iniciar una relación. Y no soy de los que le gusta eso de aquí te pillo, aquí te mato.

Verónica resopló largamente al escuchar la palabras de John. Lo veía sentado en el sofá, sin moverse, sin alterarse y mostrando comprensión por la situación. Quería seguir enfadada por haber sido rechazada, pero poco a poco comenzó a comprender que él había actuado con sensatez y con principios.

Bogotá - 8 de octubre de 2017

–¿En qué piensas?

La voz de Elena sacó a Verónica de sus recuerdos y la trajo de vuelta al presente.

–En nada –respondió Verónica forzando una sonrisa–, me he quedado en blanco y no escuchaba nada.

Elena se rio y agarró a su amiga por el hombro para sacarla de la tienda. Llevaban varias horas en el centro comercial y Elena quería volver a casa para descansar el resto del día. Aunque al día siguiente fuese domingo, tenía muchas cosas que hacer, entre ella estudiar y preparar todos los apuntes para el lunes.

Las dos amigas salieron del centro comercial y se dirigieron a la parada del autobús. Como cada una tenía que ir a un lugar diferente montaron en autobuses diferentes. Se despidieron en la parada y se emplazaron para el lunes en la entrada de la universidad.

Elena echó un último vistazo hacia atrás para mirar a su amiga. Aunque le hubiese dicho que no le pasaba nada y que se había quedado en blanco, Elena intuía que algo pasaba. No podía saber qué exactamente ni relacionado con qué o con quién, porque habían hablado de tantas cosas que no encontraba explicación alguna. Viendo que Verónica montaba en el autobús, ella hizo lo mismo, se acomodó en el asiento, sacó los cascos, los enchufó al móvil y comenzó a escuchar música.

Bogotá - 13 de octubre de 2017

Elena llegó al estudio con la sensación de que sería un buen día de trabajo, ajetreado pero tranquilo. De esos en los que la primera vez que miras el reloj ves que ha pasado ya más de la

mitad de la jornada laboral. La joven llegó hasta la habitación que tenía asignada ese día y comenzó a preparar todo lo necesario. Mientras arrancaba el ordenador se cambió de ropa, sacó del bolso los útiles para maquillarse y los dejó encima de la mesa. De la mochila sacó una falda corta de color negro y una blusa blanca con un generoso escote que insinuaba las curvas que se ocultaban debajo pero que no dejaba nada a la vista. Cogió el maquillaje, se delineó suavemente los ojos y se dio un poco de brillo en los labios. No le gustaba mucho maquillarse y tampoco hacerlo en exceso. Con aquellos sutiles toques realzaba sus rasgos de una manera natural.

La tarde avanzaba a buen ritmo y el dinero que estaba acumulando gracias a los pases privados subía también a buena velocidad. Estaba contenta y parecía que los usuarios lo notaban y entraban más a su sala para estar con ella en privado.

Empezó a hablar con un usuario que se acababa de conectar, se presentaron y el de dijo que era de Inglaterra y que se llamaba John. Inmediatamente Elena se acordó de otro John. El John de Madrid, con el que hacía varios días, algo más de una semana, que no hablaba. No habían vuelto a coincidir conectados y ella tampoco le había dado importancia. Lo mismo que la última vez él estuvo de viaje por trabajo, quizá hubiese tenido que salir de nuevo y no le había podido avisar.

Cuando el usuario también llamado John salió de su sala Elena se quedó pensando en el John español. Le apetecía verle de nuevo, hablar con él, que le contara cómo le había ido y en qué estaba trabajando ahora. Casi podía decir que le echaba de menos y le molestaba que no le hubiese dicho que iba a estar ausente unos cuantos días. Aunque no hubiese podido conectarse para decírselo en persona, podría haber buscado un par de minutos para enviarle un mensaje a través de la plataforma. Se quedó pensando cuándo volvería a verle.

Apenas quedaban cuarenta minutos para acabar su turno en el estudio y ni se le pasaba por la cabeza el que John pudiera entrar ese día. Era miércoles y siempre o casi siempre que se conectaba era de jueves en adelante, hasta el domingo. Pensó en escribirle un mensaje, pero luego se dio cuenta de que no lo leería hasta que se conectase para hablar con ella. Siempre y cuando fuese ella la única con la que hablaba en esa página y no le hubiese mentido, porque no sería el primero al que pillara en esa tesitura. Lo que muchos usuarios no sabían era que las chicas, algunas de ellas, se conocían entre sí y comentaban algunos aspectos de los usuarios, tales como si alguno era maleducado o había algún que otro pardillo al que sacarle el dinero con facilidad. Ninguna de las otras chicas del estudio había mencionado ni su nombre de usuario, su nombre real o sus rasgos físicos, así que estaba tranquila por ese lado. Pero había muchos estudios como ese en el país y en el resto del mundo. Muchas chicas a las que poder acudir en caso de querer hablar con alguna de ellas sin temor a que fuesen conocidas de Elena.

La joven se sacudió los malos pensamientos mientras echaba un vistazo por el rabillo del ojo al teléfono móvil. No había vibrado en toda la tarde y no tenía ninguna notificación que atender. Aún así, lo desbloqueo y miro las diferentes aplicaciones y redes sociales por si había alguna novedad importante o alguna última hora. Nada de nada. En su entorno todo estaba igual de tranquilo que el ambiente dentro de aquella habitación.

Media hora. Ese era el tiempo que le quedaba para terminar su turno y volver a casa. Haber pensado en John le provocó una sensación rara, con sentimientos encontrados. Seguía un poco perdida en sus pensamientos cuando vio el nombre. Ese nombre de usuario era inolvidable y lo tenía grabado a fuego en el fondo de su mente. Parpadeó un par de veces para cerciorarse de que estaba viendo correctamente y sí, efectivamente, ahí estaba Skydd. Ahí estaba John.

Nada más conectarse John entró en modo privado, así que podrían hablar tranquilamente y sin ser interrumpidos por otros usuarios.

–¿Qué tal estás, Elena? ¿Cómo va todo?

–Todo va bien, han sido unos días bastante atareados entre la universidad, el trabajo en la tienda y aquí. ¿Qué tal te ha ido a ti? Se me ha hecho raro no verte en tanto tiempo. ¿Has estado de viaje?

Elena no pretendía ser borde o interrogar a John sobre su ausencia, pero sí que había hablado con un ligerísimo tono de reproche apenas perceptible.

–Han sido unos días bastante complicados. Mucho trabajo y los últimos tres días he estado enfermo, todo el día en cama con fiebre alta y dolores en los riñones.

Elena se sintió mal por haber llegado a dudar de las razones por las que John no se había conectado y se fijó con más interés en la cara del joven. Entonces vio que, alrededor de los ojos grises, el madrileño tenía restos de ojeras y sus labios guardaban los restos de alguna calentura producto de la fiebre sufrida los días anteriores.

–Siento escuchar que has estado enfermo pero, ¿estás recuperado ya, verdad?

El finísimo tono de reproche había desaparecido para dejar paso un claro tono de preocupación por la salud del joven.

–Sí, ya estoy bien. Tengo que coger el ritmo habitual de vida y de trabajo, pero nada comparado con lo pasado estos días atrás.

Continuaron hablando, contándose lo ocurrido en sus vidas durante esos días. Elena le contó que empezaba a estar un poco estresada porque se acercaban los primeros exámenes de la universidad. Llegaba el tiempo de dedicarle cada segundo a los estudios, reduciendo su ya de por sí poca vida social, y centrarse en sacar adelante el curso. Le contó que su padre biológico había seguido intentando contactar con ella a través de su madre, pero que ella se negaba a hablar con él.

–No quiero juzgarte ni decirte lo que tienes que hacer –le dijo John a Elena–, pero ¿por qué no quieres hablar con él?

Elena se quedó unos segundos en silencio. Ya había llorado delante de John y sabía que podía confiar en él y hablarle de cualquier cosa. Ahora dudaba de si ese era el momento adecuado para hacerlo. O más que el momento, dudaba de si era el lugar idóneo para hablar de algo así. Estaba teniendo un día bastante agradable y no quería terminarlo de mala gana por estropearlo hablando de su padre biológico.

–¿Te importa si dejamos ese tema para otro día?

John negó con la cabeza y cambió de tema para preguntarle por la universidad. Estuvieron hablando sobre las diferentes asignaturas y los exámenes que estaban por venir. Para cuando quisieron darse cuenta apenas quedaban un par de minutos para que Elena acabase su turno. Para John era muy tarde, casi las cuatro de la madrugada, pero como al día siguiente no tenía que trabajar por seguir enfermo, no le importó lo más mínimo.

–Lo siento, John, pero es la hora de marcharme y tengo que dejar la habitación a otra chica que llegará enseguida.

Aprovecharon los últimos minutos para despedirse y quedaron en verse, como tarde, durante el fin de semana.

Elena descendió del autobús y caminó directamente hasta su casa. Al girar la última esquina vio que en su portal había alguien de pie, esperando junto a la puerta. En un primer momento no le dio importancia y continuó avanzando con normalidad, pero al acercarse más al portal la figura



que apoyaba la espalda contra la pared se le hizo conocida. Siguió avanzando con más curiosidad hasta que llegó un momento en el que identificó a quien estaba esperándola en el portal. En cuanto lo supo se paró en mitad de la acera y notó una tensión inmediata recorriendo todo su cuerpo y poniendo todos sus sentidos en estado de alerta. Aquella figura algo encorvada, vestida con unos vaqueros desgastados y una chaqueta que había visto tiempos mejores era la última persona a la que esperaba ver en su vida. No quería que su madre le pasara sus llamadas, se negaba a contestar a sus mensajes y, ahora, tenía que soportar verle al llegar a casa. No sabía lo que querría decirle pero ella no quería ver ni escuchar a su padre biológico.

–Hola, cariño, ¿cómo estás?

–No me llames cariño –le respondió Elena a su padre biológico– y te he dicho en varias ocasiones que no quiero volver a verte ni hablar contigo. Déjame entrar al portal.

–Pero, Elena –insistía el hombre–, si no sabes ni lo que te voy a decir.

–No me interesa, ¿lo entiendes? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero saber nada de ti, que para mi no existes y que no quiero que metas el morro ni en mi vida o ni en la de mi familia?

Las lágrimas, más de rabia que otra cosa, pugnaban por salir de los ojos de Elena, pero la joven las aguantaba porque no quería mostrarse vulnerable ante aquel hombre. No, no se mostraría débil nuevamente. Hizo un gran esfuerzo, reprimió las lágrimas y volvió a hablar.

–Déjame pasar o llamo a la policía.

El hombre fue a agarrarla por el hombro pero Elena, con un gesto rápido, se apartó un metro de su padre biológico. Sacó el teléfono móvil del bolso y comenzó a marcar el número de emergencias. El hombre, al ver que la joven estaba llamando de verdad, se retiró y comenzó a caminar de espaldas, alejándose del portal, pero manteniendo la mirada fija en Elena.

A la joven le temblaban las manos y le costó un par de intentos introducir la llave en la cerradura para abrir el portal. Una vez estuvo dentro y con la puerta cerrada, se dejó caer en las escaleras y se sentó con la cabeza apoyada en las rodillas, con el pelo cayéndole por delante tapando su rostro. Se quedó en la misma postura durante unos minutos, tranquilizándose e intentando contener las lágrimas. El mal rato ya estaba pasado, pero su cuerpo aún permanecía alerta y en tensión, con la adrenalina del momento recorriendo cada rincón. Poco a poco su ritmo cardíaco volvió a la normalidad y sus manos dejaron de temblar. Cuando se encontró más relajada subió las escaleras respirando hondo, abrió la puerta de su casa y, saludando desde la entrada, se dirigió directamente a la cocina, donde sabía que no estarían ni su madre y ni Mario. Dejó el bolso y la mochila en el suelo y metió en el microondas lo que le habían dejado para cenar.

Para que su madre y Mario no la vieran en este estado y le empezasen a preguntar qué le pasaba, se propuso cenar lo más rápido posible e irse a su habitación pronto con la excusa de que tenía mucho que estudiar. No le apetecía revivir lo ocurrido unos minutos antes ni hacerle pasar un mal momento a su madre. Suficiente había sufrido ya por culpa de aquel hombre como para, encima, ahora contarle lo sucedido en el portal.

Mario se acercó a la cocina para saludar a Elena, pero cuando vio la cara de la joven, enseguida supo que algo había pasado. Sus ojos tenían un gesto serio, no de cansancio, sino un leve gesto de contrariedad. Se acercó a la joven y sin decir nada la abrazó con suavidad y le dio un beso en la mejilla.

–Te quiero, pequeña.

Elena miró a Mario y sonrió con naturalidad. Se levantó y abrazó con fuerza a Mario. En esos momentos necesitaba a alguien fuerte con quien poder contar, a quien recurrir en caso de

necesidad. Mario dejó que el abrazo durase lo que Elena quisiera. Si la joven necesitaba ese abrazo, no sería él quien se lo negara. Tras unos segundos, Elena dejó caer los brazos, besó a Mario en la mejilla y se fue a su habitación con el bolso y la mochila en la mano.

Bogotá - 15 de octubre de 2017

Elena se despertó con más sueño del habitual. La noche se le había hecho muy larga y despertarse constantemente no le había ayudado a descansar. Había estado toda la noche dándole vueltas al asunto del encuentro con su padre biológico en el portal y tuvo pesadillas con recuerdos provenientes del pasado. Aunque su madre parecía no querer verlo o haber olvidado todo lo que pasó, ella no podía hacerlo y el haberse encontrado, de manera tan inesperada como forzada, con su padre biológico, trastocó todo su ser. No sólo arruinó el buen día que tuvo, sino que la hizo sumirse en estado de tal debilidad que le costó muchísimo levantarse por la mañana.

La joven hizo un gran esfuerzo para retirar las mantas y levantarse. Después de pasar unos segundos sentada en el borde de la cama, se dirigió al baño para darse una ducha con la esperanza de que el agua se llevase la mala noche, los malos recuerdos y la sensación de debilidad e indefensión.

El agua de la ducha estaba humeando cuando Elena se metió debajo del chorro e intentó dejar su mente en blanco. El agua caliente recorría cada centímetro de su piel y su pelo, cada vez más mojado, se le pegaba a la piel en los hombros y en la espalda. Sus dedos se hundían en la morena cabellera y frotaban los brazos queriendo desprenderse de todo lo negativo. Pero el agua no conseguía llevarse los recuerdos y el intento de dejar la mente en la blanco no estaba funcionando. Los recuerdos de lo acontecido durante meses, hacía ya varios años, volvieron como imponentes imágenes que parecían disfrutar del miedo que estaban generando en la joven.

Elena se vio nuevamente en su habitación, escuchando los gritos provenientes de la habitación de sus padres. Tenía apenas doce años y no era la primera vez que escuchaba un alboroto como aquel en la estancia contigua. Siempre intentaba taparse los oídos, como si el hecho de no escuchar los quejidos de su madre pudiese hacer desaparecer todo lo demás. Sin saber exactamente el por qué y haciendo acopio de un valor que jamás hubiera creído tener, abrió la puerta de su habitación y se pegó a la pared hasta llegar al quicio de la puerta de sus padres. Sin separar ni un milímetro su cuerpo de la pared echó un vistazo al interior y puso imagen a los sonidos, por desgracia, tan habituales. Vio a su madre acurrucada en el espacio entre la cama y la ventana de la habitación. Estaba hecha un ovillo y se protegía la cara y la cabeza con los brazos. Su padre biológico estaba de pie, con la camisa remangada hasta los codos, con un brazo estirado hacia la mujer y el otro levantado hacia atrás, como si estuviese cogiendo impulso para golpear nuevamente a la figura que trataba de protegerse en el suelo. A la joven Elena le pareció que su padre ocupaba mucho más espacio del que realmente ocupaba, se le hacía enorme comparándolo con el tamaño que tenía su madre acurrucada, tratando de evitar ser golpeada en la cabeza.

Cuando el hombre comenzó a bajar el brazo para descargar un nuevo golpe sobre la mujer, Elena no pudo reprimir un pequeño gemido, que fue escuchado por el hombre, quien paró el gesto de manera inmediata y miró hacia la puerta. En cuanto vio a Elena se fue hacia ella sin prestar atención a su mujer. La madre de Elena trató de evitar que el hombre se acercara a su hija y le agarró por el tobillo, pero el hombre se zafó de aquel agarre con un ligero taconeo. La mujer gritaba para que el hombre volviese su atención hacia ella y dejase en paz a su hija. No quería hacerla partícipe de aquella tortura y prefería que toda la furia de aquel hombre recayese en ella.

Su hija no tenía culpa de nada, pero había aparecido en la puerta en uno de los peores momentos.

El hombre se acercó hasta la puerta y se agachó junto a Elena, que se pegó aún más a la pared, hasta casi fundirse con esta. Instintivamente subió las manos hasta la cara, imitando el gesto que había visto en su madre, para protegerse de lo que pudiese suceder, pero el hombre le agarró de los hombros con firmeza y la llevó de vuelta a su habitación. Cuando entraron obligó a la niña a meterse en la cama y le dijo que volvería muy enfadado si volvía a salir de allí sin su permiso. Elena, con el miedo metido en el cuerpo, hizo caso y no se movió un ápice debajo de las sábanas mientras en la habitación de al lado su madre comenzaba a gritar de nuevo. No podía decir cuánto tiempo había pasado, pero finalmente se quedó dormida y despertó al día siguiente cuando su madre la despertó para ir al colegio. Su madre tenía un ojo morado y el labio superior partido en dos lugares, aparte de otros moretones y golpes que la pequeña no podía ver porque estaban ocultos bajo la ropa. Su madre le dijo que se levantara y que fuera a la ducha.

Y ahora, doce años después, volvía a estar bajo una ducha recordando aquel día, no muy distinto a otros muchos que vinieron después.

Dejando aquellos recuerdos a un lado, Elena salió hacia la universidad. Había quedado en la entrada con Verónica y no quería llegar tarde. Cogió algo para desayunar por el camino y montó en el autobús, donde se acordó de lo que le dijo su amiga sobre un chico que solía mirarla y fijarse en ella. Pero ella no veía nada de eso y se concentró en mirar por la ventana y ver las calles pasar.

Bajó del autobús delante de la universidad y vio a Verónica sentada en un banco cercano. Se acercó a ella y se saludaron como todas las mañanas.

–Menuda cara traes –le dijo Verónica a Elena–, ni que hubieses pasado la noche entera hablando con el misterioso John.

Verónica utilizó un tono de voz desenfadado, pero había cierto matiz de intriga en su voz.

–No, no estuve toda la noche hablando con él –contestó Elena-. Bueno, si estuve hablando con él, pero lo que no me dejó dormir fue que al volver a casa me encontré a Rodrigo en mi portal.

Verónica se quedó quieta en el sitio y abrió los ojos de manera desmesurada por la sorpresa. Sabía perfectamente que Elena nunca veía a su padre biológico y que, de repente lo mencionase y encima le dijera que se había presentado en su portal, la dejó perpleja.

–¿Y qué pasó? ¿Te dijo algo?

–No le di la oportunidad de decir nada. Más bien le amenacé con llamar a la policía si no se apartaba y me dejaba entrar en el portal. ¿Te importa si hablamos de otra cosa? No quiero arruinar también el día de hoy.

Su amiga sabía lo mucho que había sufrido Elena a causa de ese hombre y no quiso seguir hurgando en la herida. Si algún día Elena quería hablar de eso, hablarían, sin duda.

–Claro, sin problema. ¿Qué tal con John?

–Bien, la verdad, muy bien. Ha estado enfermo y con mucho trabajo, por eso no hemos podido hablar estos días. Pero ya está mejor, volverá a trabajar pronto y hemos quedado en volver a hablar el fin de semana como muy tarde. Está bastante liado con unos proyectos aeronáuticos.

Verónica sintió que su corazón se aceleraba, lo mismo que la vez anterior, cuando estaban en el centro comercial y Elena le empezó a dar detalles sobre el joven. Eran ya muchas casualidades como para no tratarse del mismo chico. Sabía que era muy complicado y que las probabilidades eran casi remotas, pero los datos estaban ahí y no podía cerrar los ojos. Aunque ahora se le planteaba otro dilema: el cómo decirle a Elena que ella creía conocer a ese chico y que, además,

habían tenido una especie de relación pero sin llegar a nada.

–Oye, sobre ese tal John... –Verónica hizo una pausa mientras se mordía suavemente el labio inferior– Creo que le conozco.

–¿Qué? ¿Cómo le vas a conocer? Anda que no hay chicos que se llamen así en el mundo y que coincidan con su descripción. No digas tonterías.

–No son sólo el nombre y la descripción, también coinciden los estudios que habrá realizado para trabajar en esa empresa aeronáutica y su forma de ser.

–Seguro que son cosas tuyas, Verónica –Elena se mostraba incrédula y en su interior deseaba que su amiga no tuviera razón.

Las dos caminaron un poco en silencio, una buscando las palabras exactas para contarle lo que había ocurrido entre ese joven y ella cuando estuvo de intercambio en Madrid y, la otra, intentando encontrar una explicación lógica a lo que le había contado Verónica.

Llegaron al pasillo donde se desviaba cada una para su clase y se detuvieron junto a la puerta de la clase de Elena.

–¿Comemos juntas y seguimos hablando de esto?

Verónica se quedó esperando la respuesta de su amiga mientras Elena se decidía.

–Sí, claro, podemos comer juntas antes de irme a trabajar a la tienda.

Las dos se despidieron con la mano y se dirigieron a sus clases.

La cafetería de la universidad estaba hasta arriba, como siempre, pero como las dos amigas solían llevarse la comida preparada de casa, aprovecharon el buen tiempo que aún hacía a esas alturas del año para comer en uno de los numerosos jardines de la facultad.

Las jóvenes se sentaron en un banco de piedra bajo y sacaron sus comidas. Fue Elena la que primero sacó el tema de John otra vez a la palestra.

–Aclárame eso de que conoces a John. Aún no logro entender cómo es eso posible.

Verónica terminó de comer el bol de pasta que tenía entre las manos y lo dejó a su lado en el banco antes de contestar.

–Voy a empezar por el principio, a ver si de esa manera no me dejo nada en el tintero. Ya sabes que hace unos años estuve en un programa de intercambio y que pasé un curso entero en Madrid. Pues bien, cuando estuve allí, unos conocidos me presentaron a un chico que coincide con la descripción que haces tu de John. Pelo moreno corto, ojos grises herencia de su abuela sueca, nariz pequeña y estrecha, boca expresiva y cuerpo de deportista, sin llegar a ser de gimnasio –Verónica hablaba seguido, sin apenas respirar–. Era amable, atento, educado, buen estudiante y estaba estudiando ingeniería industrial o algo parecido porque él quería legar a ser ingeniero aeronáutico y trabajar en alguna empresa importante de ese sector.

Verónica dejó de hablar y el silencio se adueñó del espacio entre las dos amigas. Mientras Elena procesaba toda la información, Verónica bebió un poco de agua.

–¿Qué más, Verónica?

–¿Qué más quieres que te cuente, Elena?

–No sé qué quiero que me cuentes, pero sí sé que te estás guardando algo.

Verónica suspiró y apartó la mirada de su amiga para centrarla en la hierba. Había temido que llegara ese momento y ahora no sabía qué decirle. Si le contaba la verdad quedaría en ridículo delante de su amiga y si le mentía estaba la posibilidad de que terminara conociendo la verdad por John. Se encontraba en una situación que había intentado evitar, por eso no había mencionado

nada de la atracción que tuvieron ambos en cuanto se vieron. Era mejor que eso siguiera siendo un secreto entre los dos, pero ahora Elena la estaba poniendo entre la espada y la pared. Tras unos momentos reflexionando decidió que no quería hacer el ridículo y quedar mal delante de su amiga.

—Verás, sé que estás conociendo a ese chico y que te sientes cómoda en su presencia, por eso no quise decirte que estuvimos saliendo juntos. Aquel curso entero que estuve en Madrid, lo pasamos juntos. Nos presentaron a las pocas semanas de empezar la universidad y enseguida surgió la chispa entre nosotros. Los dos sabíamos que yo tendría que volver a Bogotá al finalizar el curso, pero eso no fue impedimento para disfrutar de lo que sentíamos el uno por el otro.

Elena se quedó muda, sin saber qué decir, pero sus pupilas se contrajeron como las de un felino antes de atacar. Sin haber hablado nunca con John sobre qué tipo de relación tenían entre ellos, esta confesión de su amiga era como una puñalada en el corazón. Era obvio que ninguno de los tres podía saber que se encontrarían en esta situación, pero Elena sentía que su amiga la había traicionado por ocuparle durante tanto tiempo que había tenido un novio cuando estuvo en España. Y encima ese novio tenía que ser el mismo chico que se conectase a su sala el día que más necesitaba alguien con quien hablar; el mismo chico simpático y agradable al que echaba de menos cuando estaba más de un día sin ver; el chico que le hacía sentirse bien, valorada y con el que creía ser capaz de lograr cualquier cosa. ¿Cómo asimilar una cosa así, afrontarla y superarla? En esos momentos Elena deseó poder transportarse a un lugar muy lejano, algún lugar en el que no tuviese contacto con nadie y pudiera refugiarse de todo lo malo.

—¿Por qué no me contaste que tuviste un novio en España cuando volviste?

—Porque no íbamos a vernos nunca más y era absurdo estar viviendo uno en cada punta del planeta pensando en el otro. No le quise dar más importancia de la que tenía y por eso no te dije nada. Pero ahora, con toda esta situación, creí que era el momento de contártelo.

Verónica obvió decirle que lo hacía movida por lo celos. Le había mentado a su amiga diciéndole que John y ella habían sido novios cuando en realidad sólo se habían besado y el no había querido tener sexo con ella o mantener una relación más seria. Estaba celosa y no quería que su amiga consiguiera lo que ella no había sido capaz de lograr. No quería ver que, a pesar de la distancia, Elena y John podían encontrar una manera de estar juntos cuando ella no fue capaz de echarle el lazo cuando pasó tantos meses tan cerca de él.

Elena se levantó del banco y se giró para que su amiga no le viera la cara. Las lágrimas estaban a punto de hacer acto de presencia y no quería demostrarle que el hecho de que hubiese estado saliendo con John le afectaba tanto. Porque se acababa de dar cuenta de que John le gustaba, le gustaba mucho. Había tenido muchas dudas sobre si lo que sentía era amor o simple bienestar, pero tras la confesión de su amiga supo que quería a John. Podía parecer absurdo que le quisiera cuando únicamente habían hablado por internet, pero así era. A la vez que se daba cuenta de sus verdaderos sentimientos hacia el joven, también empezó a cabrearse porque él no le hubiese dicho nada de que había estado saliendo durante casi un año con una chica de su país. Para Elena era lógico que habiéndola conocido a ella, al saber que era de Colombia, él le hubiese dicho que había estado saliendo con una compatriota suya. Pero no, él se lo calló. Y ahora a Elena le entraban unas ganas tremendas de saber por qué se lo calló. ¿Acaso Verónica le habló en aquel tiempo sobre una amiga suya y John la había reconocido al conectarse a la página de las modelos webcam?

Elena miró el reloj y se tranquilizó como pudo. Tenía que salir ya para la tienda y no quería llegar en tal estado de nervios. Aduciendo que llegaba tarde se despidió de apresuradamente de Verónica y se fue en dirección a la tienda. El paseo hasta allí le vendría bien para despejarse un

poco y para poner todos sus pensamientos en orden. ¿Vería esa tarde a John y podría hablar con él? No habían concretado cuándo volverían a verse, solamente habían dicho que como tarde sería el fin de semana.

Madrid - 15 de octubre de 2017

John se acostó después de hablar con Elena con intención de quedarse toda la mañana siguiente en la cama. Tras el último viaje de trabajo llegó a casa muy cansado y con algo de malestar. No le dio mayor importancia, pero al día siguiente se encontró muy mal y tuvo que llamar al trabajo para avisar de que se encontraba enfermo y que no iría a trabajar en un par de días. En la empresa le dijeron que el proyecto estaba cerrado, así que no había problema si quería cogerse toda la semana libre.

Se levantó casi a mediodía del jueves. Había estado hablando con Elena hasta casi las cuatro de la madrugada, con lo que había dormido bastantes horas seguidas. Se duchó, se afeitó y se arregló un poco el pelo antes de ir a la cocina y preparase algo de comer. Estaba dudando si le convenía salir a correr o no cuando en la radio comenzó a sonar la banda sonora de la película Rocky, la inconfundible Eye of the tiger del grupo Survivor, lo que le convenció para ponerse ropa cómoda, calzarse las zapatillas de correr y salir a la calle.

Desde que se acordara de la chica colombiana que conoció durante la carrera, pensaba a menudo en ella, en qué habría sido de ella y si se acordaría de él. A él le costó recordar su nombre, aunque sus rasgos los tenía más claros. Era una chica agradable y atractiva, pero no llegó a conectar con ella de una manera más sentimental, más profunda. No era como con Elena, la modelo de webcam, con quien notó una conexión casi instantánea desde el primer momento en que la vio. A Verónica la recordaba como una persona más superficial, no tan consciente de lo que verdaderamente importa en una persona, más preocupada por las apariencias que por lo que realmente quería o necesitaba. Elena, sin en cambio, era todo lo contrario. Elena era una chica a la que le gustaba ver el fondo de las cosas y de las personas, no juzgaba por las apariencias y se esforzaba por conocer lo que había detrás de los ojos de la gente. Aquello fue lo primero que vio John cuando vio a Elena a través de la pantalla del ordenador y lo confirmó con el tiempo cuando siguieron hablando en los días sucesivos.

Salió de casa y notó el aire fresco del mediodía en su cara. Los días pasados en la cama y sin poder salir de casa le habían hecho olvidar el fresco que empezaba a hacer en Madrid a esas altura del año. Para evitar volver a casa sin haber empezado a correr, empezó a trotar cuesta arriba, en dirección hacia un parque en el que solía ejercitarse muy a menudo. Siendo un día entre semana y además mediodía, estaba seguro de que no se encontraría con mucha gente, justamente lo que necesitaba.

Mientras corría por el parque se volvió a acordar de Elena, la joven colombiana con la que tanto disfrutaba hablando. A él siempre le había costado confiar en la gente y abrirse para hablar con tranquilidad y franqueza. Pero con Elena era todo lo contrario, desde el primer día sintió que podía hablar sinceramente con ella sin temor a ser juzgado. Llevaban hablando algo más de un mes. No todos los días, lógicamente, pero si bastantes días cada semana. Excepto por el tiempo que él había pasado enfermo, nunca habían pasado más de dos días sin hablar. Él estaba empezando a sentir cosas más profundas que una simple amistad o buen rollo con ella. Le atraía mucho lo madura que se la veía a pesar de tener cinco años menos que él, saber que había superado profundas dificultades durante su adolescencia y que de ello había surgido una mujer

más fuerte y teniendo claro lo que quería conseguir en la vida. Además, a todas esas virtudes emocionales se sumaban unos rasgos muy armoniosos, con una melena morena que enmarcaba un rostro de piel apenas tostada, con unos ojos de color verde ligeramente rasgados, una nariz pequeña que daba paso a unos labios finos.

Siguió corriendo hasta un pequeño lago que había en el parque y lo rodeó para volver hacia casa. Era un trayecto mucho más corto del que solía hacer habitualmente, pero teniendo en cuenta que aún no se había recuperado del todo de la fiebre y el malestar, John dio por bueno aquel recorrido.

A la vuelta siguió pensando en Elena. Durante los días que había estado enfermo empezó a darle vueltas a la idea de conocer a Elena en persona. Nunca habían hablado de nada de eso, por lo menos de manera explícita, pero era algo que no le importaría hacer. Quería seguir conociendo a aquella joven que tanto le intrigaba y que tanto le gustaba. John pensaba que, si todo seguía como hasta ahora y continuaban conociéndose más, al final llegaría el día en el que se verían en persona, cara a cara. De momento no le diría nada de esto a la joven y tampoco le plantearía la posibilidad de verse en persona. Una cosa era que se llevaran bien y disfrutaran de la compañía mutua y, otra cosa muy diferente, era plantearle a la joven la posibilidad de coger un avión y plantarse en Colombia. Porque de llevar a cabo el plan de verse en persona, el que tenía más recursos para desplazarse al otro lado del charco era él. Tenía un trabajo mejor remunerado que los de ella y, además, Elena aportaba en casa la mayoría del dinero que ganaba para ayudar a sus padres. Aún era demasiado pronto para hablar de conocerse en persona, mas John esperaba que ese momento no se dilatase demasiado en el tiempo.

Bogotá - 17 de octubre de 2017

Habiendo pasado unos días ya desde el incidente con Rodrigo, su padre biológico, Elena decidió contarle a su madre y a Mario, al que sentía como su padre, lo ocurrido en el portal. Como ese día no le tocaba trabajar en la tienda, al salir de la universidad se fue directamente a casa, sin hablar con Verónica y con ganas de comer con su madre y su padre en cuanto llegase a casa.

Se sentaron los tres a la mesa y Mario empezó a servir la comida. Su madre había preparado ajiaco y empanadas. El ajiaco era una sopa a la que se le agregaban ingredientes como el pollo, la crema de leche y las alcaparras. Las empanadas estaban rellenas de patatas, carne y especias aromáticas y eran uno de los platos que más le gustaban a Elena desde pequeña. Normalmente, los días que la joven no trabajaba en la tienda e iba a comer a casa, su madre trataba de cocinar empanadas para Elena.

Sólo quedaba por poner el postre encima de la mesa cuando Elena sacó el tema de lo sucedido unos días atrás en portal.

—Mamá, hace unos días, cuando volvía de trabajar, me encontré con Rodrigo en el portal. Cuando giré la esquina no sabía que era él, solamente veía a un hombre apoyado en la pared, pero cuando me acerqué vi que era él. Intentó hablar conmigo, pero ya sabes que yo no quiero saber nada de él, así que se lo dije. Intentó acercarse a mí y entonces le amenacé con llamar a la policía si no se iba y me dejaba en paz.

Isabel, su madre, se quedó muy quieta en la silla, sin saber cómo reaccionar. En muchas ocasiones Rodrigo había llamado por teléfono para interesarse por Elena y para intentar hablar con ella, pero sin éxito alguno. Isabel siempre trataba de pasarle la llamada a su hija, mas Elena

rechazaba constantemente cualquier contacto con aquel hombre. Y ahora, de repente, le estaba contando que Rodrigo la había estado esperando en el portal con la intención de hablar con ella. Nunca pensó que su exmarido fuese capaz de llegar al extremo de presentarse en su portal sin habérselo comentado a ella. Además, sabiendo el fuerte carácter que tenía Elena.

–Tuve que estar varios minutos en el portal, sentada, hasta que conseguí relajarme un poco para no asustarte ni preocuparte. Sé que Mario supo que algo me había pasado cuando se acercó a la cocina a abrazarme, pero no creo que se imaginara algo de esto.

Mario negó con la cabeza. Mantenía el gesto serio, expectante ante cualquier cosa que se dijese. Sabía, porque ambas se lo habían contado, todo lo sucedido con Rodrigo y, en parte, se sentía el protector de aquellas dos mujeres. Al menos ese era uno de los papeles que él mismo se había impuesto.

–¿Te dijo al menos qué quería?

La voz de Isabel no sonó con la seguridad que ella quería aparentar y dejaba traslucir cierto nerviosismo.

–No le di la oportunidad de decirlo. Ya sabes que no quiero tener relación con él, ni siquiera verle. Espero que no vuelva a acercarse de esa manera, pero como me lo encuentre de nuevo esperando en el portal o en algún otro lugar a que yo llegue, llamo a la policía y lo denuncié por acoso.

–Hija, tampoco hace falta ser tan brusca.

–¿Cómo que no?! ¡Poco he hecho en comparación con lo que nos hizo sufrir a las dos! Sé que tu le has perdonado en parte porque en un tiempo le llegaste a querer, pero yo nunca recibí nada bueno de él. Todo fueron amenazas, palizas y más cosas –Elena hizo una pausa que aprovechó para coger aire–. Mamá, yo he pasado página, he dejado todo eso atrás. No te estoy pidiendo que tu hagas lo mismo, pero no me obligues a tener trato con alguien que lo único que ha hecho a esta familia ha sido daño.

Los tres se quedaron en silencio. Elena siempre se expresaba con claridad y sinceridad. Su madre siempre tuvo una última esperanza de que su hija cediese un poco en el tema de Rodrigo, pero tras las palabras de Elena se dio cuenta que no, que su hija no cambiaría de opinión respecto a su padre biológico. Lo mejor sería dejar el tema a un lado y no volver a sacarlo nunca más. En caso de que volviese a llamar por teléfono tendría que armarse de valor para darle una negativa directamente, sin tener que preguntarle a Elena nada.

A Elena no le gustaba hablarle de esa manera a su madre, pero con el tema de Rodrigo no concedía ni medio milímetro. Esta vez esperaba haber zanjado el tema para siempre y con eso esperaba también no tener que hablar nunca más con ese tono a su madre.

Elena sabía que aquella conversación podía afectarle para la noche de trabajo que le esperaba en el estudio, mas no quería dilatar más aquello. Quería poner punto y final a una etapa de su vida y ahora estaba convencida de poder pasar página definitivamente y cerrar aquel doloroso capítulo.

John llevaba dos días sin aparecer por su sala y estaba algo preocupada. No sabía si sería porque había recaído de su enfermedad o porque simplemente no le apetecía conectarse. Elena esperaba que fuera la primera opción. En su interior tenía un debate que la hacía tener sentimientos encontrados hacia el joven. Quería volver a verle porque le gustaba, aunque no se lo hubiese confesado ni a él ni a Verónica, pero por otra parte no quería verle por estaba enfadada con John por no decirle su aventura con su amiga.



Era viernes y, si John cumplía con lo que había dicho, tendría que conectarse ese mismo día o al día siguiente a más tardar. Elena llevaba ensayando qué decirle y cómo decírselo, aunque lo más probable era que la reacción al verle fuera imprevisible. Todo iba a depender de cómo se encontrara de ánimo cuando se conectase.

Las horas pasaban en el estudio y los usuarios se conectaban y se desconectaban uno detrás de otro. Algunos saludaban, otros le preguntaban alguna cosa sobre los pases privados, otros le decían obscenidades directamente y otros se desconectaban sin haber dicho nada. Económicamente estaba siendo una buena tarde, con pocos pases privados pero muy largos, con lo que las ganancias estaban siendo algo superiores a las de otros viernes.

Durante las horas en el estudio olvidó la conversación mantenida en casa con su madre. Aquel tema era cosa del pasado y ahora tenía otros objetivos por delante. Tenía unos cuantos exámenes en poco tiempo y también tenía que aclarar su situación con John. Respecto al joven, podría tomar decisiones más coherentes y menos viscerales una vez que pudiese aclarar todo el tema de Verónica con él.

Bogotá - 18 de octubre de 2017

–Hola, Elena, ¿Cómo estás?

John habló a Elena antes incluso de que ella se diera cuenta de que él estaba conectado.

–Hola, John. Estoy bien, ¿y tú? ¿Dónde has estado estos días?

John encajó el ataque de Elena sin ningún gesto que denotase si le había molestado o no. No sabía por qué ella se mostraba tan directa, pero mantuvo la calma para intentar aclarar la situación. Quizá no tuviese nada que ver con él y fuese algo relacionado con su vida familiar o con la universidad.

–He tenido una pequeña recaída con fiebre, pero por lo demás todo muy bien. A ti te pasa algo, ¿qué te ocurre?

John intentó utilizar el tono de voz más neutro que pudo. No quería que Elena se enervase aún más y lo pagase con él.

–He descubierto que tenemos una conocida en común y no me lo habías dicho –Elena decidió ser directa–.

–¿Una conocida en común? ¿Quién?

John no sabía a quién podía referirse Elena. No sabía a quién podía conocer él que casualmente viviese en la misma ciudad que Elena y además se conocieran.

–¿No se te hace conocido el nombre de Verónica, una chica que conociste cuando estabas en la universidad y con la que estuviste saliendo casi todo un curso?

Aquello fue como un destello en la mente de John. Se acordó inmediatamente de Verónica, pero no recordaba que todo hubiese sido tal y como Elena había dicho. El jamás estuvo saliendo con aquella chica y tampoco mantuvo ningún otro tipo de relación con ella.

–Sí, conocí a una Verónica, colombiana, cuando estaba haciendo la carrera, pero nunca estuvimos saliendo.

–No es eso lo que ella me ha contado. Verónica me dijo que os conocisteis a principios de curso en una fiesta, que os presentaron unos conocidos comunes y que a partir de ese momento estuvisteis saliendo hasta que ella, al finalizar el curso, tuvo que volverse a Bogotá.

–De todo lo que ella te ha contado –John intentaba mantener el tono de voz relajado, pero la mentira de Verónica a su amiga sobre la relación que mantuvieron le enervaba en grado sumo–, lo

único que es verdad es que nos conocimos en una fiesta organizada por conocidos comunes. Lo que pasó entre nosotros fue que nos besamos en varias ocasiones, pero cuando ella quiso ir más allá yo me negué porque ella no me gustaba.

—No mientas, John. ¿Por qué iba Verónica a inventarse que mantuvisteis una relación? No tiene sentido hacer algo así.

—Mira, Elena, no sé por qué tu amiga diría algo así, pero te puedo asegurar que las cosas no pasaron como ella te ha contado. Quizá después de tantos años, al fin y al cabo han pasado cinco años, sus recuerdos no son del todo claros y lo que hace es revivir lo que pudo ser en vez de recordar lo que realmente sucedió.

Elena hizo un gesto de desesperación y se levantó de la silla con énfasis. No tenía claro a quién creer. Verónica, su amiga desde hacía numerosos años, quien no tenía ninguna razón para decirle mentira alguna. John, un joven al que acababa de conocer, con el que hablaba con total sinceridad y que nunca le había mentado. O por lo menos eso creía ella hasta ese momento. Volvió a sentarse en la silla y apoyó las manos sobre el teclado.

—No sé lo que creer, John. Sigo sin entender por qué se inventaría Verónica algo así o qué ganaría con eso.

—Tú la conoces mejor que yo, Elena. Si tu no sabes responder a eso, ¿cómo quieres que lo sepa yo? Yo te puedo decir que no me he inventado nada, que no te he dicho ninguna mentira y que siempre he sido sincero contigo. No sé que más decirte para que me creas.

—Entonces, ¿por qué no me contaste que conocías a Verónica?

—¿De verdad crees que en mi cabeza iba a asociar a una chica con la que únicamente me besé en varias ocasiones hace más de cinco años contigo, solamente porque seáis de la misma nacionalidad? Ni siquiera me acordaba de que ella fuese también de Bogotá.

—No sé, John. Quiero tomarme un tiempo para pensar en todo esto, analizarlo todo bien y saber cuál es la verdad detrás de todo esto. Si no te importa prefiero que no hablemos en unos días.

—Elena, entiendo cómo debes de sentirte en estos momentos y mi última intención es hacerte daño o que te lleves una mala impresión de mí. Si lo que quieres es tiempo, me parece perfecto.

Elena le agradeció el gesto, aunque con un tono de voz y una expresión en el rostro que dejaba ver, muy a las claras, que no estaba nada convencida por las explicaciones dadas por John. Como la joven había dicho que prefería no hablar con él en un tiempo, John se despidió y le deseo lo mejor. Le envió un fuerte abrazo y se desconectó. Si ella quería hablarle sabía perfectamente dónde encontrarle.

Elena salió del estudio y se fue caminando a casa. Ese día más que nunca necesitaba despejar bien la mente y dejar entrar aire fresco para analizar bien todo lo sucedido. A medida que caminaba se abstraía de todo cuanto la rodeaba. No le importaba la gente que estuviese en la calle, ni los escaparates de las tiendas que otras veces se paraba a mirar, tampoco la escasa luz de alguna zona provocada por alguna que otra farola fundida. Aquella noche solamente le importaba lo que había dentro de su cabeza.

Como le había dicho a John, no sabía qué creer de todo lo que le habían contado él y Verónica. Las dos versiones resultaban coherentes, pero era evidente que una de las dos ocultaba una mentira o, por lo menos, que no contaba toda la verdad.

Las versiones sobre lo ocurrido coincidían en gran parte y sólo se diferenciaban en lo

ocurrido después de que se conocieran. Los detalles de cómo se conocieron también coincidían y ninguno de los dos había negado que tuviesen algún lío. Pero John le había insistido en que nunca estuvo saliendo con Verónica, que no mantuvo relaciones con ella y que paró cualquier tipo de acercamiento tras decirle a su amiga que no le atraía lo suficiente.

Verónica, por su parte, le había explicado con muchos detalles su relación con John, diciéndole las cosas que hicieron cuando estaban juntos, las actividades a las que se sumaban, las excursiones realizadas, etc. ¿Sería posible que John le hubiese dicho la verdad y que Verónica, su amiga, se hubiese inventado todo aquello? No. Elena pensaba que lo más lógico era que John estuviese contando la verdad a medias para intentar lograr un beneficio con ella. Si hubiese admitido desde el primer momento que Verónica y él se conocieron y tuvieron alguna clase de relación, quizás Elena no se hubiese comportado de la misma manera y no habrían llegado a tener la relación que tenían.

La joven llegó al portal de su casa habiéndole dado miles de vueltas a todas las posibilidades, repasando una y otra vez lo que le contó John y lo que días antes le contara Verónica. Al entrar en el portal y subir hacia su casa aún no había llegado a ninguna conclusión. Por el momento no quería volver a hablar con John. Sentía como si el joven la hubiese traicionado de alguna manera. Decidió que lo que haría sería volver a hablar con Verónica, pero sin decirle que ya estaba en posesión de la versión de John. Quizá volviendo a hablar con su amiga descubriese nuevas pistas o nuevos detalles que le permitieran hacerse una idea mejor de todo lo sucedido y saber, por fin, quién decía la verdad. Una vez sabida la verdad, pondría en orden sus sentimientos y podría actuar en consecuencia.

Madrid - 30 de octubre de 2017

John llevaba varios días con dificultades para concentrarse. Le pasaba en todos los aspectos y en todos los lugares. En el trabajo podía disimularlo algo más porque habían finalizado el último proyecto que le asignaron y se encontraba disfrutando de unos días en los que las tareas no eran urgentes ni las reuniones tan necesarias.

Llevaba dándole vueltas al tema de Elena desde el mismo momento en el que se desconectó de la página. Él fue completamente sincero con ella y le contó, exactamente, lo que ocurrió cinco años atrás entre Verónica y él. No tenía sentido alguno decirle ninguna mentira o maquillar la verdad y no entendía la razón por la que Verónica tuviese que mentir sobre lo ocurrido. No había vuelto a tener contacto con ella desde que se marchara de Madrid al finalizar el curso de intercambio. Mientras habían estado tonteando y viéndose en las pocas fiestas a las que iban sólo intercambiaron los teléfonos, número que ella dejó de utilizar en cuanto volvió a Colombia. Es más, John no se volvió a acordar de Verónica hasta hace unos pocos días, cuando estaba viendo la televisión. ¿Cómo iba a saber él que aquella Verónica que conoció en la universidad era de la misma ciudad que Elena, que se conocían y que además eran amigas? Una cosa era que el mundo fuese un pañuelo, pero desde luego no pensaba que fuese tan pequeño.

Los días siguientes a su conversación con Elena pensó en volver a conectarse a la página, pero rehusó hacerlo porque únicamente hablaba con ella y si ella le había pedido tiempo, no iba a estar molestándola u obligándola a saludarle cuando a ella no le apetecía.

Por una parte le daba rabia el no poder hablar con ella y explicarle que él no había mentido. Ella dijo que no sabía qué creer y él estaba decidido a arrojar toda la luz que fuese necesaria para aclarar todo aquel tema. Pero ahora todo estaba en manos de Elena. La única vía de comunicación que tenían era la página y hasta que él no volviese a conectarse no podrían hablar. Decidió esperar un par de días más para conectarse. Entonces ya habría pasado una semana desde que surgiera la incómoda situación y esperaba que Elena estuviese más tranquila.

Bogotá - 30 de octubre de 2017

Elena había quedado con Verónica para tomar un café y pasar un rato las dos solas. Tras mucho pensarlo, decidió hablar con su amiga sobre lo acontecido con John y ver su reacción. Si Verónica seguía manteniendo la misma versión, estaría claro que el que mentía era el joven madrileño.

Elena le dijo a su amiga que se encontrarían en una cafetería tranquila que había en la calle 98, no muy lejos del centro comercial La Floresta. Tras la experiencia de la inauguración del restaurante asiático, prefería un lugar tranquilo donde poder hablar relajadamente con su amiga y sin el agobio de tanta gente esperando para ser atendidos o lograr una mesa.

Las dos llegaron prácticamente a la par, cada una por un lado de la calle. Verónica saludó efusivamente a su amiga desde la distancia y llegó unos segundos después que Elena a la puerta del local. Ambas entraron y se sentaron en una mesa alejada de la entrada y del pasillo por donde los clientes pasaban a la barra a pedir o para ir al baño. Dejaron sus chaquetas colgadas en las sillas y echaron un ojo a la carta. Un café con un trozo de tarta para cada una estaría bien.

Cuando ambas tuvieron la humeante taza de café delante e hincaban el tenedor en la tarta de queso que habían pedido, Elena le comentó, por encima, la conversación mantenida con John. En ningún momento le dijo que él le había contado su versión, simplemente le dijo a Verónica que John recordaba haberla conocido en la universidad.

–Claro que se acuerda de mí –dijo Verónica–. ¿Cómo no se va a acordar de una chica con la que estuvo saliendo casi un curso entero?

–Bueno, en realidad se acordó de ti porque yo le hablé de ti, no porque estuviésteis saliendo juntos.

Elena aprovechó ese momento para lanzar la primera estocada y ver cuál era la reacción de su amiga. Verónica se irguió levemente y puso los hombros en tensión durante un brevísimo instante para volver a su postura anterior rápidamente, pero aquella reacción no pasó desapercibida para Elena.

–¿Qué le contaste sobre mí?

Elena notó que su amiga se ponía a la defensiva. No había aprovechado la oportunidad para hacer hincapié en que habían estado saliendo juntos, sino que le importaba más qué le habría contado Elena sobre ella.

–Le conté que él y yo teníamos una conocida en común –Elena escogía las palabras con cuidado porque quería ir destilando la información poco a poco para no perderse ninguna de las reacciones de su amiga–. Al principio pareció desconcertado porque dos personas tan alejadas tuviesen a alguien en común. Entonces le dije que pensara en la universidad, en si había conocido a alguien de Colombia. Entonces se acordó de ti.

–Y entonces es cuando te dijo que habíamos estado saliendo juntos durante ese curso.

–No exactamente.

El rostro de Verónica se contrajo por la tensión y sus ojos se abrieron producto de la sensación de caer por un agujero. Se sentía atrapada porque veía que su mentira podía desmoronarse en cualquier momento. Si John le había contado la verdad a Elena y ella le había creído, tendría que dar explicaciones de por qué le mintió. El gesto de tensión se fue tan rápido como había aparecido pero, lo mismo que momentos antes, no pasó desapercibido para Elena, que escrutaba cada movimiento y cada palabra de su amiga con la tenacidad de un sabueso.

–Me dijo que te conoció en una fiesta y que estuviésteis tonteando un tiempo hasta que, un día, saliendo de la universidad, tu le dijiste para que se fuese a tu casa, donde podríais estar tranquilos, viendo la televisión. Él aceptó y después de comer, mientras estabais en el sofá viendo una película, comenzasteis a besaros hasta que él dijo que no podía seguir con aquello porque tú no le atraías lo suficiente.

El rostro de Verónica se convirtió en un lienzo donde los colores iban cambiando aleatoriamente. Primero enrojeció producto de la vergüenza que suponía el que Elena supiese que

había sido rechazada por un hombre. La misma vergüenza que le impulsó a mentir unos días atrás exagerando la relación que hubo entre John y ella era la misma que ahora surgía porque ese dato fuese de dominio público. Después de unos segundos sonrojada, incluso notando el calor subiendo por sus mejillas, su rostro adquirió un tono mucho más claro, blanquecino, como si cualquier rastro de color hubiese querido dejar paso a la blancura más absoluta. Verónica pensó que todo se había acabado, no podría seguir mintiendo por más tiempo. El primer impulso fue gritar y contradecir todo lo que el joven le había contado a Elena, pero entonces se dio cuenta de que su amiga no perdía detalle de sus reacciones y que ya sabía lo que estaba ocurriendo. Elena ya sabía que ella había mentido y ahora estaba esperando a ver cuál sería su reacción.

Verónica recompuso el gesto e intentó mantener la compostura. Tenía que hacer un último intento por mantener su versión y hacer creer a Elena que el mentiroso era John. No sabía cuál sería la reacción de su amiga si descubría que le había mentido.

–¿Cómo se atreve a mentir de esa manera! –Verónica fingió indignación–. Es imposible que dijera que entre nosotros no paso nada. Estuvimos juntos casi un curso entero.

–¿De verdad fue eso lo que pasó?

–Elena, no me puedo creer que pienses que él está diciendo la verdad. Somos amigas desde hace muchos años.

–En eso último tienes razón, Verónica, somos amigas desde hace mucho, pero esta vez te has pasado de la raya.

Verónica vio como ya no estaba entre la espada y la pared, sino que la espada la había atravesado por completo. Elena había dicho, sin decirlo, que era la versión del madrileño la que se creía y destapaba así toda su mentira. Ahora se le planteaba la duda de cómo hacer para intentar salir lo menos desfavorecida posible de toda aquella situación. No sabía muy bien a qué podría aferrarse para que aquella traición, como la había definido Elena, no acabase con la amistad que había entre ellas. Pero tenía que escoger muy bien las palabras, porque tampoco quería parecer una fracasada por haber sido rechazada por un chico. Incluso en aquella situación, más allá ya de toda esperanza de salir indemne, su amor propio y su orgullo seguían teniendo un peso muy importante en sus decisiones.

–Verás, Elena, la cosa es que...

–Piensa bien las palabras que vas a decir, Verónica. Te recuerdo que sé exactamente lo que pasó ente vosotros. No intentes liar más las cosas. Lo que quiero ahora mismo es la verdad. La verdad y saber también por qué me mentiste.

El tono de voz de Elena no dejaba lugar a réplica. Verónica notó cómo se iba haciendo cada vez más pequeña ante la intensa mirada de su amiga. La verdad ya la sabía, pero no el por qué. Y eso era lo más difícil de explicar. Aún se frustraba cuando recordaba que no consiguió mantener una relación con John. ¿Cómo iba a admitir su derrota frente a su amiga?

Verónica se había olvidado de la tarta y del café, que ya no humeaba. No le apetecía beber y tenía el estómago cerrado a cualquier alimento. Si hubiese metido algo a la boca estaba segura que habría sido incapaz de tragar.

–Elena, tienes que entender que es algo complicado.

–¿Qué tiene de complicado? Me mentiste y quiero saber por qué. No creo que eso tenga nada de complicado.

–Pues para mí es algo complicado, ¿vale? –Verónica estaba empezando a enfadarse ante la impaciencia de su amiga–. No tengo claro cómo explicarte lo sucedido.

–¿No será que no quieres admitir que un chico te rechazó? ¿O es que lo que no puedes aceptar

es que un chico que te rechazó se haya fijado en mí?

Hay estaban las dos preguntas a las que Verónica no quería responder. En su interior tenía claras las respuestas, pero una vez que salieran de su boca se desataría una tormenta. A Elena no iban a gustarle sus palabras y menos la respuesta a la segunda pregunta. Verónica mantenía silencio mientras Elena, con las manos rodeando la taza, seguía mirándola fijamente. Ya no había acusación o enfado en sus ojos, solamente un interés por saber lo que diría su amiga. Por lo menos hasta ese momento era su amiga, quién sabía lo que ocurriría después. Todo dependía de lo que dijese Verónica.

—Mira, Elena, me caes muy bien y nos llevamos genial, pero hay cosas que me dan vergüenza admitir incluso delante de ti. La primera vez que mencionaste a John me vinieron recuerdos de mi estancia en Madrid, pero me dije a mí misma que era imposible que aquel chico fuese el mismo al que tú acababas de conocer. Sería mucha casualidad, demasiada, que aquello sucediese. Cuando volvimos a hablar de él y me contaste cómo era físicamente, el trabajo que tenía y algunos otros detalles até cabos rápidamente y supe de quién se trataba. Ya no tenía dudas al respecto y me puse muy nerviosa por si alguna vez él llegaba a decirte algo sobre mí. No porque el supiera que nos conocíamos, sino por comentar que había conocido a una chica colombiana en la universidad —parecía que una vez dicha la primera palabra, todas las demás venían detrás como un torrente imparable. La propia Verónica estaba sorprendida por estar hablando con tanta soltura y sinceridad—. También actué un poco movida por los celos. Tienes que ver que un chico que había pasado de mí ahora se interesaba por ti, por mi amiga. ¿Tú cómo te sentirías?

Elena permaneció en silencio. Había escuchado todo lo que Verónica había dicho, pero la última pregunta, más un ataque que un argumento, le hizo ver que aún quedaban cosas por decir. Así que siguió en silencio mirando a Verónica hasta que esta volvió a hablar.

—Joder, Elena, ya te vale, todo el rato en silencio.

—Es que todavía no has respondido a las preguntas, Verónica.

—Vale, si, lo acepto —Verónica se dio por vencida y decidió sacar todo lo que llevaba dentro, casi escupiéndolo las palabras—, no podía soportar que tú triunfases donde yo fracasé de aquella manera. No puedo entender qué ve él en ti que sea tan diferente a mí. ¿Acaso no tengo un buen físico y lo tenía también cuando estuve en Madrid? ¿No soy lo suficientemente guapa como para poder gustar a cualquier chico? Y encima tienes que ser tú quien le guste, que siempre vas de mosquita muerta, de persona que nunca ha roto un plato. No entiendo cómo ha podido fijarse un hombre como John en una chica como tú.

Elena se quedó sorprendida por lo que le estaba contando su amiga. Se esperaba algunas de las cosas que le había dicho, pero no se esperaba un ataque tan virulento, tan directo y, sobre todo, tan personal. Siempre había creído que su amistad con Verónica era totalmente sincera, que podían hablar de cualquier cosa y que nada podría quebrantarla nunca. Y ahora se rompía la amistad por culpa de una mentira y unos celos totalmente fuera de lugar. Lo que Verónica no sabía era que a Elena no le importaba que hubiesen estado juntos o no hacía cinco años, lo que la molestaba era que le hubiese mentado para intentar sabotear una relación que nadie sabía si algún día llegaría a ser real.

—Sigo sin entender el por qué de todo —Elena intentaba mostrarse calmada una vez que ya estaba enterada de todo—. No me cabe en la cabeza que hayas hecho todo esto para ir de triunfadora y para sabotear una posible relación, cuando John y yo aún nos estamos conociendo y únicamente nos consideramos amigos.

—Claro, para ti es muy fácil decirlo y pensar así, pero la que iba a quedar mal iba a ser yo.

—¿Por qué quedar mal, Verónica? No creo que sea nada malo contarle a una amiga lo ocurrido con un chico, salga bien o salga mal. Pero cuando viniste de Madrid y estuvimos hablando en ningún momento mencionaste a chico alguno. Y ahora, cinco años después, me entero que estuviste tonteando con un chico y me mientes para, según tú, quedar bien y hacerte la triunfadora. Me parece una actitud de lo más pueril. Ahora mismo no sé si lo que siento por ti es rabia, asco, enfado o repugnancia. No me mires con esa cara de sorpresa, Verónica. Creía que eras mi amiga, mi amiga de verdad, pero acabo de descubrir una Verónica egoísta y egocéntrica que es incapaz de mostrar un poco de empatía. Me voy. Espero no verte en un tiempo.

Elena se levantó de la silla, se acercó a la barra del establecimiento, pagó su café y su trozo de tarta y salió por la puerta con paso decidido.

Madrid - 3 de noviembre de 2017

John llevaba varios días sin conectarse a la página, así que pensó que podría conectarse y ver si Elena estaba más tranquila y podían hablar de lo ocurrido. Se conectó pasadas las doce de la noche, hora de Madrid, una hora a la que Elena siempre estaba conectada. Para su sorpresa, la joven no estaba conectada y según la información de la página, llevaba tres días sin conectarse. Decidió esperar un rato y si no aparecía le mandaría un mensaje a través de la plataforma.

Mientras tenía la página abierta en un segundo plano empezó a navegar sin rumbo por internet. De una página a otra y leyendo diferentes artículos sin relación entre ellos. También repasó un poco las noticias y para cuando quiso darse cuenta había pasado casi una hora.

Refrescó la página y comprobó que Elena no estaba conectada. Se fue a la sección de mensajes y se puso a escribir.

Hola, Elena. Espero que estés bien y que la situación en casa también sea buena. He entrado hoy, después de varios días sin conectarme, y veo que tú también llevas varios días sin venir por aquí. Quería decirte que podemos hablar cuando quieras. Si me dices que necesitas más tiempo, lo entenderé y esperaré. Por mi parte tengo muchas ganas de volver a verte y hablar contigo. No me gustaría que el hecho de que conociese a Verónica hace cinco años enturbie la buena relación que había entre nosotros. Tampoco quiero extenderme mucho más y no sé cuándo leerás esto. Simplemente quiero que sepas que estoy aquí para lo que quieras y cuando quieras. Te echo de menos. Te mando un fuerte abrazo.

Bogotá - 4 de noviembre de 2017

Opuestamente a lo que ella pensaba, Elena consiguió dormir toda la noche del tirón. La conversación mantenida con Verónica la tarde anterior no le quitó el sueño ni un segundo. Al contrario, le quitó un gran peso de encima. Bueno, dos. El primero, saber que John le dijo la verdad respecto a lo sucedido en Madrid con Verónica y, lo segundo, haberse dado cuenta de la verdadera naturaleza de su ya examiga.

¿Se podían tener sentimientos tan encontrados por dos personas al mismo tiempo? Elena no dejaba de preguntárselo. La alegría que le supuso saber que John había sido sincero en todo momento con ella contrastaba notablemente con el enfado que le produjo la actitud de Verónica. Tal y como le dijo a ella, mientras estaban en la cafetería, llegó a sentir indiferencia al saber que le había mentado, pero durante el trayecto hasta su casa la indiferencia desapareció para dejar paso al enfado y a la rabia.



Cuanto más pensaba en Verónica más se sorprendía de lo que su amiga había hecho con tal de quedar por encima de los demás y no ver su amor propio herido. Aquel orgullo que Verónica exhibía, Elena no lo había visto nunca. Sí que notó cambio cuando Verónica volvió de España tras el curso de intercambio, pero vio en ella un cambio positivo. Vio a una joven con más seguridad en ella misma, más decidida, con miras más anchas una vez conocido mundo. Mas nunca vio un orgullo desmedido. Aquello era nuevo y no le gustó nada en absoluto. En la cafetería le dijo que no quería volver a hablar con ella en un tiempo y Elena se reafirmaba en aquella decisión. No quería mantener contacto con una persona a la que había considerado su mejor amiga y traicionaba su confianza de aquella manera.

Sin embargo, todo cambiaba cuando pensaba en John. El joven había sido sincero en todo momento y cuando salió el tema de Verónica, no solo no se alteró, sino que intentó explicarse de la manera más correcta. Llevaba varios días sin hablar con él y en esos momentos le pareció que eran demasiados. Echaba realmente de menos al joven, con sus ojos grises atentos a todo, preocupado por si ella estaba bien y siempre dispuesto a hablar, pero sobre todo dispuesto siempre a escuchar. Se le hacía tan raro que alguien la escuchase con la concentración que él lo hacía que, la primera vez que sucedió, le sorprendió muchísimo. Y eso que la primera vez que se vieron ella se pasó la mayor parte del tiempo llorando. Aún se preguntaba cómo era posible que después de aquel primer día, tras aquella primera impresión, John hubiese seguido visitándola y hablando con ella.

Elena lo tenía claro.

Quería volver a verle.

Elena salió de la tienda con paso ligero y despidiéndose de manera apresurada de un par de compañeras. Tenía unas ganas terribles de llegar al estudio, conectarse y esperar a que apareciese John. La sonrisa que dibujaban sus labios no se borró ni un momento durante el trayecto desde la tienda hasta el estudio y permaneció sonriendo hasta llegar a su habitación. Algunas personas en el estudio quizá pensaron que llegaba con muchas ganas de trabajar, pero no sabían que no era el trabajo en sí lo que la alegraba y le dibujaba una sonrisa en la cara, sino que era la casi certeza de a quién iba a ver durante el trabajo. O eso esperaba ella, ver a John otra vez. Por fin. Aunque fue ella quien le pidió tiempo, esperaba que él no se hubiese olvidado de ella y que volviese a conectarse a su sala.

Encendió el ordenador como siempre y espero a que todo el sistema se iniciase, algo que le pareció que ocurrió más despacio que en otras ocasiones. Cuando abrió la página para conectarse le saltó un aviso de que tenía varios mensajes nuevos. No era muy habitual que recibiese mensajes de los usuarios, pero después de varios días sin conectarse tampoco le extrañó demasiado. Abrió la bandeja de entrada y echó un vistazo rápido a los remitentes y los asuntos de los mensajes. De pronto sus ojos se pararon en un mensaje en concreto mientras su corazón se aceleraba. Era un mensaje de John, del día anterior. Elena pensó que eso significaba que él había estado conectándose para ver si volvían a coincidir.

Quería abrir el mensaje, pero sus dedos no respondían a sus deseos. Estaba intrigada por lo que contendría el mensaje, no sabía si serían buenas noticias para ella o no. Y solamente había una manera de salir de dudas y saber lo que ponía en el mensaje: abrirlo.

Poco a poco sus dedos volvieron a funcionar, agarraron el ratón y con una lentitud que incluso le desesperaba a ella misma, acercó el puntero hasta el asunto. Pinchó sobre las letras y esperó

los escasos dos segundos que tardó el mensaje completo en aparecer en su pantalla.

Cerró los ojos mientras se cargaba el mensaje y cuando los volvió a abrir, ahí estaban las palabras de John. Se puso a leerlas sin perder un segundo. El mensaje era algo extenso, sobre todo comparado con los que solía recibir, que le solían decir lo guapa que era, lo buena que estaba o lo que el usuario de turno le haría. Pero sabía que este mensaje era totalmente diferente, tanto en el fondo como en la forma. Trató de olvidarse del resto de los mensajes y se centró en leer cada palabra y captar todo lo que John hubiese querido transmitirle.

El mensaje, que leyó un par de veces más después de darle un primer vistazo, decía lo siguiente:

Hola, Elena. Espero que estés bien y que la situación en casa también sea buena. He entrado hoy, después de varios días si conectarme, y veo que tú también llevas varios días sin venir por aquí. Quería decirte que podemos hablar cuando quieras. Si me dices que necesitas más tiempo, lo entenderé y esperaré. Por mi parte tengo muchas ganas de volver a verte y hablar contigo. No me gustaría que el hecho de que conociese a Verónica hace cinco años enturbie la buena relación que había entre nosotros. Tampoco quiero extenderme mucho más y no sé cuándo leerás esto. Simplemente quiero que sepas que estoy aquí para lo que quieras y cuando quieras. Te echo de menos. Te mando un fuerte abrazo.

Elena se sonrojó mientras releía el mensaje. John, como siempre tan atento, se preocupaba por ella y por la situación de su casa. Sabía que no tenía una situación fácil y, aunque no le había contado todo ni lo sucedido con su padre biológico en el portal, se interesaba por saber cómo le iba todo. Se mostraba comprensivo con el tiempo que necesitaba para ella y para pensar en todo lo ocurrido. Por supuesto él no podía saber que ya había hablado con Verónica y que todo el tema estaba aclarado, pero estaba dispuesto a esperar y ser paciente. A Elena eso le dijo mucho sobre John y reforzó las ideas que tenía sobre el carácter del joven. Le mostraba su deseo de volver a hablar con ella, de estar juntos un rato aunque fuese virtualmente y decía estar siempre para ella. Elena no podía disimular más la sonrisa y dejó que su cara mostrase toda su alegría e ilusión. No sabía si esa tarde vería a John, pero saber que él seguía entrando en su busca haría que la espera fuese menos larga.

Además, él le decía que la echaba de menos. Aquello hizo que Elena fuese un poco más consciente de que lo que ella sentía también por el joven. Ella también le había echado de menos.

La alegría seguía embargándola cuando cambió su estado a disponible en la página y comenzó a trabajar. Sabía que aquella sensación se traducía en una expresión facial y corporal más llamativa, más positiva y más atractiva. Quería aprovechar eso para intentar ganar algo más de dinero. Si podía sacar un beneficio extra por su excelente estado de ánimo, no iba a ser tan tonta como para dejar escapar la oportunidad. El dinero le vendría genial, para aportarlo en casa y para poder hacer alguna compra que deseaba hacer. Hacía mucho que no les compraba nada a sus padres, Isabel y Mario, y quería darles una sorpresa. Sabía que a ellos no les importaba que no les regalase cosas, más que nada porque sabían del tremendo esfuerzo que hacía por estudiar y mantener dos trabajos. Suficiente tenía con vivir su vida y llegar a todo como para tener que preocuparse por hacerles regalos. Pero Elena quería demostrarles de otra manera todo el agradecimiento que sentía hacia ellos. Lo solía demostrar con cariño, caricias, besos y abrazos, pero de vez en cuando le gustaba sorprenderles con algo especial. Podía ser algún complemento, algún elemento decorativo para la casa o algo tan sencillo como unos pasteles.

Parecía que el buen estado de ánimo estaba dando sus frutos. Elena encadenaba pase privado

tras pase privado y apenas tenía tiempo de acomodarse entre uno y otro. Después de un par de horas hizo un pequeño parón para comer y beber algo. La pausa fue corta y cuando volvió a conectarse, no tardó en tener un nuevo usuario en modo privado.

A medida que pasaba el tiempo y los usuarios pasaban por su sala, la alegría con la que Elena había entrado en el estudio y con la que había comenzado a trabajar, se fue tornando en impaciencia. Las horas pasaban y John no se conectaba. Quizá había decidido darle unos días más en vista de que ella no le había contestado al mensaje. Le quedaban dos horas para acabar su turno en el estudio y, siendo consciente de la diferencia horaria entre España y Colombia, empezó a pensar que esa noche tampoco vería al joven por el que sentía algo más que amistad y cariño.

Faltaban pocos minutos para que llegasen las diez de la noche y con ello el final de su turno. Acabaría la jornada de trabajo con las ganas de ver a John intactas, pero también con una gran decepción por tener que esperar más tiempo. Esa tarde no había podido ser. Esperaba fervientemente que el día siguiente fuese el día, el momento en el que él volviese a la página. El momento en el que por fin podría estar de nuevo con el chico que le gustaba.

Bogotá - 5 de noviembre de 2017

De nuevo estaba en el estudio. Después de un día sin sobresaltos y que no destacaría en sus recuerdos por nada especial, Elena llegó al trabajo con ganas, pero sin la enorme sonrisa que lució el día anterior.

Se conectó como todos los días y, pasado un minuto de las seis de la tarde, estaba ya lista para atender a los usuarios que quisieran entrar a una sesión privada. Casi al mismo instante en que ella se conectó, apareció en pantalla el nombre Skydd, el nombre de usuario de John. A Elena le dio un vuelco el corazón. John nunca se conectaba tan pronto, siempre esperaba a que Elena estuviese acabando de trabajar para conectarse. Pero aquel día todo era diferente. La joven supuso que, lo mismo que ella también estaba deseosa de hablar con él, John también querría compartir tiempo con ella. Y él con mucha más razón. Al fin y al cabo fue ella quien le dijo que necesitaba un tiempo. El joven nunca quiso dejar de verla con lo que sus ganas serían, quizá, mayores que las de la propia Elena.

Elena no tuvo tiempo ni de saludar a John porque el joven inmediatamente pasó a modo privado y fue él quien comenzó la conversación.

–Hola, Elena, ¿cómo estás? ¿Cómo va todo?

–¡Hola, John! Va todo mucho mejor. Tenía muchas ganas de volver a verte. Ayer estuve trabajando y vi tu mensaje. Pensé que quizá te conectarías ayer, pero no hubo suerte.

–Lo siento, anduve con mucho trabajo y cuando llegué a casa cené un poco y me fui directamente a la cama.

–No pasa nada –Elena sonreía mientras hablaba–. Me alegro mucho de verte de nuevo y poder contarte algunas cosas que han ocurrido durante mi ausencia.

–Tenemos tiempo de sobra, así que podemos hablar tranquilamente de todo.

–¡Genial! Quería contarte primero el tema de Verónica –el gesto de Elena cambió y, aunque seguía siendo alegre, se puso algo más seria–, porque ya está todo solucionado. Estuve hablando con ella largo y tendido, le di la oportunidad de que me explicase el por qué de la diferencia de vuestras versiones sobre lo ocurrido durante su estancia en Madrid y, finalmente, me contó todo lo sucedido. Me contó cómo te dijo para ir a su casa, que os pusisteis a ver una película y comenzasteis a besaros. Hasta ahí vuestras versiones coincidían, pero como cada uno me contó

cosas diferentes de lo ocurrido después, quise que me contara de nuevo lo sucedido. Cuando le empecé a hacer preguntas algo más directas, empezó a dudar y enseguida noté que no me estaba contando toda la verdad. Tras algo de insistencia por mi parte, terminó por confesar que me mintió la primera vez que hablamos sobre ti y que nunca tuvo relaciones contigo ni mantuvisteis ninguna relación estable durante todo el curso.

John se mantuvo en silencio mientras Elena hablaba y le contaba cómo hizo confesar a Verónica. Porque lo que hizo Elena fue hacerle confesar a base de preguntas o comentarios bien dirigidos.

–¿Por qué te mintió y quiso cargar la responsabilidad sobre mí? –John sentía curiosidad por saber la respuesta.

–Tampoco quiero darle muchas más vueltas, pero según ella, lo hizo por orgullo. No quería quedar mal delante de mí admitiendo que un chico la había rechazado.

John se quedó sorprendido por la respuesta de Elena. No se había imaginado ninguna respuesta, mas en ningún caso se esperaba aquella contestación. No entendía por qué iba a quedar mal delante de su amiga si le decía la verdad de primeras. Él nunca le dijo a Verónica que no fuese una chica simpática y atractiva, lo que le dijo fue que él buscaba algo más en una chica de lo que ella le aportaba.

–John, quería pedirte perdón por no haberte creído a la primera. Sé que nunca me has mentido, pero ella era mi amiga y mi cabeza no lograba discernir lo que era verdad y lo que no. Lo siento.

–No pasa nada, Elena. Es normal hasta cierto punto que te fíes más de una amiga que de un chico que has conocido hace poco tiempo.

–Gracias por su comprensión, John. Por suerte está todo aclarado –siguió diciendo Elena con una amplia sonrisa de nuevo en la cara– y aquí estamos los dos otra vez, cara a cara, y hablando como si todos estos días hubiesen sido uno solo.

Viendo que el tema estaba aclarado, Elena le pidió cambiar de y el joven aceptó de inmediato. Él no necesitaba muchas explicaciones sobre lo ocurrido y se daba por satisfecho sabiendo que ella conocía la verdad y que él se había preocupado durante su ausencia por ella, enviándole mensajes cada cierto tiempo.

Hablaron sobre el trabajo de John. Él le estuvo contando las curiosidades ocurridas en el trabajo los últimos días, las reuniones, lo que había hecho al salir de trabajar, las salidas a correr por las tardes antes de cenar. Le contó que durante una de sus salidas no pudo quitarse su imagen de la cabeza, que le acompañó durante todo el recorrido y que eso le dio fuerzas para ir un poco más lejos, para hacer un esfuerzo más y superarse a sí mismo.

Elena disfrutaba de la conversación. Por un momento se olvidó de que estaba en el estudio y se sentó más cómoda en la silla. Dejó de lado la postura recta que siempre tenía cuando estaba en modo público y subió una pierna, apoyando el pie en el asiento. Así, con una pierna doblada, apoyó la barbilla en la rodilla mientras seguía escuchando al joven. No se perdía ninguna de sus palabras y quería guardar para ella todos los detalles de su voz, el tono que utilizaba en cada momento, el gesto de su cara mientras hablaba y los gestos que, quizá inconscientemente, hacía con las manos al hablar. Quería guardar todo aquello en su memoria porque quería poder verlo incluso con los ojos cerrados.

John se dejó llevar mientras hablaba y le estuvo contando todo lo relacionado con el trabajo y sus momentos de ocio. Le dijo que, de momento, según estaban los proyectos, no tendría que volver a viajar. No se acercaba ningún viaje antes de finalizar el año. Elena le preguntó por los

sitios que solía visitar por temas de trabajo y se murió de envidia cuando él le enumeró varias ciudades europeas: Londres, París, Győr, Berlín, Moscú... La curiosidad de Elena no se daba por satisfecha y quería saber siempre más. Quiso saber si siempre viajaba por Europa o si alguna vez había estado por trabajo en otros continentes. El joven le dijo que no, que por trabajo siempre viajaba por Europa y que las veces que había pisado América o Asia, siempre había sido por ocio, para hacer turismo.

–¿Qué países de América has visitado? –Elena siguió con la barbilla apoyada en la rodilla mientras hablaba.

–Pues, he estado en Estados Unidos, aunque solamente en las ciudades de Nueva York y Miami; he estado en Canadá, en México y en Argentina. ¿Tú has viajado por los países de alrededor?

–No, nunca he salido de Colombia. Me gustaría muchísimo ver otros países y culturas, aprender nuevas cosas y volver habiendo visitado numerosas ciudades y monumentos.

–Bueno, aún tienes tiempo de cumplir ese sueño. ¿Tienes algún destino en particular al que te gustaría ir primero?

–Ufff.. –Elena suspiró y miró hacia el techo– Hay tantos sitios que me gustaría visitar que no sé si puedo elegir uno de ellos en particular. Aunque siempre me han llamado mucho la atención las ciudades París y Nueva York.

–Estoy seguro de que te encantarían ambas ciudades.

Siguieron hablando de viajes, de sitios que les parecían interesantes e hicieron un juego para saber qué ciudades les gustaban a los dos.

El tiempo pasaba y Elena no era realmente consciente de todo el tiempo que llevaban juntos. En un momento dado miró el reloj y vio que habían pasado ya casi dos horas desde que empezara su turno y, por lo tanto, desde que empezara a hablar con John. Se sorprendió tanto que se lo comentó al joven. Él también se sorprendió de que hubiese pasado tanto tiempo, aunque el fuese más consciente de que llevaban bastante rato hablando.

–¿Cuánto tiempo más podremos estar en privado? Veo que todavía te quedan créditos, pero no sé cuántos exactamente.

–No te preocupes por eso ahora, Elena –John dijo aquello con una sonrisa en la cara–, aún tenemos un rato por delante para seguir hablando. ¿Cómo va todo por casa?

–Bien, todo va bien. Mamá y papá están bien, los dos con sus trabajos y contentos. En casa el ambiente es muy bueno y estamos felices los tres. Aunque hace poco tuve un pequeño encontronazo con mi padre biológico.

–¿Qué pasó?

–Pues que uno de los días, al salir del estudio e ir andando a casa, cuando llegué al portal, estaba esperándome apoyado en la pared. Yo no sabía nada de que fuese a aparecer porque, como sabes, no quiero hablar con él o tener ningún tipo de relación con él.

–Me supongo que la situación fue brusca y violenta -dijo John preocupado.

–¡Imagínate! Me acuerdo que doblé la calle que enfila para mi portal y vi a una persona apoyada en la pared. Al principio no distinguí de quién se trataba y seguí caminando normal. Pero cuando me acerqué más al portal, vi que se trataba de él y me puse en tensión. Noté cómo todo mi cuerpo se ponía rígido y en alerta ante lo que podía pasar. No le dejé hablar y enseguida le dije que no quería saber nada de él. Intentó acercarse a mí y tocarme el hombro, pero retrocedí rápido y la amenacé con llamar a la policía como no se marchara. Cuando vio que se lo había dicho con total seguridad y que no iba a dudar ni medio segundo en coger el teléfono y marcar el número de

emergencias, dio media vuelta, se fue y yo pude entrar al portal, donde tuve que estar varios minutos para tratar de calmarme.

Mientras le contaba todo a John, a Elena le pareció vivir todo aquello de nuevo, pero esta vez sin tensión ni preocupación porque se sabía a salvo. Supo entonces todo lo que sintió aquel día y por qué tuvo que estar tanto tiempo en el portal esperando a calmarse. Aquella noche se había enfrentado no sólo a su padre biológico, sino también a sus traumas de la adolescencia. Cuando ella creía que aquello ya lo tenía superado y que por eso no quería volver a hablar con Rodrigo, fue consciente de que lo que llevaba haciendo tanto tiempo con esa actitud era no afrontar todo aquello. Estuvo escondiendo la cabeza para no ver el problema, pensando que así daba por cerrada aquella etapa de su vida. Pero al hablar con John y al volver a sentir lo que sintió aquella noche se dio cuenta por fin que sí, ahora sí que había superado aquello al haberle hecho frente. Inmediatamente notó como un gran peso se le iba de los hombros; dejó de sentir una presión en su pecho y sonrió sin complejos.

–¿Por qué sonríes? –John estaba intrigado ante la reacción de Elena.

–Porque, al contarte lo sucedido, me acabo de dar cuenta de lo que sentí en aquel momento y que con la actitud que tuve, al hacer frente a ese hombre, he dejado atrás aquella etapa tan traumática. Por fin soy libre de aquellos recuerdos y aquellas malas experiencias.

–Me alegro mucho de que hayas conseguido superar todo aquello y si, además, ha sido hablando conmigo, me enorgullece haber ayudado.

Elena bajó el pie del asiento y volvió a sentarse en la silla como estaba al principio de la conversación. Apartó la mirada del monitor, acercó su bolso y rebuscó algo en su interior mientras John le decía aquellas palabras. Una vez que tuvo en la mano lo que quería, volvió a centrar su atención en la pantalla.

–Llevo un par de días pensando en una cosa y siento que hoy te la tengo que decir –sin pretenderlo, Elena se puso algo nerviosa–. No sé si a ti te ocurrirá lo mismo y me gustaría que fueses sincero, tal y como lo has sido siempre hasta ahora. Me gustaría seguir conociéndote más y poder hablar contigo más a menudo. ¿Tú qué piensas?

–Afortunadamente pienso y siento lo mismo que tú. Me di cuenta que quería tener más contacto contigo el día aquel que te he dicho que salí a correr y no me pude quitar tu imagen de la cabeza. Aquel día comprendí que me gustaría poder hablar contigo a la hora que fuese y sin importar el día. Así que sí, a mi también me gustaría poder hablar más tiempo contigo.

–¡Qué bien! –Elena se ruborizó un poco mientras la sonrisa de su cara era sincera y resplandeciente– Tengo una idea que te voy a enseñar y tú me dices si estás de acuerdo.

John le dijo que de acuerdo y se fijó en lo que ella le enseñaba. En cuanto vio lo que era cogió un papel y un bolígrafo que tenía por la mesa y anotó lo que ponía en aquel papel. Había muchas cosas que le habían hecho feliz durante esa noche, en la larga conversación que estaban manteniendo, pero eso era algo de otro nivel. Hizo correr el bolígrafo por el papel y cuando hubo terminado de apuntar, lo repasó y comprobó si era lo mismo que ponía en el papel que Elena seguía sujetando frente a la cámara. Tras verificar que todo estaba correcto, dejó el papel y el bolígrafo.

–He copiado todo, Elena. Me alegra muchísimo que hayamos dado este paso. Sin duda creo que así nos conoceremos mejor y nos ayudará en nuestro día a día.

Elena depositó el trozo de papel de nuevo en el bolso. No quería que nadie lo viese, porque podía acarrearle algún que otro problema en el trabajo. Según las normas, estaba prohibido hacer lo que ella acababa de hacer y no quería dejar ninguna prueba. Como ella y John no usaban el chat

escrito, sino que hablaban desde el primer día, no quedaba constancia escrita de que hubiesen intercambiado aquella información.

De pronto, sin que ella lo esperase, su teléfono vibró un momento y en la pantalla apareció una notificación. Era un mensaje de WhatsApp de un número que ella no tenía guardado. La curiosidad pudo más en su cabeza y miró el mensaje para saber lo que contenía y si con ello podía adivinar el emisor del mismo. En cuanto vio el contenido del mensaje sonrió de nuevo y miró a la pantalla del ordenador para comprobar que John también estaba sonriendo. El mensaje era suyo y le decía lo guapa que estaba cuando sonreía.

Sí, acababan de intercambiar los teléfonos, tal y como Elena y John llevaban varios días queriendo hacer cada uno por su lado sin saber que la otra persona pensaba y deseaba exactamente lo mismo.

Elena, tras ver el mensaje y agregar el contacto de John en el teléfono, como de costumbre, miró la hora antes de bloquear el terminal. Entonces se dio cuenta que eran las nueve y media de la noche. Llevaba todo el turno, las tres horas y media hablando con John. No creía que fuera posible que llevaran tanto tiempo hablando, y menos haciéndolo en privado, con la cantidad de dinero que aquello suponía para el joven.

–Oye, John, ¿sabes que llevamos en modo privado desde que ha empezado mi turno?

–Claro que sí –contestó John sonriendo.

–Pero es demasiado dinero lo que estás gastando. Me siento un poco mal por ello y siento que tengo que devolvértelo de alguna manera.

–No, no, no, Elena, ni se te ocurra. No me has obligado a entrar en modo privado, ha sido mi decisión, así que no tienes por qué sentirte mal. Y mucho menos devolverme nada. No.

–Pero, es que...

–Elena, contéstame unas preguntas –la interrumpió John–. ¿Tenías que trabajar hoy cuatro horas?

–Sí.

–¿Tenías que estar haciendo privados para ganar dinero?

–Sí.

–¿Has estado trabajando las cuatro horas?

–Sí.

–¿Has estado en modo privado y ganando dinero?

–Sí.

–Pues no hay más que hablar. Tu has hecho lo que tenías que hacer, que era trabajar y tener privados. Y mejor, porque has estado tranquilamente sentada en la silla y hablando, lo cual no es muy cansado –dijo John y se echó a reír.

Elena no pudo evitar sentirse contagiada por aquella risa y también se puso a reír. En el fondo le agradecía muchísimo el esfuerzo que estaba haciendo por ella. Sentía que tampoco merecía tantas atenciones, pero su yo interior acabó por aceptar que había una persona a la que le importaba su bienestar por encima de cualquier otra cosa. Aquel joven jamás le había pedido que hiciese nada relacionado con su trabajo, ni bailes eróticos, ni desnudarse, ni simular mantener relaciones... Nada. Aquel joven, tan distante en el espacio como cercano en la mente, al entrar en su sala, quiso conocer a la persona que había detrás de la imagen de la pantalla, y lo consiguió. Vaya si lo consiguió.

–De verdad que no sé cómo agradecerte esto, John. Nunca me había pasado algo así y no sé muy bien cómo encajarlo. Tampoco sé si estoy expresando todo lo que siento, todo ese

agradecimiento, y si tú lo estás recibiendo en la misma medida. Pero, sinceramente te digo, que es algo realmente importante para mí.

Al igual que antes el tiempo había volado, eran ya casi las diez de la noche cuando Elena le estaba agradeciendo a John el tremendo gesto que había tenido al estar con ella en privado todo el turno. A las diez tenía que desconectarse y dejarle la habitación a otra chica.

Los dos se despidieron con normalidad, tal y como lo habían hecho el resto de veces que se habían visto en la página, pero esta vez había algo diferente. Si bien se comportaban normal, se despedían diciendo que se verían otro día y cosas por el estilo, ambos eran conscientes de que, a partir de ese momento, sus conversaciones no serían esclavas de aquella página web, sino que en adelante tendrían la libertad de escribirse cuando quisieran y tenerse el uno al otro al otro lado del teléfono en cualquier momento.

Madrid - 20 de noviembre de 2017

Los días habían cambiado bastante para John desde que intercambiara el número de teléfono con Elena. Si bien seguía visitándola en la página algunos días, ella le dijo que tampoco hacía falta que se pasase todos los días. Ahora que podían comunicarse de manera más continuada, no había motivo alguno para que él estuviera hasta altas horas de la noche conectado para hablar con ella. Eso le permitió empezar a dormir más por las noches, porque cuando se conectaba para hablar con Elena, muchas noches le daban las dos o las tres de la madrugada. Desde que hablaban por WhatsApp había comenzado a irse antes a la cama y con ello vino un mejor descanso.

Ese nuevo hábito debió producir algún cambio en su aspecto exterior porque varios compañeros y compañeras le preguntaron si había recibido buenas noticias últimamente, ya que se le notaba más animado y más alegre que de costumbre. No es que antes fuese una persona seria o distante con sus compañeros, pero sí que era una persona introvertida y a la que le costaba abrirse a los demás y coger confianza. Por eso siempre parecía algo serio, pero no lo era más que cuando la ocasión lo requería.

Pensando en ese cambio que se había gestado en él desde que hablaba más a menudo con Elena, pensó que no era solamente por dormir más y mejor, sino que la presencia de Elena a su lado, mentalmente hablando porque físicamente era imposible, era el detonante principal de aquel cambio. Era su confianza en él, su desmedido deseo de vivir, su alegre naturalidad y su espontaneidad. Todo eso que John estaba descubriendo en Elena le gustaba, le gusta mucho, y hacía despertar en él sentimientos que nunca tuvo hacia ninguna otra mujer. Obviamente, se había sentido atraído por otras chicas e incluso llegó a tener una novia medio formal al terminar la carrera, pero nunca llegó a sentir lo que en esos momentos sentía por Elena. Se estaba dando cuenta de que realmente estaba enamorado de aquella chica de veinticinco años que vivía en la otra parte del planeta, ambos separados por un océano entero.

Bogotá - 20 de noviembre de 2017

Elena llevaba quince días como viviendo en una nube. Su rutina seguía siendo la misma: se levantaba, iba a la universidad, comía, trabajaba tres horas en la tienda, iba al estudio a trabajar cuatro horas y volvía a casa para cenar, estudiar e irse a dormir. Pero la manera de hacer todo aquello había cambiado. La conversación mantenida con John dos semanas atrás provocó cambios en su interior. La joven había tenido, en el pasado, algún que otro conato de relación seria, pero



nunca llegaron a buen puerto. Su desconfianza hacia los hombres, provocada por lo sucedido en su casa durante su adolescencia, no le permitió abrirse lo suficiente a aquellos chicos a los que gustaba y empezar una relación. Los chicos le gustaban, pero su mente siempre encendía las luces de alerta cuando ellos intentaban un acercamiento mayor. Automáticamente se ponía en modo defensivo y la relación se tensaba hasta tal punto que llegaba a su final casi sin haber empezado. Aquellas relaciones no le duraron más que unas pocas semanas, un par de meses la más duradera.

Sin embargo, con John todo parecía diferente. El joven español lo había hecho todo sin hacer nada. Desde el primer día se comportó de manera natural, se fijó en ella y comenzó a hablarle y a interesarse por ella y por lo que rodeaba su vida. Se interesó por la Elena de verdad, no la que se veía en la pantalla de aquella página. Supo hablar cuando hubo algo que decir y supo callar cuando ella necesitaba silencio o soltar alguna lágrima. Porque eso fue otro aspecto que la sorprendió bastante. Las veces que había llorado en su vida siempre fueron en privado. Nunca le habían visto llorar fuera de casa, ni en el colegio, ni en la calle. Y, de repente, se puso a llorar delante de un completo desconocido, quien aguantó todo el tiempo que ella necesitó hasta que se le pasó el mal rato, sin decir nada y esperando a que ella se recuperara.

Aquel joven era diferente. De su manera de hablar y de comportarse se desprendía una sensación de calma y seguridad que ella siempre había anhelado, pero que nunca había experimentado.

Tras haber intercambiado los números de teléfono hablaban mucho más a menudo. Seguían viéndose en la página, pero ahora tenían más libertad para hablarse en cualquier momento. John le mandaba un mensaje de buenos días para que ella lo leyera cuando se levantara y ella le mandaba un mensaje de buenas noches, aunque para ella aún fuese primera hora de la tarde. Empezaron intercambiando esos mensajes y poco a poco comenzaron a hablar más a menudo. Ella le decía cómo le había ido la mañana en la universidad y él le contaba su día en el trabajo. También se enviaban imágenes graciosas o imágenes con mensajes en los que, día tras día, mencionaban lo importante que eran el uno para el otro.

Ninguno de los dos había expresado claramente sus sentimientos por el otro, pero los mensajes, las miradas a través de la pantalla y las imágenes enviadas eran suficientes y prueba palpable que ambos estaban enamorados.

Bogotá - 21 de noviembre de 2017

Elena entraba en la universidad como todas las mañanas. Desde la conversación que mantuvo con Verónica en la cafetería, no había vuelto a verla y, mucho menos, a hablar con ella. Entró por una de las puertas laterales y se dirigió a su clase. No tenía muchas ganas de pasar allí la mañana, pero después de las buenas notas logradas en los últimos exámenes, se obligó a asistir a clase para no perder esa buena dinámica en los estudios.

Le quedaban todavía dos años más para terminar la carrera. Si pudiese dedicarle las mismas horas que el resto de sus compañeros a acudir a clase, habría acabado la carrera el año pasado, mas ella iba a otro ritmo, con menos clases. Le gustaría mucho poder dejar de trabajar en la tienda o en el estudio para poder dedicarse a estudiar, finalizar la carrera y encontrar un trabajo relacionado con sus estudios. Le parecía un sueño y, desde hacía unos días, se imaginaba yendo al estudio, entrando en el despacho del jefe y diciéndole que ya no volvería a trabajar más allí, que

se despedía y que no volvieran a contar con ella. Pero luego la realidad volvía a golpearla de frente, como si chocara con algún obstáculo invisible, y hacía que su ensoñación se disipara.

En mitad del pasillo, cuando ya estaba a punto de llegar a su clase, vio que Verónica venía de frente hacia ella. Como llevaban muchos días sin verse ni hablarse, Elena pensó que Verónica pasaría de largo y que se iría a su clase. Pero, para su sorpresa, la saludó y se paró delante de ella.

–Hola, Elena, ¿cómo estás?

Elena se quedó atónita. Le sorprendió muchísimo que Verónica le hablara como si nada hubiese sucedido entre ellas. Le hablaba cómo si entre ellas todo fuese bien y lo único raro hubiese sido el hecho de no verse en tantos días.

–Hace mucho tiempo que no nos vemos y que tampoco hemos hablado –insistió Verónica.

–Si no recuerdo mal, te dije que no quería volver a hablar contigo –respondió Elena después de haberse desprendido de la sorpresa con un par de rápidos parpadeos–. Si hubiese querido verte o hablar contigo, hubiese sido tan fácil como esperarte por los pasillos o mandarte un mensaje. Pero no he hecho ninguna de las cosas y sabes perfectamente el motivo.

Elena no quería seguir hablando con Verónica, pero su otrora amiga seguía de pie obstaculizando el paso.

–Verónica, no quiero hablar contigo. Déjame pasar, que quiero llegar con tiempo a clase.

–Sólo quería saber si sigues hablando con John o si ya ha perdido el interés en ti y te ha cambiado por otra, porque estoy segura de que eso es lo que va a pasar.

Elena no quiso seguir allí y apartando a Verónica con un brazo se abrió paso y entró en su clase. Se sentó en su sitio de siempre, dejó el material sobre la mesa y, soltando un suspiro, se recostó en el respaldo de la silla.

Faltaba poco para terminar la primera clase cuando su teléfono móvil vibró. Enseguida pensó en John, aunque era raro que le enviara mensajes cuando ella estaba en clase. Normalmente, ella le enviaba un mensaje al salir de clase y era cuando hablaban un rato mientras ella comía antes de ir a la tienda a trabajar.

Cuando el profesor terminó la clase Elena cogió el móvil y vio que el mensaje recibido era de Verónica. Una sensación de disgusto recorrió todo su cuerpo y puso los ojos en blanco un instante. Pensó en eliminar directamente el mensaje, sin leerlo siquiera, pero luego le entró la duda. ¿Y si le estaba escribiendo para disculparse? Elena seguía creyendo que en el fondo la gente era buena y por eso daba siempre una segunda oportunidad. O casi siempre.

Agarró el teléfono, abrió la aplicación y leyó el mensaje.

"Ya veo que sigues igual de tonta que todos estos días. No sé qué te habrá contado John durante este tiempo, pero has cambiado mucho, muchísimo. Antes podías llegar a ser una chica medio normal, sin embargo, ahora no eres nada más que una arrastrada que pierde el culo por un chico al que conoció por internet y que te ha regalado los oídos con lo que querías escuchar para ganarse tu confianza. Ya verás como ahora empezará a pedirte cosas, favores y vete tú a saber qué más. Ese tipo no es merecedor de tu confianza y cuando te falle, porque puedes estar segura de que te fallará, vendrás a mi lado y me dirás la razón que tenía. Entonces yo me pensaré si alguien como tú, carente de toda personalidad, se merece que yo forme parte de su vida. Me has demostrado el tipo de persona que eres al haber dejado de lado a una persona que conoces desde hace mucho tiempo, a una amiga, por un desconocido del que no sabes casi nada y, menos, sus intereses. Te vuelvo a decir que John no es de fiar. Adiós."

Elena se quedó perpleja al leer el mensaje. Cada frase le pareció más inverosímil que la

anterior. El mensaje destilaba rencor, frustración, envidia y celos por todos los lados. Con la rabia a flor de piel, Elena tuvo la sangre fría de hacer una captura del mensaje antes de borrarlo. No tenía intención de enseñárselo a nadie y mucho menos a John. Sabía que las palabras de Verónica no tenían fundamento y que no merecía la pena molestar o preocupar al joven español por unas palabras dichas desde el rencor.

Para no darle más vueltas al asunto ni darle más importancia de la que tenía, Elena se centró en las clases que todavía tenía por delante antes de que llegara la hora de comer.

Mientras caminaba de la tienda de ropa hacia el estudio, Elena volvió a acordarse del menaje de Verónica. Le empezó a dar vueltas a la actitud de la joven y no sacó nada en claro. Estaba descubriendo a una persona totalmente diferente a la amiga que había conocido. Nunca se imaginó que una persona pudiera ser tan diferente por dentro y por fuera. La había tenido engañada durante todos esos años y no sabía para qué. Elena no veía qué beneficio pudo sacar Verónica de haber sido amigas y haber fingido un interés por ella. Era obvio que no buscaba un beneficio económico ni social. Aparte de vivir con lo justo y tener que trabajar en dos sitios a la vez que estudiaba, Elena no tenía unos ingresos a los que Verónica pudiera querer acceder. Y en lo social tampoco es que Elena destacase mucho. En la universidad se mantenía en un segundo plano, sin llamar la atención ni de los profesores ni de sus compañeros. Era evidente que se relacionaba con ellos, pero siempre evitaba que los demás la conociesen demasiado. Verónica era mucho más activa socialmente que ella y no necesitaba de su presencia o presumir de su amistad para verse rodeada de más personas.

Pensando en todo eso llegó al estudio. Al entrar por la puerta de la habitación que habitualmente ocupaba liberó su mente de cualquier cosa relacionada con Verónica y se centró en el trabajo. Encendió el ordenador, se cambió, se maquilló ligeramente y se sentó en la silla dispuesta a trabajar un día más.

Bogotá - 3 de diciembre 2017

Elena disfrutaba del domingo descansando en casa. No tenía que trabajar en la tienda y tampoco iría al estudio; disponía de todo el día para dedicarlo a lo que más quisiera. Aprovechó para dormir un poco más de lo habitual y se levantó cuando el despertador ya marcaba más de las nueve. Al abrir los ojos se entretuvo mirando los rayos de sol que se colaban por las rendijas de la persiana, como flechas disparadas por un arco que buscaban su objetivo en las paredes y en el mobiliario de la habitación. Observó las motas de polvo en suspensión, que parecían bailar con los rayos de sol al son de una melodía inaudible.

Cuando uno de los rayos se posó sobre su cara cerró los ojos para captar el leve calor que le recorría el rostro. Apartó las sábanas y se sentó en la cama. Se acomodó la desaliñada melena y se levantó. Desde la cocina llegaba un agradable olor a tostadas y mantequilla, un desayuno que le gustaba mucho. Anduvo hasta la cocina y se encontró con que las tostadas y el café aún humeaban. Una nota decía que sus padres se habían ido a dar una vuelta y volverían para la hora de comer. Elena se sentó en una de las sillas y cogió la taza de café entre sus manos. Le dio un sorbo y después comenzó a untar mantequilla en las tostadas. Le gustaba mucho ese desayuno, pero no podía permitirse tanto tiempo para desayunar entre semana, siempre con las prisas por llegar a tiempo a la universidad. Disfrutó de los bocados a las tostadas y del sabor de la mantequilla. Al

girar la cabeza para ver si había más café vio que Mario había comprado el periódico y que lo había dejado sobre la encimera. Estiró el brazo derecho, alcanzó el diario y se puso a leerlo de atrás para adelante, como siempre hacía. Era una costumbre que le venía de cuando era más pequeña. Recordaba que siempre le habían gustado los crucigramas y los dibujos de buscar los errores, las dos cosas que primero se encontraban si se abría el periódico por atrás. De aquella época le quedó la costumbre de empezar a leer el diario y las revistas por el final.

Pasaba las hojas leyendo los titulares de las noticias y, si alguno le llamaba la atención por cualquier cosa, entonces leía la noticia. Tras pasar las secciones de cultura, deportes, internacional y los clasificados, llegó a la sección de noticias locales. Aquella parte siempre la leía con algo más de interés, no fuera a ser que conociera algo o a alguien mencionado en las noticias. Era más por curiosidad que por estar al día de lo que ocurría a su alrededor. Obviamente le gustaba saber cómo estaban las cosas a su alrededor, pero no era necesario leer las noticias a diario para darse cuenta de todo lo que ocurría en la ciudad.

De pronto un titular llamó su atención. En él se podía leer que un padre había pegado tal paliza a una de sus hijas que la había mandado al hospital en estado bastante grave. Aunque sabía lo que se encontraría si seguía leyendo la noticia, Elena desplazó su vista por todas y cada una de las líneas de la noticia y no perdió detalle de todo cuanto se decía.

Entonces no pudo evitar recordar.

Bogotá – 16 de agosto de 2012

La pequeña Elena se levantó como todos los sábados, contenta por no tener que ir al colegio y poder pasar tiempo con su madre. Le gustaba hacer galletas con ella y leerle la receta para que su madre probara a hacer algún plato diferente. Las dos se lo pasaban muy bien juntas y solían reírse mucho durante aquellas jornadas culinarias. En ocasiones, para mayor alegría de su hija, Isabel solía hacer un gorro de cocinero de papel y se lo colocaba a su hija en la cabeza. Entonces la sonrisa amplia y pura de Elena iluminaba la cocina y el orgullo de Isabel.

Aquel sábado era como otro cualquiera, así que se levantó y se dirigió a la cocina. Extrañamente estaba vacía. Elena pensó que su madre quizá estuviera aún en la cama, así que fue hacia la habitación de sus padres y abrió la puerta sin llamar. La escena que vio, no por muy vista, dejó de impresionarla. Su madre estaba nuevamente tirada en suelo protegiéndose de los golpes de su marido. Esta vez Elena no se quedó quieta ni se protegió tras el quicio de la puerta. Dio unos pasos hacia donde estaba su madre y se plantó con toda la seguridad que una niña de doce años podía demostrar.

–No hagas eso, papá, por favor.

Su padre la miró y una medio sonrisa apareció en su cara. No era una sonrisa de alegría, sino toda una declaración de intenciones sobre lo que ocurriría si Elena no se iba de la habitación en ese preciso momento. Pero la reacción de su hija fue totalmente diferente a la esperada. Haciendo acopio de todo el valor que pudo encontrar, Elena dio unos pasos más y se puso entre su madre y su padre. Los brazos pegados al cuerpo, el pelo todavía sin peinar, los ojos algo hinchados por todo lo que había dormido y su pijama favorito arrugado.

–No te metas en las cosas de los mayores, niña –la voz de Rodrigo no denotaba sentimiento alguno–. Como no te apartes ahora mismo, también habrá para ti.

La cabeza de Elena le decía que tenía que moverse, pero el cuerpo no respondía a sus deseos. Una fuerza extraña la impulsaba a quedarse quieta, en el mismo sitio, mientras su madre sollozaba

y le hacía gestos a su hija para que se quitase de en medio. Mas Elena no podía ver esos gestos, pues su concentración y su mirada estaban fijas en los ojos y en las manos del hombre que tenía delante, su padre. Isabel alargó los brazos e intentó empujar a su hija ligeramente para obligarla a moverse, pero Elena estaba plantada con fuerza en el suelo y parecía un árbol que se negaba a ser trasladado a otro lugar.

–Está bien, tú lo has querido, niña –dijo Rodrigo, olvidándose por un instante de Isabel.

Agarró con una mano a su hija por el hombro y descargó una bofetada sobre la mejilla izquierda de Elena. La fuerza con la que lo hizo no era la misma que utilizaba con su mujer. Era perfectamente consciente de que con la niña tenía que tener más cuidado si no quería terminar cometiendo una locura. La niña rompió a llorar en cuanto notó la bofetada y el calor de su mejilla subía. No había hecho el más mínimo gesto de defenderse porque en su mente pensaba que su padre no sería capaz de pegarla, por mucho que hubiese amenazado con hacerlo. Trató de protegerse la mejilla con las manos, pero su padre ya estaba descargando otra bofetada en la otra mejilla y, cuando su hija se protegió la cara con las manos, la emprendió con la espalda y el culo. Sabía que podía golpearla en el culo sin provocar ningún daño grave y sin dejar ninguna marca que fuera visible para el resto de la gente. Elena intentó escaparse de la mano que la sujetaba, pero la fuerza de su padre era mucho mayor que la suya. Entonces sus piernas reaccionaron y quisieron ayudarla a salir de la habitación, mas su padre no aflojaba la presión de su mano sobre su hombro. No conseguía separarse de su padre y los golpes seguían cayendo sobre sus nalgas. No eran azotes por haberse portado mal, no. Eran golpes contundentes que buscaban algo más que el dolor físico. Buscaban una dominación sobre ella para que no volviera a discutir ninguna de sus órdenes y para que no volviera a entrometerse en los asuntos de los mayores.

Elena seguía llorando mientras con las manos se tapaba la cara. En un momento que notó que su padre, tras haberla agarrado de la mano, aflojaba la presión sobre su muñeca, aprovechó para moverse rápido y escapar de la habitación. Corrió todo lo rápido que pudo entre el mobiliario de la casa y enseguida llegó a su habitación, donde se metió de nuevo en la cama y se tapó con la sábana y la manta hasta tapar por completo su cuerpo y su cabeza.

En cuanto se metió en la cama dejó de escuchar lo que sucedía en la habitación de al lado. No quería saber si su padre seguía pegando a su madre o si había parado tras haberle pegado a ella. Tampoco sabía qué le había impulsado a meterse entre los dos para intentar parar la agresión sobre su madre. Mientras las lágrimas remitían, el calor de sus mejillas y de sus nalgas no disminuía. Sin duda las marcas de los golpes perdurarían durante todo el sábado y, posiblemente, también parte del domingo.

No era la primera vez que veía a su padre golpear a su madre, pero sí era la primera vez que la ira de su padre caía sobre ella. En ese momento aprendió que no debería llevar nunca la contraria a su padre si no quería recibir otro castigo como aquel, o uno peor. Lo sentía mucho por su madre, porque no podía ayudarla como a ella le gustaría. Las lágrimas de dolor cedieron el paso a las lágrimas de rabia. Cerró los puños con tal saña que los nudillos se le quedaron blancos. Empezó a desear que su padre desapareciera, que se fuera de casa y las dejara en paz a las dos, a su madre y a ella.

Poco a poco fue relajando los puños y las lágrimas dejaron de brotar. Cuando su cuerpo fue desprendiéndose de toda la tensión acumulada en esos pocos minutos pasados en la habitación contigua y debajo de las sábanas, Elena volvió a quedarse dormida.

Bogotá - 3 de diciembre 2017

Elena volvió de sus recuerdos con un estremecimiento. Afortunadamente, Rodrigo no formaba parte de su vida, ni de la de su madre, desde hacía ocho años. Los recuerdos pasaron con rapidez por su cabeza, o por lo menos eso le pareció a ella, porque cuando tomó otro sorbo de café, comprobó que se había enfriado, lo mismo que las tostadas con mantequilla. Metió la taza de café en el microondas para calentarlo un poco y después, una vez caliente, mojó las tostadas en el café para terminar de desayunar.

Al acabar se fue a la sala y se puso a ver una serie. Necesitaba despejar su mente y esa era la manera más sencilla y más rápida.

Bogotá – 4 de diciembre de 2017

El despertador sonó de nuevo como cada lunes. Elena se levantó con ánimo después de un domingo dedicado a relajarse y a desconectar. Cuando apagó el despertador se dio cuenta de que el móvil tenía una luz parpadeando, haciendo saber que tenía alguna notificación pendiente de leer. Agarró el teléfono, revisó las notificaciones y vio que tenía un mensaje de John.

“Buenos días, Elena. Supongo que esta tarde trabajarás en el estudio. Si es así, quiero comentarte una cosa”.

El mensaje no decía más. Elena se quedó mirando la pantalla, en un intento inútil de que apareciera algún otro mensaje que le aclarase un poco lo que John quería decirle. Las últimas veces que habían hablado todo había ido como siempre; seguían hablando con regularidad en la página, pero lo hacían aún más por WhatsApp. No había notado nada raro durante sus últimas conversaciones. Más bien todo lo contrario, notaba que cada vez estaban más cerca emocionalmente, lo que le había llevado a ella a pensar en la idea de si podrían verse. Elena se preguntaba si llegaría a existir la posibilidad de conocer en persona a John. Su mente comenzó a fantasear con la idea unos días atrás y, desde entonces, se había imaginado cientos de escenarios diferentes en los que podrían encontrarse y conocerse. Porque, aunque ya se conocían mucho, nada como el contacto directo entre dos personas para conocerse de una manera más profunda, más íntima, más completa.

La joven se preparó, desayunó y salió de casa para ir a la universidad. Los lunes tenía una clase menos, lo que le daría más tiempo para comer y descansar un poco al mediodía, antes de ir a trabajar a la tienda.

La mañana en la universidad se le estaba haciendo eterna. El reloj parecía ir en su contra y tenía la sensación de que los minutos pasaban con mucha más lentitud de la habitual. Miraba el reloj cada poco tiempo y apenas estaba atenta a lo que decían los profesores. Intentó concentrarse en las clases, coger apuntes y quedarse con algún dato sobre las materias, pero su mente no dejaba de volver, una y otra vez, al mensaje de John. Quería salir de dudas y saber, de una vez por todas, qué era eso que le quería decir. Miró nuevamente el reloj. Quedaban unos minutos para que acabase la segunda clase, a lo que había que sumar dos clases más para dar por finalizada la jornada matutina. Por un momento pensó en saltarse las dos clases que le quedaban, pero luego reflexionó sobre que aquello no haría que el tiempo pasase más rápido y que tampoco le ayudaría a saber lo que John tenía pensado decirle. Así que, intentó por enésima vez concentrarse al

máximo en las clases, se quitó el reloj y lo guardó en la mochila. Quizá si no notaba el reloj en su muñeca no tendría tan presente el mirar la hora.

Llegó la hora de salir de clase, ir a los jardines de la universidad y comer sentada en algún banco. Dejó la mochila junto a ella y sacó los recipientes con la comida del día. Su madre le cocinó algo de pasta el día anterior y ella había aprovechado para hacer una ensalada de pasta para llevarse a la universidad. Comió con la mirada perdida en las nubes y en los pájaros que sobrevolaban los jardines, posándose en los árboles y trinando aleatoriamente. Los más atrevidos incluso se acercaban a los comensales para picotear las migas o los restos que se les habían caído al suelo.

Elena terminó de comer y apoyó la espalda contra el respaldo del banco. Echó la cabeza hacia atrás y su pelo cayó por detrás del respaldo, formando una cortina morena que reflejaba los rayos del sol. Cerró los ojos y aspiró profundamente el aire, captando los aromas de la hierba que habían cortado por la mañana y de los diferentes árboles que la rodeaban. Mientras los olores le llenaban las fosas nasales y despejaban su mente, la imagen de John apareció con fuerza en su cabeza.

Todavía no le había dicho al joven que estaba enamorada de él. Aún no estaba segura ella misma de lo que sentía, pero lo que sabía era que sus sentimientos por el joven eran verdaderos. Teniendo en cuenta su pasado, era un gran paso para ella el saber que podía sentir esa clase de cosas por un chico. Ese fue siempre el talón de Aquiles de sus casi relaciones del pasado. Ahora parecía que las cosas se estaban corrigiendo y que, por fin, podría tener una relación seria de verdad, plena. Pero también se preguntaba cómo era posible mantener una relación seria con una persona que vivía a más de ocho mil kilómetros de distancia y que, aparte de eso, nunca se habían visto en persona. Ella sentía que debían poner remedio a eso, mas las opciones para poder llevar a cabo ese sueño, porque a esas alturas no era más que eso, un sueño, eran pocas y remotas. Estaba descartado que pudiese ser ella la que se desplazara hasta España, más que nada porque no disponía de los recursos necesarios para afrontar un viaje como aquel cruzando el océano y yendo a un país en el que no conocía a nadie excepto a John. La opción más sencilla y más viable era que fuese él quien viajase hasta Colombia. Por trabajo solía viajar frecuentemente al extranjero, pero él mismo le dijo que nunca había estado fuera de Europa por temas de trabajo. A no ser que la empresa abriese nuevos mercados, aquella opción quedaba descartada y dejaba una única posibilidad viable: el viaje de turismo por parte de John.

Elena ya veía el edificio en el que estaba el estudio. Llegaba con tiempo, por lo que esperó unos minutos en la puerta. No le gustaba llegar tarde y tampoco le gustaba llegar demasiado pronto. Esperar dentro a que la habitación en la que trabajaba quedara libre solía oprimirle como si dos paredes la estuviesen aprisionando. Mientras estaba en la calle sacó el móvil del bolso y abrió algunas aplicaciones. Instintivamente abrió WhatsApp y consultó el mensaje que John le había mandado a la mañana. Habían hablado durante el día y ella trató, en varias ocasiones, de hacerle decir algo más sobre lo que quería decirle, pero no hubo manera. Él consiguió evitar el tema cambiando de tema o enviándole alguna imagen.

En esos minutos previos a entrar al estudio y a salir de dudas, Elena releyó el mensaje una y otra vez, queriendo encontrar alguna pista que le indicara algo que John no le había querido decir durante todo el día. Pero no había nada; ninguna pista, ninguna palabra o guiño que la sacara de dudas. Lo malo fue pasar todo el día con la incertidumbre. Era la primera vez que él le hacía algo

así y aunque por una parte estaba intrigada e ilusionada por lo que podría decirle, por otra parte se sentía ofendida porque John le hiciese esperar tanto para hablar con ella.

Elena se había ido haciendo muchas ilusiones durante el día. En los mensajes intercambiados con John durante el día no percibió nada malo o diferente en su actitud hacia ella, así que en su mente volvieron a coger fuerza, mucha fuerza, los pensamientos sobre verse, por fin, cara a cara con el joven. La sonrisa volvió a su cara e hizo que sus pómulos se marcaran con las formas de la felicidad y la ilusión, mientras los ojos lanzaban también chispas de ilusión.

Entró al estudio todavía con algún rastro de aquella sonrisa en la cara. Pasó a su habitación habitual y dejó, como siempre, sus cosas en el suelo. De su mochila sacó la ropa que utilizaría esa tarde: unos pantalones vaqueros cortos que le llegaban a medio muslo y una camiseta de tirantes de color blanco que dejaba el ombligo a la vista. Se cambió de ropa mientras arrancaba el ordenador, se maquilló y, cuando la imagen reflejada en el espejo le pareció adecuada, se conectó a la página con las ganas de ver a John.

El tiempo pasaba y el joven no hacía acto de presencia en la página. Después de llevar todo el día esperando que llegase ese momento para aclarar el contenido del mensaje de John, resultaba que éste no se conectaba. Era cierto que no le había dicho a qué hora se conectaría, simplemente que entraría esa tarde para hablar con ella, pero Elena, presa de la intriga, se imaginó que el aparecería como lo había hecho cuando volvieron a hablar tras unos días, nada más comenzar ella su turno.

Quedaba apenas una hora para que llegaran las diez de la noche y, por lo tanto, su hora de salida del estudio. Por su cabeza empezó a pasar la idea de que John se había olvidado del mensaje que le mandó por la mañana. Prefería pensar que se había olvidado o que le había surgido algún imprevisto, sin posibilidad de avisarla, a que le hubiese mentido. Si le había mentido significaría que Verónica tenía razón y que más pronto que tarde John mostraría su verdadero rostro. Elena se negaba a creer esa posibilidad y trató de desterrar ese pensamiento desde el mismo momento en que le cruzó la mente. No podía aceptar que ese chico atento, preocupado por ella y por su situación, amable, comprensivo y cariñoso hubiese mentido y ahora la dejara en la estacada. Aunque, viendo sus propios antecedentes, no podía descartar la posibilidad de que John se hubiese cansado de ella y de sus inseguridades. Aquello no tenía ningún sentido. Ella se había abierto a él como a nadie anteriormente; le había confiado su pasado tumultuoso, aunque no del todo ni con todos los detalles, pero le había concedido su confianza plena.

Perdida como estaba en esos pensamientos negativos no se dio cuenta que John acababa de conectarse y que estaba entrando en modo privado. Fue su voz lo que la sacó de sus pensamientos y la trajo de vuelta al mundo real.

—Hola, Elena. ¿Te pasa algo? Tienes la preocupación dibujada en la cara.

—Hola, John. No, no me pasa nada tranquilo. Es que me había imaginado que vendrías a primera hora y estaba empezando a pensar que ya no vendrías hoy.

—Y por eso has pensado que me había olvidado de ti, del mensaje que te he mandado o que ya me había cansado de ti.

Elena se quedó en blanco. El joven había leído perfectamente su pensamiento y acababa de verbalizar lo que ella trataba de esconder en la parte recóndita de su mente.

—Puedes estar tranquila, Elena, que eso no ha pasado ni va a pasar. Lo que ha ocurrido es que al salir de trabajar me ha surgido el capricho de ver una película y me he ido al cine. Después he pasado a comprar algo de cenar y he venido a casa, donde he cenado mientras veía unos capítulos



de The Big Bang Theory. Por eso he tardado más de lo que esperabas en conectarme.

Elena se sintió como una tonta y evitaba mirar directamente a la cámara para que John no viese su cara. No quería darle más muestras de su inseguridad ni hacerle ver que se sentía una tonta al saber que él había descifrado rápidamente sus pensamientos con sólo mirarle unos segundos a los ojos.

–Perdona, John. Es que el mensaje, que lo he visto cuando me he despertado por la mañana, me ha generado muchísima intriga y quería saber, cuanto antes, qué es eso que quieres decirme.

–No pasa nada –John rio mientras lo decía–. Sé que quizá ha sido demasiado tenerte intrigada todo el día, pero creo que lo que tengo que decirte te va a gustar.

Elena se acercó más a la pantalla mientras borraba cualquier gesto de contrariedad o de intriga de su rostro. Ahora se concentró completamente en John y en lo que tuviera que decirle. Por fin, tras toda la espera del día, dejaría de estar intrigada.

–La empresa en la que trabajo tiene sobre la mesa un par de nuevos proyectos y, para uno de ellos, está estudiando la posibilidad de abrir un centro en un país latinoamericano o establecer una alianza con una empresa local de allí. En cualquiera de los dos casos, siempre y cuando los proyectos salgan adelante, un pequeño número de personas de Europa tendría que ir un tiempo al país elegido para poner todo en marcha, coordinar los primeros meses y formar en los protocolos pertinentes a las nuevas incorporaciones.

–¿Me estás diciendo que vendrás a Sudamérica dentro de un tiempo? –Elena demostró más alegría e ilusión de la que pretendía mostrar, pero, aún así, era una mínima parte de la alegría que realmente sentía.

–No, aún no sé si el proyecto saldrá adelante, aunque hay muchas posibilidades de que así sea. En caso de que salga adelante, también hay muchas posibilidades de que yo sea uno de los que manden para allí unos meses, debido a la gestión de proyecto que hago aquí.

–¿Y sabes en qué país vais a asociaros con una empresa local o a abrir el nuevo centro?

–Se están barajando varios países: Chile, Panamá, Costa Rica y... Colombia.

Elena se mordió el labio inferior cuando John mencionó su país. También se dio cuenta de que, mientras el joven nombraba los países, ella estuvo aguantando la respiración. Al escuchar Colombia no pudo evitar lanzar un pequeño y agudo grito, producto de la emoción y la ilusión.

–Nunca hemos hablado de la posibilidad de vernos –John continuó hablando mientras Elena seguía sonriendo con los codos apoyados en la mesa y la barbilla apoyada en las manos–, pero si todo esto de la empresa va hacia adelante, quizá sería algo más fácil planificar algo, si es que nos parece bien a los dos eso de vernos en persona.

Elena no supo qué decirle. Llevaba días, semanas, fantaseando con la posibilidad de conocerse en persona y, ahora, de la manera menos esperada, se abrían las puertas a aquella posibilidad. Tenía claro que todo dependía de lo que terminara decidiendo la empresa sobre la idoneidad de un lugar u otro para abrir su nueva sede, pero, en esos momentos, aquel detalle quedó en un segundo plano y se centró en lo que John había dicho y cómo lo había dicho.

Ella intuyó que, con la última frase, él le estaba dando a entender que él si quería conocerla en persona y que todo dependería de si ella también lo quería. Y ella no es que quisiera conocerlo en persona, si no que lo deseaba fervientemente.

–Admito que no me disgusta la idea de conocernos en persona –dijo Elena tratando de disimular la tremenda ilusión que la embargaba e intentando dejar el terreno abierto para que él también mostrase su opinión–. Llevamos bastante tiempo hablando, tanto de viva voz como por escrito, nos llevamos bien y tenemos intereses y gustos parecidos. Si llega a darse la ocasión de

estar en el mismo sitio en persona, creo que podríamos pasar un rato agradable charlando o tomando algo.

–Coincido plenamente con lo que dices, Elena. Tenemos conversación suficiente como para probar a tomar algo juntos si el proyecto sale adelante y si finalmente lo llevan a cabo en Colombia.

–¿Tienes idea de cuándo sabrás si la empresa decide poner en marcha ese proyecto y si te designan a ti para venir a Sudamérica?

–Pues, la verdad es que no puede retrasarse mucho, porque la fecha prevista de los proyectos sería la tercera semana del año que viene, con lo que, para mediados de este mes, la empresa debería tener todo atado.

–Lo bueno es que no tendremos que esperar mucho –dijo Elena sonriendo–. ¿De quién depende luego que te nombren a ti para unirse al proyecto?

John contestó a esa y a otras muchas preguntas que Elena le hizo en relación con el nuevo proyecto y a las preguntas surgidas de sus respuestas. La curiosidad de la joven no tenía límites y, además, estaba alimentada por las ganas y la ilusión, dos fuerzas muy poderosas con las que se podían lograr muchas cosas.

Bogotá - 11 de diciembre de 2017

La semana se presentaba complicada para Elena, teniendo que compaginar los trabajos con el tiempo de estudiar para los exámenes que tenía esa semana. Era lunes y, exceptuando el jueves, tenía mínimo un examen cada día. La joven desayunó en casa mientras daba el último repaso, con los nervios a flor de piel. Siempre le ocurría lo mismo, solía llevar los estudios al día, haciendo un poco todos los días para no tener que pegarse una paliza los últimos días antes de un examen. Y ahora se le presentaba una semana con seis exámenes. Si conseguía sobrevivir y llegar al fin de semana, prometió que lo aprovecharía para dormir y descansar. Independientemente de las notas de los exámenes, se merecía relajarse un fin de semana entero.

Llegó con el tiempo justo a la universidad para entrar en el aula de los exámenes, dejar sus cosas y sentarse en el lugar que tenía asignado. Para evitar carreras por los pasillos, apelotonamientos en las puertas de acceso a la aulas y los empujones y las discusiones en las clases, la universidad había optado por un sistema de asignación de asientos en función de los apellidos. De esa manera todos los alumnos sabían donde tenían que sentarse y podían apurar más los últimos momentos en la biblioteca o en casa para estudiar o dar el último repaso.

Cuando toda la clase estuvo en silencio el profesor repartió las hojas de los exámenes. Elena recibió la hoja y le dio la vuelta para ver las preguntas del examen. Eran diez preguntas y para aprobar se necesitaba una nota mínima de seis. Lo primero que hizo fue leer todas las preguntas un par de veces, como si tuviese todo el tiempo del mundo para hacer ese examen y no solo las dos horas que marcaba el reloj de la pared. Pero siempre había actuado de esa manera, prefería perder cinco minutos leyendo para luego ir más fluida en las respuestas.

Terminó el examen cuando aún quedaba bastante del tiempo estipulado para realizar la prueba. Abandonó el aula y se fue a casa. Durante el período de exámenes no tenía clase y hasta la hora de tener que ir a la tienda aún quedaban más de tres horas. Llegó a casa y aprovechó para repasar el temario del examen del día siguiente.

En casa estaban Isabel y Mario. Su madre no trabajaba fuera de casa y se ocupaba de la mayor parte de las labores del hogar. Mario trabajaba de repartidor en una empresa de mensajería y solía tener diferentes horarios cada semana. Esta le tocaba trabajar de tarde, así que no se iría a trabajar hasta pasado el mediodía.

Mientras iba en el autobús camino a casa, Elena le mandó un mensaje a John para decirle que estaba pensando en no trabajar en el estudio durante esa semana para poder dedicar más tiempo a los exámenes. Le expuso las dudas que tenía sobre si era conveniente que lo hiciera o no. Por un

lado, los exámenes eran lo más importante y quería sacar adelante todas las asignaturas para poder seguir avanzando en el curso sin tener que preocuparse de recuperaciones. Pero, por otro lado, estaba el tema de la necesidad económica. Ella no quería depender de sus padres y tenía como una responsabilidad y una obligación, auto impuesta eso sí, el entregar en casa parte del dinero que ganaba.

John contestó prácticamente al instante de recibir los mensajes de Elena. Le decía que entendía la situación en la que se encontraba, pero que tenía que ser realista. Si decidía seguir trabajando en la tienda y en el estudio, prácticamente se quedaba sin tiempo para estudiar. Si realmente quería sacar todos los exámenes adelante, tal y como ella le había dicho, tendría que dejar temporalmente uno de los trabajos. Y el trabajo más sencillo de aparcarlo a un lado durante la semana de los exámenes era el del estudio. Era un trabajo en el que no tenía que avisar con cierto tiempo de antelación para decir que no acudiría y que, además, después podría retomar sin ningún problema. Sin embargo, si dejaba el trabajo en la tienda, después le costaría mucho volver a conseguir un puesto como aquel, de pocas horas, en la franja horario adecuada y a una distancia correcta de la universidad y del estudio. El joven también le dijo que estaba seguro de que a sus padres no les importaría no recibir el dinero esa semana, más que nada porque nunca se lo habían exigido y en numerosas ocasiones le insistían para que se lo quedara ella.

Elena llegó a casa y se sentó un momento en su habitación analizando lo que John le había dicho. En su interior sabía que el joven tenía toda la razón del mundo, pero en ella seguía anidando cierto sentimiento de culpa si dejaba el estudio, aunque fuese solamente una semana. Tras unos minutos pensándolo, agarró el teléfono, llamó al estudio y pidió hablar con el jefe. Le indicó que esa semana no iría a trabajar en su horario habitual, pero la semana siguiente volvería a trabajar con normalidad. El jefe no le puso pega, pero le recordó que después andaría algo más justa para llegar a conseguir los objetivos con los que trabajaban. Ella le dijo que no le importaba y que trataría de recuperar el tiempo perdido.

Su madre le dijo que la comida estaba preparada justo cuando Elena estaba pensando en dejar los libros un momento y descansar. Se fue a la cocina y se sentó a la mesa, que ya estaba preparada, mientras su madre servía la comida y Mario cortaba el pan. Comieron los tres juntos, le preguntaron a Elena por el examen que había hecho aquella mañana y por los exámenes que tenía durante la semana. Elena les hizo un resumen de los exámenes y les dijo que esa semana solamente trabajaría en la tienda. Ninguno de los dos hizo ningún gesto y se limitaron a decirle que, si ella creía que eso era lo mejor, ellos la apoyaban, como habían hecho siempre con todo.

Después de comer, Elena se preparó para ir a la tienda, a trabajar tres horas. Mario le dijo que, si quería, podía acercarla en coche y Elena aceptó. Montaron en el coche y en unos pocos minutos estaban en la calle contigua a la de la tienda. Aprovechando un semáforo en rojo Elena se bajó del coche y se despidió de Mario.

Entró en la tienda con la mochila al hombro, donde llevaba los apuntes. Si la enviaban al almacén quizá podría repasar un poco después de haber acabado el trabajo correspondiente de ordenar las cajas y el material. En cuanto pasó por delante de la encargada para ir a cambiarse de ropa, esta le dijo que por la mañana habían recibido un pedido y habría que identificar, catalogar y ordenar todo lo que había llegado. Elena le dijo que no tenía ningún problema en hacerlo. Se cambió de ropa y, con la mochila aún al hombro, bajó al almacén dispuesta a hacer el trabajo que la acababan de asignar.

Al abrir la puerta del almacén se encontró con un centenar de cajas en el lado derecho, junto a la pared, esperando a que las catalogaran y las pusieran en su sitio. Elena no perdió el tiempo y

empezó su trabajo, mirando el tipo de producto que había en cada uno de los lotes. Una vez tuvo todos los lotes identificados, abrió la aplicación del inventario en el ordenador del almacén y comenzó a añadir las unidades que habían llegado a las ya existentes. Comprobó que los números cuadraban y entonces se dispuso a colocar cada caja en su sitio. Primero miró dónde iba cada uno de los lotes y se fijó en si había suficiente espacio para acomodar todo lo recibido o si era necesario hacer un reajuste en la distribución de los productos. Miró el reloj para saber cómo iba de tiempo y vio que aún no eran las tres y media, todavía tenía más de hora y media para colocar las cajas. Se puso a ordenarlas, sin prisa pero sin pausa. Antes de colocar cada una de las cajas, comprobaba que realmente tenían dentro lo que marcaba la etiqueta de fuera y después las ponía en la balda correspondiente.

Terminó de colocar todas las cajas y volvió a mirar el reloj. Eran algo más de las cuatro y cuarto, lo que significaba que tenía algo más de treinta minutos para repasar o preparar lo que estudiaría luego en casa. No perdió mucho tiempo apilando los restos del envoltorio del pedido y dejó todo recogido en la esquina opuesta a la entrada, donde se ubicaba la zona de reciclaje.

Agarró la mochila, sacó los apuntes y los abrió. Leyó los títulos de los temas que tantas veces había leído ya y marcó los que creía que peor llevaba. Esos serían los temas que con más ahínco estudiaría al llegar a casa. Si llegaba a casa para antes de las seis, podría adelantar un poco la cena para luego estudiar todo seguido, hasta la hora de irse a dormir, cerca ya de la medianoche.

Bogotá - 15 de diciembre de 2017

Por fin llegaba el mediodía del viernes, habiendo acabado el último examen y teniendo dos días y medio por delante para dedicarlos al descanso y a relajarse. Elena, que los viernes no trabajaba en la tienda, salió de la universidad y se dirigió a la parada del autobús. Se montó en el primer autobús que pasó, que, aunque no era el que más cerca de su casa la dejaba, tampoco tendría que andar mucho hasta llegar a casa. Además, le apetecía andar un poco. No tanto como para irse desde la universidad hasta casa andando, pero sí lo suficiente como para andar un par de calles.

Cuando se bajó del autobús pasó por delante de una pastelería que le llamó mucho la atención. Era un establecimiento nuevo y, por lo que ponía en un cartel, el propietario era originario de España. Echó un vistazo al escaparate y vio un montón de pasteles, con formas y colores diferentes, que parecían llamarla para que entrara y los comprara. Había pasteles alargados con cobertura de chocolate, otros con cobertura de azúcar; había pasteles con varias capas de hojaldre y almendras por encima; también había unos bollos redondos, abiertos por la mitad, con nata sobresaliendo por los bordes. La boca se le estaba haciendo agua y entró en la tienda sin pensarlo mucho. Pidió varios pasteles y al final salió con una bandeja de media docena de ellos hacia casa. Les daría una sorpresa a Isabel y a Mario. A ambos les gustaban los dulces y, que Elena supiera, aún no habían probado los pasteles de esa tienda. Tampoco sabía si ellos conocían la apertura de esa nueva pastelería, así que no sabía si albergaban deseos de probar aquellos manjares que a la vista tenían tan buena pinta.

Entró en casa y, en el mismo momento que dejaba los pasteles encima de la mesa, recibió un mensaje en el móvil. Era John. Por lo que pudo ver en la previsualización del mensaje, le decía algo sobre el proyecto de la empresa. No perdió mucho tiempo en dejar el resto de sus cosas también encima de la mesa, en abrir el mensaje y leerlo entero.

Madrid - 15 de diciembre de 2017

John llevaba toda la semana en reuniones con su jefe y con otros integrantes del equipo a nivel europeo. La empresa estaba decidida a dar el salto al continente americano y quería apostar fuertemente por Sudamérica. Eso quedó claro en la primera reunión, el lunes, tras dar el visto bueno al proyecto de expansión.

Las negociaciones sobre el país idóneo donde establecer la sede estaban siendo más difíciles. Varios de ellos ofrecían beneficios económicos y logísticos, pero tendrían que valorar muy bien la relación entre la inversión necesaria en cada país y los beneficios que después les reportaría.

Cada vez que escuchaba que se mencionaba Colombia, John no podía evitar acordarse de Elena y ver su rostro. Controlaba que ninguna de las sonrisas que pugnaban por salir y alegrar su rostro llegase a pasar de su cabeza, prefería mantener para sí mismo esas sonrisas y la alegría y la emoción que le causaba el recuerdo de Elena y la posibilidad de conocerse en persona. Incluso se había adelantado a cualquier decisión de la empresa y, teniendo en cuenta los países que se barajaban, ya había mirado precios de vuelos a Bogotá desde esos países.

John volvió a centrarse en la reunión y llegó el momento de la votación. Había varios países empatados en cuanto a porcentajes e indicadores, por lo que tocaba elegir cuál seguiría adelante hasta que únicamente quedasen dos entre los que elegir. El joven comprobó con emoción que Colombia era uno de los países mejor valorados y estaba prácticamente seguro de que sería uno de los dos países que quedarían al final. Por un momento dudó de si hablaba su parte racional o emocional. Quizá sus ganas de estrechar aún más la relación con Elena le estaban haciendo valorar Colombia por encima de sus posibilidades reales.

El jefe de John, encargado de la apertura hacia nuevos mercados, dijo en la reunión que el viernes tendrían que tomar la decisión para poder poner todo en marcha para mediados del mes de enero. Había llegado el viernes y ahí estaban, en la sala de reuniones, el jefe de John, John, el director del departamento económico, el director del departamento de logística y los directores de las oficinas de Londres y París, estos dos últimos, por videoconferencia.

Los dos países que mejores valores habían obtenido y que representaban las mejores opciones para establecer la sede que daría cobertura a toda la zona latinoamericana eran Panamá y Colombia. Aparte de las razones económicas, ambos países estaban situados a caballo entre los dos océanos más importantes del mundo y desde los dos se tenía fácil acceso tanto a Norteamérica como a todos los países ubicados al sur del canal de Panamá.

–Bueno, John, tu turno. ¿Cuál de los dos países crees que es el más conveniente?

John se mantuvo unos segundos en silencio. De momento habían expresado su opinión los dos directores que estaban la sala de reuniones y su jefe. Colombia ganaba por dos votos a uno y de él dependía ahora establecer el empate o adelantar un poco más a Colombia. Dijera lo que dijera y votara lo que votara, tenía claro que tenía que hacerlo desde la objetividad y los datos, dejando a un lado sus deseos y motivaciones personales.

–Yo creo que la elección correcta sería Colombia –John trató de hablar con un tono neutro y al ver que todos permanecían callados, optó por razonar su respuesta–. Habiendo obtenido los dos países casi idénticos resultados, a mismo nivel de capacitación y opciones técnicas y humanas, sería más viable optar por el país donde la mano de obra es más asequible. Es lo mismo que realizamos en Europa, con, por ejemplo, la sede de Győr, en Hungría.

John terminó su exposición y esperó a que alguien hablase. Por lógica tendría que ser su jefe quien tomase la palabra para dar la palabra a los directores que estaban en París y Londres. Con

su voto, Colombia ganaba por tres a uno. Todo dependía de los votos de Londres y París. Podían darle el empujón final a Colombia o forzar un empate, lo que les llevaría de nuevo a la casilla de salida y volver a votar de nuevo.

Su jefe les dio la palabra a los dos directores que se encontraban en el extranjero y ambos dieron su opinión razonando sus elecciones. Primero tomó la palabra el director de Londres y su voto fue para Panamá. Expuso sus razones, tales como relaciones comerciales más arraigadas con el país centroamericano y otras. Con ese voto la cosa quedaba con un tres a dos, muy ajustado, a favor de Colombia. Todo se decidiría en la intervención del director francés. Si votaba por Colombia, todo quedaría resuelto, pero si votaba por Panamá, tendrían que empezar de nuevo.

John esperaba en silencio y nervioso las palabras del francés. Comenzó a jugar con bolígrafo entre sus dedos mientras fijaba su mirada en la pantalla de la televisión donde estaban los rostros de los directores de Londres y París.

El director francés tomó la palabra y, sin extenderse demasiado ni perderse en explicaciones huecas, votó.

John salió del trabajo con muchas ganas de llegar a casa. La semana había sido bastante complicada, con numerosas reuniones, llamadas telefónicas y videoconferencias. Además, para poner punto y final a todo ese trajín, la última reunión se alargó más de lo que él tenía previsto a causa de las votaciones para elegir el lugar de la nueva sede la empresa en Latinoamérica.

Entró en casa, dejó el maletín del portátil sobre el escritorio y se fue directo a su habitación. Se desnudó, abrió el grifo del agua caliente de la ducha y, en cuanto el agua estuvo a una temperatura agradable, se metió debajo del chorro para relajarse. Dejó que el agua le recorriera todo el cuerpo, llevándose el cansancio del día y sobre todo la tensión acumulada durante las votaciones. No recordaba ninguna otra situación en la que hubiese estado tan tenso. Mientras estaba rodeado del agua caliente y del vapor que llenaba todo el espacio de la ducha pensó lo cerca que había estado la votación de tener que repetirse.

El director de París comenzó hablando de Panamá y lo hizo con tan buenas palabras que a John se le formó un nudo en el estómago y se le secó la garganta. Se sirvió un poco de agua y tragó con la intención de que el líquido se llevase por delante el nudo, pero no surtió efecto. La tensión que sentía él nada tenía que ver con la que sentían los demás participantes en la reunión. El resto estaba a la espera de la decisión para poner en marcha la parte que les correspondería una vez elegido el país adecuado, mientras que él, aparte de lo que tuviese que hacer una vez designada la nueva sede, estaba movido también por intereses personales.

Finalmente, el francés dio su voto y John respiró. Se dio cuenta de que llevaba unos segundos aguantando la respiración y, cuando volvió a coger aire, la gran tensión que tenía y la opresión que sentía en el pecho desaparecieron. El francés también votaba por Colombia, con lo que la votación se cerraba con cuatro votos en favor del país sudamericano y dos votos para el país centroamericano.

John sintió una alegría inmensa en su interior e inmediatamente quiso contarle a Elena el resultado de la votación. Estuvo hablando unos minutos más con su jefe y el resto de personas reunidas en la sala y después se marchó a su despacho. En ese momento comenzaba realmente el proyecto de la empresa. Llegaba el momento de formalizar las relaciones con los contactos locales, comenzar los procesos de selección en Colombia, la designación de los trabajadores que irían los primeros meses allí para poner todo en marcha, etc. Muchas cosas que se tendrían que

hacer en poco tiempo.

Por un momento estuvo tentado de mandarle un mensaje a Elena para comunicarle la buena noticia, pero luego pensó que si se lo decía por sorpresa en la página, podría ver su cara y no perderse ningún detalle de su reacción. Mas Elena no se conectaría a la página hasta la semana que viene. Según lo que habían ido hablando durante la semana, ella no iría a trabajar al estudio para centrarse en los exámenes y, aunque los terminaba ese mismo viernes, decidió tomarse el fin de semana también libre. A John le pareció una buena idea, porque así ella se despejaba y salía de la rutina constante de clases, un trabajo, otro trabajo, estudiar, dormir y volver a empezar al día siguiente.

John salió de la ducha y se sentó en el sofá, dispuesto a pasar una tarde-noche relajada. Pediría algo de cenar y se pondría una película de acción. El fin de semana se presentaba bastante tranquilo y decidió que lo iba a dedicar a limpiar un poco la casa, hacer algo de ejercicio y leer. Quizá ver algún capítulo de alguna serie, pero no era lo que más le apetecía hacer ese fin de semana.

Bogotá - 18 de diciembre de 2017

Elena se levantó el lunes muy descansada. No había hecho nada durante el fin de semana. Lo pasó enteramente en casa, leyendo, viendo la televisión y charlando con Isabel y Mario. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de tanto tiempo para ella y para dedicarlo a lo que realmente le apeteciera hacer en cada momento. La rutina de su día a día no le permitía muchas improvisaciones, así que aprovechó el fin de semana para desconectar de todo. Era consciente de que otras personas no considerarían, lo que ella hizo durante el sábado y el domingo, aprovechar el fin de semana, pero ella cumplió sus objetivos: relajarse y descansar.

El día estaba siendo tranquilo. Tras haber finalizado los exámenes, el primer día de universidad había sido de presentación de las nuevas asignaturas. El trabajo en la tienda fue el de siempre, reponer las baldas vacías y acondicionar ciertas cajas en el almacén. Tras terminar de trabajar en la tienda, cogió todas sus cosas y se dirigió hacia el estudio.

Aunque, evidentemente, no era el trabajo soñado, había echado en falta el acudir al estudio durante la última semana. Al fin y al cabo, era mucho tiempo el que llevaba trabajando allí, todos los días de la semana, y al encontrarse de repente con esas cuatro horas libres todas las tardes, le hizo añorar, en cierto grado, el estudio.

Mientras caminaba por la calle fijándose en las tiendas, en los coches y en los anuncios publicitarios de los autobuses y las marquesinas, sonó su teléfono. Era un WhatsApp de John. Hoy se iba a conectar a la página porque quería decirle algo.

“Te escribo ahora porque no quiero dejarte con la intriga como el otro día. Supongo que, una vez acabados los exámenes, volverás a trabajar en el estudio, así que, hoy me conectaré porque quiero decirte algo importante.”

Elena agradeció el gesto de John de no dejarle con la intriga mucho tiempo. Apenas le quedaban veinte minutos para empezar su turno y estaba segura de que se le pasarían rápido. Lo que no se imaginaba era qué le diría el joven dentro de unos minutos. Con todo el estrés de los exámenes se había olvidado un poco de todo el tema del proyecto de John y las posibilidades que tenían, si se aprobaba el proyecto y lo llevaban a Colombia, de verse en persona por primera vez. Pero al leer el mensaje todas esas ideas vinieron a su mente como un torrente de agua que baja desbocado tras la rotura de una presa. Fue un golpe instantáneo en su cabeza que hizo que atara



cabos inmediatamente. Su corazón comenzó a latir más deprisa, no porque inconscientemente había acelerado el paso, sino porque deseaba escuchar las palabras que le confirmaran que sus deseos se harían realidad dentro de poco. Volvió a sentir la ilusión y las ganas de ver a John, sabiendo que pronto se verían en persona, podrían tocarse las manos, acariciar las mejillas del otro, pasar los dedos por el pelo de la otra persona y oler sus perfumes.

Mientras entraba al estudio un relámpago cruzó su mente con la idea totalmente opuesta. También podría ser que le quisiera decir que finalmente el proyecto no saldría adelante o que se lo llevarían a otro país desde el que sería mucho más complicado organizar una cita. Como John era siempre tan correcto, quizá pensó que, aunque se tratase de una mala noticia, ella se merecía conocerla de viva voz y no por un mensaje.

Elena decidió centrarse en lo positivo y se obligó a pensar en que la noticia sería buena. En esos momentos solamente le valían dos opciones: que el proyecto saliese adelante en Colombia, o que lo llevaran a un país cercano desde el que John podría desplazarse con facilidad hasta Bogotá.

La joven dudó si cambiarse de ropa y vestirse con la de trabajo antes o después de hablar con John. Realmente él no le había dicho cuándo se iba a conectar y quizás era aventurarse mucho asegurar que lo haría al principio del turno. Que ella recordase, solamente se conectó al principio de su turno en una ocasión, el día que hablaron por primera vez después de que ella le pidiese un tiempo. Debido a las dudas de no saber cuándo se conectaría decidió cambiarse de ropa y esperar pacientemente hasta que John se conectase.

Encendió el ordenador, esperó a que todo el sistema se cargase y se conectó a la página. En cuanto estuvo en línea, un usuario entro en modo privado y Elena se preparó para ver quién era aquel que parecía haber estado esperándola como agua de mayo. Cuando fijó su mirada en la pantalla vio que se trataba de John y su gesto cambió radicalmente. Pasó de una cara de expectación a una cara de alegría en cosa de un pequeñísimo instante.

—¡Qué sorpresa, John! He leído tu mensaje cuando estaba llegando al estudio, pero no sabía si te conectarías al inicio o al final de mi turno.

—Bueno, creo que la noticia que tengo que darte se merece no tenerte en ascuas mucho más tiempo —dijo John con una sonrisa en los labios—. Ya sabemos qué es lo que va a pasar con el proyecto.

Elena se mordió el labio inferior de manera inconsciente. Las siguientes palabras de John podrían hacer realidad un deseo que llevaba tiempo queriendo materializar o, por el contrario, podrían enfriar sus ánimos hasta límites insospechados si la noticia no era la que ella esperaba. Pero la sonrisa de John no podía ser en vano. No se imaginaba que estuviera sonriendo si lo que iba a decirle era que el proyecto se había cancelado o que se lo llevaban a otros país, demasiado distante del suyo como para intentar conocerse.

—La empresa ha decidido expandirse en el continente americano y el viernes se votó por el país en el que se ubicará la sede.

—John, por favor, no me hagas esto y dime ya qué país habéis elegido.

—La elección final estuvo entre dos países —John alargó un poco más el tiempo de espera porque le encantaba el gesto de impaciencia de Elena, mordiéndose el labio inferior—, Panamá y Colombia. La votación estuvo reñida desde el principio, con votos para los dos países, pero finalmente se impuso Colombia.

—¡Bien!

Elena no pudo reprimir el grito de satisfacción, que también llevaba implícito una liberación

de la tensión acumulada mientras John alargaba el momento. La sonrisa se dibujó automáticamente en su cara y una sensación de calor y bienestar comenzó a recorrer su cuerpo. En ese momento no le importaba estar en el estudio y que las demás chicas pudiesen escuchar alguno de sus gritos de júbilo. Lo que ella más deseaba desde hacía unas semanas estaba más cerca de cumplirse. John, según lo que le contó días atrás, sería una de las personas que seguramente elegirían para ir al país de la nueva sede a ponerla en marcha y ello significaba que estarían en el mismo país durante, al menos, dos meses. Dos meses en los que conocerse en persona, hablar de todo lo que ya habían hablado, pero pudiendo expresar más cosas que a través de una pantalla de ordenador; dos meses para saber si lo que sentían en esos momentos también lo sentían al compartir más tiempo juntos, paseando, charlando, comiendo o, simplemente, mirando el paisaje.

Elena tardó unos minutos en recomponerse y lograr tener su alegría bajo control. Eran muchas cosas las que tenía que dejar salir y esa buena noticia fue el detonante de su explosión de júbilo.

—¿Cuál será ahora el proceso de emprender el proyecto? —Preguntó Elena cuando hubo recuperado un estado de ánimo menos acelerado.

—El proceso es bastante sencillo, aunque con muchos apartados que hay que llevar bien compenetrados para poder abrir la sede en el plazo previsto. La idea de la empresa, según lo marcado en el proyecto, es inaugurar la sede a mediados del mes de enero y tenerla a pleno rendimiento para mediados primavera, sobre finales del mes de abril.

—¿Sabes ya quiénes serán los encargados de venir aquí para gestionar toda la apertura?

—Todavía no sabemos nada con certeza, Elena, pero sí que se están barajando ya varios nombres y que entre ellos, está el mío.

Una nueva sonrisa invadió el rostro de ambos jóvenes. Los dos sabían lo que significaba que él viajase al país cafetero y estaban nerviosos por saber si al final él sería uno de los designados para la apertura de la sede.

—Espero que me mantengas informada de todo, John, y no dudes en enviarme un mensaje si hay nuevas noticias, no hace falta que esperes a que estemos los dos aquí conectados.

Siguieron hablando de más cosas durante un buen rato. Él le preguntó por los exámenes y ella se explayó bastante contándole cómo le habían ido todos y cada uno de los seis exámenes que tuvo la semana anterior. Le contó cuánto le costó estudiar ciertos temas o ciertas asignaturas, le explicó el curioso sistema para sentar a los alumnos durante los exámenes y también le contó que, aprovechando que en la tienda la mandaban al almacén, se bajaba los apuntes para no perder ni un minuto de estudio.

Elena también quiso decirle que, en cierto modo, extrañó no trabajar en el estudio la semana anterior. Le explicó que ella siempre había visto el estudio como un lugar donde conseguir dinero para ayudar en casa. Siempre trataba de poner distancia entre ella y el usuario que entraba en modo privado y que así conseguía protegerse y proteger su intimidad. Porque, aunque trabajase en el estudio y a muchas personas pudiera parecerles desconcertante, ella era muy celosa de su vida privada. Nunca contaba nada a los usuarios que entraban en privado sobre su vida y, mucho menos, datos reales suyos, como, por ejemplo, su nombre o su ciudad de residencia. Con la única persona que compartió sus datos personales reales era con él y eso hizo que entre los dos cayera un nuevo velo, por mucho que ya que no hubiese muchos más velos por caer.

Ya que estaban conectados aprovecharon para estar hablando un rato más y después John se despidió. Tenía que trabajar al día siguiente y, con esto del nuevo proyecto, no podían perder ni un minuto, lo que le hacía llegar al trabajo un poco antes para no ir retrasado con las diferentes fases de las que constaba el proyecto.

Cuando John se desconectó, Elena no volvió a ponerse en línea de seguido, sino que esperó unos minutos para asimilar todo lo que John le había dicho y lo que aquello implicaba. Según lo que en la empresa de John tenían planeado, a mediados de enero tendrían que estar las personas venidas desde Europa ya en Colombia. Después estarían unos tres meses más en el país y no se sabía, todavía, lo que ocurriría después. La joven no quiso pensar tan lejos en el futuro y decidió centrarse en la fecha más próxima que había sobre la mesa: mediados de enero. Para esa fecha quedaba menos de un mes, lo que le provocó un pequeño vértigo. Estaba deseando conocer en persona a John, pero el hecho de poder marcar una fecha en el calendario en la que eso sucedería, le generó cierta inseguridad. Empezó a pensar en qué pasaría si a John no le gustaba lo que veía cuando llegase a Colombia, o que pasaría si, con todo el trabajo de poner la nueva planta en marcha, no tenían el tiempo necesario o el que ellos querrían para disfrutar del tiempo juntos.

Para no pensar más en esas cosas y despejar su mente de pensamientos negativos, Elena volvió a ponerse en línea. Le quedaban aún tres horas de trabajo por delante y tenía que hacer el dinero suficiente para compensar el no haber trabajado la semana anterior. Así que se centró, repasó su maquillaje y se dispuso a hacer el mayor número de pases privados.

Bogotá - 31 de diciembre de 2017

Llegó la noche de fin de año y Elena tenía planes para pasarla con sus padres. Ya pasó la Nochebuena y el día de Navidad con ellos y también pasarían en familia el último y el primer día del año.

En Nochebuena ni Elena ni Mario trabajaron. Elena porque la tienda estaba cerrada y no quiso trabajar ese día en el estudio y Mario porque pidió el día libre. Era uno de los días que más trabajo tenía al año, pero él quiso pasarlo con las dos personas más importantes que tenía en su vida: Isabel y Elena.

Los tres pasaron el día decorando la casa, dándole los últimos toques y poniéndole los últimos adornos al árbol, asomándose a la ventana para ver los diferentes desfiles que llenaban de color y sonido las calles. Las carrozas de los desfiles, con muchos y variados aspectos relacionados con la Navidad, avanzaban por diferentes calles de la ciudad, recorriendo todos los barrios y haciendo las delicias de los niños, que disfrutaban del espectáculo además de recoger los caramelos y dulces que lanzaban desde las carrozas.

A la hora de cenar prepararon una cena con varios platos pero no muy pesada. Pusieron unos cuantos platos para picar en el centro de la mesa y después sacaron buñuelos, empanadas y natillas de ron con pasas a modo de postre. Cuando hicieron la compra el día anterior decidieron que dejarían el pavo asado para el día de Nochevieja.

Después de cenar el día de Nochebuena, estuvieron viendo uno de los programas especiales que solían poner en la televisión y disfrutaron de momentos de mucho humor acompañados de numerosas risas. Llegado un punto de la madrugada, los tres decidieron irse a dormir.

A la mañana siguiente, Navidad, se levantaron y desayunaron los tres juntos en la cocina. Prepararon café e Isabel cocinó unas tortitas a las que pusieron un poco de nata por encima. A modo de sorpresa, Elena sacó del armario unos pasteles que compró el día anterior en la pastelería española que ya había frecuentado en otras ocasiones. El vendedor no le mintió cuando le dijo que aguantarían hasta el día siguiente en perfectas condiciones, porque estaban deliciosos.

Tras haber desayunado y lavado todos los cacharros, fueron al salón, donde abrieron los regalos que había debajo del árbol. La primera en abrir su regalo tendría que haber sido Elena,

pero ante su negativa y su insistencia, fue Isabel quien acabó por abrir en primer lugar sus regalos. El primero que abrió fue el que le había comprado Mario. Era una preciosa esclava de plata, un aro sencillo y bien trabajado que se amoldaba a la muñeca de Isabel como si estuviese especialmente diseñada para ella. La cara de alegría fue más regalo para Mario que cualquier otra cosa y se dieron un beso cuando Isabel terminó de colocarse la pulsera. Después agarró el paquete que contenía el regalo de Elena y lo abrió. Era una camisa de color azul claro, con los botones en el mismo color y manga francesa. Era una camisa que había visto mientras paseaba con Mario en una tienda y Elena no dudó en comprársela cuando su padre le dijo cómo Isabel se había quedado mirando aquella prenda. Mario y Elena le pidieron a Isabel que se la probara y ésta no dudó ni un instante en ponerse la nueva camisa. Simuló hacer un pase de modelos para lucir la camisa y la pulsera mientras los tres se reían de los gestos que iba haciendo Isabel.

Luego le llegó el turno a Mario, que también tuvo que abrir dos regalos, uno de Isabel y otro de Elena. El de Isabel era un jersey de color verde, con el cuello en v y unas letras en blanco en el lado izquierdo. Nada más abrir el paquete y ver lo que era, Mario se lo probó y comprobó que era su talla. A continuación abrió el regalo de Elena. La joven se lo había puesto complicado con el envoltorio y le costó algo más de trabajo abrirlo. Cuando lo hizo vio una pequeña caja de madera con una pegatina doblada. Desplegó la pegatina y leyó lo que ponía para sí mismo.

“Perdóname si lo que hay dentro no es lo que esperabas”

Con la intriga generada por el mensaje de la pegatina, Mario abrió la pequeña caja de madera y se centró en un papel doblado. Era una nota, no muy extensa, escrita por Elena, de su puño y letra.

“Querido Mario. Gracias por todo lo que has hecho por mi durante estos años. Veo todo el bien que le haces a mi madre y también veo todo el bien que me haces a mí, no sólo con palabras, sino también con gestos. Como aquel día que subí derrumbada del portal, te acercaste a mí y, sin decir nada, me diste un abrazo y un beso. Eres más de lo que podía pedir. Gracias por todo, Mario. Gracias por todo, papá.”

Mario dobló la nota de nuevo con mucho cuidado, la sostuvo entre las manos mientras, poco a poco, levantaba la vista hacia Elena. La joven le estaba mirando fijamente, escrutando cada parte de su cara para intentar anticiparse a su reacción y saber el efecto que le había causado su nota. En los ojos de Mario se pudieron ver unas lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos mientras él intentaba retenerlas. Aun con todo el esfuerzo no pudo evitar que una lágrima descendiera desde su ojo izquierdo hasta la barbilla, donde se la secó con el dorso de la mano, que aún sujetaba la nota.

–Es más de lo que me esperaba y, sin duda, mucho más de lo que merezco –dijo Mario respondiendo a la frase que había en la pegatina exterior de la caja de madera–. Gracias a ti, Elena.

Los dos se pusieron de pie y se fundieron en un caluroso abrazo; un abrazo verdadero entre un padre y una hija.

Y ahí estaban los tres en Nochevieja sentados alrededor de la mesa, con todos los platos bien puestos y el pavo asado en medio de la mesa. Mario, que lucía el jersey que le había regalado Isabel unos días antes, hizo los honores de trinchar el pavo y servir generosos trozos en los platos de las dos mujeres.

Elena le había enviado un mensaje a John para felicitarle el año nuevo. Debido a la diferencia

horaria, tuvo que calcular el momento adecuado para mandarlo, pero en cuanto lo hizo, él le contestó agradeciéndole el mensaje y sus buenos deseos.

La joven estaba disfrutando de la cena en compañía de sus padres. Tenían puesta de fondo la televisión, con un canal que reproducía constantemente vídeos musicales, a la espera de que conectasen para ver la cuenta atrás que daría inicio al año 2018. Normalmente solían cenar bastante antes, pero dado que aquella era una noche especial, retrasaron la cena para no tener que esperar luego mucho tiempo hasta la entrada del nuevo año.

Cuando apenas faltaban diez minutos para que fuese medianoche, Elena recibió un mensaje de John. Le felicitaba el año nuevo y le deseaba lo mejor para el nuevo año que estaba por comenzar. También le preguntaba si ya había escrito sus propósitos para el 2018, y que podrían compartir sus propósitos el uno con el otro dentro de unos días, cuando la vorágine de esas fechas se hubiese calmado un poco.

En ese momento Elena se dio cuenta de que no tenía escrita ninguna lista de propósitos para el año que empezaba. No era una costumbre que hubiese seguido todos los años, pero, incitada por el mensaje de John, decidió que esta vez sí que lo haría. Mas lo haría después de haber celebrado el comienzo del nuevo año o al día siguiente.

En la televisión aparecieron dos presentadores delante de una pantalla en la que se veía una cuenta atrás que había comenzado en dos minutos. Ambos portaban una copa de champán y deseaban buenas cosas para todo el mundo: salud, amor, respeto, concordia y, por que no, algo de dinero. Los dos presentadores dejaron de hablar y se centraron en la cuenta atrás cuando quedaban diez segundos para el comienzo de 2018. Ambos comenzaron a contar los segundos que restaban y, desde la calle, se oía también el sonido de la gente gritando el paso del tiempo. Cuando el reloj llegó a cero, todos estallaron en una alegría contagiosa y se abrazaron unos con otros. En casa de Elena no fue diferente y, tras abrazarse entre los tres, Mario e Isabel se fundieron en un beso.

Elena se levantó muy descansada al día siguiente, Año Nuevo. Al estar acostumbrada a trasnochar para estudiar y repasar lo impartido en la universidad, no le supuso esfuerzo alguno quedarse levantada hasta pasada la media noche.

Cuando se levantó, sus padres todavía estaban durmiendo y se le ocurrió que podría aprovechar ese momento de silencio y tranquilidad en la casa para coger papel y bolígrafo y ponerse a escribir sus propósitos para el año que acababan de estrenar. Se fue a la cocina y se sentó en una silla de medio lado con un pie sobre el asiento mientras se abrazaba la pierna y apoyaba la barbilla en la rodilla.

Al principio le costó mucho empezar a escribir sus propósitos para ese año, pues no quería confundir deseos con propósitos. Tras varios minutos más de pensar qué escribir, se dio cuenta de que era una persona bastante sencilla, que se conformaba con lo que tenía, que tampoco tenía muchos o grandes propósitos y que la lista era bastante corta.

### **Propósitos para 2018**

Terminar la universidad en junio con todo aprobado

Buscar un trabajo mejor pagado y dejar la tienda y el estudio

Estrechar la relación con John - ¿deseo o propósito?

Retomar el dibujo

El último propósito le salió completamente del interior, sin pensarlo. Hacía mucho tiempo que no dibujaba, cuando a ella siempre le había gustado mucho dibujar. De pequeña solía copiar los dibujos que veía en los tebeos, los comics y las revistas y también dibujaba cosas inventadas por ella. No se le daba nada mal, pero con el tiempo y los acontecimientos ocurridos en su vida, dejó de dibujar y en ese momento, mientras realizaba la lista de propósitos, se dio cuenta de cuánto lo echaba de menos. Elena creyó que, si empezaba a dibujar de nuevo, muchas cosas podrían cambiar en el futuro. Recordó que, cuando dibujaba de pequeña, mientras tenía los lápices de colores en la mano y en el papel iban apareciendo las figuras que ella tenía en la cabeza, disfrutaba de esos momentos de evasión, que le procuraban una sensación de alivio y que le permitían dejar salir todo el mundo de imaginación que ella llevaba dentro.

Al terminar de escribir sus propósitos pensó en John, en cuáles serían los que él habría escrito. Entonces agarró el teléfono y le envió un mensaje. A esa hora el joven estaría terminando de comer, si es que no había acabado ya.

—Acabo de terminar de escribir mis propósitos. ¿Cuáles son los tuyos? Hasta que no me digas cuáles son no te enseñaré los míos.

Finalizó el mensaje con un emoticono, con una carita sonriente que le indicaba el tono de broma en el que Elena le estaba hablando.

Madrid - 1 de enero de 2018

John estaba terminando de fregar los cacharros utilizados durante la comida cuando su teléfono sonó. Inmediatamente supo que era un mensaje de Elena, porque le había puesto un tono especial para todas sus notificaciones. Cerró el grifo, puso los cacharros a escurrir y, una vez con las manos secas, agarró el teléfono y leyó el mensaje de Elena. En cuanto lo abrió soltó una carcajada. Le hizo gracia que ella no le fuese a decir lo que había escrito hasta que él no le mandara sus propósitos.

El joven se dirigió a su escritorio, sacó un papel del primer cajón, lo puso sobre la mesa y le hizo una foto con el teléfono. Volvió a abrir la aplicación de mensajería y, entrando de nuevo en la conversación de Elena, respondió enviando la foto.

Tras responder a Elena, John se sentó en el sofá dispuesto a ver, como hacía desde hacía varios años en aquella fecha, la película *El fin de los días*. No era una película navideña, pero los hechos sucedían con motivo del final de año y le gustaba la película.

A John le gustaban ciertas tradiciones, algunas de ellas creadas por él mismo. En Nochebuena siempre cenaba con toda su familia y el día de Navidad comía con sus padres. La última noche del año también la pasaba con sus padres. Otros años solía quedarse a dormir en casa de sus padres, pero, estando como estaban las relaciones con su padre y con su madre, este año le apeteció más volver a su casa, por tarde que fuera, y dormir en su cama. Podía parecer incongruente, pero cuanto más tiempo pasaba a solas en su casa más cercana sentía a Elena.

De momento era algo que quería guardar para él. No quería mencionarles a Elena a sus padres, no por temor a que no aprobasen la especie de relación que tenía con ella, sino porque quería guardarse todo lo relacionado con Elena para él. Quería disfrutar de la sonrisa, de los ojos y de la forma de ser de aquella joven antes de hablarle a nadie sobre ella. Sentía que lo que había entre los dos era tan especial que lo veía tan frágil como el cristal. No podía arriesgarse a dejar que fuera tan especial por miedo a que se rompiera lo que los unía.

Bogotá - 1 de enero de 2018

Elena recibió el mensaje de John y vio que era una foto. Al abrirla vio que era una fotografía de un papel sobre un escritorio y, en cuanto vio que se trataba de una lista, supo que eran los propósitos del joven para el nuevo año. Se entretuvo un rato viendo los objetos que aparecían alrededor del papel en la foto. Un bolígrafo metálico, un pisapapeles en forma de pirámide, el lomo de un libro del que no acertaba a ver el título y las esquinas de otros papeles.

Tras unos segundos de mirar alrededor del papel, Elena centró su atención en el papel importante y leyó los propósitos de John.

### **Propósitos para 2018**

Hacer más ejercicio y más variado

Lograr ascenso en el trabajo

Estrechar relación con Elena

Aprender a cocinar croquetas

Leer más libros que el año pasado

Cuando leyó el tercer propósito, Elena dejó de leer. Había un par de propósitos más escritos, pero ella no pudo seguir leyendo y se quedó mirando fijamente el tercero. Inmediatamente pensó que se trataba de una increíble casualidad que los dos hubiesen puesto el estrechar su relación como un propósito para ese año. Ella tuvo sus dudas al respecto y por eso anotó la aclaración ‘duda o propósito’ en su papel, pero vio que John no había tenido esas dudas y lo había puesto como un propósito, no como un deseo, lo que significaba que él iba a ir en serio en aquel apartado.

Mientras estaba ensimismada pensando en lo que implicaba que los dos hubiesen escrito el mismo propósito sobre su relación, su teléfono vibró por la recepción de un mensaje. Era John, quien le pedía que ella le enviara sus propósitos, puesto que él ya había cumplido al enviarle los suyos.

Elena, que seguía esperando en la cocina a que se levantaran Mario e Isabel para desayunar los tres juntos, agarró el móvil y le sacó una foto al cuaderno donde tenía escritos sus propósitos. Se cercioró de que se veía correctamente, se la envió a John y se quedó a la espera de si el joven contestaba.

Madrid - 1 de enero de 2018

John recibió el mensaje de Elena y lo abrió inmediatamente. Vio la foto y comenzó a leer los diferentes propósitos de la joven. Al igual que su lista, la de Elena tampoco era muy larga y coincidían en un par de propósitos. Los dos querían mejorar su trabajo, pero lo más importante, en lo que se fijó especialmente John, era que ella también había escrito que quería estrechar la relación con él. John no sabía que ella había anotado, justo al lado, si era un deseo o un propósito, porque Elena lo tapó para que no se viera en la foto. Viendo que él sentía lo mismo que ella, decidió mandar la foto tapando esa anotación, que no hubiese aportado nada.

Lo que John sentía por Elena se convirtió en algo más especial, si es que eso era posible. Saber que ella también quería estrechar la relación era un soplo de aire fresco y, al mismo tiempo, quitarse un gran peso de encima. John pensó que desde ese momento nada podría torcerse ni salir

mal en su relación con Elena. Se dio cuenta de que ya hablaba como si la relación estuviese formalizada y se rio, más por sacudirse los últimos nervios que aún le agarrotaban los dedos que por otra cosa.

Bogotá - 8 de enero de 2018

Elena llevaba varios días sin hablar con John. Supuso que, con todo el trajín del proyecto para abrir la nueva sede en Colombia, estaría bastante liado y no tendría tiempo para casi nada. La última vez que hablaron fue el día de Año Nuevo, cuando intercambiaron mensajes con sus propósitos para el año recién empezado.

La joven se preparó para volver a la universidad después del parón navideño. Tras los buenos resultados en los exámenes, aprobando todas las asignaturas con solvencia, se tomó las vacaciones navideñas con tranquilidad, dejando un poco a un lado los estudios, tomándose tiempo para descansar y para seguir con sus trabajos en la tienda y en el estudio. Con el inicio de la universidad volvía a su rutina de siempre, cosa que agradeció porque ya no sabía lo que hacer por las mañanas para ocupar su tiempo. Durante las vacaciones se dedicó a leer, a ver series y películas, a salir a pasear y, tras haberlo puesto en su lista de propósitos, volvió a abrir un cuaderno de dibujo y a sacar los lápices del estuche.

El autobús en el que Elena se dirigía a la universidad circulaba por las calles donde estaban retirando ya la poca decoración navideña que quedaba. Los trabajadores municipales estaban subidos a elevadores portátiles para retirar las luces decorativas que cruzaban las calles de lado a lado. Aunque únicamente había pasado una semana desde que empezara el año, el que se acabasen las fiestas navideñas era como acabar una de las etapas del año. En ese momento comenzaba la segunda etapa, que finalizaría tras la celebración de los carnavales.

El autobús llegó a la parada de la universidad y la inmensa mayoría de sus ocupantes se apeó, entre ellos, Elena. La joven, que ese día llegaba algo justa a clase, caminó apresuradamente para no entrar en clase cuando el profesor ya hubiese comenzado. Eran dos cosas que no le gustaban en absoluto: llegar tarde a un sitio y entrar a clase una vez el profesor hubiese comenzado las explicaciones.

Justo en el momento que cruzaba la puerta del aula, pocos segundos antes de que lo hiciera el profesor, le llegó un mensaje al móvil. Lo único que le dio tiempo a ver fue que el mensaje era de John, pero, como la clase iba a empezar, no podía ponerse a mirar el móvil. Así que le quitó el sonido y lo volvió a meter en el bolso. El mensaje tendría que esperar hasta que acabara la clase.

Cuando por fin acabó la clase que se les había hecho interminable a todos los alumnos, Elena agarró el móvil antes de recoger el cuaderno, las hojas y los bolígrafos. Tenía curiosidad por saber qué le diría John en el mensaje. En ocasiones le escribía para desearle los buenos días, pero no era ese el caso porque John sabía perfectamente a qué hora se levantaba. No era habitual que le escribiese tan temprano, pues siempre esperaba a que ella hubiese terminado las clases y estuviera comiendo antes de ir a trabajar a la tienda. Tenía que ser algo realmente importante o urgente para escribirle a esas horas.

Elena abrió la aplicación de mensajería y leyó el mensaje.

*“Hola, Elena. Sé que es pronto y no suelo escribirte a estas horas, pero me dijiste que querías estar al tanto de todo lo relativo a los tiempos del proyecto de la nueva sede. Resulta que está habiendo unos retrasos por parte de las autoridades locales para aprobar un par de*



*documentos que nos han pedido hace escasos días y eso hace que se retrase la inauguración de la nueva sede. En principio, tal y como hablamos, iba a ser el día 15 de este mes, pero ahora, si nos aprueban la documentación, tenemos intención de poner todo en marcha el día 1 de febrero. Soy consciente de que esto es una mala noticia, pero la buena es que es casi seguro que yo tenga que ir a Colombia durante tres meses como mínimo. Espero que tengas un buen día. Un beso.”*

Cuando la joven terminó de leer el mensaje tuvo sentimientos encontrados. La pena por ver retrasado el momento de encontrarse cara a cara con John hizo que se pusiera triste. Habían hablado tanto y tantas veces sobre cuándo y cómo se verían por primera vez que ese revés a sus planes la incomodó en grado sumo. Una semana. Era lo que en principio restaba para que John llegase a Colombia. Eso no significaba que el mismo día en el que llegara al país fuesen a quedar, pero el saberse en el mismo lugar sin duda les haría acelerar los planes para la primera cita. Y ahora todo eso se retrasaba otras dos semanas, como mínimo.

Lo que le daba algo de esperanza era el hecho de que era seguro, o prácticamente seguro, que John fuese uno de los designados para establecerse en la nueva sede. Pero John decía en su mensaje que era casi seguro que él iría a Colombia. Entonces Elena pensó en la posibilidad de que finalmente no designaran a John para viajar al país sudamericano. La joven sacudió un poco la cabeza para desechar ese último pensamiento. Tenía que ser positiva y si John decía que era casi seguro que él viajaría allí, así sería.

Elena siguió adelante con las clases y decidió que no le daría mayor importancia al contenido del mensaje. Se retrasaba el proyecto, sí, pero lo importante era que se llevaría a cabo y que su chico, John, pondría los pies sobre la misma ciudad que ella.

En ese momento cayó en la cuenta de que no había pensado nada de lo que hacer con John cuando el joven viniera a Colombia. Siempre había pensado en cuándo sería el día que se conocerían, pero nunca había pensado en lo que harían ese día o que sitios le enseñaría al joven en las sucesivas citas. Empezó a pensar en todos los lugares de la ciudad que a ella le gustaban, algunos de los cuales eran como refugios o santuarios para ella. También pensó en qué sitios de alrededor podrían visitar. Ella había salido pocas veces de la ciudad y, casi siempre, a los mismo sitios. Si quería descubrir sitios bonitos e interesantes a los que llevar a John tendría que pedir consejo a Mario, que durante su vida se había movido más por los alrededores de la ciudad e incluso por otras partes del país.

Bogotá - 15 de enero de 2018

Ese era el día en el que, en el primer planteamiento del proyecto, John hubiese llegado a Colombia. Elena, una semana después de saber que el proyecto se retrasaba unos quince días, creía que no aguantaría ese tiempo extra sin conocer al joven. Cuanto más cerca estaba ese día más nerviosa se ponía y más se sorprendía de estar así. Ella ya era consciente de lo que sentía por el joven, pero esos nervios y esa casi desesperación por conocer en persona a John, hicieron que fuese consciente de que realmente estaba completamente enamorada de él. Lo que sentía en su interior iba mucho más allá del cariño por alguien que se había portado siempre bien con ella, era un amor como el que no había sentido nunca por nadie. Obviamente quería mucho a Isabel, su madre, y a Mario, su padre, pero era un amor completamente diferente. Lo que sentía por ellos dos

era un amor fruto de la relación familiar. Lo que sentía por John venía forjado y fortalecido por el conocimiento mutuo, la sinceridad entre dos desconocidos, la confianza ganada día a día, el apoyo durante los momentos difíciles y las risas por muchos y diferentes motivos. Entre ellos dos se habían tendido puentes, a pesar de la distancia, que unían sus corazones de manera firme y les acercaban en sus pensamientos, a falta de que sus cuerpos también se encontrasen.

Elena se imaginaba ya unos maravillosos tres meses junto a John, mientras él se dedicaba a poner en marcha la nueva sede. Se imaginaba unos meses dedicados a conocerse mejor, a perderse por la ciudad en su compañía, a descubrir cada rincón con sus ojos, explicándole todo sobre lo que él tuviese o demostrase curiosidad.

Lo que la joven no tenía en cuenta era lo que ocurriría después, al acabar esos meses en los que John tendría trabajo en su país. No quería pensar en estar de nuevo alejados el uno del otro, aquello sería un sufrimiento demasiado grande como para poder soportarlo. No contemplaba la posibilidad de perder de nuevo al único chico que había visto más allá, mucho más allá, que un simple físico. John era lo que ella, sin saberlo, llevaba buscando toda su vida y no quería ni pensar en perderlo. Estaba pensando en no perder algo que, incluso en ese momento, aún no había tenido.

Dejando a un lado todos esos pensamientos, Elena salió de la universidad para comer en su rincón favorito de los jardines de la universidad. Se sentó en el banco, dejó la mochila en el suelo y de ella sacó un envase con comida que le había preparado su madre esa misma mañana. Al quitar la tapa se encontró con una generosa ración de pasta italiana aderezada con dos tipos distintos de queso, ambos fundidos y repartidos por todo el envase, impregnando toda la pasta con sus colores y sabores.

Cuando Elena iba a comenzar a comer, vio que, de frente, se acercaba Verónica hacia donde ella estaba. La joven parecía andar muy decidida hacia donde se encontraba Elena y esta apoyó el tenedor en el envase a la espera de saber si Verónica quería hablar con ella o simplemente estaba de paso, como ella esperaba.

–Hola, Elena –dijo Verónica cuando aún estaba a cinco o seis pasos del banco–. ¿Cómo te va todo?

–Hola, Verónica –Elena no tenía ninguna gana de hablar con ella y su voz dejó entrever cierta molestia–. No esperaba verte por aquí.

–Ya me lo imagino, pero tenía ganas de saber cómo te va todo y, sobre todo, de saber si ya has conocido a tu príncipe azul.

Eso último lo dijo con cierto tono de desdén y Elena, antes de procesar si debía contarle nada a aquella que hace un tiempo fue su amiga, se encontró contestado con aire taciturno y triste, aunque intentó no dejar que su rostro mostrase lo mismo.

–No, aún no nos hemos conocido.

Algo en el interior de Verónica despertó con una fuerza incontrolable y se tradujo en una risa tan estentórea que Elena creyó que la escucharían en todo el campus. A Verónica le costó parar de reír, porque para ella era una señal de triunfo sobre su otrora amiga. Por fin tenía la oportunidad de vengarse de ella y no iba desaprovecharla.

–Así que te ha dado esperanzas, siempre con buenas palabras, de que os conoceréis, pero todavía no te ha dicho cuando va a venir. Porque está claro que el que va a viajar es él. Tú no tienes cómo hacerlo.

Elena se dio cuenta que lo único que estaba tratando de hacer Verónica era provocarla. No contenta con intentar abrir brecha con el retraso del viaje de John, también la atacaba por el lado

económico, recordándole que ella no tenía posibilidad ninguna de acercarse al joven y que estaba a merced de lo que John decidiera hacer.

Elena se preguntó cómo era posible que Verónica supiese sus planes para verse en persona y lo del retraso de John. Luego cayó en la cuenta de que nadie podía habérselo dicho y que simplemente se estaba tirando un farol para intentar sacarle información. Una vez conocidos los motivos de Verónica, Elena fue consciente de que tenía la conversación en su mano y que podía dirigirla hacia donde quisiera. Entonces fue ella quien decidió que se tiraría un farol y, con suerte, matar dos pájaros de un tiro: quitarse de encima a Verónica y hacer que aquella joven no volviera a preguntarle por el joven.

–Si te soy sincera, Verónica, y no tengo por qué serlo después de lo que pasó entre nosotras, he de decirte que ya no me hablo con John. Me contó ciertos aspectos de su vida que para mí son un gran obstáculo y que hacen que no quiera mantener una relación, ni siquiera de amistad, con una persona así. Me ha demostrado que tiene un lado que nunca me había mostrado y no puedo con ello.

El tono de Elena era neutro, como si todo aquello ya fuese cosa del pasado y que no le afectaba. Daba a entender que durante un tiempo lo había pasado mal, pero que ya estaba todo superado y que ya nada le importaba de aquel joven y todo lo que le rodeara.

Verónica se quedó pensativa y con cierto escepticismo, sin saber cómo reaccionar. Una parte dentro de ella se alegraba sobremanera de que las cosas entre John y Elena se hubiesen acabado, pero otra parte la prevenía sobre que podía ser una mentira todo lo que Elena había dicho. Verónica siguió mirando a los ojos a Elena, que no bajaba la mirada y aguantaba sin ningún problema el escrutinio al que la estaba sometiendo su amiga. Tras varios segundos de incertidumbre, Verónica se dio por vencida y, como no vio ningún gesto contradictorio en Elena, se convenció de que lo que había escuchado era la verdad.

–Si no te importa -comenzó a decir Elena-, tengo que terminar de comer para luego ir a trabajar.

Verónica se levantó sin decir nada y, apartando gradualmente la mirada de Elena, se marchó en dirección a la parada del autobús.

Elena tuvo que disimular los espasmos que le daban por contener una risa que le hubiese gustado expresar. Verónica había venido con la intención de hacer daño y se iba con el rabo entre las piernas. La joven estaba segura de que Verónica no volvería a aparecer en un tiempo por su lado, ni tampoco volvería a meter las narices en el tema de John.

La joven siguió comiendo y disfrutando de la deliciosa ración de pasta que le había puesto su madre. Tras la conversación con Verónica se sentía más liviana. Elena creía que Verónica ya era cosa del pasado, pero el breve encuentro mantenido con ella le hizo ver que eso no era así, que aún había cierta reticencia hacia Verónica. Sin embargo, ahora, tras haberse tirado un farol para quitársela de encima, se sentía liberada y sabiendo que Verónica, por fin, era cosa del pasado.

Mientras iba caminando hacia la tienda estuvo pensando en si le contaba a John lo sucedido con Verónica o si, por el contrario, lo que conseguiría con ello sería poner algún obstáculo a su cada vez más estrecha relación. Tras darle muchas vueltas decidió que se lo contaría a John, pero cambiando un poco la situación, sin contarle cada detalle de la conversación, sino diciéndole el trasfondo de la misma.

Elena salió de la tienda a la misma hora de siempre y enfiló el camino hacia el estudio.

Todavía no le había contado nada a John sobre la conversación con Verónica y decidió que le enviaría un mensaje en ese mismo momento. Agarró el teléfono móvil y se puso a escribir mientras, con el raballo del ojo, controlaba la situación para no chocarse contra ningún obstáculo.

*"Hola, John. ¿Cómo va todo? Hoy me he encontrado de nuevo con Verónica, después de mucho tiempo. Sigue consumida por el rencor, así que, para quitármela de encima cuanto antes y no tener que aguantarla en una larga temporada, le he dicho que hemos dejado de hablarnos y que ya no tenemos contacto alguno. No quiero que pienses nada raro ni enrevesado, simplemente me he tirado ese farol para que me dejara en paz. No quiero que siga metiendo las narices en nuestras cosas, sobre todo cuando lo único que busca es su propia felicidad y saciar sus ganas de venganza. Espero que estés teniendo un buen día y que pronto puedas darme buenas noticias sobre el proyecto ."*

Madrid - 15 de enero de 2018

Era casi medianoche cuando el mensaje llegó al teléfono de John. El joven supo inmediatamente que sería un mensaje de Elena; era la única que le enviaba mensajes a esas horas. John no tenía intención de conectarse esa noche a la página y estaba ya metido en la cama, aunque tenía la televisión encendida. Cogió el móvil de la mesilla y leyó lo que la joven le contaba.

Era un mensaje más extenso de los que normalmente le solía mandar Elena. John lo leyó con detenimiento y le sorprendió bastante el contenido. No se esperaba para nada que el motivo de que Elena le escribiese a esas horas fuese Verónica. Él pensaba que esa chica era ya cosa del pasado, tanto para él como para Elena.

John estuvo a punto de contestar al mensaje inmediatamente, pero, después de unos segundos, decidió dejar el teléfono de nuevo sobre la mesilla, apagar la televisión e irse a dormir.

A la mañana siguiente, mientras se hacía el café y se hacían las tostadas, agarró el teléfono móvil y contestó al mensaje de Elena. Sabía que en Colombia era de noche y que ella no vería el mensaje hasta que se despertara, pero, aún así, no quiso demorar la tarea y arriesgarse a que más tarde se le olvidara o no pudiese sacar un hueco con todo el trabajo que tenía por delante.

Le dijo a Elena que le sorprendía la actitud de Verónica y le dijo que le parecía bien la manera en la que había zanjado el tema con su otrora amiga. Mientras escribía el mensaje John pensó en los motivos que podrían haber llevado a Verónica a actuar así. Él creía que, tras la conversación que mantuvieron Elena y Verónica en una cafetería, Verónica se habría apartado y que habría cesado en sus intentos de boicotear la relación que estaba naciendo entre los dos.

John llegó al trabajo y pasó directamente a su despacho, donde tenía documentación y papeleo que terminar para cerrar su parte del proyecto referente a la nueva sede. Encendió el ordenador y se puso de inmediato a teclear para acabar cuanto antes.

Hacia el mediodía, poco antes del parón para comer, terminó de rellenar todos los papeles y de redactar los informes y se los envió a su jefe que, en cuanto recibió el correo, le llamó a su despacho para repasar si todo estaba correcto.

–Veo que has hecho un buen trabajo, John –comenzó a decir el jefe–. Has terminado todos los informes y has rellenado la documentación pertinente. En caso de que esté todo correcto, podremos ponerle la fecha definitiva a la apertura de la nueva sede.

John se acomodó en la silla enfrente del escritorio de su jefe. Él creía haber rellenado todo

correctamente y ya tenía en la cabeza la fecha que le diría al jefe que en la que quería viajar al país sudamericano. Aunque la inauguración de la sede estuviese programada para el primero de febrero, él quería viajar unos días antes para poder instalarse tranquilamente y tener un pequeño contacto con la ciudad y empaparse del ambiente que se respiraba allí.

Tras varios minutos leyendo en silencio todos los documentos enviados por John, el jefe apartó la mirada del ordenador.

–Con esto cumplimos los nuevos requisitos que nos pidieron a última hora. Los enviaremos hoy mismo aprovechando la diferencia horaria y, con un poco de suerte, mañana tendremos la respuesta dándonos el visto bueno a todo.

John sonrió para sus adentros mientras que asentía a su jefe. La alegría que le corría por dentro como un fuego descontrolado no la podría entender nadie. Nadie excepto la propia Elena. Su mente, que hasta ese momento veía muy lejano el día de conocer a Elena, dio un salto de gigante hacia adelante y se ubicó ya en un día próximo a la futura cita.

Madrid - 17 de enero de 2018

–John, tenemos noticias de las autoridades colombianas –el joven y el jefe estaban en la sala de reuniones junto con otros tres compañeros, pues en unos minutos tenían una conferencia con el resto de los directores de las delegaciones europeas para planificar el viaje a Colombia–. Lo que tenemos que concretar ahora es cuándo viajaréis los designados para la puesta en marcha y dónde os alojaréis durante vuestra estancia allí.

El joven ya le había dicho el día anterior que él prefería viajar unos días antes y esperaba que el jefe hubiese podido convencer a los responsables para que los compañeros elegidos viajaran unos días antes, él por lo menos.

En la pantalla de la sala de reuniones aparecieron los directores de las oficinas de París y Londres y la reunión dio comienzo. Entre todos aprobaron la documentación redactada por John y por otros compañeros y se pusieron sobre la mesa diferentes fechas. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la fecha de apertura de la nueva sede sería el 1 de febrero, pero había discrepancias sobre cuándo deberían viajar las personas designadas. Algunos proponían volar a finales de enero, casi el último día y otro preferían viajar unos días antes para hacerse un poco a la ciudad y, sobre todo, a la altitud, pues Bogotá se encuentra a más de dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar.

Todos los asistentes a la reunión pudieron expresar su opinión, sobre todo aquellos que iban a viajar al país americano. Cuando le tocó el turno a John, dijo que él prefería ir unos días antes para aclimatarse un poco y que no les pillara todo de sopetón. Aunque la intención de la reunión no era votar la fecha en la que saldrían de viaje, al ir expresando cada uno su opinión, dio la impresión de que sí se trataba de una votación e, interiormente, John fue haciendo el recuento de la gente que prefería, como él, ir de manera anticipada.

John y los otros tres compañeros tuvieron que dejar la sala de reuniones para que los tres directores pudieran hablar entre ellos y llegar a un acuerdo sobre la fecha de salida. Una vez conocida esa fecha, sacarían los billetes de avión y reservarían las habitaciones de hotel necesarias. Los cuatro se fueron a la sala de descanso, sacaron sendos cafés y algo para picar de la máquina expendedora. Estaban terminando el café cuando el jefe les volvió a llamar para que acudiesen a su despacho.

Aquello significaba que ya se había tomado una decisión y que era inamovible. Si les

hubiesen llamado a la sala de reuniones, aún podrían tener una oportunidad de hacer cambiar de opinión a los directores en caso de que no estuviesen de acuerdo con la decisión. Pero, al ser llamados al despacho, ya no habría nada que hacer en caso de desacuerdo.

John anduvo por los pasillos, camino del despacho del jefe, rogando que hubiesen decidido adelantar el viaje lo máximo posible. Él no tenía cargas familiares o responsabilidades hacia terceros que le impidiesen salir inmediatamente de viaje y, además, el pensar que pronto vería de nuevo a Elena, pero esta vez en persona, le hacía desear aún más salir cuanto antes de viaje. El joven estaba deseando poder decirle a Elena qué día llegaría a Bogotá y, de esa manera, poder empezar a plantar la semilla de la primera cita. Ninguno quería forzar las cosas y ambos eran conscientes de que John viajaba por trabajo y no debían entorpecer aquello, pues del buen desarrollo del trabajo dependían que John se quedase tres meses o algunos meses más en Colombia.

Los cuatro compañeros entraron en el despacho del jefe y se sentaron alrededor de la pequeña mesa de reuniones que había en la parte izquierda la estancia. El jefe ya estaba sentado en una de las sillas y el cuarteto ocupó rápidamente el resto.

—Ya se ha decidido la fecha en la que saldréis de viaje —dijo el jefe sin andarse con preámbulos, pues todos sabían perfectamente para qué estaban allí—. No tendréis que esperar mucho. Tenéis los vuelos exactamente dentro de una semana, el día 24. De esa manera tendréis una semana desde que lleguéis para haceros un poco a la altitud, al cambio de ciudad, de ambiente y de cultura.

John no se lo podía creer. De verdad iba a tener unos días antes de empezar a trabajar en los que andar por la ciudad, descubrir algún rincón o hacer alguna visita para conocer más de aquel lugar. Lo que sabía hasta ahora de Colombia en general y de Bogotá en particular, era lo que había podido ver en la televisión, lo que había leído en internet y lo poco que le había ido contando la propia Elena. Tenía ganas de ver aquella ciudad con sus propios ojos y discernir, de entre todo lo que sabía, qué era verdad y qué no sobre la ciudad y sus gentes. John aún estaba centrado en sus pensamientos cuando el jefe volvió a hablar.

—¿Tenéis alguna pregunta?

Ninguno de los tres compañeros de John dijo nada ni hizo ningún gesto, pero John tenía la duda de dónde iban a estar alojados durante todo el tiempo que estuviesen en aquel país.

—¿Dónde nos alojaremos?

—Ya se han hecho los trámites para reservar habitaciones de hotel para todos. También se está mirando la posibilidad de, más adelante, alquilar algún piso o alguna casa para los que vayan a estar allí los tres meses completos. ¿Más preguntas?

Esta vez nadie tenía más dudas y todos se levantaron para dirigirse a sus respectivos despachos. John estaba impaciente por sentarse en su silla, agarrar el móvil y comunicarle a Elena la buenísima noticia.

Bogotá - 17 de enero de 2018

Elena estaba a punto de salir de la última clase para ir a comer. La mañana se le estaba haciendo especialmente larga y no veía la hora de salir del aula, recorrer los pasillos de la universidad lo antes posible y salir al aire libre, al contacto con el sol y la ligera brisa que corría ese día.

Cuando el timbre indicó que la clase llegaba a su fin, Elena metió todo el material de estudio

y sacó el teléfono móvil. Lo encendió y, mientras arrancaba, se dirigió hacia el banco en el que comía todos los días. Tras dar unos pasos el móvil estaba encendido y comenzaron a llegarle algunas notificaciones. La mayoría eran correos de publicidad, pero también había un mensaje de John.

Elena se mordió el labio inferior al pensar en lo que le diría John en ese mensaje. Lo más seguro era que le dijese cómo avanzaba el proyecto y que ya estaba todo definido y confirmado, tanto la fecha de su viaje, como su alojamiento y todos los demás flecos. Aunque quizá no fuera seguro que le dijera eso y que no fuese más que su deseo el que se colaba en su pensamiento.

La joven se sentó en el banco con el móvil aún en las manos y sin abrir el mensaje de John. Cuando estuvo sentada respiró un par de veces y, soltando un suspiro, abrió el mensaje.

“Hola, Elena. Acabo de tener una reunión con los directores de la empresa y ya nos han confirmado fechas. El vuelo lo tengo el día 24, la semana que viene, y nos alojaremos en un hotel, aunque están buscando un piso o una casa para alquilar y que vivamos allí los que nos quedemos hasta el final de la puesta en marcha. También nos van a dar números de teléfono locales, así que, cuando lo tenga, te lo pasaré para que podamos seguir en contacto. Sinceramente, tengo muchas ganas ya de salir de viaje y encontrarme ya en Bogotá. Un beso.”

Bogotá - 20 de enero de 2018

Después de la buena, buenísima, noticia que John le dio el miércoles, la semana pasó muy rápida para Elena. Saber que en pocos días ella y John estarían mucho más cerca acrecentaba sus ganas e ilusión por el primer encuentro que tendrían. Mientras desayunaba le llegó un mensaje de John, diciéndole que le avisara cuando estuviese conectada a una red Wi-Fi. Le dijo a John que estaba en casa y que estaba conectada a la red inalámbrica mientras estuviese allí.

De pronto, y sin que Elena se lo esperase, el teléfono sonó. Era una llamada de John a través de WhatsApp.

–¿John?

–Hola, Elena. ¡Sorpresa!

Elena notó que John estaba sonriendo.

–¡Y tanto que sorpresa! ¿Qué tal va todo?

–Bien, muy bien, Elena. La verdad es que he decidido llamarte porque me gustaría hablar de una cosilla y creo que es mejor hacerlo mediante una llamada que hacerlo por mensajes.

–Me estás intrigando, John.

–Pues entonces voy al grano. Supongo que te acordarás que te dije que el día 24 llego a Bogotá y que la inauguración de la sede es el día 1 de febrero. Como ves, tengo una semana libre y me gustaría utilizarla para amoldarme un poco a la ciudad y conocerla un poco para saber situarme lo antes posible.

–Imposible olvidarme de cuando llegas –Elena se sonrojó mientras lo decía–. Me parece buena idea lo de aprovechar el tiempo para conocer un poco la ciudad. ¿Quieres que te diga algunos sitios que puedes visitar? Desde algunos de ellos se tiene una vista bastante buena de la ciudad que te pueden ayudar en tu propósito.

–¡Eso sería genial, Elena!

Los dos estuvieron unos segundos en silencio y Elena miró la pantalla del móvil para comprobar si la llamada seguía activa o si se había cortado.



–Elena, ¿qué te parece si uno de esos primeros días de la semana que estoy libre lo aprovechamos para vernos y tomar algo o dar una vuelta?

Los volvieron a quedarse en silencio. John porque ya había formulado la pregunta que le quemaba en los labios y Elena porque, aunque se esperaba que llegase ese momento, estaba paralizada por la ilusión y las ganas.

–Sí, claro, por supuesto –dijo Elena tras un par de segundos en silencio que a John se le hicieron eternos–. Sería fantástico.

Siguieron hablando durante un rato de otras cosas y aprovecharon también para ponerse al día de la universidad de ella. A modo de despedida, Elena le dijo que en los próximos días le mandaría una lista con algunos lugares que podría visitar para ver la ciudad y coger puntos de referencia.

Elena colgó y se quedó pensativa en la cocina. La llamada fue como un choque con la realidad. La idea de conocer a John en persona ya no era un simple deseo o algo tan lejano en el tiempo que pareciera irreal, no. Ahora aquello iba a suceder y si todo se desarrollaba como lo habían dicho por teléfono, iba a suceder dentro de muy pocos días. John viajaría en una semana a Colombia y, desde el instante en el que él pusiese un pie en suelo americano, el momento de la primera cita podría ocurrir en cualquier ocasión.

A la joven le sonaba el nombre del hotel en el que se alojarían John y el resto de sus compañeros, pero no sabía exactamente de qué y tampoco acertaba a ubicarlo concretamente. Abrió la aplicación de los mapas en el teléfono y busco el nombre del hotel. Se había vuelto una necesidad para ella el saber dónde estaba el hotel y cómo de lejos o cerca quedaba respecto a los lugares por los que ella solía ir.

En cuanto vio la ubicación del Gran Hyatt, que así se llamaba el hotel, supo por qué le sonaba tanto. La universidad estaba a apenas tres kilómetros del hotel y el autobús que solía coger para ir a clase, pasaba por delante del hotel.

Se trataba de un hotel de cinco estrellas, de reciente construcción y con unas vistas bastante privilegiadas de toda la zona circundante. Elena fue entonces realmente consciente de que John trabajaba para una gran empresa, con recursos suficientes para alojar a cuatro personas durante, como mínimo, un mes en un hotel como ese, con pensión completa y todas las comodidades.

Eso le dio que pensar en algo en lo que nunca había pensado: los ingresos de John. En varias ocasiones pasó conectado mucho tiempo a la página en modo privado y, aunque las tarifas de Elena no eran excesivamente caras, estar conectado tanto tiempo terminaba saliendo por una cantidad importante. Recordaba claramente el día en el que volvieron a hablar tras haberle pedido ella un tiempo para poder poner sus pensamientos en orden después de las revelaciones de Verónica. Aquel día, John estuvo conectado todo lo que duró su turno, las cuatro horas. Haciendo un cálculo rápido de las tarifas y el tiempo, el resultado era que ese día, solamente ese día, el joven se gastó casi trescientos euros. En su momento no pensó en ello, pero ahora se daba cuenta de que, alguien que podía gastarse esa cantidad de golpe en un sitio como aquel, tenía que tener una posición económica desahogada.

Elena nunca le había dado importancia a la posición económica de sus parejas anteriores y tampoco se la dio cuando conoció a John. Ella se fijaba, aunque siempre pensaba que sonaba a tópico, en otras cosas aparte del envoltorio físico y material. Había conocido a personas maravillosas que no tenían nada en la vida más que lo básico para subsistir y, en el extremo

opuesto, había conocido a gente que lo tenía todo pero que estaba vacía por dentro.

John tampoco sacó nunca a relucir el tema económico, ni el suyo propio ni el de ella, lo que para Elena significaba que John se interesaba por otras cosas aparte de lo material. Ella lo experimentó en sus propias carnes el mismo día que se conocieron en la página. Él entró al ver a una chica que se sentía cansada, agobiada, tensa y con unas ganas de llorar increíbles. Y ahí entró el joven para preocuparse por ella, dejar que llorara con tranquilidad para sacar todo lo malo que llevaba dentro, esperando en silencio a que ella se calmara y recuperase un estado de ánimo menos depresivo del que tenía. Todo eso lo hizo sin pedir nada a cambio, sin exigencias, únicamente preguntándole si se sentía mejor después de haberse liberado, si necesitaba algo más y deseándole lo mejor a nivel personal.

Elena pensaba que alguien que se preocupaba así por otra persona, que además no conocía de nada y podía haber pasado de largo y no entrar en su sala, era alguien distinto. Por lo menos distinto a todos los chicos que ella había conocido en su vida. Lo más parecido que veía a John era Mario. En cierta medida el joven le recordaba a su padre, que siempre se preocupó por su madre y por ella, anteponiendo muchas veces la felicidad y el bienestar de ellas al suyo propio. En ciertos aspectos eran bastantes semejantes y Elena pensó que se llevarían bien, siempre y cuando la relación llegase al punto de hacer las presentaciones familiares oficiales.

Al pensar aquello la joven no pudo evitar sonreír, sonrisa que se convirtió en una carcajada limpia y que denotaba relajación. Aún no se habían conocido en persona y su mente ya estaba adelantándose a ese momento, llegando incluso a pensar si John se llevaría bien con Isabel y Mario.

John finalizó la llamada y se acercó hasta el ventanal de la sala para mirar al exterior y ver nevados los parques y los edificios cercanos. El invierno había entrado con ganas ese año y las nevadas, que por lo general hacían acto de presencia hacia mediados del mes de febrero, se adelantaron algo más de un mes.

El joven disfrutaba del calor del interior de la casa mientras miraba por la ventana y empezaba a memorizar todos y cada uno de los detalles que se veían. Iba a pasar tres meses fuera de su casa y quería llevarse un recuerdo de cómo estaba todo y así, a su vuelta, poder comprobar cómo había cambiado el paisaje, si es que cambiaba en algo.

Cuando agarró el teléfono para llamar a Elena, solamente tenía la intención de comentarle la decisión que tomó la empresa sobre la fecha del viaje y dónde se alojarían, pero tras ir avanzando la conversación, algo en su interior le pidió que diera un paso más. A fin de cuentas, ya habían comentado en alguna otra ocasión que estaría bien conocerse en persona. En cuanto empezó a hablar del tema, John notó que a Elena le había pillado por sorpresa el tema, pero no rehusó hablar de ello y finalmente llegaron a un acuerdo.

John hizo memoria y recordó cómo conoció a Elena en la página. Nunca se imaginó que, el hecho de preocuparse por una persona que necesitaba hablar le conduciría a conocer mejor a esa persona, a intercambiar los teléfonos, a comenzar una amistad y, sobre todo, por nada del mundo se imaginó que le podría conducir a conocerla personalmente en su propio país. Visto desde la perspectiva del tiempo que había pasado, parecía algo surrealista, algo que solamente ocurría en las películas.

El día que le dijeron cuál era el hotel en el que se alojarían, lo buscó en internet para ver las instalaciones y curiosear en las fotos si era un buen hotel o no. Sabía perfectamente que la

empresa no solía escatimar a la hora de alojar a sus empleados, pero siendo una estancia tan prolongada, quizá hubiesen preferido ir a algo más económico. La sorpresa fue grande cuando comprobó que iban a estar alojados en uno de los mejores hoteles de la capital colombiana, bastante bien ubicado y con unos servicios que excedían, con mucho, lo que para él era lo necesario en un hotel. Tampoco es que se conformase con cualquier cuchitril, pero no era de los que necesitaba que todo fuese lujoso o llevado al extremo.

John volvió a los pensamientos sobre Elena. Él había conocido numerosas chicas durante su vida y había tenido alguna que otra novia, pero nunca nada formal. Las relaciones con aquellas chicas no llegaron a buen puerto por diferentes motivos. Alguna le llegó a decir que era demasiado observador y que no perdía detalle de ninguna de sus reacciones, lo que la hacía sentirse incómoda. El joven siempre tuvo una inclinación hacia la observación y tratar de no perderse detalle alguno de todo cuanto le rodeaba. Lo que para él era algo normal, que incluso lo veía como una ventaja o una virtud, se dio cuenta que para otras personas podía ser agobiante o estresante.

Con Elena parecía que la cosa era diferente. Fue precisamente gracias a esa observación y a prestar atención por lo detalles, lo que le llevó a entablar conversación con ella. Elena lo agradeció y, por lo que había podido ir intuyendo John después, a ella le gustaba ese tipo de atención. La joven no era de abrirse mucho a los demás ni de hacerlo con facilidad, pero al haberse fijado él en sus gestos, en su tono de voz y demás detalles, había conseguido vencer una primera barrera que Elena había construido para protegerse.

A medida que John fue conociendo más a Elena y más detalles de su vida y de lo que tuvo que pasar siendo adolescente, se dio cuenta que, dentro de aquel físico, residía una mujer valiente, con fuerza y con mucho potencial como persona. A John enseguida le enganchó ese aspecto de ella y cuanto más descubría, más se enganchaba. Hasta que un día tuvo que admitir ante él mismo la verdad: se estaba enamorando de la joven.

Al poco tiempo de ser consciente de que estaba prendado de Elena, comenzaron a especular con la posibilidad de conocerse en persona y verse algún día. Ese fue el momento en el que John vio confirmados sus sentimientos hacia la joven. Ya no había vuelta atrás, o seguía adelante y veían donde les llevaba el destino o se quedaría todo en una bonita relación entre dos personas que se tenían mucho cariño y se gustaban, pero que jamás podrían compartir el mismo espacio.

Para sorpresa de John, parecía que los astros se alineaban, porque en el trabajo apareció la oportunidad de viajar a América con la apertura de la nueva sede. La alineación parecía completa cuando uno de los países en liza era Colombia, que al final resultó ser el elegido, y cuando le dijeron que él formaría parte del equipo que iría al país para la inauguración y puesta en marcha de la nueva sede.

Si echaba la vista atrás, todo parecía haber ido demasiado deprisa, pero mientras estaba viviendo cada uno de esos momentos, todo le parecía ir demasiado despacio. Sobre todo al principio, cuando únicamente podían intercambiar mensajes en la página o verse cuando ambos estaban conectados. Aspecto que cambió cuando intercambiaron los números de teléfono y su comunicación se volvió más fluida y también más variada. Durante sus conversaciones en la página, hablaban de diferentes cosas, pero intercambiar los números y tener la posibilidad de hablar entre ellos en cualquier momento y lugar, les llevó a contarse más cosas del día a día, lo que estrechó la relación entre ambos.

Madrid - 24 de enero de 2018

John se encontraba en el aeropuerto de Madrid, a la espera de que llegasen los tres compañeros que viajarían con él hasta Colombia. Habían quedado con bastante antelación a la salida del vuelo para poder hacer la facturación sin prisas y para que les diese tiempo a desayunar algo tranquilamente. El joven llegó al aeropuerto media hora antes de la hora acordada porque no aguantaba más en casa. Era pronto por la mañana, apenas las seis, cuando ya tenía todo preparado y no sabía qué hacer en casa. Había quedado con sus compañeros a las siete y media en la entrada de la terminal 4S, que era desde la que salía el vuelo directo de Iberia a Bogotá y, como no aguantaba más en casa, llamó a un taxi para que le llevase al aeropuerto. John prefería esperar ya en la terminal, leyendo el periódico o, simplemente, viendo a la gente pasar que sentirse encerrado en casa, mirando constantemente el reloj viendo pasar los minutos lentamente. Él quería llegar ya a Colombia, bajarse del avión, recoger todo el equipaje, montar en el coche que la empresa les había dicho que les estaría esperando, llegar al hotel, instalarse y pegarse una ducha para quitarse todo el cansancio del viaje.

Poco antes de las siete y media, los compañeros de John aparecieron por la puerta de la terminal y se dirigieron hacia donde se encontraba el joven. Los tres vivían cerca y por eso compartieron el taxi hasta el aeropuerto. Una vez realizados los saludos de rigor, se dirigieron hacia los mostradores de facturación. Sabían que a esas horas las colas para facturar solían ser bastante largas y, por experiencias pasadas, sabían que era mejor pasar un poco más de tiempo en la cola y asegurarse una facturación con tiempo, a tener que ir luego corriendo de un lado para otro por haber apurado más de la cuenta para tener menos gente en la cola de los mostradores.

Se acercaron hasta la zona de facturación, mirando las pantallas para saber en qué mostradores les tocaba facturar. Una vez encontrado el número de vuelo y los mostradores, fueron hacia allí y se pusieron en la cola. Mientras avanzaban poco a poco, empezaron a hablar sobre el vuelo y sobre detalles del alojamiento en el hotel. Un par de compañeros hicieron comentarios sobre las fotos que vieron del hotel en internet y que parecía ser un hotel nuevo, con muchos servicios, habitaciones bastante espaciosas y equipadas y unas vistas bastante buenas de la zona más próxima de la ciudad, eso sí, desde las plantas más altas, por supuesto.

Estaban ya sentados en una de las cafeterías que había tras haber pasado los controles de seguridad y haber accedido la zona de embarque cuando el teléfono de John sonó. No le dio mucha importancia, porque a esas horas sería algún email de publicidad o algo por el estilo. Tan concentrado estaba en el vuelo que no se dio cuenta que el sonido que emitió el teléfono era el tono específico de Elena. Tardó unos segundos en reaccionar y después cogió el móvil con prisa ante la mirada sorprendida de sus compañeros. John leyó el escueto mensaje rápidamente y, casi de forma automática, lo memorizó para guardar el teléfono. No quería que nadie supiera que el viaje a Colombia tenía algo más, mucho más, importante para él que el trabajo y la nueva sede.

En el mensaje Elena le deseaba los buenos días, que todo fuera bien durante el vuelo y que, por favor, la avisara cuando ya estuviese instalado. También le decía que sabía que, seguramente, no podría comunicarse con ella hasta que se conectase a una red inalámbrica, la del hotel, y que esperaría con ganas su mensaje para decirle que todo estaba correcto.

Tras repasar mentalmente el mensaje un par de veces, John tuvo aún más ganas de montar en el avión y de llegar a Bogotá. Comenzó a mirar el reloj casi compulsivamente y vio que el tiempo avanzaba inversamente a sus ganas e ilusión.

Por fin llegó la hora en la que en las pantallas apareció anunciada la puerta de su vuelo y, casi como un resorte, John saltó de su silla para coger su equipaje de mano y, metiendo prisa a sus

compañeros, dirigirse hacia la puerta asignada. En los mostradores de facturación se sorprendieron cuando el personal de tierra que les facturó les dijo que tenían asientos en business, con lo que ahora, a la hora de embarcar, tendrían preferencia y podrían hacerlo de los primeros. Al tener esa clase de billete también tenían acceso a la sala VIP, que no estaba situada muy lejos, así que decidieron ir a disfrutar de sus comodidades durante la media hora que restaba para que comenzara el embarque.

Sentados ya en sus asientos de categoría superior, una vez colocado el equipaje de mano en los compartimentos superiores, se abrocharon los cinturones de seguridad y se dispusieron a esperar a que finalizara el embarque y que el avión se pusiera en movimiento.

John siguió la misma rutina que seguía cada vez que subía a un avión. Comenzó a ojear las revistas que había en el respaldo del asiento y fue seleccionando, a través de los titulares, los artículos que leería durante el viaje. En ese viaje le daría tiempo a leer muchas cosas y a ver varias películas de las que podía ver el listado en el monitor que tenía justo delante. Aun con todo y con eso, las diez horas de vuelo se le podían hacer muy largas al joven.

Tras varios minutos de espera a que todos los pasajeros se acomodaran en sus asientos y que las auxiliares de vuelo diesen las instrucciones pertinentes, el avión se puso en marcha y poco después de entrar a pista, ya estaba en el aire cogiendo altura. Unos instantes después, giraban y enfilaban ya rumbo al nuevo continente.

El vuelo transcurría con normalidad, sin turbulencias y algo adelantado sobre el horario previsto. El vuelo estaba programado para que aterrizara a las cuatro de la tarde, hora de Bogotá, pero según las estimaciones que aparecían en el monitor del avión, llegarían en torno a un cuarto de horas antes, aunque podía ser más si seguían al mismo ritmo.

Comenzaron el descenso con el mismo adelanto y, para cuando se quisieron dar cuenta, el avión ya estaba tomando tierra en el aeropuerto de Bogotá. Al igual que a la hora de embarcar, John y sus compañeros tuvieron preferencia a la hora de bajar del avión. Cogieron sus equipajes de mano de los compartimentos superiores y salieron por la puerta del avión saludando a las auxiliares que se encontraban en el pasillo.

Gracias a esa preferencia, llegaron de los primeros a la zona de recogida de equipajes. Al viajar para tanto tiempo, en el caso de John un mínimo de tres meses, los cuatro compañeros llevaban maletas de generosas dimensiones. Agarraron sus maletas y fueron hacia la salida del aeropuerto. Tuvieron que pasar todavía un control de seguridad más y después, tras cruzar varios pasillos y salas, ya se encontraron en la zona exterior de salidas, donde una gran cantidad de gente estaba esperando a las personas que llegaban en los numerosos vuelos que acababan de aterrizar.

Al cruzar las puertas hacia el exterior vieron a un hombre, trajeado, que portaba un cartel del tamaño de una carpeta con el logotipo y el nombre de la empresa. Se acercaron a él, le saludaron cordialmente y tras un intercambio de preguntas y respuestas típicas, se encaminaron hacia el aparcamiento. Cuando llegaron dieron gracias por que la empresa hubiese actuado con vista y hubiese enviado a un conductor con una furgoneta. El hombre trajeado abrió el portón trasero y fueron introduciendo las maletas, acoplándolas lo mejor que pudieron para que no se movieran durante el trayecto y para que no se estropeará ningún material electrónico de los que llevaban.

Los asientos de la furgoneta, de siete plazas, eran bastante amplios y al ir únicamente cuatro,

tenían espacio suficiente incluso para estirar las piernas y gozar de un espacio generoso para cada uno. El conductor les confirmó que tenía orden de llevarles al hotel Gran Hyatt, donde les dejaría en la puerta, les ayudaría con las maletas y donde les recogería en futuros desplazamientos orquestados por la empresa. A su vez les comentó que también podía contar con sus servicios en caso de que quisieran desplazarse por la ciudad o hacer una pequeña exploración de la ciudad desde la furgoneta para ir habituándose a la urbe.

Bogotá - 25 de enero de 2018

John se despertó con los primeros rayos de sol. Fiel a su costumbre, nunca bajaba las persianas para dormir y, cuando dormía en hoteles, nunca cerraba las cortinas que impedirían la entrada de la luz en cuanto se hacía de día. Al joven le gustaba ver los primeros rayos de sol y ver cómo la luz iba llenando, mientras cambiaba de tonos, todos los rincones de la habitación y todos los lugares que se veían desde la ventana.

La habitación en la que había dormido y descansado toda la noche, sin interrupciones, se ubicaba en la planta doce. Tenía unas vistas privilegiadas de toda la zona comercial que rodeaba al hotel, destacando que, mirando hacia la derecha según se acercaba a la ventana, veía la pirámide de la Gobernación de Cundinamarca. La estancia era de generosas dimensiones y sin temor a equivocarse mucho, John estimó que tendría alrededor de los cincuenta metros cuadrados. Nada más entrar, a mano derecha, estaba el baño, acondicionado con una ducha con un plato de piedra antideslizante de generosas dimensiones, un lavabo también de piedra y el resto de los elementos del baño estaban en la pared contraria. Siguiendo el pequeño pasillo que hacía las veces de entrada a la habitación, había una mesa grande, donde John tenía colocados todos los aparatos electrónicos y también un cuaderno. Sobre la mesa, colgada en la pared, había una moderna televisión y un par de cuadros con paisajes del país. En el lado opuesto a la mesa se encontraba la cama, casi king size, con numerosos cojines de varios colores sobre la almohada. El armario, todo de madera y con un gran espejo en una de sus puertas, estaba pegado a la pared que daba al baño, a la izquierda de la cama.

Cuando John entró en la habitación por primera vez se quedó impactado por el tamaño de la estancia. Había estado en muchos hoteles, más o menos lujosos, más o menos bonitos, pero nunca había disfrutado, en ninguno de sus viajes, de una habitación tan espaciosa como aquella.

La tarde anterior, los cuatro compañeros aprovecharon para deshacer la maleta en cuanto llegaron al hotel y decidieron que bajarían al restaurante a cenar algo una hora después. Todos estaban cansados y con ganas de dormir, así que cenaron algo de manera rápida y volvieron a sus habitaciones con la intención de que se les pegaran las sábanas.

John, ya descansado y después de haberse duchado nuevamente nada más levantarse, agarró el móvil y les envió un mensaje a sus compañeros diciéndoles que bajaba a desayunar y que un par de horas después iría a dar una vuelta por la ciudad. Llamaría al mismo conductor que les trajo del aeropuerto para que le hiciera una primera visita guiada y que le aclarara cuáles eran las zonas a evitar y por cuáles podía desplazarse con más seguridad. John era muy consciente de la fama que tenía el país y no quería acabar formando parte de ninguna estadística.

Una vez enviado el mensaje salió de la habitación, anduvo por el pasillo y llamó al ascensor. Mientras llegaba, se fijó en la decoración del pasillo. Una alfombra de colores neutros hacía juego con las paredes, también pintadas con colores neutros y dibujando líneas que simulaban flores y plantas. Las luces, sutilmente colocadas en lugares estratégicos, proporcionaban una luz

que iluminaba el pasillo con rotundidad, pero sin llegar a deslumbrar a las personas. Todo ello junto a la luz natural que entraba por el ventanal que presidía el pasillo.

John montó en el ascensor y bajó hasta la segunda planta, donde se ubicaba uno de los dos restaurantes del hotel. La comida en ambos restaurantes era la misma, pero debido a la capacidad del hotel, los dueños decidieron montar dos restaurantes para garantizar la tranquilidad de los comensales.

Aquella mañana, su primera mañana en Colombia, John decidió que probaría algún plato típico de desayuno local. Si algo no le gustaba siempre tenía la opción de elegir algo más internacional y asegurarse un buen desayuno. Se paseó junto a las mesas donde estaban los alimentos y en una primera pasada no vio nada que le llamase la atención. Decidió servirse un poco de café, dejarlo en el sitio que había elegido para sentarse para que se enfriase un poco y dar otra vuelta por las mesas de la comida. Finalmente se fijó en unas arepas de choclo y se sirvió un par de ellas en un plato, que acompañó con un vaso de zumo de frutas tropicales.

Una vez sentado en la mesa, con todo el desayuno delante, comenzó a degustar las arepas. Le gustaban, tanto por el sabor como por la textura. El zumo de frutas tropicales también estaba muy rico y, sin duda, el hecho de que estuviese preparado en el momento y de forma natural, hacía que los sabores fuesen mucho más intensos.

Ninguno de sus compañeros apareció por el restaurante para desayunar con él y supuso que estarían los tres aprovechando para dormir. John subió de vuelta a su habitación para lavarse los dientes y leer un poco antes de salir del hotel. Al mismo tiempo que les había mandado un mensaje a sus compañeros, habló con el conductor y quedó con él para dos horas después en la puerta del hotel.

Cuando estuvo en su habitación, el joven consultó la predicción meteorológica para elegir la ropa más adecuada. Sabía que por temperatura no iba a tener problema, pero no quería que algún chaparrón repentino le dejara hundido si podía evitarlo.

El conductor le estaba esperando en la puerta, tal y como habían quedado, cuando John bajó de su habitación. Se saludaron con un apretón de manos y John se sentó en el asiento del copiloto. No había ningún motivo para ir sentado en los asientos traseros cuando solamente iban ellos dos en la furgoneta. Rafael, que así se llamaba el conductor, le preguntó al joven si quería ver algo en particular y John le contestó que no, que simplemente quería echarle un primer vistazo a la ciudad.

Rafael le iba diciendo cosas sobre los lugares por los que pasaban, contándole anécdotas sobre unos lugares o destacando la importancia de algunos edificios, parques u otras construcciones. El conductor también le iba nombrando todos los barrios por los que pasaban y John trataba de guardar la mayor cantidad de información en su cabeza. Llevaban ya más de una hora dentro de la furgoneta, pasando por infinidad de calles, cuando John decidió que ya era suficiente por ese día y le dijo a Rafael que quería volver al hotel para trabajar un poco. El conductor, obedientemente, puso rumbo al hotel, pero no desaprovechó la oportunidad de seguir nombrando todos los lugares por los que pasaban.

John casi no estaba prestando ya atención, pero, de pronto, volvió a escucharle con toda la atención posible. Rafael acababa de nombrar la universidad de Bogotá y algo saltó en la cabeza de John. Inmediatamente le vino a la mente la figura de Elena y se preguntó si sería en aquella universidad a la que acudiría la joven.

—¿Qué universidad es esta?

—Es la Universidad Nacional de Colombia, señor, la facultad de medicina —contestó Rafael a la pregunta que le había hecho John—.

El corazón de John se puso a latir con más fuerza y a un ritmo mayor. A esas horas la joven estaría en clase y, saber que estaba tan cerca de ella, le generaba nervios e ilusión a partes iguales. Por un momento se sintió tentado de decirle a Rafael que fuese a la universidad y que le dejase allí un rato, pero luego entró en razón, no le dijo nada y dejó que le llevase hasta el hotel. Hubiese sido muy raro que alguien que no conoce la ciudad decidiese que quería parar en la universidad, habiendo tantos sitios de interés repartidos por la ciudad.

John conocía, de sobra, los horarios de Elena porque ella misma se los había dicho y por las horas en las que ella le hablaba o le respondía a los mensajes. Podía plantarse en la universidad y, colocándose en un sitio desde el que pudiera observar todo, esperar a que apareciese la joven, pero eso sería muy violento e incluso una forma de acoso. Ir a buscar a Elena, cuando ella no sabía nada de eso y sin haberse visto nunca en persona podía resultar muy violento para ella, ponerla en una situación incómoda y generar una tensión innecesaria entre los dos. Aparte de que esa actitud era típica de los acosadores y John no era de ese tipo de personas ni quería dar esa imagen ante Elena. Ella le tenía en muy buena estima y no quería parecer algo que no era y que él detestaba profundamente.

Rafael le dejó de nuevo frente a la puerta del hotel y se despidió. Le recordó que para cualquier desplazamiento que quisiera hacer, solo o con sus compañeros, contara con él y con su furgoneta. John le tomó la palabra y le dijo que le llamarían en los próximos días para que los llevase hasta la ubicación de la nueva sede de la empresa. Rafael respondió con una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza, se montó en la furgoneta y se marchó en la misma dirección que había cogido al empezar la ruta con John.

Tal y como le había dicho a Rafael que haría, John subió a su habitación, que ya había sido limpiada y arreglada por el personal del hotel, y abrió el portátil. Se conectó a la red inalámbrica y comprobó el correo del trabajo. Vio que tenía unos cuantos correos y se dispuso a leerlos y a responderlos. Aún no tenía noticias de sus compañeros, así que siguió haciendo cosas del trabajo, rellenando informes y escribiéndole al jefe para que supiera que todo estaba en orden. También le preguntó por la dirección exacta de la nueva sede que, según los primeros datos, no estaba muy lejos del hotel. Pero viendo el tamaño que tenía la ciudad, lo de no estar muy lejos era algo que no le aclaraba nada las cosas a John.

Cuando estaba terminando de redactar los correos y a punto de bajar a comer al restaurante, tocaron la puerta. John abrió y encontró a un botones del hotel con un paquete en la mano. Le dijo que acababa de llegar eso para él y John vio el logotipo de su empresa en el envoltorio. Dio las gracias al botones y, dejando que la puerta se cerrase sola, volvió hacia la mesa, donde dejó el paquete y busco algo con lo que abrirlo. Utilizando la punta de un bolígrafo rompió el precinto de la pequeña caja y la abrió para descubrir que en su interior había otra caja, que contenía un teléfono móvil. Sacó la caja interior, la abrió y sacó el teléfono. Junto a la caja del nuevo móvil había un pequeño plástico que tenía en su interior la tarjeta de una operadora local para el nuevo terminal. El joven introdujo la tarjeta en el terminal y comenzó a configurarlo para tenerlo todo a su gusto. Una vez hechos los ajustes básicos, agarró su teléfono particular e hizo lo más importante: copiar el contacto de Elena en el nuevo teléfono.

“Hola, Elena, soy John. Este es el número que me han dado para que utilice mientras esté aquí, en Colombia. Lo puedes guardar con el mío personal, que también seguiré utilizando, pero solamente cuando tenga acceso a alguna red inalámbrica.”

John terminó de escribir el mensaje y se lo envió a Elena. A la joven aún le faltaba un poco para salir de clase y poder leerlo, pero John cumplía así lo que le dijo a ella: que le daría el



nuevo número de teléfono en cuanto lo tuviese.

El joven dejó el teléfono sobre la mesa, bajó a comer, almorzó tranquilamente y volvió a subir a su habitación. Sus compañeros ya se habían despertado y preguntaban si harían algo por la tarde. Viendo que a nadie le apetecía salir, decidieron que irían a la piscina del hotel y después pasarían un rato en el spa. Sin duda alguna les vendría bien un masaje y algún que otro cuidado para recuperarse aparte de haber dormido tantas horas.

Justo cuando el joven iba a salir por la puerta para ir a la piscina, comenzó a sonar uno de los móviles. Era el nuevo de trabajo y John vio que en la pantalla aparecía el nombre de Elena. Se sorprendió de que le llamase en vez de contestar al mensaje, pero no lo dudó y respondió rápidamente.

–Hola, Elena.

–Hola, John. ¿Cómo estás?

–Bien. Sorprendido con la llamada, pero muy bien. No me esperaba que me llamas.

–¿Ves? Yo también puedo sorprenderte a ti –dijo Elena y los dos comenzaron a reírse–. Acabo de salir de clase y, al ver tu mensaje, he pensado que lo mejor era llamarte. ¿Qué has hecho durante la mañana?

–Pues, el conductor que nos trajo desde el aeropuerto, que está contratado por la empresa, me ha llevado por diferentes sitios de la ciudad. Le he pedido que me haga un pequeño recorrido para ir familiarizándome con la ciudad.

–¿Qué partes has visitado?

–Si te digo la verdad, no me he bajado de la furgoneta. Quería ver, de momento, un poco por encima la ciudad. Tampoco nos hemos alejado mucho del hotel, pero me ha dicho muchísimos nombres de barrios, de edificios, de lugares interesantes, parques, etc. No creo que me acuerde ni de la mitad –John escuchó la risa de Elena al otro lado de la línea–. A la vuelta me he acordado de ti, porque hemos pasado cerca de la facultad de medicina de la universidad.

El joven no le dijo que había estado a punto de decirle a Rafael que parara. Eso sería algo que se guardaría para sí mismo.

–¿Qué casualidad! Si llegas a parar me hubieses pillado en clase. Oye, ahora que lo pienso –dijo Elena con tono de incertidumbre–, ¿el hotel donde te alojas es el que está un poco más allá de la pirámide de la Gobernación?

–Sí, ese mismo. El nombre es Grand Hyatt.

–Vale, es que por el nombre no me sonó cuando me lo dijiste antes de venir, pero estos días, viniendo en el autobús a la universidad he pasado por delante y me acabo de acordar. ¿Qué tienes pensado hacer ahora?

–Hemos quedado los cuatro compañeros para ir un rato a la piscina del hotel y luego pasarnos por el spa. Una tarde dedicada a la relajación y a coger fuerzas para los próximos días.

–Menudo planazo. Me das envidia. A mí, como siempre, me toca ir a la tienda, pero, aunque no tengo muchas ganas de hacerlo, no tengo más remedio.

–Ya verás como se te pasan rápido las horas –intentó animarla John–.

–Cambiano un poco de tema, ¿qué te parece si el fin de semana quedamos para tomar algo?

Elena había lanzado la pregunta que ambos estaban deseando hacer y ahora la pelota estaba en el tejado de John. La joven no se lo había pensado mucho a la hora de lanzar la pregunta, como si un fuego interno la obligase a sacar aquel deseo de su interior. Ahora estaba en manos del joven poner fin al período de no conocerse en persona y, por fin, dar un paso más en aquella relación.

A Elena se le estaba haciendo eterno el silencio de John, pero en realidad no había pasado ni

un segundo desde que había terminado de formular la pregunta.

–Me parece una idea estupenda –dijo John entusiasmado y escuchando un suspiro de alivio por parte de Elena–. El fin de semana lo tengo completamente libre, con lo que me puedo amoldar a tus horarios y cuadrar el mejor momento para estar juntos.

## JOHN

Bogotá - 28 de enero de 2018

John caminaba por la ciudad sin rumbo fijo. Se dejaba llevar por sus pies, que parecían saber mejor hacia donde había que moverse. Pasaba de una calle a otra, viendo a la gente pasar a su alrededor, cada uno centrado en sus cosas y sus conversaciones, mientras él se fijaba en algunos escaparates aunque sin ver nada en concreto. Vagaba sin saber qué hacer cuando algo llamó su atención. Inmediatamente sacó el teléfono móvil, hizo una fotografía y se la envió a Elena, porque lo que había visto le recordó muchísimo a ella. Se quedó mirando un rato aquello y, cuando ya casi había olvidado el envío de la fotografía a Elena, su móvil sonó. Ella le enviaba un video, el cual abrió seguidamente y se quedó asombrado porque ella estaba viendo lo mismo que él, en ese mismo instante, pero desde otro punto de vista.

Algo saltó en la mente de John que le hizo reaccionar. Se movió con movimientos ágiles y rápidos para buscar el punto exacto desde el que estaba grabado el video que Elena acababa de mandarle. Tuvo que andar muy poco para llegar al lugar y en cuanto llegó se puso a mirar a su alrededor, en busca de la chica. La joven, que no debería estar muy lejos, parecía esquivar su mirada y esconderse. Finalmente, John vio una melena que se le hacía muy familiar. John estaba muy quieto, como anclado al suelo. Le costó un enorme esfuerzo dar el primer paso para dirigirse hacia donde ella estaba, pero tras dar el primero, los demás vinieron solos y la distancia que los separaba se fue haciendo cada vez más pequeña.

Elena estaba conversando con alguien que John no podía ver porque Elena la tapaba y de vez en cuando, con los movimientos de su cabeza, la melena se movía de izquierda a derecha. El pelo le caía sedoso por detrás de los hombros y lanzaba reflejos provocados por las luces que la rodeaban. La joven lucía un espectacular vestido azul oscuro de tirantes, bastante ajustado en el pecho, en la cintura y en la cadera y, a partir de ahí, hacia abajo, era más ancho, hasta un poco por encima de la rodilla, donde terminaba dejando a la vista las delicadas piernas de Elena.

John estaba a escasos tres metros de Elena cuando escuchó su voz, alegre y cantarina. Siguió andando con paso vacilante, más por los nervios que por las dudas, hasta estar tan cerca como para rozarla con la punta de los dedos. Sin ser consciente de que lo estaba haciendo, su mano rozó el pelo de la joven y dio un par de toques suaves en su hombro izquierdo. Elena se giró y se topó de frente con los ojos grises de John, que la miraban con una mezcla de sorpresa, admiración, cariño y alegría.

Los dos se quedaron mirándose unos segundos, en los cuales ninguno decía nada. Durante ese instante, la persona que había estado hablando con Elena desapareció sin que a John le diese tiempo a ver de quién se trataba. En realidad no es que no hubiera tenido tiempo, sino que no tenía ojos nada más que para Elena.

Tras esos segundos en silencio, los dos se fundieron en un abrazo que disfrutaron como si nunca les hubiesen abrazado en sus vidas. Sus brazos, sus pechos, sus cuellos, todas las partes de sus cuerpos hablaron durante ese abrazo. Se dijeron lo mucho que habían esperado ese momento, expresaron el ansia por saber que ese día llegaría sin saber cuándo exactamente; sus cuerpos hablaron de cariño, de comprensión, de confianza, de afecto.

Deshicieron el abrazo lentamente y volvieron a quedarse mirándose a los ojos. Llevaban todo el tiempo, desde que él le tocara el hombro, sin decir nada. Y así siguieron. Sus caras empezaron a acercarse, hasta que sus narices se rozaron. No aguantaron más y, lo mismo que se habían

fundido en un abrazo, se fundieron en apasionado beso, juntando sus labios, abriendo sus bocas para que el uno pudiera entrar en el otro, dejando que sus lenguas exploraran todos los rincones de aquel nuevo lugar.

John abrió de repente los ojos y vio que estaba en la habitación del hotel. Miró por la ventana y vio que el sol estaba empezando a asomar por el horizonte y que no eran más que las cinco de la mañana.

Todo había sido un sueño.

No podía creer que aquello que tan vívidamente había soñado no fuese real y, sin en cambio, así era. No había sido más que su deseo llevado a la máxima expresión durante su sueño. No sabía cómo sería el encuentro que tendría con Elena ese día, pero esperaba que las sensaciones y las emociones fueran como las del sueño.

John se dio media vuelta en la cama e intentó volver a dormir un rato, pero fue imposible. La visión tan real de Elena durante el sueño le había dejado con las emociones a flor de piel y fue consciente, otra vez más, de todo lo que sentía por aquella joven a la que, por fin, vería en persona ese mismo día.

Decidió levantarse, disfrutar de una buena ducha y bajar a desayunar, porque cuanto más intentara dormir, más pensaría en el sueño y más intentaría revivirlo o ir más allá que la vez anterior. En su fuero interno sabía que aquello no iba a suceder, que no se iba a volver a repetir ese sueño y que era en vano intentarlo.

Tras desayunar volvió a la habitación, pero seguía sin saber qué hacer para ocupar su tiempo hasta la hora de comer, que eran cuando había quedado con Elena. Paseando la mirada por la estancia vio el ordenador, un libro y los teléfonos móviles. No le atrajo la idea de ponerse a leer ni de utilizar el ordenador, así que se cambió de ropa y bajó a la piscina. Sin duda alguna nadar le ayudaría a relajarse y a despejar la mente.

John se montó en el taxi que había pedido en recepción. Elena le dijo el día anterior que si quería un taxi lo pidiese en la recepción del hotel, que sería más seguro y más justo con el precio que uno que pudiese encontrar en la calle. El joven siguió su consejo y en recepción le dijeron que tenían un acuerdo con una compañía de taxi que trabajaba en varias ciudades.

El joven se montó en la parte trasera del taxi, un coche que ya tenía sus años, pero que estaba bien cuidado. Le dijo la dirección a la que quería ir y le pagó por adelantado. Al ser cliente del hotel, el taxi tenía una tarifa fija. El taxista era un hombre de mediana edad, muy amable y con buena conversación. No le preguntó por la razón de su visita a Bogotá, pero le estuvo recomendando lugares para visitar, restaurantes donde comer o cenar y otros lugares de interés. Tan evidente era su condición de forastero en la ciudad.

Tras casi quince minutos de viaje, el taxista le dijo a John que habían llegado al destino. Le señaló el lugar exacto donde se encontraba el restaurante y se despidió calurosamente del joven.

John cruzó la calle y entró en el restaurante. Habló con la chica de recepción, que le hizo pasar a la mesa que tenían reservada, y se dispuso a esperar a que llegara Elena. Él había llegado unos diez minutos antes de la hora acordada y esperaba que el tiempo de espera no se le hiciera muy largo.

De pronto la puerta del restaurante se abrió y apareció Elena, ligera y etérea, su larga melena morena movida por la brisa creada al abrir la puerta del establecimiento. Ella paseó su mirada por el local y se encontró con la cálida mirada de John posada en la suya.

## ELENA

Bogotá - 28 de enero de 2018

Elena se despertó cuando el sol ya había aparecido por completo en el horizonte y toda la ciudad se llenaba de luz y del calor propio de esas fechas. Había pasado una noche algo movida, con varios sueños de los que no se acordaba y despertándose varias veces. Lo achacó a los nervios por lo que ocurriría al mediodía: había quedado para comer con John. Su primera cita. Aún recordaba la conversación que mantuvieron por teléfono el viernes para concretarlo todo.

–Hola, Elena. ¿Cómo va la tarde del viernes?

–Hola, John. Pues, deseando que acabe, la verdad –contestó Elena mientras reía–. ¿Tú qué tal?

–Bien, bien. Ya he terminado todo lo que tenía que hacer de trabajo y ahora voy a ir con los compañeros a dar una vuelta y quizá vayamos al cine, no lo sé.

–Buen plan. Y, hablando de planes, ¿has pensado algo para el fin de semana?

Elena seguía sin creerse que pudiese tener tal facilidad para sacar el tema de quedar y, menos aún, para ser tan directa. Siempre tuvo reticencias a ser ella la que propusiera los planes cuando había estado en alguna otra relación. Quizá todo derivaba de la falta de confianza en ella misma provocada por los acontecimientos y los maltratos sufridos durante su adolescencia. Pero, cada vez que hablaba con John, esa sensación desaparecía y, sin ser la persona con más confianza del mundo, sacaba fuerzas para tomar la iniciativa y superaba aquellos miedos. Aún se preguntaba cómo lo lograba, pero le gustaba saberse capaz.

–Todo depende de los horarios que tengas tú en el trabajo –dijo John–. Si quieres, podríamos quedar para comer y dar una vuelta después.

Elena se quedó unos segundos pensando. El plan de John le parecía muy bueno y, además, permitía la opción de no ir a dar una vuelta en caso de que la comida no fuese como ella esperaba. La pega era que ella trabajaba el sábado en la tienda, con lo que el único día libre para poder ir a comer, sería el domingo.

–Podríamos ir a comer el domingo, porque el sábado trabajo en la tienda y ya sabes mi horario –dijo Elena sonriendo–. Mi domingo está completamente libre.

–Vale, me parece genial. Eso sí, el sitio donde comamos lo eliges tú, que sabes mucho mejor que yo dónde poder estar a gusto y comer bien.

Los dos rieron por la ocurrencia de John y porque sabían que era verdad. John no podía jugarse una primera cita eligiendo un restaurante por las reseñas de internet, además que confiaba plenamente en el criterio de la joven.

Ella recordaba que habían seguido hablando sobre gustos culinarios y sobre las comidas típicas del país que había probado él en los escasos días que llevaba en el Bogotá.

Elena se levantó y, como todos los domingos, apuró un poco más en la cama que otros días. Hasta la hora en que había quedado con John no tenía nada que hacer, con lo que decidió desayunar tranquila, leer un poco y después ducharse, prepararse y salir hacia el restaurante.

Mientras se preparaba pensó en la ropa que se pondría. Si se ponía algo demasiado elegante corría el riesgo de parecer querer darle mucha más importancia a la comida que la que realmente tenía y si, por el contrario, se ponía lo primero que encontrara por el armario, corría el riesgo de dar una mala imagen a John. Aunque Elena pensó si eso podía ocurrir realmente, pues ya se habían

visto con atuendos nada elegantes, como pijamas o ropas de trabajo. Aún así, decidió que se arreglaría un poco más de lo habitual, por lo menos más de lo que lo hacía para ir a la universidad y así causar una mejor impresión en John. Decidió que elegiría algo del armario con lo que se sintiera cómoda y a gusto. Tenía ropa de sobra entre la que elegir y, aunque era una primera cita, no era, al fin y al cabo, una cita muy formal.

Elena se tomaba aquella ocasión como la oportunidad de conocer a un amigo, aunque bien sabía ella que John no era un amigo, era mucho más que eso. Ella, en su fuero interno, quería convencerse de que iba a conocer a un amigo porque no quería salir con el corazón roto. Por mucho que hubiesen hablado por internet o por teléfono, algo dentro de ella le hacía permanecer cauta. Por un momento las palabras de Verónica, tan lejanas en el tiempo que las creía ya olvidadas, volvieron a su cabeza y le hicieron dudar por unos momentos. Empezó a pensar en si John cumpliría su palabra y aparecería en el restaurante, en si se comportaría en persona del mismo modo que se había comportado siempre, tanto en la página como por teléfono. Volvió a centrarse en vestirse y en maquillarse ligeramente y desechó los pensamientos negativos, que no le ayudarían en nada y sólo conseguirían menguar su buen humor y su alegre estado de ánimo.

Se despidió de sus padres y les dijo que iba a comer al centro, pero sin decirles con quién. Ellos tampoco preguntaron y se imaginaron que sería con alguna compañera de clase o del trabajo. Salió por la puerta agradeciendo en silencio que no le hubiesen preguntado ni dónde iba a comer ni con quién, pues prefería mantener el secreto y no verse así en la situación de tener que mentirles.

Podría haber cogido el autobús en la parada que había cerca de su casa, pero como iba con tiempo, prefirió caminar un poco y subir al autobús tres cuerdas más allá. Montó en el autobús y se sentó en uno de los asientos traseros. A esas horas del domingo el autobús iba bastante vacío y se podía elegir sitio. A Elena le gustaba viajar en la parte de atrás, donde podía ver bien todo el autobús y nadie podía taparle las vistas.

Elena estaba impaciente por llegar al restaurante y le parecía que el autobús iba más lento de lo habitual y que hacía más paradas de las necesarias. Cada vez que frenaba, Elena dirigía su mirada hacia el conductor y alrededor del autobús alternativamente, intentando averiguar el motivo de la parada. La joven miró el reloj y comprobó que iba con tiempo de sobra, por lo que decidió que se bajaría unas paradas antes e iría caminando hasta el local. Además, de esa manera se quitaba la angustia de que el autobús fuese más lento de lo habitual y recudiría un poco su nerviosismo.

Caminaba alegre y mirando a su alrededor con curiosidad. No sabía si John iría en taxi hasta el restaurante, tal y como ella le había recomendado, si iría en la furgoneta del trabajo con el conductor de la empresa, o si iría andando y se cruzarían en la calle antes de llegar al local. A medida que andaba y se acercaba al restaurante, Elena comenzó a ponerse nerviosa y notó como su corazón aceleraba el ritmo hasta parecer un caballo desbocado que pugnaba por salirse del pecho.

Elena llegó a la puerta del restaurante y se paró unos segundos frente a ella. Respiró hondo un par de veces y, haciendo acopio de todas sus fuerzas e impulsada por la ilusión, abrió la puerta y la abrió. Entró en el local y mientras se dirigía a la chica de la recepción, paseó su mirada por la sala llena de mesas. Estaba impaciente por saber si John había llegado o le tocaría esperar. Cuando la chica se le acercaba para atenderla e indicarle la mesa que le correspondía, giro la cabeza hacia la izquierda y vio unos ojos grises inconfundibles. Allí estaban esos ojos; allí estaba él. Por fin en persona y sonriente.

John se levantó haciendo un ligero gesto para que Elena se acercara a la mesa. Ella anduvo lentamente hasta la mesa.

Comenzaba la cita.

John le hizo un gesto a Elena para que se acercase a la mesa. Ella le dijo a la recepcionista que ya había encontrado su mesa y, con una sonrisa tímida y nerviosa, se acercó hasta la mesa para dos que tenían preparada.

Cuando ambos estuvieron uno enfrente del otro se quedaron quietos, dudando sobre cómo se tenían que saludar. ¿Un beso en la mejilla como conocidos que ya eran o un abrazo debido a su confianza?

John dio el primer paso y, aparte de darle un beso en la mejilla a Elena, también le dio un pequeño abrazo. La joven agradeció aquella muestra de cariño y respeto por parte del joven. Elena sintió que John era tan educado como lo había sido todo ese tiempo y se relajó un poco. Parecía que la impresión de los dos era buena y John le ayudó a sentarse en la silla para luego hacer lo propio en la otra silla.

Después de tanto tiempo de hablar a través de una pantalla y de intercambiar mensajes, había llegado el día en el que rompían todas las barreras y se veían cara a cara, únicamente separados una mesa. Ambos mantuvieron el silencio mientras se sentaban y comenzaron a mirarse a los ojos, escrutando cada detalle de la cara del otro. Ninguno había dejado de sonreír y mantenían aquel gesto alegre, de emoción e ilusión, con el que habían llegado a la cita.

John vestía unos pantalones largos, a pesar de la temperatura, de color azul oscuro y una camisa de manga corta de color blanco con unas letras en negro sobre el bolsillo izquierdo. El pelo corto bien peinado era más moreno en persona que a través del monitor del ordenador y Elena pensó que el conjunto de físico más vestimenta hacía de John un chico de lo más atractivo.

Elena había escogido una falda negra con un poco de vuelo que le llegaba por debajo de la rodilla, combinada con unos botines con un poco de tacón y una blusa azul clara. La larga melena morena, peinada y suelta, le caía por detrás de los hombros, enmarcando su rostro y enfatizando la forma de sus ojos y sus pómulos. John ya le había echado un vistazo rápido en cuanto ella entró por la puerta del restaurante y pensó que la pantalla del ordenador no le hacía justicia. Elena era mucho más guapa al natural.

Se les acercó un camarero, les dejó la carta y ambos pidieron agua para beber. Mientras leían los diferentes platos que había en la carta, fueron hablando sobre lo que había dado de sí el fin de semana para cada uno de ellos. Era una manera sencilla de romper el hielo e ir, poco a poco, ampliando los temas de conversación.

—La verdad es que tenía muchas ganas de que llegase este momento —dijo John—. Después de todo lo que hemos hablado porque, aunque nos hayamos visto muchas veces a través del



ordenador, no es lo mismo que hacerlo en persona.

–Yo también tenía ganas –Elena se sonrojó al escuchar las palabras de John y siguió colorada mientras hablaba–. Creo que era el paso lógico después de todo lo que hemos hablado, pero al vivir cada uno en una punta del planeta, una parte de mi pensaba que nunca pasaría. No te puedes imaginar la alegría que me dio el saber que vendrías a mi país.

–A mi también me hizo mucha ilusión saber que el proyecto se traería a Colombia y me costó mucho aguantar la alegría y las ganas de decírtelo. Casi tuve que correr desde el despacho del jefe hasta mi oficina para no perder la compostura y que los demás no notasen mi alegría y mi alivio. ¡La tensión que tuve durante la reunión!

Los dos rieron ante el comentario de John, lo que ayudó a seguir relajando la situación. No es que hubiese tensión entre ellos, pero se notaba que los dos querían que todo fuese bien, que no hubiese sorpresas desagradables y que la cosa fluyese de igual manera a como sucedía en sus conversaciones telefónicas y virtuales pasadas.

El camarero trajo los platos que habían elegido como primeros. Una ensalada con salsa de mango que llevaba manzanas verdes y rojas, mango, hojas de espinacas y lechuga, mayonesa y azúcar moreno. El plato tenía una pinta exquisita y John se quedó mirando el plato con curiosidad. Era la primera vez que veía ese tipo de ensalada y sentía curiosidad por saber qué sabor y qué textura tendría.

El plato de John era una sopa de salmón con aguacate, que estaba preparada con pimentón, tomates, cilantro, ajo, ají rocoto, apio, salmón chileno, limón, cebolla roja, aguacate, pimienta y paprika. La mezcla de tantos sabores fue lo que llamó la atención del plato a John y le hizo decidirse para pedirlo.

Cuando los dos estuvieron servidos, Elena le dijo que si quería, podía probar su ensalada. John le agradeció el ofrecimiento y le dijo que ella también podía probar su sopa, aunque ella rehusó porque el sabor de la pimienta y la paprika no le gustaban.

Los dos comenzaron a degustar sus platos sin dejar por ello la conversación a un lado, aunque ahora que tenían la comida delante, el tema a tratar cambió a las diferentes comidas que habían probado a lo largo de su vida.

–Como tú has viajado mucho –le dijo Elena a John mientras cogía el vaso para beber un poco de agua–, habrás probado numerosas cocinas diferentes.

–Sí, en mis viajes siempre he intentado ir probando cosas nuevas, aunque algunas nunca las probaré porque llevan ingredientes que no me gustan.

Los dos rieron y siguieron comiendo y comentando lo que les parecían sus respectivos platos.

Al terminar la ensalada y la sopa el camarero, muy atento, retiró los platos y les comentó que los segundos no tardarían mucho en salir.

Elena apoyó el brazo derecho sobre la mesa y sin querer rozó los dedos de John, que también tenía el brazo apoyado en la mesa, con los suyos. Hizo el gesto simulando algo fortuito, pero lo había hecho con toda la intención del mundo. Quería ver la reacción de John. Si apartaba la mano o no, si en su cara tomaba forma alguna expresión, algo. En los primeros segundos no hubo reacción por parte de ninguno de los dos, ni John hacía nada ni Elena retiraba su mano, que seguía rozando la de él. Tras unos momentos de incertidumbre, John movió los dedos y cambió de postura. Al principio, y debido al movimiento, Elena pensó que era para retirar la mano, pero descubrió su error cuando el joven puso su mano sobre la de ella y la cerró suavemente, acariciándola y protegiéndola al mismo tiempo.

Elena notó que el calor empezaba a subir por sus mejillas y no podía echarle la culpa al vino,

porque los dos estaban comiendo con agua. El contacto con la piel de John, su calor corporal envolviendo su mano, las caricias suaves que hacían que su vello se erizara. Todo estaba pasando demasiado deprisa para el gusto de Elena. Si por ella fuera, pararía el tiempo en ese mismo instante, para poder mantener aquel contacto, casi furtivo, con el chico del que estaba enamorada.

Ninguno de los dos quería interrumpir aquel maravilloso momento, pero se vieron obligados a romper el contacto físico cuando el camarero les trajo los segundos platos. Él había pedido sobrebarriga y ella pescado frito encebollado. Con gran pesar se soltaron y pasaron a saborear la carne y el pescado.

Elena se quedó mirando unos segundos a John mientras este probaba su carne. El contacto entre sus manos había sido breve, pero ella lo había sentido incluso en su corazón. Todo su cuerpo sintió una cálida corriente cuando sus manos se rozaron y aumentó su intensidad cuando, sin ella esperarlo, él cubrió su mano.

A John le costó bajar su mirada de los ojos de Elena y centrarse en su plato. Si por él fuese, se quedaría todo el tiempo mirando aquellos ojos verdes, ligeramente rasgados, y esos labios que dibujaban una maravillosa sonrisa. Cuando la mano de la joven rozó la suya pensó que se trataba de un contacto casual y no retiró la mano, pero al darse cuenta que ella lo había hecho a propósito, decidió tomar la iniciativa y rodear la mano de ella. Aquel contacto lo transportó a otro mundo, uno en el que no existía nada que no fueran Elena y él; en el que el tiempo se detenía y ellos eran libres para dar rienda suelta a sus caricias.

John disfrutó la carne y la encontró muy jugosa y sabrosa. La guarnición también estaba muy buena y no dejó ningún rastro en el plato. A Elena, por su parte, el pescado también le encantó y al acabar, los dos retiraron un poco el plato para que se los llevara el camarero.

El postre transcurrió entre nuevas risas y comentarios amables del uno hacia el otro. Terminaron de comer y se quedaron un tiempo más en la mesa, esperando a que trajeran la cuenta.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde?

John habló mientras Elena le miraba fijamente. Él creía, o más bien, sabía a ciencia cierta, que a ella le parecería bien el plan que le iba a proponer, pero tampoco quería ser tan directo como para hacerla sentir incómoda y deshacer el buen ambiente que se había generado entre ellos.

—No, no tengo nada que hacer —respondió Elena con algo de timidez y sonrojándose de nuevo ligeramente—. ¿Y tú?

—No, yo tampoco tengo nada que hacer. Te lo pregunto por si te apetece ir a dar una vuelta.

Elena asimiló rápido lo que John le proponía, pero no contestó inmediatamente. En su interior estaba deseando contestarle que sí con palabras, gestos y aspavientos, pero tenía que ser más comedida si no quería montar una escena en el restaurante.

—Si, claro, me encantaría.

John sonrió ligeramente y le hizo un gesto al camarero para que les trajera la cuenta. No tardó mucho en traerles la cuenta y John no le dio ninguna oportunidad a Elena de ver el importe. Se hizo rápidamente con el papel, miró la cantidad y sacó la tarjeta de crédito. El camarero trajo el datáfono y cobró el importe total de la comida. Elena insistió un par de veces para saber cuánto había costado todo para darle su parte a John, que suficiente dinero se había gastado por su culpa durante todo el tiempo que se conocían. Después de ver que sería imposible sacarle a John el importe, desistió y pensó que compraría algo para picar mientras estuviesen dando una vuelta.

Centrándose en ir a dar una vuelta, pensó a qué lugar podrían ir para poder pasear a gusto, tranquilamente y sin ser molestados por ruidos o grandes grupos de gente.

Se levantaron de las sillas y, tras saludar al camarero y agradecerle su atención, salieron a la

calle, donde el sol caldeaba aquella jornada de enero. Ninguno de los dos tenía frío y Elena le dijo que conocía un parque cercano, donde podrían caminar entre árboles, disfrutando de los colores de la naturaleza, los sonidos de las aves que vivían allí y de los caminos bordeados de flores. John no le puso ninguna objeción al plan que ella le proponía y le preguntó si podían ir andando hasta ese parque o era mejor montar en un taxi.

–Si no tienes prisa –dijo Elena–, podemos ir andando y así, de paso, te voy enseñando algún que otro rincón de la ciudad.

Elena no solía pasar mucho por la zona de la ciudad que estaban atravesando en esos momentos, porque ni su casa ni la universidad quedaban por aquella zona. En alguna ocasión había acompañado a su padre en su furgoneta de trabajo y, por eso, conocía zonas que normalmente no solía frecuentar.

Después de caminar un cuarto de hora, de haber cruzado varias calles y de haber visto edificios y monumentos interesantes, llegaron a la zona del parque de la Ciudadela. Los domingos a la mañana solía ser una zona de esparcimiento para las familias, que acudían a pasear, jugar y a hacer deporte, pero a esas horas ya, después de comer, la afluencia de gente disminuía mucho y se concentraban en las diferentes canchas que había en algunas partes del parque.

Tomaron un sendero que descendía suavemente hacia el río y el humedal que bordeaban el parque. En aquella zona los peces y los pájaros, aislados en cierta medida del resto del parque, le daban una imagen totalmente diferente al parque, parecían dos lugares totalmente opuestos. Al bajar por el camino, las pocas personas que vieron en su camino desaparecieron y se quedaron a solas, acompañados únicamente por algunos sonidos de animales y el murmullo de las hojas de los árboles mecidas por una ligera brisa.

Paseando por el borde del humedal, Elena rozaba conscientemente y con toda su intención la mano de John de vez en cuando, pero, tal y como sucedió en el restaurante, fue él quien tomó la iniciativa de nuevo y juntó su mano con la de ella. Así anduvieron un rato, como sin darle importancia, pero a la vez haciendo una ligera presión sobre la mano del otro para que aquel momento no se esfumase. Sus miradas apenas se cruzaban y apenas cruzaban palabras. Estaban disfrutando de aquel momento de comunión con otros sentidos. El tacto de sus pieles, cálidas y suaves, mostrando sus sentimientos en cada roce, en cada ligero movimiento de sus dedos para afianzar el agarre. El olor de los árboles que los rodeaban no podía ocultar el olor de sus perfumes. Ella llevaba una fragancia con esencia de rosas y él un toque dulce, sin llegar a ser empalagoso. El tacto y el olor les estaban haciendo descubrir nuevas sensaciones, conocer a la otra persona de otra manera, más visceral, más emocional y más sensitiva.

Estaban disfrutando tanto del paseo que no se dieron cuenta de que el sol estaba empezando a caer hacia el oeste. Se dieron cuenta cuando, al girar en uno de los recodos del sendero, el camino transitaba más por sombras que iluminado por los antes potentes rayos del sol. Decidieron dar la vuelta y, desandando el camino recorrido, acercarse hasta la entrada del parque, donde podrían montar en un taxi para que los llevara a casa o al lugar que quisieran.

Todo estaba saliendo bien y ninguno de los dos quería estropear el momento, aunque eran conscientes de que aquello no podía durar eternamente porque en algún momento tendrían que volver, ella a su casa y él al hotel donde se alojaba. Si querían mantener la magia de aquel instante, de aquel paseo, de aquel día, tenían que escoger las palabras con mucho cuidado.

Siguieron caminando cogidos de la mano hasta la entrada del parque. Mientras se acercaban a la entrada vieron que no había mucha gente y que tampoco se veía ningún taxi por las inmediaciones. Elena empezó a ponerse algo nerviosa, cosa que de inmediato supo John porque la

joven, inconscientemente, aumentó la presión sobre su mano. Ella estaba fuera de su zona de confort y aunque el estar con John le daba algo más de seguridad, no dejaba de pensar que aquella zona estaba algo apartada y era poco transitada a esas horas. Habían estado andando más tiempo del que ella tenía pensado y ahora no sabía bien cómo salir de aquella situación. Si llamaban a un taxi, podría darse el caso de que intentara robarles o llevarles por caminos más largos del debido para cobrarles más, o también podía darse el caso de que el taxi tardase tanto en venir que se les hiciera completamente de noche. Y, entonces, Elena sí que perdería los nervios.

Viendo que Elena paseaba su mirada de un lado a otro buscando la repentina aparición de un taxi, John decidió que llamaría a Rafael, el conductor que estaba siempre disponible para sus desplazamientos. No le costó nada convencer a Elena de que aquella era la mejor opción. Llamó a Rafael y, disculpándose por molestarle un domingo a esas horas, le preguntó si podría ir a recogerles a la entrada del parque de la Ciudadela. Rafael, muy amablemente, le dijo que tardaría entre veinte y treinta minutos en llegar, pero que le aseguraba que llegaría y le llevaría adonde quisiera.

Los dos jóvenes, aún agarrados de la mano, anduvieron un poco más y se sentaron en un banco a esperar. Tenían tiempo de sobra, pero no querían moverse de allí por si Rafael llegaba antes de lo indicado y no les encontraba allí.

–Elena, me gustaría decirte algo –dijo John después de haberse sentado los dos en el banco y de haber permanecido unos minutos en silencio, eso sí, agarrados de la mano en todo momento–. He pasado un magnífico día contigo, mucho mejor de lo que me podía imaginar y me he dado cuenta de algo que ya sabía. Incluso antes de conocernos hoy en persona, ya lo sabía.

Elena se puso tensa por instinto. Ella también lo había pasado muy bien, tanto en el restaurante como dando un paseo por la ciudad y luego por el parque, pero las palabras de John la pusieron en alerta. Por su mente comenzó a pasar el pensamiento de que algo tan bonito no podía continuar y que, de una manera u otra, todo aquello se acabaría. Y la joven comenzó a pensar que John iba a decirle que no, que él no sentía lo mismo que ella sentía hacia él y que podrían seguir siendo amigos, pero nada más.

–Verás... En mi cabeza era mucho más fácil decirte esto –John estaba algo nervioso y Elena contuvo la respiración para escuchar las próximas palabras del joven–. Me gustas mucho, Elena, más de lo que me podría imaginar y, durante el día de hoy, ese sentimiento no ha hecho más que aumentar. Disfruto de tu compañía, de tu conversación, de tu presencia, de tu alegre rostro, de tu bella melena. Me gusta todo de ti y quería decírtelo antes de que acabase este maravilloso día.

Elena soltó todo el aire que había estado reteniendo mientras el joven hablaba y giró un poco la cabeza hacia su izquierda. Al hacerlo vio el sol, muy bajo ya en el horizonte, tiñendo el cielo de un color anaranjado que resaltaba el blanco de las escasas nubes que había en el cielo. Se mordió ligeramente el labio inferior en un gesto que hizo que a John le gustase aún más y volvió a fijar su mirada en el joven. Por un momento pensó que las palabras de John la empujarían a un abismo del que no conseguiría salir en mucho tiempo, sin embargo, aquellas palabras la habían transportado a la cima del Olimpo.

–Eso que me has dicho es muy bonito, John –dijo Elena con la voz rasgada por la emoción y por sus propios sentimientos–. A mi también me gustaría decirte algo antes de irnos. Tu también me gustas, mucho. Desde que solamente hablábamos en la página ya me gustabas y hoy he comprobado que todo lo que he ido viendo de ti en este tiempo es real y que eres, de verdad, tal y como yo me imaginaba. He disfrutado mucho de este día y ojalá no acabara nunca, pero pienso que este día puede ser la semilla de algo más entre nosotros.

Elena soltó lo que llevaba dentro y luego fue consciente de que se había abierto como no lo había hecho nunca con otro chico. John ejercía un poder tranquilizador y protector que la hacía poder bajar el escudo y ser ella misma.

Los dos siguieron mirándose el uno al otro. Ella, admirando los ojos grises de él; John, maravillado por los ojos algo rasgados de ella. No les hacían falta más palabras. Entre ellos hablaban las miradas, los gestos y las caricias.

El sonido de una furgoneta los sacó de su estado de enamoramiento y embelesamiento y fueron conscientes de que apenas quedaba luz natural con la que discernir lo que les rodeaba. Rafael identificó a John y, acercándose todo lo que pudo con el vehículo, tocó el claxon cuando hubo estacionado.

Los dos jóvenes, que parecían tener las manos pegadas con pegamento, subieron a la parte trasera de la furgoneta y ocuparon un asiento individual cada uno. John le dijo a Rafael que primero llevarían a Elena a su casa y que después podría llevarle hasta el hotel. Cumpliendo rápidamente las órdenes de John y tras haber recibido la dirección de la casa de Elena, Rafael arrancó sin hacer más preguntas.

Se pasaron todo el trayecto hablando en susurros y cuando llegaron frente al portal de la casa de la joven, los dos se bajaron mientras el conductor esperaba en la furgoneta con el motor en marcha. Elena y John se alejaron un poco del vehículo y se acercaron hasta el portal de ella.

Se despidieron con palabras de cariño y en sus ojos leyeron las ganas que tenían de darse un abrazo. Sin pensárselo dos veces, los dos se lanzaron en brazos del otro y disfrutaron, otra vez, del contacto entre ellos y de la mezcla de sus perfumes. Ambos apretaron con fuerza el cuerpo del otro, pero Elena hacía más fuerza que John. Era como si con aquel abrazo pudiera desterrar antiguos miedos y apuntalar un nuevo punto de referencia sobre el que apoyarse para afrontar todo lo que viniese por delante.

Tras varios segundos abrazados, deshicieron el abrazo y se quedaron mirándose a los ojos por enésima vez aquel día. Ninguno de los dos dijo nada, pero John acercó sus labios a los de Elena, que lo recibió sonrojada, pero con alegría y emoción. El beso no fue largo, pero fue lo suficiente para que los dos sintiesen que poseían algo del otro. A través de ese beso fluyeron sentimientos, emociones, deseos, anhelos y promesas.

Los dos jóvenes, plétóricos de alegría, se separaron y Elena buscó las llaves en su pequeño bolso. Las sacó y, sin ninguna prisa, abrió la puerta del portal, que cerró no sin antes echar un último vistazo al joven que aún seguía parado en la acera con una sonrisa en la cara.

Cuando el portal estuvo cerrado, John giró en redondo y montándose junto a Rafael en la parte delantera de la furgoneta, le dijo que ya podían ir hacia el hotel.

Nada más entrar en casa, Elena se fue a su habitación y se dejó caer sobre la cama con la emoción embargándole todo el cuerpo. Aún estaba flotando por la satisfacción y la alegría de lo que acababa de suceder ese día. Aquel domingo permanecería en su memoria durante mucho tiempo.

La joven, con los ojos fijos en el techo, sonreía continuamente. Lo había pasado muy bien durante la comida, habían salvado los momentos en los que parecía que el silencio se volvería incómodo y después habían disfrutado de un muy agradable paseo por el parque de la Ciudadela.

Elena no sabía cómo describir sus sentimientos en esos momentos. Creía que la alegría que recorría cada poro de su piel le impedía ver con objetividad todo lo sucedido aquel día y sacar

conclusiones que pudiesen servirle de algo. Seguía en una especie de nube que la envolvía, la arropaba y que la elevaba hasta lugares antes imposibles de imaginar. Ella sentía que John era el chico que realmente había estado esperando tanto tiempo, mientras se movía entre su rechazo a los hombres, por los acontecimientos de su adolescencia, y las ganas de tener a alguien a su lado con quien compartir su día a día, sus pensamientos y emociones, sus miedos e ilusiones.

Conocer en persona a John, aún con los temores que ella tenía de que no fuese como realmente esperaba, le supuso levantar un velo y ver con sus propios ojos que todo lo que habían hablado durante meses, todo lo que él le había ido contando, era verdad. John era así de verdad y eso fue lo que ella captó y sintió en todo momento durante ese día. Además, para no creer que ella había estado equivocada todo este tiempo, creyendo que él no sentía por ella lo mismo que ella sentía por él, Elena supo, de los propios labios de John, que sus sentimientos eran correspondidos. ¡Y desde antes de conocerse en persona!

Elena, a la que poco a poco la sonrisa le iba desapareciendo de la cara pero no así su alegría interior, empezó a darle vueltas a cuándo, cómo o por qué habría podido enamorarse John de ella. Quizá decir enamorarse era mucho, pero quería saber cuáles eran las razones para ella le gustara a él. Que ella recordase, nunca había dicho nada o mostrado especial interés en John como para que en él surgieran esos sentimientos y, siendo realista con ella misma, aunque tenía unos rasgos muy agraciados, tampoco era una belleza monumental.

La joven se rio cuando recordó cómo fue la primera vez que hablaron, aunque hablar quizás era decir demasiado. Lo que más se ajustaba a la realidad era decir que ella había llorado y que él había estado callado, esperando y escuchando las pocas palabras que ella dijo mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Con aquella primera impresión, no entendía cómo John volvió a su sala de la página para seguir en contacto con ella. Algún día le preguntaría qué había visto en ella para volver después de aquel bochornoso espectáculo.

Decidió que no miraría mucho al pasado, sino que miraría a lo que tenía por delante. Y, en esos momentos, lo que tenía por delante era la posibilidad de tener una relación con John, basada en el respeto, en el cariño y en la confianza. Era consciente de que existía la posibilidad de que John, tras los primeros tres meses después de la inauguración de la nueva sede de la empresa, se volviese para España, lo que dificultaría enormemente, sino lo convertía en imposible, la posibilidad de mantener la relación. Sobre todo porque no sabrían cuándo podrían volver a verse. Ella no disponía, de momento, de los recursos necesarios para viajar a España y tampoco podían estar pendientes de si a John le volverían a enviar de viaje a aquella parte del globo.

Tampoco quiso adelantarse tanto y plantearse lo que ocurriría llegado el momento. Se planteó lo que haría o lo que podría hacer con John durante los próximos tres meses.

Una vez que los dos se hubieron declarado, Elena pensaba en cuándo podría ser el momento de dar el siguiente paso. Era obvio que seguirían quedando y sabía, de sobra, que otro de los pasos que seguían a quedar, era mantener relaciones. Al pensar en ello, se tensó instintivamente. No era que la sola visión de tener relaciones con John la pusiera en tensión, sino que era el hecho de las propias relaciones lo que la ponía nerviosa.

Tras varios minutos notando su cuerpo recorrido por los nervios, logró tranquilizarse. El momento de mantener relaciones sexuales aún no había llegado y tampoco podía imaginarse cómo sería ese momento con John.

Miró el reloj y vio que casi era la hora de cenar. No podía decir cuánto tiempo llevaba en casa tirada en la cama, pero el reloj no mentía cuando marcaba la hora de cenar.

John llegó al hotel, se despidió de Rafael, que le dejó en la puerta y se fue a hacer otros recorridos para la empresa, y subió directamente a su habitación para sentarse y relajarse un poco. El día había sido largo, pero a él le había parecido que todo había pasado demasiado deprisa. Le hubiese gustado disfrutar más de cada momento, de cada gesto, de cada roce y de cada mirada.

Se tiró en la cama de su habitación del hotel de la misma manera en que lo hizo Elena en su casa. John se quitó el calzado y se dejó atrapar por la suavidad del colchón. Mientras su cuerpo parecía ser absorbido por la cama, su mente repasaba todo lo acontecido durante el día. Quería recordar y retener cada instante y cada detalle.

Recordaba los nervios con los que había acudido al restaurante, la sensación de vértigo que lo había embargado cuando se vio sentado solo a la mesa, esperando a Elena, y con el miedo de que ella se hubiese echado atrás por alguna razón. Cuando estaba en el restaurante pensó en que ella le hubiera avisado si no hubiese podido acudir, pero tampoco tuvo que esperar mucho para que sus miedos se evaporaran al ver a aparecer a Elena por la puerta. Nada más ver el pelo de la chica que entró por la puerta supo que se trataba de la joven con la que compartiría la comida. Habría podido reconocer aquella melena morena en cualquier lugar. Su primera impresión se vio confirmada cuando ella giró la cabeza para pasear la mirada por el restaurante y quedó prendado, aún más, de aquellos ojos verdes. Ahora, tumbado en la cama, John seguía viendo aquellos ojos fijos en los suyos y podía recordar cada gesto de la cara de Elena.

También repasaba el paseo que habían dado por el parque, poco transitado a aquellas horas, con el que pudieron disfrutar de la compañía mutua y de las caricias, en ocasiones furtivas y en otras ocasiones intencionadas, que los unieron cada vez más.

Después había venido su declaración de sentimientos que, afortunadamente, eran iguales que los de Elena. Se podría haber abierto un abismo entre ellos si no hubiesen sentido lo mismo, pero ambos sintieron alivio cuando dijeron que se gustaban mutuamente y lo más seguro era que hubiesen acabado besándose durante largo tiempo si Rafael no hubiese llegado en aquel momento.

Pero, pensándolo fríamente, John concluyó que así había sido mejor, porque mantuvieron una magia especial hasta que llegaron a casa de Elena y, allí sí, se habían besado, haciendo que aquel instante mágico pasase a ser un momento extremadamente íntimo y gozoso.

John llegó a Colombia sabiendo que Elena era una persona muy especial, alguien que le atraía y con la que le gustaría pasar más tiempo, pero una vez superada la primera cita se dio cuenta de que todas sus expectativas se habían quedado cortas. Elena era mucho mejor en persona de lo que se había imaginado nunca. Era simpática, agradable, natural, inteligente, con la cabeza bien amueblada y responsable. El físico acompañaba agradablemente a todo lo que John había percibido en ella y hacía que el conjunto fuese insuperable. Podía haber chicas más guapas que Elena, sí, pero ninguna poseía las características emocionales de la joven. Lo que John sentía por Elena en esos momentos estaba llegando a un punto del todo inefable.

Bogotá - 1 de febrero de 2018

Los cuatro compañeros viajaban en la parte trasera de la furgoneta conducida por Rafael. Se dirigían hacia la sede que la empresa iba a abrir en la capital colombiana para dar comienzo a su división americana. John actuaría como segundo en la operación de inauguración y tendría que dirigir unas palabras al equipo que tendría a sus órdenes durante tres meses. Una de sus tareas era formar a aquellas personas en los protocolos de la empresa y en la manera de llevar los proyectos. De ese grupo que tendría a su cargo iba a salir el que, pasados los tres meses, ocuparía su puesto para que él pudiera volver a España.

John había hablado durante los días anteriores con Elena, pero no habían vuelto a quedar. El joven tuvo que encargarse de algunas tareas para que todo estuviese listo aquel día, poniendo al día documentación y procedimientos y adecuando el lenguaje a los términos correctos para evitar malentendidos con el idioma. Aunque todos los aspectos estuviesen bien detallados en castellano, había que sustituir términos que en aquella parte del globo no significaban lo mismo que en España, o que tenían alguna connotación negativa.

Las conversaciones con Elena habían sido agradables y con un aspecto más íntimo, o por lo menos así lo había notado John después de su primera cita. Ambos se contaban cómo llevaban su día, las dificultades que habían tenido y lo mucho que querían volver a verse. Ambos tuvieron menciones para acordarse de su primera cita y, poco a poco, fueron uniéndose aún más. Los dos sentían que no necesitaban estar uno junto al otro para sentirse realmente cercanos. Era como si durante su cita se hubiesen forjado unos puentes invisibles entre ellos, uniéndolos también en el plano emocional.

La furgoneta llegó frente a las oficinas de la empresa. Era un edificio de nueva construcción de más de mil metros cuadrados, con materiales como el titanio y el cristal como máximos exponentes, con modernas instalaciones abastecidas por energías renovables y poniendo mucho énfasis en la sostenibilidad.

Los cuatro pasajeros descendieron del vehículo, se acercaron a la puerta de entrada y recogieron sus pases acreditativos en la garita del guardia de seguridad. Ellos cuatro eran los únicos que tendrían acceso, de momento, a todos y cada uno de los espacios de la nueva sede. Con el tiempo y el avanzar del proyecto se irían dando permisos a los futuros jefes de sección y al director de la oficina, que quedaría como máximo responsable cuando ellos regresaran a España.

Aún faltaba una hora para la hora en la que habían convocado a los trabajadores y media hora más para que comenzara el acto de inauguración. Para tal evento se había habilitado una de las



dos salas de conferencias que tenía la nueva sede a modo de salón de actos, se había colocado un proyector y allí se llevaría a cabo una videoconferencia con el director de la delegación de Madrid, de la que dependería, temporalmente, la sede de Colombia.

John y sus tres compañeros recorrieron las instalaciones de nuevo. Ya lo habían hecho tres días antes, el lunes, cuando aún estaban dando los últimos remates de limpieza. Observaron que todo estaba correcto, listo para recibir a los trabajadores y empezar a dar forma al proyecto. Aunque ya tenían algunas reuniones concertadas con empresas del país y alguna extranjera, los primeros días serían de acople entre ellos y el nuevo equipo. El proceso de selección lo llevó a cabo una empresa local con apoyo de la oficina de Madrid y, a priori, todos los trabajadores estaban cualificados tanto a nivel académico como a nivel profesional. Todos acreditaban estudios superiores y un mínimo de cuatro años de experiencia en puestos similares, con lo que las dificultades de poner la sede en marcha se reducían considerablemente. Otra cosa hubiese sido tener que formar de cero a personas sin experiencia o con una formación inferior.

Poco a poco empezaron a llegar los trabajadores. Recogieron sus identificaciones en la entrada, al que hicieron John y sus tres compañeros, y fueron pasando al interior, descubriendo maravillados los amplios espacios e intuyendo dónde se encontraban las diferentes secciones de la empresa, las salas de reuniones y los despachos. Todos ellos no dispondrían de despacho y aún no sabían quiénes serían los elegidos para dirigir cada una de las secciones. Lo que ninguno de ellos sabía, porque la empresa así lo quiso, era que uno de ellos terminaría siendo el director de aquella delegación. Los trabajadores pensaban que aquel cargo quedaba reservado para uno de los cuatro miembros de la empresa que habían venido desde España.

Cuando todos los trabajadores, los veinte, estuvieron en la sala de conferencias acondicionada para la inauguración, los cuatro venidos desde España se presentaron y pidieron a la veintena que estaba sentada que hiciese lo propio. Una vez realizadas todas las presentaciones, John pasó a decir en qué equipo quedaría encuadrado cada uno, haciendo especial hincapié en los que trabajarían con él.

—Al finalizar el discurso del director de la delegación de Madrid —dijo John—, cada equipo se reunirá con su coordinador para sentar las bases del trabajo y empezar a conocernos. Perdonadnos si, durante los primeros días, nos equivocamos y os llamamos por otro nombre.

La inauguración dio comienzo en cuanto en la pantalla se mostró la imagen de la oficina del director de Madrid. Apareció el jefe de John y sus compañeros en pantalla y comenzó a dirigir unas palabras a sus nuevos trabajadores. Les habló del reto que suponía aquella apertura para la empresa y los objetivos que tenían para hacerles partícipes a todos en la consecución de los mismos. También les hizo una breve presentación de los cuatro españoles que estaban frente a ellos y les deseó lo mejor en esa nueva andadura. Para terminar les dejó claro que podían acudir a él para cualquier cosa y ante cualquier situación. Su puerta, metafóricamente hablando, siempre estaría abierta para recibirlos. John y sus compañeros se rieron por dentro al oír aquello porque normalmente el jefe no solía recibir a sus empleados de buena gana. No es que fuese un mal jefe, pero no quería ser molestado a no ser que se estuviese gestando una catástrofe y prefería dejar que sus empleados tuviesen iniciativa y cogiesen responsabilidades.

El director de Madrid no se extendió mucho y, apenas media hora después de haber comenzado, dio por concluida la inauguración deseándoles lo mejor a todos. Tal y como John había dicho antes de comenzar, los diferentes equipos se reunieron con sus respectivos coordinadores en las salas de reuniones.

—Hola a todos, de nuevo —dijo John cuando estuvo con su equipo reunido en una de las salas

de reuniones que quedaba próxima a su futuro despacho, al cual podía acceder directamente por una puerta lateral–, me llamo John y seré vuestro coordinador durante los próximos tres meses. Si no os importa me gustaría que nos presentásemos todos de nuevo, ahora un poco más extensamente, para conocernos mejor los unos a los otros. No sé si alguno de vosotros os conocéis ya, pero ahora aprovecharemos también para decir, brevemente, la experiencia de cada uno. ¿Os parece bien?

Los cuatro hombres que formaban su equipo asintieron y John hizo un breve repaso de su experiencia en la empresa, de los proyectos que había llevado a cabo y las tareas que solía desempeñar. Tras acabar, dio paso a sus empleados, que también hicieron una breve exposición.

–Yo me llamo Mario –dijo el último integrante del equipo que quedaba por presentarse– y he estado durante cinco años en una empresa local coordinando proyectos bajo la responsabilidad directa del director de proyectos. Por desgracia la empresa cerró hace unos meses y hace poco más de un mes me surgió esta oportunidad.

John desconectó en cuanto escuchó el nombre de aquel joven. Enseguida la vinieron a la mente Elena y su padre. A él no le conocía en persona, pero Elena lo había nombrado en numerosas ocasiones, tanto cuando hablaban únicamente a través de la página como en las diferentes conversaciones que mantuvieron por teléfono y en persona. Durante unos minutos no pudo quitarse de la cabeza la imagen de Elena, caminando junto a él, con la melena movida por el viento y la sonrisa dibujada en la cara.

El joven tuvo que esforzarse mucho para volver a concentrarse en su equipo y en lo que les estaban diciendo. Una vez que todos acabaron de presentarse les dijo que los primeros días trabajarían todos en una misma sala, para ir habituándose al trabajo en equipo y para ir estrechando lazos los unos con los otros. Cuando la sede ya estuviese en marcha y todos supieran cuál era su trabajo, él trabajaría desde su despacho y su equipo trabajaría en una sala a pocos pasos de su despacho y de la sala de reuniones donde se encontraban en ese momento.

Bogotá - 4 de febrero de 2018

Era domingo y Elena no tenía que trabajar en la tienda. Cada vez sentía más alivio por no tener que trabajar en la tienda. Por mucho que fuesen pocas horas al día y por mucho que fuese un trabajo relativamente tranquilo, cada vez se le hacía más pesado ir a ese trabajo, tener que soportar a esa jefa con ínfulas de dueña y pasarse la mayoría de las horas metida en el almacén ordenando y catalogando. Contrariamente a lo que muchos supondrían, prefería trabajar en el estudio, donde por lo menos tenía la oportunidad de conocer a gente diferente, de diferentes lugares, con culturas distintas y, muy de vez en cuando, descubrir a alguien con quien poder mantener una conversación sensata. El trabajo en el estudio le permitía más flexibilidad en el horario y, aunque también estaba metida en una habitación, por lo menos podía abrir la ventana y que entrase algo de aire fresco, cosa que no podía hacer en el almacén de la tienda.

En una conversación mantenida con John esa misma semana, le dijo que estaba pensando en dejar el trabajo de la tienda.

–Estoy a punto de terminar la carrera –le dijo Elena a John en esa conversación– y necesitare el mayor tiempo posible para estudiar y aprobar todo a la primera. El trabajo en el estudio me permite mayor flexibilidad de horario, incluso no ir algún día, pero en la tienda tengo horarios fijos y solamente un día libre a la semana. Si no fuese porque quiero ayudar en casa con la mayor cantidad de dinero posible, ya habría dejado la tienda hace mucho tiempo.

Elena recordaba la respuesta de John perfectamente. El joven le había dicho que su padre y su madre, Mario e Isabel, nunca le habían pedido que ayudara y mucho menos le habían exigido una cantidad de dinero mínima. Le dijo que ella mantenía los dos trabajos por su sentimiento de culpa porque sus padres le pagaran la universidad cuando su situación económica no era demasiado boyante. John le tuvo que recordar que Mario e Isabel querían lo mejor para ella y que si, en esos momentos, preferían privarse de algunas cosas por darle a ella una buena educación que le procuraría un buen trabajo y un desahogo económico en el futuro, debía respetar su decisión.

La joven, tras varios minutos esgrimiendo argumentos que se caían por su propio peso, se dio por vencida y aceptó el punto de vista de John. En el fondo sabía que nadie la obligaba a trabajar y que lo hacía únicamente para intentar aportar algo en casa. Durante los primeros meses en los que tuvo trabajo, Isabel y Mario se negaron a aceptar el dinero de Elena. Era su sueldo y ellos querían que lo tuviese ella, pero la joven, tanto o más testaruda que ellos, terminó por imponer su voluntad y, cada mes, les entregaba casi la totalidad de lo que cobraba. Se quedaba con lo justo para pagar el abono del transporte público y para algo de comida por si algún día no llevaba nada preparado de casa.

Elena comió en casa con Mario e Isabel. Una vez que acabaron de comer y antes de que ellos se fueran a dar una vuelta aprovechando el buen tiempo, Elena les dijo que tenía algo que decirles.

–Sabéis que este año, si apruebo todo, termino la carrera –empezó a decir Elena mientras Mario comenzaba a recoger la mesa– y, para eso, necesitareé más tiempo para estudiar. Así que he decidido que voy a dejar uno de los trabajos, el de después de comer en la tienda, para tener más tiempo para estudiar.

La joven terminó de hablar y esperó a que su padre o su madre dijeran algo, pero ninguno de los dos articuló palabra alguna. Mario seguía recogiendo como si nada e Isabel la miraba, esperando a que les dijese algo más.

–No sé lo que os parecerá la idea –continuó diciendo Elena ante la falta de respuesta–, pero creo que será lo mejor. Soy consciente de que dejaré de traer parte del dinero que apporto actualmente y eso me genera algo de culpabilidad.

–Oh, pequeña –dijo Isabel cogiendo las manos de Elena entre las suyas–, no te preocupes. Nunca te hemos pedido nada y si ahora te aceptamos el dinero, es por lo cabezota que te pusiste en su día. Entendemos perfectamente que en estos momentos lo primero es la universidad y te apoyamos en todo lo que decidas.

Mario no dijo nada pero, cuando hubo terminado de recoger todo lo de la comida, posó una mano sobre el hombro de Elena para transmitirle todo su apoyo. En muchas ocasiones, Mario era una persona de pocas palabras, pero muy expresivo a pesar de ello. No le hacía falta abrir la boca para transmitir su cariño, su preocupación o su alegría. Gracias a aquella manera de ser, Elena aprendió que los gestos son tanto o más importantes que las palabras y, desde bien pronto, empezó a valorar mucho los gestos de Mario, sus abrazos, las caricias o los besos que, de vez en cuando, le daba en la frente por muchos veinticuatro años que tuviera.

De pronto, la emoción envolvió el cuerpo de Elena y unas pequeñas lágrimas asomaron en sus ojos. Estaba emocionada por la respuesta de sus padres, por tener a aquellas dos personas en su vida que siempre apoyaban sus decisiones, aunque a veces no las entendiesen del todo, que siempre estaban para ella, junto a ella, en cualquier momento y situación. También le vino a la mente la imagen de John y la emoción fue aún mayor. También contaba con aquel joven que había cruzado medio mundo por trabajo, pero también por conocerla y que, sin quererlo ambos, habían acabado gustándose y sintiéndose parte el uno del otro.

Tras recuperarse de la emoción volvió a su cuarto, donde tenía que ponerse a estudiar para no desaprovechar ni un minuto. Decidió que al día siguiente iría a la tienda y le comunicaría a la jefa que dejaba su puesto. Por el tipo de contrato que tenía no estaba obligada a avisar con cierto tiempo de antelación, pero para no parecer mala persona, pensó que le diría a la jefa que el viernes sería su último día.

Se sentó frente al escritorio y se centró en los libros y en los cuadernos con los apuntes. Tenía mucho que estudiar.

La mañana del lunes transcurrió sin demasiadas sorpresas. Las clases volvían a la normalidad después del período de exámenes y de un parón, aprovechado por algunos para tener unas pequeñas vacaciones. Elena se aplicó todo lo que pudo y se concentró en no perderse ningún detalle de ninguna de las clases.

Antes de que se diera cuenta llegó el mediodía y se encontró caminando por los jardines de la universidad para comer tranquilamente a la sombra de algún árbol. Después iría a la tienda para comunicarle a la jefa su intención de rescindir su contrato ese mismo viernes.

De repente, Elena se quedó con el tenedor a medio camino entre el recipiente de la comida y su boca. No se podía creer lo que estaba viendo y pensaba que era más una alucinación suya que la realidad. Se parecía demasiado a la misma situación vivida unas semanas atrás, cuando también estaba comiendo, pero en otro rincón de aquellos mismos jardines. La persona que venía de frente, caminando con seguridad hacia ella era la misma que la vez anterior, era Verónica.

A la joven se le quitaron las ganas de comer y dejó el tenedor sobre la comida mientras pensaba en lo que querría Verónica en aquella ocasión.

—Hola, Elena. ¿Cómo va tu maravillosa vida junto a tu príncipe azul?

A Elena no le pasó desapercibido el tono sarcástico de la que fue su amiga. Por un momento estuvo tentada en contestarle de mala manera, pero prefirió guardar silencio con la esperanza de que Verónica siguiese su camino y la dejase en paz.

—Seguro que habéis hecho planes de futuro y todo —siguió hablando Verónica con el mismo tono mientras Elena la miraba con un atisbo de furia en la mirada—. ¿Ya le has presentado a tus padres?

—¿Qué es lo que quieres, Verónica?

—No hace falta que seas tan borde, Elena. Sólo quiero saber cómo te va todo y, además, tampoco me importaría ver un día a John. Quizá aún estemos a tiempo de saldar la deuda del pasado.

—Mira, Verónica, no sé lo que pretendes viniendo aquí y diciéndome esas cosas. ¿Acaso te has preguntado si John quiere volver a verte? ¿O solamente te importa lo que tu piensas y quieres? Te lo dije en su día y te lo vuelvo a decir ahora, no quiero volver a verte. Es más, no quiero saber absolutamente nada de ti. Y, ahora, si no te importa, me gustaría terminar de comer en paz.

Elena dejó de mirar a Verónica y centró su atención en la comida, que ya se había queda algo fría. Por el rabillo del ojo vio que Verónica comenzaba a caminar, alejándose de ella, pero de repente, tras dar cuatro o cinco pasos, se paró y se giró de nuevo.

—Puedes pensar lo que quieras, Elena, pero yo vivo mi vida como yo quiero, no según quieren los demás.

Y sin dar tiempo a una réplica que Elena no tenía intención de dar, Verónica se volvió y encaminó sus pasos hacia el edificio principal de la universidad.

Elena terminó de comer rápidamente para que la comida no se enfriase más y porque quería irse de allí. La visita de Verónica había estropeado aquel momento de esparcimiento y le impidió disfrutar de la comida y del juego que las hojas de los árboles se traían con los rayos del sol para proyectar sombras ondulantes sobre el cuidado césped de los jardines.

Llegó a la tienda con una leve sensación de tensión aún en el cuerpo. Para ella el capítulo de Verónica estaba más que cerrado, pero la que fuera su amiga parecía empeñada en entrometerse en su vida o, más bien, en la relación entre John y ella.

Tras dejar sus pertenencias en el cuarto que tenían las empleadas para ello, fue a hablar con su superior. La jefa estaba en su despacho, lo que era una ventaja para Elena porque así podrían ir solas y no le hizo esperar cuando le dijo que quería hablar con ella. Con muy buenas maneras y sin acelerarse, Elena le dijo que tenía intención de dejar la tienda y, que si no había ningún inconveniente, el viernes sería su último día de trabajo. De esa manera, la empresa tenía tiempo para preparar todos los papeles necesarios y ella ayudaba a sus compañeras para que, durante la semana, pudieran reorganizar el trabajo. Aunque eran pocas horas las que trabajaba, les libraba de algunas de las tareas más tediosas, como, por ejemplo, los inventarios y organizaciones del almacén.

La jefa no le puso mayores problemas, le dijo que el viernes tendría todos los papeles listos para ser firmados y, para sorpresa de Elena, le agradeció que le avisara con tiempo cuando no tenía ninguna obligación de hacerlo. Cuando acabaron de hablar, Elena se fue a cumplir con sus tareas.

Mientras trabajaba le seguía dando vueltas al tema del dinero. Dejaría de ganar una cantidad que le venía muy bien para sus gastos o para aportarla en casa, pero sus padres le dijeron que hacía bien dejando la tienda y centrándose en terminar la carrera. También le vino a la mente que incluso John se ofreció a ayudarla económicamente si lo necesitaba, llegando a su sugerir que podría hacerle una transferencia mensual, alegando que él no tenía grandes gastos. Elena se negó rotundamente a aceptar aquella posibilidad, porque, aunque sabía que John no lo hacía con mala intención, le parecía que sería como estar mendigando y ella no quería tener esa mala sensación corroyendo su conciencia.

Durante los meses que restaban para que acabase la carrera tendría que conformarse con lo que ganara en el estudio, que, por otra parte, era suficiente para sus gastos. Ella nunca había sido una persona derrochadora, más que nada porque su familia nunca había nadado en la abundancia. Era una chica de gustos sencillos y pocas necesidades. Obviamente había cosas que le gustaban, como viajar y algunas cosas materiales, pero sabía que podría conseguirlas en cuanto se pusiera a trabajar de manera estable y con horarios de jornada completa.

Según le decían algunos conocidos, las enfermeras estaban bastante solicitadas en aquel momento en el mercado laboral y, según parecía, la tendencia no iba a cambiar en los próximos meses. Si se aplicaba en los estudios, si sacaba buenas notas y si se movía con acierto una vez acabada la carrera, era posible que encontrase un buen puesto de trabajo con el que dar por finalizada su preocupación por el tema monetario. Después vendrían otras preocupaciones, por supuesto, pero esas las afrontaría a su debido tiempo. No era bueno ni conveniente preocuparse por situaciones que todavía no se habían dado.

Bogotá - 2 de marzo de 2018

Un mes después de la apertura de la nueva sede todo iba viento en popa. John no tenía

problemas con su equipo, con el que había congeniado enseguida y con el que se sentía muy a gusto trabajando. A medida que iba trabajando con sus nuevos empleados, los conocía más y también aprendía nuevas cosas sobre la ciudad y sobre el país. Algunas de las cosas que le contaban ya las sabía por Elena, pero otras eran totalmente desconocidas.

John se sentía contento, le gustaba el trabajo que estaba realizando y cómo se estaba desarrollando todo. Desde Madrid les indicaron también que la delegación estaba funcionando mejor de lo que se había previsto en un principio y felicitaron a todos, no solamente a los cuatro españoles, a todos los integrantes de la delegación colombiana. Como muestra de gratitud por la pronta adaptación de los trabajadores, la buena sintonía entre todos y los buenos resultados del primer mes, les concedieron un día de fiesta extra. Desde Madrid les indicaron que el primer viernes del mes de marzo sería festivo.

Y ahí estaba John, paseando por la ciudad, aprovechando ese día festivo extra. Había quedado con Elena, cuando ella finalizara las clases, para comer juntos y aprovechar la tarde para dar una vuelta o ir al cine. Elena se podía permitir no estudiar ese día y dedicarse a ello todo el fin de semana.

Desde que se inaugurara la nueva delegación habían quedado unas cuantas veces y los dos pudieron comprobar que la magia surgida entre ellos en la primera cita seguía intacta. Ambos disfrutaban de la compañía mutua y se buscaban, sobre todo telefónicamente, para contarse el uno al otro sus respectivos días. Poco a poco la relación se fue estrechando más y más y, para cuando llegó ese viernes que John tenía libre y habían quedado para comer, los dos estaban completamente enamorados. No habían vuelto a expresar con palabras sus sentimientos, pero sus caricias y sus miradas eran prueba suficiente de que los dos caminaban por el mismo camino y en el mismo sentido.

John quería llevar la relación un paso más allá, pero ese paso le asustaba un poco. Él creía que, si todo continuaba como hasta ese momento, el siguiente paso sería hacer las presentaciones familiares y, en ese aspecto, él estaba solo en el país. Eso se traducía en que, si llegaba ese momento, se vería en la tesitura de tener que subir a la casa de Elena y estar frente a su padre y su madre. Los conocía de oídas, ya que Elena los solía mencionar a menudo, pero conocerlos en persona y saberse examinado por Mario e Isabel le ponía algo nervioso.

Todavía no le había planteado a Elena tal posibilidad y se debatía si debía decírselo o dejar que saliera de la joven. Si ella se lo planteaba, él no podría negarse, además de que tampoco quería negarse. Entonces empezaron a surgir una serie de preguntas en la mente de John que le hicieron perder la noción de dónde se encontraba. Su cabeza se concentró en buscar respuestas para esas preguntas. ¿Les habría contado Elena a sus padres dónde se habían conocido? ¿Les habría hablado Elena a Mario e Isabel de él, lo mismo que a él sí que le había hablado de ellos? ¿Qué pensarían de que su hija tuviese una relación con un extranjero que, muy posiblemente, tendría que volver a su país en un par de meses?

De pronto, una mano le rodeo la cintura y unos labios se posaron sobre su mejilla izquierda. Aquello le hizo salir de sus cavilaciones y ver que era Elena quien le estaba abrazando y quien le besaba. Él correspondió al abrazo y, unidos los dos, se besaron apasionadamente. Elena no solía ser de grandes manifestaciones de amor en público, pero aquel día se sentía feliz y quiso demostrarlo.

Comenzaron a caminar y John le dijo que los trabajadores de la empresa le habían dicho un sitio donde se comía bastante bien. También le dijeron que el precio era bastante ajustado, pero no quiso sacar a relucir ese dato para no hacer mella en la herida que Elena tenía abierta. John

intentaba invitarla cada vez que iban a comer, a cenar o, simplemente, a tomar algo, pero las veces que ella insistía en pagar, John no se lo impedía.

Llegaron al restaurante más fácil de lo que pensaban y, como las raciones eran pequeñas, pidieron unas cuantas para ir picando los dos de todas un poco. Los trabajadores no le habían engañado y la comida estaba realmente deliciosa. Incluso Elena, acostumbrada a la comida local, admitió que la comida era realmente buena. Cuando estaban tomando el postre, John le dijo si le apetecía ir, algo más tarde, al cine y Elena, deseosa de pasar más tiempo con el hombre que cada vez la tenía más embelesada, le dijo rápidamente que sí.

Salieron del cine cuando pasaban ya unos minutos de las diez de la noche. La película, una comedia, les había gustado y habían pasado un buen rato. Después del cine llegaba la hora de decidir lo que harían, si se iban a casa o si decidían alargar un poco el día yendo juntos a cenar.

—¿Cenamos juntos?

Los dos hablaron al mismo tiempo, como si hubiesen estado leyéndose la mente. No pudieron reprimir la risa cuando se escucharon hablar a la vez y no tuvieron que decir nada más, excepto el lugar donde cenarían.

John le sugirió que podían cenar en un lugar cercano a su casa para que luego ella no tuviese que desplazarse mucho. Él siempre tenía la opción de llamar a Rafael para que fuera a buscarle allí donde se encontrara, fuera donde fuera y sin importar la hora. John le caía muy bien a Rafael y el conductor, como muestra de ese cariño especial que le tenía, estaba encantado de hacer de su chófer particular.

Elena conocía algún restaurante cerca de su casa y propuso ir a uno que tenía varios tipos de comida, incluyendo comida europea. Cuando la joven dijo que tenían comida europea, John pensó que se referiría a la típica comida italiana, por eso le sorprendió, cuando le echó un primer vistazo a la carta, encontrar algún plato típico de España y de Francia.

Mientras caminaban hacia el restaurante, fueron comentando la película, los momentos que más les habían gustado, repitieron algunas de las bromas que habían visto y rieron nuevamente, como cuando estaban dentro de la sala del cine. Tras unos minutos de comentarios, los dos jóvenes, que andaban cogidos de la mano, permanecieron en silencio unos minutos. De vez en cuando les gustaba también estar en silencio y sentir a la otra persona cerca.

—Estoy pensando una cosa —dijo Elena rompiendo el silencio cuando apenas faltaban cien metros para llegar a su casa—. Quizá te parezca una locura o demasiado temprano, pero, ¿te gustaría conocer a mis padres un día de estos?

John no hizo ningún gesto que delatara la sorpresa que lo embargó. No sabía cómo lo hacía Elena, pero parecía saber siempre lo que estaba pensando y se adelantaba a sus propias acciones. Recordaba que mientras la había estado esperando frente a la universidad, él mismo se preguntó si era conveniente dar el paso y conocerlos, y ahora se encontraba con que la joven le lanzaba la pregunta.

—La verdad es que no me importaría, los has mencionado tantas veces que ya es como si los conociera un poco. Siendo sincero, yo también había pensando que pronto habría que dar ese paso, pero me sentía mal porque tu no pudieses conocer a mis padres, por el momento.

—No te preocupes por eso, John. Entiendo perfectamente cuál es la situación y soy consciente de que es muy complicado que yo conozca a tus padres, pero yo me sentiría mejor si, por fin, Mario e Isabel ponen cara al chico con el que saben que estoy saliendo. No quiero que pienses

que me estás acompañando a casa para hacerte subir y hacer las presentaciones ahora, no, pero me gustaría preparar algo en casa un día de estos para poder estar los cuatro un rato.

–Me parece bien, Elena, muy bien. Sabes los horarios que tengo en el trabajo, así que, dejo en tus manos que organices una comida o una cena con tus padres donde podamos hablar los cuatro y conocernos un poco más.

Mientras seguían andando para llegar al portal de Elena, John envió un mensaje a Rafael para que le fuese a buscar a aquella dirección para luego llevarle al hotel. El joven intentó apurar lo máximo posible el envío del mensaje para poder disfrutar de unos minutos a solas con Elena antes de despedirse.

Llegaron al portal y, cogidos de la mano como estaban, se quedaron uno delante del otro. Elena se acercó poco a poco hasta juntar su cuerpo con el de John y se besaron, disfrutando el momento como la primera vez. Sus manos seguían entrelazadas cuando deshicieron el beso y siguieron igual cuando John tomó la palabra.

–Los momentos contigo son lo que, por fin, dan sentido a mi vida. Ahora sé que esto es lo que siempre he buscado y lo he encontrado en ti.

Elena no pudo evitar sonrojarse y no encontró mejor manera de decirle que ella sentía algo muy parecido más que besándole nuevamente. Esa segunda vez, rodeó con sus brazos el cuello de John y pasó una de sus manos por su cabello, mientras John la rodeada por la cintura.

Sin ser conscientes del tiempo que había pasado y de lo que llevaban de pie en la acera, les sorprendió el sonido de la furgoneta de Rafael. Cuando se dieron cuenta de que se trataba del conocido conductor, también se dieron cuenta del tiempo que habían pasado allí, juntos, besándose.

Para despedirse volvieron a besarse y, cuando Elena hubo entrado en su portal, John montó en la furgoneta con Rafael, tal y como hiciera el día de la primera cita con Elena. A una palabra suya, el conductor arrancó y tomó dirección a su hotel.

Elena entró en casa y se sorprendió de ver a sus padres aún en el salón, viendo la televisión, pues, normalmente, a esas horas solían estar ya en su habitación. Se sentó junto a ellos en el sofá y tras los saludos iniciales guardó silencio para no interrumpirles la película. No tuvo que esperar mucho hasta la llegada de una pausa para la publicidad para poder hablar.

–He estado con John toda la tarde, bueno, más bien desde que he salido de la universidad y le he dicho que si le parecía bien conoceros un día de estos –Isabel no pudo reprimir un gesto de sorpresa, pero no dijo nada a la espera de que su hija terminara de hablar–. Se qué igual os parece precipitado, pero os he mencionado varias veces y creo que ya es hora de que él forme parte de mi vida de una manera más completa.

–¿Cómo ha reaccionado él cuando le has propuesto que nos conozcamos? –Isabel seguía algo sorprendida cuando se dirigió a su hija.

–Bien, tiene ganas de conoceros –dijo Elena con una sonrisa–. Se siente un poco mal porque yo no pueda conocer a sus padres al mismo tiempo, pero tiene ganas de que nos reunamos los cuatro. Sólo hace falta que nos pongamos de acuerdo en el día.

–Por nosotros no tienes ningún problema, hija. Sabes que Mario y yo no somos de salir mucho, por lo que, si no te importa, podríamos organizar una comida o una cena aquí, en casa.

–Si, madre, eso es precisamente lo que estaba pensando. Debido a los horarios de John, quizá sea mejor dejarlo para el fin de semana. Este sería muy precipitado, así que, podríamos organizar



todo para el sábado que viene. ¿Os parece bien?

–Me parece estupendo –contestó Isabel.

–Mario, estás muy callado, ¿qué opinas? –Elena quería tener también la opinión del que consideraba su padre a todos los efectos.

–Me parece genial que quieras presentarnos a tu novio –Elena dio un pequeño respingo al escuchar la palabra novio, porque era la primera vez que alguien que no fuera ella llamaba a John de esa manera: su novio–. Tanto tu madre como yo estamos encantados de que venga a casa a compartir una comida y un buen rato. Además –prosiguió Mario haciendo que Elena se adelantase un poco en el sofá-, te veo muy feliz. No recuerdo haberte visto nunca tan feliz, tan a gusto y tan centrada y estoy seguro de que detrás de esas buenas sensaciones está John. Te aporta tanto bien que tengo muchas ganas de conocer a la persona que ha generado ese cambio tan positivo.

Elena se levantó del sofá y se sentó junto a Mario, le rodeó con los brazos y le dio un gran beso en la mejilla. Después besó a su madre y les dijo que se iba a la cama, que al día siguiente no quería levantarse tarde para poder aprovechar el mayor tiempo posible para estudiar.

Bogotá - 10 de marzo de 2018

Elena bajó al portal a buscar a John. Prefería subir con él y que el joven no se viese en la tesitura de llegar solo a una casa donde se le esperaba con expectación. La joven no tuvo que esperar mucho para ver aparecer la ya conocida furgoneta, de la que John se apeó ágilmente. Elena saludó con la mano a Rafael mientras John se acercaba. Una vez juntos, se besaron y la joven abrió la puerta del portal.

Para John fue como cruzar un umbral que daba a unas escaleras que le llevaban hacia lo desconocido. Nunca había dado el paso que estaba dando con Elena en esos momentos y ese caminar hacia lo desconocido le ponía un poco nervioso.

Elena sabía que la situación se salía de lo habitual y, con la intención de dar ánimos y fuerzas a su compañero, le cogió de la mano mientras subían las escaleras hasta el piso de ella. A la joven se le hicieron eternos los pocos tramos de escaleras que normalmente ni notaba que estaba subiendo, mientras que a John le pareció todo lo contrario, se le hizo muy corto el tiempo desde que entraran al portal hasta que estuvieron delante de la puerta del piso de la familia de la joven.

Antes de introducir la llave y abrir la puerta, Elena miró a John. Confirmó que el joven estaba algo nervioso, pero no se le veía ni ansioso ni molesto. Parecía que estaba lleno de ganas por entrar, pero que le preocupaba lo que sus padres pudieran opinar de él. Estuvo a punto de decirle que los dos, tanto Isabel como Mario, tenían una muy buena imagen de él, mas quizás eso le pondría más nervioso.

Elena decidió sonreír ligeramente y ante el gesto afirmativo de John, giró la llave y abrió la puerta de su casa. El joven se encontró en un pequeño recibidor que hacía las veces de distribuidor. Como pudo comprobar después, a la izquierda se encontraban la cocina y el salón, mientras que en la parte derecha se encontraban las dos habitaciones y el baño. La casa era pequeña, pero el ambiente que John percibió nada más entrar le hizo sentirse cómodo; se respiraba calma, educación y buena voluntad en aquel hogar.

El joven agradeció mucho, interiormente, que los padres de Elena no estuviesen allí, en aquel recibidor, esperándoles. Hubiese sido bastante violento el abrir la puerta y encontrarse con sus dos figuras escrutando cada paso y cada gesto suyo nada más cruzar la puerta.

Elena le dijo que Isabel y Mario se encontraban en el salón y le guio hasta allí. Llegaron en

unos pocos pasos y en cuanto entraron en el salón, Mario se levantó el primero y fue a estrechar la mano de John. Los dos eran más o menos de la misma estatura, si bien la prestancia de John hacía que Mario pareciese algo más bajo. Una vez estrechada su mano, Mario dejó paso a Isabel, que recibió los típicos dos besos españoles en la mejilla. Elena le había contado que en España se saludaba con dos besos para que no le pillara por sorpresa y no se quedara ninguno de los dos a medio saludar.

Elena hizo las presentaciones aparentando normalidad, pero tanto John como Mario notaban que ella también estaba nerviosa, lo que por otro lado era totalmente normal y comprensible. Era la primera vez que llevaba un novio a casa y además, según sus propias palabras, ese chico era alguien muy importante para ella.

Mientras Isabel se fijaba en cada gesto y en cada movimiento del joven, Mario miraba aquellos ojos grises e intentaba ver lo que había detrás. No estaba mirando fijamente, pero logró ver por qué Elena se había enamorado de aquel joven. Aquellos ojos expresaban calma, respeto, educación y un saber estar fuera de toda duda. Él ya tenía una idea preconcebida de John por todo lo que Elena les había ido contando y, al mirarle a los ojos, pudo comprobar que, efectivamente, la joven no se había equivocado al haber comenzado una relación con él.

–Me he tomado la libertad de traer el postre, espero que no os importe –dijo John sonriendo.

–No tenías por qué haberte molestado –dijo Isabel cogiendo la bolsa que le tendía el joven y mirando subrepticamente el interior–, aunque creo que Elena te ha chivado algo para no fallar.

Cuando Mario vio el envoltorio del paquete que había en la bolsa todos se pusieron a reír. Se trataba de una bandeja de pasteles de la tienda de dulces españoles que había a poca distancia de su casa, aquella a la que solían ir de vez en cuando y de la que Elena solía traerles alguna sorpresa ciertos días.

–Si, tengo que admitir que tuve ayuda –dijo John sonriendo nuevamente–. Elena me ayudó a elegir los pasteles.

–No nos quedemos aquí de pie –dijo Mario apoyando una mano en los hombros de John–, pasemos a la cocina y sentémonos para disfrutar de la comida y del postre.

Los cuatro, con una Elena más silenciosa de lo habitual, pasaron a la cocina y se sentaron en sus sitios habituales. John esperó a que todos estuviesen sentados para ocupar el último hueco libre. Tal y como estaba dispuesta la mesa, John estaba sentado junto a Elena, con Mario delante de él e Isabel delante de Elena.

John se sabía observado desde que entró en el salón, pero en ningún momento se sintió juzgado. La curiosidad que sentía él por conocer a los padres de Elena era la misma que ellos sentían por conocerle. Él sabía muchas cosas de ellos porque la joven le había hablado en numerosas ocasiones de ellos, pero no sabía lo que Elena les habría contado sobre él, con lo que estaba un poco nervioso por aquel tema. En cuanto se sentó a la mesa le vinieron a la cabeza las mismas preguntas que cuando Elena le propuso conocer a sus padres. ¿Les habría contado Elena a sus padres dónde se habían conocido? ¿Les habría hablado a Mario e Isabel de él, lo mismo que a él sí que le había hablado de ellos? ¿Qué pensarían de que su hija tuviese una relación con un extranjero que, muy posiblemente, tendría que volver a su país en un par de meses?

A medida que la comida iba avanzando, la situación se iba normalizando y el ambiente era cada vez más relajado. Una vez pasados los primeros instantes de incertidumbre, empezaron a hablar de diferentes temas, incluyendo el trabajo de John. El joven les explicó el trabajo que realizaba cuando estaba en España, sus diferentes viajes y proyectos y les explicó, un poco por encima, el proyecto que le había llevado a viajar hasta Colombia.

–Siendo sincera contigo, John –comenzó a decir Isabel cuando el joven hubo acabado de explicar todo lo relativo a su trabajo–, cuando Elena nos dijo cómo os conocisteis, nos generó un sentimiento de duda. No sabíamos qué tipo de personas entraban a esos sitios porque Elena nunca ha querido hablar de ese trabajo, pero nunca pensamos que alguien como tu pudiera entrar allí.

–Entiendo perfectamente lo que quiere decirme, Isabel –contestó John sin alterarse lo más mínimo tras saber que Elena les había contado toda la verdad a sus padres–. Por lo que alguna vez me ha contado Elena, no siempre la gente es agradable, pero el destino o la casualidad quisieron que un día en el que ella necesitaba apoyo, yo decidiese entrar allí por primera vez.

–No sé si el destino habrá tenido algo que ver –dijo Mario mientras rellenaba los vasos con agua–, pero me alegro mucho de que llegases tú en el momento indicado. A saber qué hubiera pasado si otro tipo de persona hubiese tenido contacto con Elena en aquel momento.

John respiró tranquilo unas cuantas veces. Había pasado el momento más difícil de la tarde y conseguía salir airoso. Siguieron hablando durante toda la comida e hicieron alguna broma cuando llegó el momento del postre.

Durante toda la comida Elena apenas había hablado. Estaba en una tensión continua, como si con eso pudiese conseguir que todo saliera bien, que el buen ambiente fluyera y que todo fuese sobre ruedas. A medida que la comida fue avanzando, se dio cuenta de que estar en tensión era absurdo. John era una buena persona, se lo había demostrado en numerosas ocasiones, y sus padres también se caracterizaban por su buen talante y educación. La joven notó que a medida que los tres se conocían, los lazos entre ellos se estrechaban. Era como la sensación que tuvo con John cuando se vieron en persona por primera vez y disfrutaron de aquel maravilloso día, pero en esta ocasión estaba ocurriendo lo mismo entre sus padres y su novio. Aquello la embargó de una felicidad y de una ilusión tremendas e hizo que, casi inconscientemente, apoyase su mano en la de John. Ese gesto no pasó desapercibido para ninguno de los otros tres comensales, para John el que menos, y fue el punto en el que todos se dieron cuenta que aquella relación contaba con el beneplácito de todas las partes.

Cuando terminaron de comer el postre que John llevó consigo, Isabel y Elena se fueron al salón mientras Mario y el joven español recogían la mesa. Los dos hombres siguieron hablando de temas generales y acabaron hablando, de nuevo, de sus trabajos. El padre de Elena le confesó que era un gran apasionado de la astronomía y que, si las circunstancias se lo hubiesen permitido, le habría gustado mucho poder estudiar algo relacionado con el espacio y las estrellas. John le animó a hacerlo, aunque fuese por su cuenta, poco a poco y sin grandes pretensiones. Le dijo que cogiese algún libro para ir iniciándose en aspectos más concretos de lo que a él le interesaba.

–Quién sabe si algún día podrás cursar la carrera universitaria –le dijo John–, pero es bueno que dediquemos tiempo a nuestras aficiones y que no las dejemos de lado.

–Quizá tengas razón, John, pero no sé ni por dónde empezar, la verdad.

–¿Qué te parece si un día nos acercamos hasta una biblioteca o una librería y echamos un vistazo a los libros que tienen relacionados con la astronomía? Es posible que, viendo el material que tienen, te entre la curiosidad por algún tema en concreto y así sabrás por dónde empezar.

Mario aceptó la propuesta de John y terminaron de fregar los cacharros y de adecentar la cocina entre risas. Mientras tanto, en el salón, Isabel y Elena estaban teniendo una muy poco frecuente sesión de confidencias.

Elena siempre había sido reservada en cuanto a lo que a sus relaciones se refería. Su madre sabía que había tenido varias parejas, pero que nunca le habían durado mucho. No sabía el motivo por el que su hija no había tenido una relación estable con alguno de los chicos que, estaba segura,

andaban tras ella. Y de pronto, les empezó a hablar de un chico al que había conocido en el trabajo, que era de otro país y con el que se entendía a la perfección. Al principio, Isabel sintió un poco de pena por su hija, porque no se merecía encontrar al chico que parecía gustarle mucho y que la distancia hiciese improbable una relación seria. Pero el destino quiso otra cosa y mandó al joven a trabajar a Colombia y, en esos momentos, se encontraba recogiendo su cocina. Isabel se sentía muy feliz por su hija. La veía reír y disfrutar de cada momento como nunca. Parecía haber dejado atrás todo lo ocurrido varios años antes con su padre biológico y parecía que, por fin, encaraba la vida con seguridad, fortaleza y un gran apoyo.

La joven se abrió por primera vez de esa manera a su madre, pero la ocasión lo requería y su propio cuerpo así se lo pedía. Elena, tan reservada por lo general con su vida privada, quiso compartir con su madre lo bien que se sentía con John.

–Mamá, ya sé que nunca te he hablado de chicos ni nada parecido, pero ahora quiero hacerlo porque John es alguien especial para mí. Desde que le conocí tengo la sensación de que es diferente a todos los chicos que he conocido y, por supuesto, a los pocos con los que he empezado una relación. Siempre se interesa por mí, me escucha, se acuerda de las cosas que le cuento y de los detalles que en muchas ocasiones pasan desapercibidos incluso para mí. Siempre ha sido consciente de las diferencias entre ambos y también de las cosas que nos unen. Cuando estoy con él disfruto de cada momento, de sus caricias, de los abrazos, de las conversaciones que tenemos mientras paseamos o, simplemente, de estar mirando lo mismo en silencio, para luego mirarnos el uno al otro.

Isabel notó que su hija se estaba sonrojando. Para ella, el abrirse de esa manera a su madre, estaba siendo una prueba más a sumar a la presentación de John. Isabel se sintió orgullosa de su hija, de la labor que había hecho durante tantos años para criarla y educarla. Por fin, todos esos esfuerzos, estaban dando resultados.

–Elena, hija mía, mi pequeña –dijo Isabel mientras apartaba un mechón de pelo de la cara de su hija y se lo ponía detrás de la oreja–, eso que sientes es amor. Muchas veces no se puede explicar y, seguro que a ti también te pasa, con lo que acabas de decir no has conseguido expresar todo lo que sientes. Siempre ha sido así y siempre será así. Lo que importa es que tú estés segura de lo que sientes.

Elena miró a su madre y pudo ver comprensión y mucho cariño en sus ojos. La alegría de su madre era perceptible a simple vista y eso hacía que la alegría de Elena aumentase. El hecho de que su madre diera su aprobación a su relación con John era importante. No era indispensable, porque ella era lo suficientemente adulta y responsable como para tomar sus propias decisiones y lidiar con las consecuencias, pero le gustaba tener la opinión de su madre en aquel momento que ella entendía como crucial en su vida.

–Hija, sé perfectamente que no necesitas mi aprobación para salir con John, pero quiero recordarte que es muy posible, casi seguro, que en tres meses él tendrá que volverse a España. ¿Habéis pensando en lo que haréis entonces?

–Si, mamá, los dos somos conscientes de eso y sabemos que, llegado el momento tendremos que tomar una decisión sobre nuestra relación, pero de momento hemos decidido dejar que todo fluya. No sabemos cómo evolucionará todo en este tiempo, ni cómo se desarrollará su trabajo aquí. Son tantas las incógnitas que no podemos controlar, que hemos decidido dejar de pensar en ello y vivir el momento. Lo que la vida tenga a bien depararnos lo comprobaremos dentro de un tiempo. Ahora mismo, lo que nos proponemos, es disfrutar del tiempo que tenemos para estar juntos.

–Si lo habéis hablado y los dos estáis de acuerdo, no seré yo quien siga incidiendo en el tema. Ya vienen los dos –dijo Isabel cuando escuchó pasos que se acercaban desde la cocina–.

Los hombres entraron en el sofá y se sentaron a ambos lados de las chicas; Mario junto a Isabel y John al lado de Elena.

La tarde transcurrió entre risas, bromas, anécdotas y conversaciones amenas y divertidas. Los cuatro se sintieron muy a gusto y, cuando llegó el momento de que John se marchara, dijeron que tendrían que repetir en alguna otra ocasión aquella experiencia. Todos estuvieron de acuerdo y John se despidió de Isabel y de Mario. Elena se levantó del sofá para acompañar a su novio hasta el portal.

–Recuerda, Mario, que nos vamos a mirar libros cuando quieras. Elena te puede dar mi número.

Isabel y Elena se quedaron mirando a los dos hombres sin saber de qué estaban hablando, pero las dos vieron que ambos hombres se llevaban estupendamente, lo que las alegró mucho, especialmente a Elena.

La pareja bajó lentamente las escaleras del edificio hasta llegar al portal. Durante el trayecto fueron comentando lo que les había parecido aquel día y ambos estuvieron de acuerdo en que había sido un éxito. Los padres de Elena parecían encantados con John y al joven le habían caído muy bien los dos, tanto Mario como Isabel. Cuando bajaron el último tramo de escaleras y llegaron al portal, se pararon, se abrazaron y se besaron.

Bogotá - 23 de marzo de 2018

Llegaba otro viernes en el que Elena y John habían quedado para pasar la tarde, pero esta vez era Elena la que iba a buscar a John, que aquella vez no tenía el día libre y tenía que trabajar hasta las tres y media de la tarde. Ella, como siempre, había salido de la universidad a eso de la una y comió algo mientras llegaba el momento de dirigirse hacia el edificio en el que trabajaba su novio.

Ella no sabía exactamente dónde se ubicaba el edificio y John le dijo que no se preocupara, que enviaría a Rafael para que la recogiera en la universidad y la llevara hasta la puerta de su edificio. Al principio Elena le dijo que le diera la dirección y que ya cogería ella un taxi para llegar, mas el joven le insistió en lo contrario y terminó consiguiendo que Elena aceptase que fuese Rafael quien la fuese a buscar.

Ella nunca había hablado mucho directamente con Rafael y las pocas veces en que lo había hecho, siempre había estado John presente. Ese sería el primer día en el que los dos colombianos, Rafael y Elena, pasarían un tiempo a solas.

El conductor llegó puntual al lugar donde tenía que recoger a Elena. La joven llevaba esperando en la parada del autobús unos minutos por si Rafael llegaba antes y se entretuvo mirando la pantalla de su teléfono móvil. Finalmente, cuando Rafael apareció haciendo una señal con las luces de la furgoneta, Elena guardó el teléfono y se montó en la parte delantera del vehículo, de la misma manera que lo hacía John cuando viajaba solo con el conductor local.

Rafael le había cogido especial cariño a Elena. La conocía únicamente de verla con John, pero siempre le había parecido alegre y simpática. Por las conversaciones que mantenía la chica con el joven español, Rafael llegó a la conclusión de que Elena era una persona educada, simpática y agradable, pero también con un carácter que le proporcionaba una fuerza extraordinaria. Cuando montó en la furgoneta se saludaron cortésmente y Rafael puso rumbo a la

oficina de John. Sabía perfectamente dónde trabajaba porque él era el encargado de trasladar a los cuatro españoles que trabajaban en el complejo.

No tardaron mucho en llegar al edificio de oficinas, Elena miró el reloj y lanzó un suspiro al comprobar que aún quedaban casi tres cuartos de hora hasta que John terminara su jornada. A Rafael no le pasó desapercibido el gesto de la joven y, siguiendo las instrucciones de John, agarró el teléfono móvil y llamó al joven.

–Señor John –por mucho que el joven le hubiese pedido que no le llamara señor, Rafael siempre se mostraba correcto y le llamaba de esa manera–, acabamos de llegar.

Elena se quedó sorprendida al escuchar hablar a Rafael con John. Ella creía que tendría que esperar hasta que el joven terminara de trabajar para verle, pero aquella llamada le hizo intuir que algo iba a pasar, algo que ella no sabía y que John no le había contado.

Mientras pensaba en qué podría suceder a continuación y Rafael comprobaba su teléfono, John apareció por la puerta del edificio con una gran sonrisa en la cara. Nada más verle, Elena se despidió del conductor, abrió la puerta de la furgoneta, se apeó y fue al encuentro de su novio. Se abrazaron y se dieron un pequeño beso a modo de saludo y John le invitó a seguirle al interior del edificio.

–¿Vamos a ir dentro?

Elena no fingía la sorpresa que denotaba su tono de voz.

–Sí –contestó John sonriendo–. Le pedí a Rafael que te trajera antes para darte la sorpresa de enseñarte las oficinas. Siempre te hablo de dónde trabajo y creí que ya era hora de que lo vieras con tus propios ojos.

Elena no supo qué contestar a aquellas palabras, simplemente se arrimó un poco más al cuerpo de John y le cogió de la mano. Incluso en un día tan corriente como aquel, el joven se las ingeniaba para sorprenderla. Aquello era otro paso en su relación, porque él le estaba enseñando el lugar donde pasaba numerosas horas al día y que era el motivo por el que él estaba en aquel país y por lo que su relación había dado tantos pasos adelante.

Entraron por la puerta principal y se dirigieron al puesto de los vigilantes, donde John solicitó un pase de visitante para Elena. Ella sabía que John era uno de los jefes de la delegación, junto con los otros tres chicos de la delegación venidos de España, pero en ese momento se dio cuenta de lo realmente importante que era, porque el vigilante no le hizo ninguna pregunta sobre su acompañante ni le pidió ningún tipo de documentación. El vigilante le entregó el pase sin más comentarios que un cordial saludo y volvió a sumergirse en su tarea de visionado de las cámaras de vigilancia.

John y Elena se dirigieron a la zona de los ascensores, porque en aquella planta no había más que un par de salas de reuniones para visitantes de perfil bajo. Montaron en uno de los ascensores y John pulsó el número cuatro, el último piso. Elena pensó que, normalmente, cuanto más se ascendía en un edificio de oficinas, más importante era el cargo de la persona que allí se encontraba y dedujo que, si John era uno de los jefes, era normal que su despacho estuviese en la planta superior.

Cuando llegaron al cuarto piso y salieron del ascensor, se encontraron en un pasillo bordeado de cristales, que dejaban entrar toda la luz del sol y proporcionaban un ambiente muy luminoso para el trabajo. Anduvieron unos metros por el pasillo mientras John le indicaba a Elena los lugares por los que pasaban. Le mostró un par de salas de reuniones y también le indicó, sin abrir la puerta para no molestar, dónde trabajan los hombres que formaban su equipo. Le explicó que cada grupo trabajaba en una planta y que su equipo y él habían tenido la suerte de ser asignados a

aquella planta, la más amplia y luminosa.

Al llegar al final del pasillo se veía una puerta de cristal oscurecido junto a un ventanal del mismo material y acabado. Elena no sabía lo que había detrás, pero, al ver que John se encaminaba con seguridad hacia allí, empezó a pensar que se trataba de su despacho. Comprobó que estaba en lo cierto cuando el joven abrió la puerta y le mostró el interior, con una decoración muy minimalista y diciéndole que se encontraban en su despacho.

Elena se quedó con la boca abierta al ver la amplia oficina en la que trabajaba John, con dos partes bien diferenciadas. Una con el escritorio y el ordenador encima y una pequeña mesa de reuniones a escasos dos metros; la otra, un espacio con un par de sofás y una mesa baja donde descansaba una pequeña escultura de un ave.

La joven deambuló por la oficina mientras John se sentaba en su silla a atender una llamada telefónica. Elena se acercó hasta el inmenso ventanal y se quedó mirando una vista de la ciudad que nunca había podido observar. El edificio no era muy alto, pero aún así otorgaba una vista diferente a lo que ella estaba acostumbrada a ver.

–Lo siento –dijo John, sacando a Elena de sus pensamientos–, era una llamada que tenía que atender.

–Lo entiendo, no pasa nada. Es normal que tengas que trabajar y yo no quiero molestar.

–No molestas en absoluto, Elena, no digas eso. Tenía ganas de enseñarte todo esto –John hizo un gesto con sus brazos para indicar no sólo su despacho sino todo el edificio– y que vieras mi lugar de trabajo. Además, me gusta sorprenderte de vez en cuando y, por la cara que tienes, lo he vuelto a lograr.

Los dos rieron a gusto sabiendo que era verdad. John era muy dado a las sorpresas y no necesitaba ningún motivo especial para preparar algo para ella, regalarle algo o invitarla a ir a algún lugar en particular. Aquello le gustaba mucho a Elena, porque no la dejaba caer en la rutina y la motivaba para seguir adelante y lanzarse de lleno a esa relación.

–Si no te importa –dijo John después de abrazar tiernamente a Elena–, voy a hacer un par de llamadas y luego nos vamos a dar una vuelta antes de cenar. ¿Te parece bien?

Elena asintió y le devolvió el abrazo a John. El joven volvió a sentarse frente a su escritorio y cogió el teléfono mientras Elena se sentaba en el sofá y volvía a fijar su mirada en la ciudad. El cielo lucía un azul espectacular, límpido, sin una sola nube que estropeará aquel maravilloso lienzo. Al fondo se veían las montañas que rodeaban la ciudad y también se distinguían los árboles más altos que había en ciertas partes de la ciudad.

Tan absorta estaba disfrutando de aquel paisaje que no escuchó cómo John la llamaba casi desde la puerta del despacho.

–Elena, ¿vienes?

–Ah, sí, perdona. Estaba admirando las vistas que tienes desde aquí y no me enteraba de nada –contestó Elena, que sonrió tras acabar de hablar.

Los dos salieron del despacho y recorrieron de nuevo los pasillos que antes habían tomado, pero ahora en sentido inverso. Montaron de nuevo en el ascensor y ya en la plata baja, devolvieron el pase de visitante en el puesto del vigilante y salieron a la calle.

–¿Dónde te apetece que vayamos?

–No había pensando en un sitio en concreto –dijo Elena –, pero sí que me gustaría cenar en un restaurante del centro, que me han dicho que ponen muy buena carne.

–Entonces podríamos ir hacia allí y pasarnos por algún centro comercial a ver alguna tienda y, luego, irnos a cenar.

Se cogieron de la mano y comenzaron a caminar lentamente, pues no tenían prisa, en dirección al centro. Elena conocía algún centro comercial grande, con numerosas tiendas de todo tipo, donde podrían hacer tiempo y donde podrían ver cosas interesantes. La joven también recordó que en uno de los centros comerciales había una gran librería, donde estaba segura que ambos encontrarían lecturas de su agrado.

Salieron del restaurante habiendo cenado copiosamente y satisfechos con la calidad de lo que habían cenado. A Elena no le habían informado mal cuando le dijeron que la carne de que local era de primera calidad. Ambos eran amantes de la carne y degustaron unas chuletas poco hechas con unas patatas fritas. De postre comieron bocadillo, que estaba hecho a base de azúcar y guayaba. Era la primera vez que John lo probaba y, aunque no fuese una de las cosas más sabrosas que había probado en su vida, reconoció que estaba bueno.

Anduvieron un rato por las calles bien iluminadas de la ciudad sin rumbo fijo. No solían hacer planes cerrados, así que aparte de saber que iban a ir a cenar, no sabían lo que harían después, con lo que se encontraban andando sin saber a dónde ir.

John pasó su brazo por encima de los hombros de Elena y ella rodeó la cintura de él con su brazo derecho.

—¿Quieres venir a dormir esta noche conmigo?

La pregunta de John pilló desprevenida a Elena. No se esperaba que él le pidiese algo así y, aunque sabía que algún día llegaría el momento en el que dormirían juntos, no se había planteado que aquel día pudiera ser ese.

—Sí, claro, me gustaría mucho —contestó Elena tras un par de segundos que a John se le hicieron eternos.

Por un momento el joven dudó y estuvo a punto de decir que lo sentía y de retirar la propuesta, pero la respuesta de Elena le convenció de que no había nada de malo en la propuesta.

Llegaron al hotel andando lentamente, pero John pudo notar que Elena estaba algo inquieta desde que se encaminaron hacia el hotel. Creía saber por qué era y no tenía ninguna intención de obligar a Elena a hacer nada que ella no quisiera. Por eso mismo le pareció eterno el silencio de la joven cuando le propuso ir a dormir al hotel. John era consciente de que Elena arrastraba algún trauma creado por la convivencia con su padre biológico, pero no sabía que nunca había llegado a tener relaciones sexuales con ninguno de los chicos con los que había salido.

Subieron a la habitación del joven y, nada más entrar, Elena fue al baño. John se quitó el jersey y se sentó en el sillón que había junto a la ventana y dejó el teléfono y la cartera sobre la mesa. Cuando estaba cogiendo una de las botellas de agua de la mesa y abriéndola para refrescarse un poco, Elena salió del baño y se sentó en el otro sillón.

Por la postura en la que estaba sentada, con la espalda erguida y las manos entre las piernas, el joven supo que Elena estaba más nerviosa e intranquila aún que cuando habían llegado a la puerta del hotel.

—Elena, noto que te pasa algo —empezó a decir John con la voz más cálida que pudo para tratar de calmar a su novia—, pero no quiero obligarte a decírmelo si no quieres y, por supuesto, tampoco es mi intención obligarte a hacer nada que tú no quieras.

Los dos sabían que el joven se estaba refiriendo a las relaciones sexuales y unas lágrimas empezaron a humedecer los ojos de la joven. John hizo amago de levantarse para ir junto a ella, pero Elena, con un leve gesto de la mano, le indicó que estaba bien.



–Verás, John, hay algo que no te he contado aún –dijo Elena en un susurro y con la voz entrecortada–. Se trata de algo que pasó con mi padre biológico y que nunca he superado. En parte porque no lo he afrontado y también porque nunca he tenido a nadie que me apoye con esto. No es algo en lo que mi madre o Mario puedan ayudarme.

John se acomodó en el sillón y le pasó una botella de agua a Elena, por si necesitaba beber un poco.

–Ya sabes la mayoría de las cosas por las que Rodrigo, mi padre biológico, nos hizo pasar a mi madre y a mí, pero nunca te he contado que... –la voz de Elena se apagó y la joven cerró los ojos con tanta fuerza que las lágrimas salieron como un torrente mejillas abajo. Tras unos segundos así, abrió los ojos y trató de continuar–. Nunca te he contado que él abuso de nosotras.

John no se esperaba algo como eso y se quedó paralizado. Él, que normalmente siempre sabía cómo reaccionar en todas las situaciones, aquella revelación le dejó totalmente petrificado, sin poder mover un músculo y sin poder moverse del sillón. Quiso decir algo, pero notó que las palabras no pasaban de su garganta.

–No sé lo que haría con mi madre, porque yo únicamente escuchaba los gritos ahogados de ella, pero conmigo hubo tocamientos. Nunca llegó a penetrarme, pero sí que me tocó por todas partes y llegó a enseñarme su pene mientras me tocaba –Elena volvió a guardar silencio durante unos segundos–. Nunca he tenido relaciones sexuales con nadie, ni tampoco le había contado esto nunca a nadie. Entendería perfectamente que, ahora que sabes esto, no quieras que me quede a dormir.

–Elena, ahora tengo más ganas de que te quedes a dormir –dijo John con voz calmada cuando por fin pudo articular palabra–. Con lo que me acabas de contar has derribado un muro que había dentro de ti y te has quitado de encima un gran peso que cargabas desde hacía demasiado tiempo. Has tenido el valor necesario, que es muchísimo, para contarme lo que sucedió y has confiado en mí para sacar todo eso de tu interior. Ahora te quiero más que nunca y juntos, como el día que nos conocimos, superaremos cualquier cosa.

John se levantó de su sillón, se arrodilló frente a Elena y apoyando un dedo en su mentón le levantó la cara.

–Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Elena. Ahora me doy cuenta de toda la fuerza que tienes en tu interior, de que eres una persona con capacidad para superar tremendas situaciones y con una personalidad que engancha. No tienes que irte de aquí ahora si no quieres, pero no pienses que yo quiero estar en otro lugar y con otra persona. Me da igual, en este hotel o en el sitio más horrendo, pero quiero estar contigo.

Estuvieron unos momentos en silencio mientras Elena dejaba de llorar y recuperaba el ritmo normal de su respiración. Parpadeó unas cuantas veces para dejar de llorar y se secó los ojos y las mejillas con una de sus manos.

–Ya sé lo que vamos a hacer –dijo John, aún de rodillas delante de la joven–. Te vas a dar una ducha de agua caliente, de esas que te relajan el cuerpo y la mente y, después, cuando estés más tranquila, pondremos una película o los capítulos de alguna serie hasta quedarnos dormidos.

Elena no pudo reprimir una sonrisa al escuchar el plan que le proponía John. No era que esperase que John se enfadara, pero tampoco se esperaba esa reacción por parte del joven. Lo mismo que él acababa de descubrir, según sus propias palabras, lo fuerte que era ella, Elena descubrió lo tremendamente comprensivo, maduro y cariñoso que era John.

–Me sentaría genial esa ducha, pero –dijo Elena con algo más de ánimo– ¿qué me voy a poner después?

—No te preocupes por eso, que cuando salgas de la ducha tendrás ropa lista para vestirte.

Se quedaron un rato más en la misma postura, mirándose a los ojos. Al cabo de un tiempo, Elena le dio un beso en la frente a su novio y le dijo que se iba a la ducha. Mientras se desvestía en el baño y abría el grifo para que el agua empezara a calentarse, escuchó que la puerta de la habitación se cerraba. Supuso que John habría ido a pedir algo a recepción y que prefería bajar en persona a hacerlo por teléfono.

Elena se metió en la ducha cuando el vapor le indicó que el agua ya estaba lo suficientemente caliente como para disfrutar de aquella sensación de paz. Las piernas le temblaban un poco por la situación vivida unos minutos antes en la habitación. En el momento en el que comenzó a confesarle a John, por decirlo de alguna manera, lo ocurrido con Rodrigo ella pensó que un gran agujero se abría a sus pies y que caería por un abismo sin fin. La sensación de vértigo fue inmensa y la incertidumbre por no saber cuál sería la reacción de él no hacía sino aumentarla. Por fortuna, la reacción de John superó cualquier expectativa y le demostró, una vez más, por qué era alguien tan especial para ella y por qué se había enamorado de él.

Como le había dicho a John, Elena nunca había hablado de ese tema con nadie, ni con su familia, ni con amigos, ni con los dos o tres chicos que estuvo saliendo. Nadie le había dado la suficiente confianza para abrir su corazón y dejarle ver el interior, donde guardaba aquel episodio traumático y desgarrador.

Y ahora estaba en la habitación de un hotel, que era donde estaba viviendo su novio español, debajo de un chorro de agua caliente, intentando despejar su mente y tranquilizarse, mientras su chico había salido de la habitación sin decirle a dónde se dirigía.

Cuando salió de la ducha se puso el albornoz que estaba colgado en la percha detrás de la puerta y, secándose el pelo con una toalla, salió a la habitación. Se sorprendió de ver a John otra vez sentado en el mismo sillón en el que le había escuchado y se dio cuenta que debía de haber estado muy concentrada en sus pensamientos, porque no había escuchado cerrarse la puerta a la vuelta del joven.

Elena desvió la vista hacia la cama y vio que había varias bolsas con marcas de ropa encima. No recordaba haberlas visto al entrar, ni encima de la cama ni en otra parte de la habitación y, movida por la curiosidad, se acercó y echó un vistazo al interior.

—Puedes abrirlas y probarte todo lo que hay dentro —dijo John sonriendo—, es todo para ti.

Elena abrió los ojos y dejó que se secara el pelo. Depositó la toalla suavemente sobre la cama y empezó a abrir las bolsas tímidamente, sin decidirse por qué prenda sacar primero y probársela. John le dijo que esperaba haber acertado con la talla y que todo era ropa cómoda y casual, incluido un pijama con osos polares pequeños dibujados.

La joven decidió ponerse el pijama y sacar el resto de la ropa de las bolsas para ver qué había comprado John. Había un par de pantalones, dos camisetas y una camisa.

—John, no tenías por qué hacer esto —dijo la joven mientras dejaba las prendas de nuevo dentro de sus bolsas y cogía la toalla para terminar de secarse el pelo—. No sé cómo te lo voy a agradecer.

—No digas tonterías —dijo John riendo—, necesitabas ropa y ropa es lo que tienes. He hecho magia.

Los dos rompieron en una carcajada que se llevaba consigo buena parte de la tensión de hacía unos minutos. Elena quitó las bolsas de encima de la cama y se sentó, con la espalda apoyada en el cabecero. Le hizo un gesto a John para que se sentara a su lado y tiró la toalla junto a las bolsas de ropa.

–Si quieres ver una película tendrías que venir a la cama para poder verla en condiciones.

John aprovechó para ponerse él también el pijama y después se sentó en la cama, al lado de Elena, y en la misma postura que ella. Cogió el mando de la televisión y empezó a pasar canales para ver lo que daban en cada uno de ellos. La casualidad quiso que, en una de las cadenas internacionales, comenzara la primera película de la saga Jungla de Cristal y Elena le dijo a John que la dejase.

–¿En serio? –John estaba realmente sorprendido– ¿Quieres ver esta película?

–Si, desde que me dijiste por qué te llamaron así he querido ver la película otra vez, así que podríamos aprovechar ahora para verla.

–Vale, de acuerdo. ¡Pero no quiero bromitas con el nombre eh!

John había intentado ponerse serio al decir la última frase, pero Elena sabía que por dentro él se estaba riendo, lo mismo que ella.

Los dos se acomodaron mejor en la cama y apagaron todas las luces excepto la de la mesilla del lado de John. El joven se conocía la película al dedillo, pero Elena hacía mucho que no la había visto y estaba viendo detalles por primera vez.

Cuando la película ya estaba por la mitad, más o menos, John notó que Elena apoyaba la cabeza sobre su hombro. Al principio no le dio importancia y pensó que estaría cansada y que, para aguantar despierta el resto de la película, había decidido estar más cómoda. Pero pasados unos minutos, se fijó en que la respiración de la joven se volvía mas lenta, como cuando alguien está durmiendo, y se giró para ver si ella tenía los ojos abiertos. En absoluto. Elena tenía los ojos cerrados y estaba profundamente dormida. John, sin hacer ningún gesto brusco para no despertarla, la tumbó en la cama y la tapó con las sábanas y la manta. Él apagó la televisión, se acomodó en la cama dándole la espalda a Elena y apagó la lámpara de la mesilla.

La oscuridad de la noche ocupó toda la habitación, en la que sólo se filtraban unas pocas luces provenientes de algunos edificios lejanos. John cerró los ojos y se dispuso a dormir. Al día siguiente llevaría a Elena hasta su casa y quizá fuese con Mario hasta una librería.

Elena se despertó cuando aún era de noche. No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo ni cómo había pasado de estar sentada con la cabeza apoyada en el hombro de John, a estar tumbada y bien tapada. A su lado estaba John, también tumbado y dándole la espalda. Por la respiración del joven supo que estaba dormido y, al mirar en aquella dirección, vio las primeras luces del día asomar por entre las montañas. Aún eran muy débiles para iluminar el cielo, pero le indicaron que pronto se haría de día, con lo que había dormido toda la noche del tirón.

Le extrañó mucho haber podido conciliar el sueño después de todas las emociones que afloraron al llegar al hotel y no fue consciente de lo bien que le vino la ducha caliente. No quiso despertar a John para poder pensar tranquilamente en lo que había ocurrido.

Ella quería dar el siguiente paso en su relación con el joven que, en ese momento, dormía junto a ella, pero su mente hacía que su cuerpo se bloqueara en cuanto se insinuaba aquella posibilidad. Trató de imaginarse cómo sería abrazar aquel cuerpo desnudo, sentir las caricias de John directamente sobre su piel y notar cómo el calor y el deseo los consumía a ambos.

Elena empezó a pensar que quizá, sólo quizá, después del drama de la noche anterior, su mente estuviese algo más predispuesta a aquella experiencia, que sería la primera de su vida. Ella notaba que algo había cambiado en ella, en su interior, pero no sabía decir qué exactamente. No podía decir si era algo relacionado con su pasado, con su situación emocional, en sus sentimientos

hacia John... No lo tenía claro.

Mientras estaba tumbada boca arriba notó que John se movía y que también se colocaba en la misma posición. Elena vio que él tenía los ojos abiertos y se acercó para darle un beso en la mejilla.

–Buenos días, guapo. Gracias por taparme ayer. Creo que no llegué a ver ni media película.

–Buenos días, Elena. Era normal que estuvieses agotada, así que te tumbé y te tapé lo mejor que pude.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos, sin decir nada y con sus caras a escasos centímetros. Movida por un impulso desconocido, Elena redujo la distancia que separaba sus labios de los de John a nada y se fundieron en un beso intenso y apasionado. Juntaron sus cuerpos, que quedaron separados únicamente por el grosor de la tela de los pijamas, y comenzaron a acariciarse con suavidad y lentitud.

Las manos de John se movieron por la espalda de Elena, buscando el final del pijama para posar sus manos sobre la piel de la joven. El chico acarició toda la espalda de Elena, que notó erizarse cada vello de su cuerpo y fue consciente del calor que empezaba a crecer en sus entrañas.

Dejándose llevar por el impulso que la llevó a besar a su novio, se quitó la parte superior del pijama e hizo lo mismo con la de John. Abrazados como estaban tras desprenderse de la mitad de la ropa, rodaron en la cama y ella quedó bajo el cuerpo del joven. Siguieron besándose y entonces le llegó el turno a Elena de pasar sus manos por la espalda de John. Sus dedos pasaron por cada músculo de aquella espalda y acarició toda la columna vertebral, llegando a poner sus manos en las nalgas del joven.

Elena se dejó llevar y se sorprendió de que su mente no la estuviese bloqueando o entumeciendo las extremidades. Para no fastidiar aquel momento desechó aquellos pensamientos y se concentró en lo que estaba sucediendo. John le besaba el cuello mientras perdía sus manos lentamente en su vientre y continuaba descendiendo. Para cuando ella se quiso dar cuenta, los dos estaban desnudos y Elena fue plenamente consciente de la erección de su novio. Llegaba el momento clave, el momento en que él entraría en ella y se fundirían en un solo ser. Le empezaron a asaltar dudas de si le dolería, de qué se sentiría y de si disfrutaría tanto cómo en numerosas ocasiones había escuchado hablar a otras personas.

–¿Estás segura de que quieres seguir?

Elena miró a John y vio que su preocupación era real, pero le dijo que nunca había estado más segura y que realmente lo estaba esperando y deseando.

Sin decir ninguna palabra más, volvieron a besarse y la atmósfera, que no había cambiado nada con las palabras del joven, se hizo aún más candente.

Cuando John entró por fin en ella, Elena sintió una punzada de dolor, no muy acusada, que pronto quedó eclipsada por el placer. Se notaba que él tenía más experiencia, pero que también buscaba la comodidad y el disfrute de Elena.

Los dos se movían lentamente, adaptando sus cuerpos a los movimientos del otro, acompañándose como si de un baile se tratara. De pronto, Elena notó un gran placer en su interior y la zona del bajo vientre comenzó a moverse por la acción de unos pequeños espasmos. Instintivamente supo que se trataba de un orgasmo y le sorprendió mucho saber que podía llegar a alcanzarlo en su primera vez. Poco después de su éxtasis, John también alcanzó el clímax y quedaron los dos, uno junto al otro, de costado en la cama.

Permanecieron durante un buen rato abrazados, mientras la luz del sol iluminaba todo el cielo y hacía que la habitación saliera de la penumbra. Después de unos minutos, John le dijo a Elena si

le parecía bien que pidieran que les trajeran el desayuno a la cama. La joven, con una amplia sonrisa en el rostro, le dijo que estaba de acuerdo y que, además, sería la primera vez que haría uso del servicio de habitaciones.

Cuando el encargado de subirles el desayuno entró en la habitación, Elena pensó que John había pedido toda la carta, porque el camarero comenzó a poner numerosos platos encima de la mesa y parecía que no acabaría nunca. A los platos con comida le siguieron los vasos, las tazas y las jarras con diferentes bebidas: café, zumos naturales, leche...

El camarero se retiró de la habitación y la pareja se sentó en los sillones que había junto a la mesa, no sin antes moverlos un poco para poder sentarse de cara a la ventana y poder contemplar las vistas que se tenían de la ciudad con las montañas al fondo.

Degustaron el desayuno como si no hubiesen comido en varios días y disfrutaron de todos y cada uno de los platos que ordenó John. También dieron buena cuenta de los zumos y de un par de tazas de café.

Cuando acabaron de desayunar, estuvieron de acuerdo en ducharse y en ir a casa de Elena, donde John le diría a Mario si le apetecía ir a una librería a ojear algunos libros de astronomía.

Bogotá - 20 de abril de 2018

Elena y John paseaban tranquilamente por el centro comercial al que habían acudido para ir al estreno de una película, Rampage. Sus encuentros se habían vuelto más continuos a medida que, poco a poco, se acercaba el mes de mayo y con ello la fecha de la vuelta de John a España. Era como si los dos creyeran que por pasar más tiempo juntos, aquel día no llegaría nunca.

La película no era algo de una calidad tremenda, pero contaba con uno de los actores del momento, Dwayne Johnson, y tenía pinta de ser bastante entretenida y buena para darse el capricho de compartir unos refrescos y unas palomitas.

Mientras hacían tiempo hasta poder entrar en la sala del cine, se dedicaron a pasear mirando los escaparates de las tiendas. En una de ellas Elena vio una camiseta que le gustó mucho. Era de color azul oscuro y tenía dibujadas finas líneas de color blanco en forma de tallos de flores que terminaban por crear la silueta de una cara. La pareja entró en la tienda y Elena se puso a buscar su talla en la balda donde tenían aquella camiseta. Tras bajar casi hasta el final del montón y con la sensación de que no encontraría la que le valía, agarró una prenda de la talla S, la extendió frente a ella y asintió con la cabeza al ver que, efectivamente, era su talla. John le dijo que, para asegurarse, se la probará y que él volvería a por otra en caso de que no fuese la prenda adecuada.

Salieron de la tienda con la bolsa de la camiseta, que no habían tenido que cambiar porque Elena había cogido la talla correcta a la primera. Miraron el reloj y decidieron que irían hacia el cine, para entrar con tiempo y acomodarse bien antes de que empezara la película. Sabían que, antes de que empezase, tendrían que ver numerosos anuncios, pero a ninguno de los dos le gustaba entrar cuando en la pantalla ya se estuviesen proyectando imágenes, por mucho que fuesen anuncios.

Tenían que subir un par de pisos para acceder a los cines, así que se encaminaron hacia las escaleras mecánicas, que quedaban más cerca de donde se encontraban que los ascensores. Cuando estaban a punto de llegar a las escaleras mecánicas, Elena se paró de repente y se quedó muy quieta.

—¡Mierda!

John se giro hacia Elena y pensó que, quizá, se le había olvidado alguna cosa o que se había hecho daño con algo.

—¿Qué pasa, Elena?

La joven seguía quieta, con la mirada clavada en algo que había a lo lejos. John miraba en aquella dirección, pero no veía lo que tanto había llamado la atención de su novia. Él sólo veía

gente, mucha gente, y diferentes puestos colocados en el centro del pasillo.

Elena seguía con su mirada fija en la figura que se aproximaba con un caminar seguro. La joven no podía creer que, entre todos los centros comerciales de la ciudad, la persona que se le acercaba tuviera que haber elegido precisamente aquel, en el que se encontraban ahora. Desde la última vez que se vieron, Elena no había vuelto a pensar en aquella persona, una chica que se había vuelto tóxica para ella y para su relación con John. Muchas veces Elena creía que si no se acordaba de aquella otra persona era como si no existiera, pero en ese momento se estaba dando cuenta de que las cosas no eran así. Existía y estaba allí. Verónica se acercaba directamente hasta John y ella.

–Es Verónica y viene hacia nosotros –dijo Elena sin dejar de mirar a la chica que se les acercaba.

–¿Qué Verónica?

–Verónica. La misma que estuvo contigo en Madrid y se inventó una historia para intentar vete tú a saber qué.

–Tranquila, Elena, será una simple casualidad. Querrá saludarte y nada más. Tratemos de pasar este momento lo más tranquilamente posible.

John sabía que el tema de Verónica era complicado para Elena y no quería, por nada del mundo, echar más leña al fuego y que se montase una escena en mitad del centro comercial. Él ya ni se acordaba de Verónica y, siendo sinceros, tampoco le hacía mucha gracia encontrarse con aquella después de lo que pasó entre ambos y de lo que Verónica le contó a Elena. Pero las situaciones no podían controlarse al cien por cien, así que tendrían que intentar ser amables e irse lo más rápido posible, con la excusa de que llegarían tarde a la película.

Para intentar tranquilizar un poco a Elena, John le agarró la mano y le acarició el dorso con su dedo pulgar.

–Hola, Elena, menuda casualidad –dijo Verónica con tono sarcástico cuando llegó a la altura de la pareja–. Mira que encontrarnos en este centro comercial, entre tanta gente. Y, ¿quien es él? ¿Es posible que se trate de John?

Los ojos de Elena se clavaron en Verónica, con la furia y la rabia concentradas en su mirada. No solo se atrevía a hacerse la despistada, sino que se atrevía incluso a dudar de quién se encontraba a su lado, como si no supiese, con toda certeza, de quién se trataba.

–Sí, soy John –dijo el joven con calma–. Es una sorpresa verte por aquí, Verónica.

–Bueno, quizá no sea ninguna casualidad. Me alegro mucho de volver a verte, John.

Verónica hizo el gesto de acercarse al joven para darle un beso en la mejilla, pero John retrocedió un paso para sorpresa de Verónica. Elena se mantenía en silencio, viendo todo como a cámara lenta y deseando que todo aquello pasase cuanto antes.

–¿Qué sucede que no quieres que te salude con un beso en la mejilla, John?

–Verónica, no quiero ser maleducado, pero no creo que te merezcas que te salude como si nada hubiese ocurrido. Has tratado de sabotear nuestra relación desde antes incluso de que existiese una relación. Has mentido y traicionado la confianza de una amiga por quedar bien y, me atrevo incluso a decir, que nunca te ha importado lo que pudiese ocurrir con Elena y conmigo. Solamente te importaban tu imagen y tu ego. Si te hubieses portado mejor con Elena, si no le hubieses mentido y tratado de engañar, quizás ahora podríamos saludarnos con normalidad e, incluso, tomar un café juntos; pero no después de lo que hiciste. Las palabras pueden hacer más daño del que piensas, Verónica. Recapacita. Y ahora, si no te importa, nos vamos porque no queremos llegar tarde.

La cara de Verónica fue cambiando el gesto a medida que las palabras de John entraban en su cabeza. Si cuando se acercó a la pareja lucía una sonrisa de seguridad, en esos momentos tenía los ojos abiertos de par en par, la boca cerrada y un color rojo, producto de la vergüenza, subiéndole por las mejillas.

Sin darle tiempo a replicar, John comenzó a andar y Elena le siguió, aún con su mano en la de John. Los dos llegaron a la escalera mecánica y subieron tranquilamente mientras la distancia entre ellos y Verónica, que seguía plantada en el mismo lugar en el que habían conversado, aumentaba gradualmente.

Para cuando llegaron a la planta superior, donde se encontraban las salas de cine, Verónica ya se había marchado. La pareja, en silencio desde que subieran a la escalera mecánica, pensaron que aquella sería la última vez que verían a Verónica. Si las palabras de John no la convencían de que ya nada había entre Elena y ella y, mucho menos, entre John y ella, no sabían qué lo haría. Elena prefirió pensar que Verónica no volvería a aparecer nunca más en sus vidas y que por fin, cuando quedaba un mes para que John volviese a España, podía disfrutar de su relación sin que ninguna nube amenazara tormenta.

John no tenía intención de ser tan brusco con la joven, pero viendo la reacción de Elena al tener delante a Verónica, no pudo menos que hacerle frente y dejarle las cosas claras. Elena hubiese podido hacerlo igual que él, mas sin saber por qué, no pudo moverse ni articular palabra mientras él hablaba con Verónica.

A Elena le hubiese gustado decirle cuatro cosas bien dichas a Verónica y lograr así que los dejase en paz para siempre, pero no pudo hacerlo. En su cabeza empezaron a aparecer imágenes de lo que podría suceder si John y Verónica empezaban a hablar con normalidad y cuando vio que John cortaba cualquier intención de acercamiento, su mente se relajó, pero no consiguió desbloquear sus extremidades o su lengua. Se dejó llevar por John mientras por dentro suspiraba aliviada.

La pareja llegó a la sala del cine sin decir palabra. Compraron los refrescos y las palomitas y se sentaron en sus butacas a la espera de que empezase la película. Con un poco de suerte les ayudaría a pasar página de lo que acababa de suceder y saldrían del cine como si nada hubiese pasado. Ahora la película tenía la misión de hacerles olvidar aparte de entretenerles.

Cuando salieron de la sala, casi dos horas después, los dos se pusieron a hablar de la película. Cualquier rastro de preocupación o malestar por la conversación con Verónica había desaparecido.

Bogotá - 1 de mayo de 2018

Era el día internacional del trabajo y, como tal, ni John ni Mario trabajaban, por lo que Isabel invitó a comer al novio de su hija para pasar un agradable día los cuatro juntos. Antes de ir a comer, Elena y John quedaron para dar una vuelta y hablar sobre la reunión que John tuvo el día anterior con sus jefes de Madrid.

Tras estar un rato andando por las calles, se sentaron en un banco que había en un pequeño parque. Aquello de sentarse, sin más, para pasar el tiempo era algo que no se hacía mucho en Bogotá, pero a John le gustaba hacerlo y a raíz de hacerlo juntos, había terminado por gustarle también a Elena. La joven comprendió pronto que estar sentada en un banco no era lo mismo que no hacer nada. Estar sentada, pensando en sus cosas, poniendo en orden sus obligaciones y tomarse un respiro para después seguir con más fuerza, era algo que había acogido con interés.



Cuando estuvieron sentados en el banco, fue Elena la que tomó la iniciativa dando rienda suelta a su bien contenida incertidumbre.

–¿Cómo fue la reunión de ayer?

–Bien y mal –respondió John mirando a Elena a los ojos y sin ocultar el malestar que le generaba que hubiese una parte de malas noticias–. La reunión fue larga y estuvimos hablando de muchas cosas, pero lo bueno no compensa, en absoluto, a lo malo.

–Tranquilo, John. Explícame lo que sucedió en la reunión y luego ya veremos cuán malo es eso.

Elena intentó mostrar una tranquilidad que no sentía y estaba segura de que la mala noticia era que John se tendría que volver a España a final de mes. Pero se agarraba a la posibilidad de que, mientras el no lo dijera, aquello no se hiciese realidad.

–Los jefes de Madrid y de las otras delegaciones europeas están muy contentos con los resultados que está logrando la nueva delegación local y todo son halagos. Nos han demostrado con cifras lo que los que trabajamos aquí sabemos desde hace tiempo: que esta es una apuesta segura, una puesta de futuro para la empresa en esta zona del mundo, en la que podemos afianzarnos con seguridad para preparar nuevos saltos a otros países del continente –a pesar de que estaba hablando de noticias positivas, Elena notó que el semblante de John no era todo lo alegre que debería y que estaba pensando en cómo afrontar la siguiente parte de la reunión, la que deparaba malas noticias–. Tras repasar todo lo que hemos hecho, vinieron las conversaciones sobre nuestros futuros puestos, los de los cuatro que vinimos desde España en enero. Al principio, cuando se planteó el proyecto, la idea era que uno de los trabajadores locales asumiese las labores de jefe de la delegación, siempre a la órdenes de la delegación de Madrid, pero viendo los resultados obtenidos en estos meses, se están planteando la posibilidad de que uno de nosotros se quede aquí un tiempo.

–Pero, eso es magnífico, John –Elena sintió una gran alegría acompañada de una profunda esperanza–. Ese alguien podrías ser tú y así no tendrías que marchar de vuelta a España. O por lo menos no tan pronto.

–Lo intenté, Elena, de verdad, pero no hubo manera de convencerles. En cuanto me tocó el turno de exponer los resultados de mi equipo, no hubo opción a plantear mi propuesta de quedarme a dirigir la delegación y me dijeron que era indispensable que volviese a finales de mes para hacerme cargo de mi nuevo puesto en la delegación de Madrid –John guardó unos segundos de silencio antes de continuar–. Me han propuesto ser subdirector de la delegación de Madrid.

Elena tenía sentimientos encontrados en aquel momento. Por una parte se alegraba por su pareja, que ascendía en su trabajo y veía recompensados todos los esfuerzos que durante años había hecho, para sacarse la carrera primero y para desempeñar bien su trabajo después. Pero la aceptación de ese puesto acarrearía la separación, quizá definitiva, de ellos dos. Algo para lo que no estaba preparada.

–Esa es una buena noticia, John. Se trata de un puesto importante –Elena intentó que su tono fuera lo más alegre posible, pero no pasó desapercibido para John el hecho de que también había un matiz de tristeza detrás de sus palabras–. Sin duda ese será un gran paso que te permitirá seguir ascendiendo en la empresa.

–Les he dicho que me lo tengo que pensar.

–¿Cómo? ¿Has rechazado el ascenso?

–No he rechazado el ascenso, simplemente les he dicho que me lo tengo que pensar.

–¿Por qué? –Elena no salía de su asombro.

–Porque hay algo más importante que mi trabajo, algo más importante que cualquier puesto o cargo, algo por lo que quiero pelear. Hay algo que no he tenido nunca y que ahora tengo y no quiero perder –John tomó aire tras haber soltado todas aquellas palabras sin respirar–. Elena, lo más importante que tengo –dijo John apoyando una mano en la pierna de Elena y la otra en la mejilla de la joven–, es lo que hay entre nosotros; lo más importante eres tú. No pienso renunciar a nosotros a la primera de cambio.

Elena sentía el cálido contacto de las manos de John y se esforzó mucho por asimilar lo que él estaba diciendo. Su pareja se encontraba ante la oportunidad laboral de su vida y, sin embargo, se estaba pensando el aceptarla por ella. Era un cambio radical respecto a sus anteriores parejas, ninguna de las cuales fue tan en serio como la que mantenía con John, en las que siempre los chicos habían mirado únicamente por ellos. Ahora se encontraba halagada por una parte y sintiéndose un poco culpable por otra parte. Si él renunciaba a ese nuevo puesto por quedarse con ella y luego no salía todo como a ellos les gustaría, ella sería culpable de su fracaso y de su posible infelicidad.

–John, no puedo... no puedo pedirte que hagas eso por mi.

Elena no pudo evitar que la barbilla le temblara mientras hablaba y que las lágrimas aparecieran en sus ojos. Para que John no viese que estaba a punto de sollozar, bajó la cabeza, apartando la mirada del rostro de su pareja.

–Elena, no me has pedido nada y sé perfectamente que nunca lo harías –John levantó el rostro de Elena para mirarse nuevamente a los ojos–. Esta decisión la tengo que tomar yo, pero quiero tomarla contigo, porque nos afecta a los dos. Ahora, aparte de tú y yo, también somos un nosotros. No puedo tomar yo solo una decisión que pondrá patas arriba nuestro mundo juntos.

Elena no dijo nada porque no podía hablar. La emoción la embargaba y le creaba un nudo en la garganta que no le permitía decir palabra alguna. A modo de reacción, apoyó su cabeza en el pecho de John y le rodeó con los brazos, apretando con fuerza.

Estuvieron así unos minutos hasta que Elena se recuperó de sus emociones y se fueron a casa de la joven, donde les esperaban Mario e Isabel. La vivienda no estaba lejos, con lo que no tardaron mucho en llegar y, poco tiempo después de cruzar la puerta, ya estaban todos sentados en la mesa.

–Quisiera deciros algo relacionado con mi trabajo y que ya he compartido con Elena –empezó a decir John cuando ya habían empezado a comer–. Quiero compartirlo con vosotros porque, de una manera u otra, también os veréis afectados una vez tome la decisión. Desde la delegación de Madrid, que como sabéis es la que está supervisando la delegación local hasta que se consolide, han decidido que uno de los cuatro españoles que vinimos aquí sea el director de estas oficinas –a Isabel, la madre de Elena, se le iluminó el rostro con una sonrisa, mientras que Mario seguía expectante, sabiendo que la mala noticia vendría a continuación–, pero en cuanto me ofrecí voluntario para el cargo, me lo denegaron. Tienen la intención de nombrarme subdirector de la delegación de Madrid.

–Entiendo el dilema en el que te encuentras, John, y sé la razón por la que nos estás contando esto –dijo Mario mientras miraba a Elena, que alternaba su mirada entre su padre y su novio y del rostro de Isabel se había esfumado cualquier rastro de alegría–. También sé que no vas a tomar ninguna decisión sin haberla pensado mucho y sin haber valorado los pros y los contras. No seré yo quien te diga lo que tienes que hacer, pero si te pido una cosa: que seas plenamente consciente de todas las consecuencias que acarreará tu decisión, ya sea aceptar el cargo y volverte a España o rechazarlo y quedarte aquí.

–Soy consciente de que hay muchas consecuencias que tome la decisión que tome y, precisamente, es lo que dejaría atrás lo que hace que la balanza no se incline hacia ninguno de los lados. Es algo que tendré que meditar bien los próximos días. No me han dado un plazo para que responda, pero, por experiencias anteriores, tendré que decidirlo en unos pocos días.

El resto de la comida transcurrió en un ambiente más callado, sin tanta conversación y, sobre todo, sin tantas bromas y risas como solía ser habitual en esas reuniones.

Bogotá - 17 de mayo de 2018

–No, John, no puedo cambiar las decisiones tomadas así como así –el director de la delegación de Madrid se mostró enérgico a través de la pantalla–. Queremos que seas el subdirector de Madrid para que, dentro de un tiempo, pases a liderar la delegación.

John trataba de encontrar argumentos rápidamente en su cabeza, para intentar tomar el control de la situación y hacer ver a su todavía jefe que la mejor decisión era dejarle a él al cargo de la delegación colombiana.

–Pero, director, si el objetivo es que yo dirija Madrid en un futuro, ¿por qué no dejarme dirigir Colombia? Adquiriría una experiencia valiosa, conozco el proyecto desde sus inicios, conozco a todos los trabajadores, a nuestros socios locales y a un buen número de nuestros clientes, tanto locales como internacionales.

–John, lo que me estás pidiendo es que reúna de nuevo al consejo de administración de la empresa, les exponga tus argumentos y obligarles a cambiar una decisión que han tomado hace ya bastante tiempo. Además, John, tu vida está aquí.

–No, director, allí tengo un trabajo. Aquí tengo un proyecto de vida. Se lo pido ya como un favor personal. Trate de hablar con el consejo.

El director de Madrid se quedó unos segundos en silencio mientras desviaba su mirada de la pantalla y miraba por la ventana de su despacho. Sabía que la decisión no podría revocarse tan fácilmente, pero también sabía de la terquedad de John y que no dudaría en dejar la empresa si estaba decidido a quedarse en el país andino.

–Está bien, John. Plantearé tu propuesta en la reunión que tiene el consejo mañana al mediodía, pero no te prometo nada. Si ellos mantienen tu nombramiento, yo ya no podré hacer nada y todo dependerá de ti y de tu decisión.

–Gracias, director. Estaré impaciente por conocer la decisión.

John pensó que no era la mejor manera de comenzar la jornada laboral, pero que tampoco era la peor. Aún quedaba un rayo de esperanza para que el consejo tuviera a bien reconsiderar su decisión y reubicarle en la delegación colombiana. Todo lo que le había dicho a su jefe era cierto. Había estado involucrado en el proyecto desde el principio, teniendo que redactar numerosos documentos e informes para presentar antes las autoridades locales; había sido uno de los elegidos, casi antes que cualquier otro compañero, para viajar al país americano para la puesta en marcha de la delegación; se había encargado de conocer a todos los trabajadores y saber la experiencia previa de cada uno de ellos para después poder organizar los grupos de trabajo junto a sus compañeros españoles; conocía a los clientes y sabía tratar con ellos. No era que cualquier otro no estuviera capacitado para hacer el trabajo, pero él tenía ya mucho terreno avanzado y se notaría menos la marcha de sus compañeros.

John pensó en contarle a Elena la conversación mantenida con el jefe, pero luego pensó que mejor esperaba al día siguiente. Era mejor contarle las cosas con algo definitivo que no con

esperanzas que harían que la joven se descentrara. Y en esos momentos, lo que Elena necesitaba era centrarse en su carrera y en los exámenes que pronto tendría que aprobar para terminar la carrera.

Elena tenía numerosos exámenes por delante y dedicaba todo el día a estudiar. Por las mañanas seguía acudiendo a la universidad para recibir clases, pero en cuanto tenía un hueco se ponía a estudiar. Los encuentros con John se habían reducido casi al mínimo, salpicados por numerosas comidas o cenas en su casa en compañía de Mario e Isabel. Los cuatro gustaban de pasar tiempo juntos y a Elena no le importaba tener que compartir el tiempo que tenía para estar con su novio con su padre y su madre.

Algunos días, los menos, John se quedaba a dormir en su casa y aprovechaban la noche para generar recuerdos que, quizá, tendría que recuperar dentro de poco tiempo. Ninguno de los dos hablaba de la fecha de partida, pero los dos la sentían próxima, como si una enorme losa estuviera descendiendo sobre ellos ocultando la luz del sol con cada milímetro descendido.

No, John pensó que mejor no le decía nada a Elena hasta el día siguiente, cuando su jefe le informaría de la decisión del consejo.

Bogotá - 18 de mayo de 2018

John entró a su despacho y encendió el ordenador como de costumbre. Aquel día le pareció que tardaba más de lo habitual en arrancar y cuando por fin terminó de cargar todo y estar dispuesto para trabajar, le pareció que había pasado casi media mañana.

Se sentó en la silla y abrió el correo electrónico. No había ninguno de su jefe en Madrid y no supo cómo interpretarlo. Podía ser que el consejo hubiera aceptado y su jefe quisiera darle la buena noticia en persona. O también podía ser que todo siguiera como hasta ese momento, que él tuviera que volverse a España en dos semanas y que el jefe no quisiera darle la noticia por un canal tan frío como un correo.

De pronto, el sonido del programa de videoconferencias le sacó de sus pensamientos. No tardó ni un segundo en aceptar la llamada y en la pantalla apareció el rostro de su jefe, con gesto serio.

–Buenos días, director.

–Buenos días, John. Veo que estabas esperando mi llamada.

–Así es, director –la voz de John denotaba cierto nerviosismo, por mucho que él tratara de ocultarlo.

–Como bien sabes, John, el consejo se ha reunido esta mañana y, tal y como me pediste, les he trasladado tu propuesta. Había algunos miembros que estaban a favor de encargarte la dirección de la delegación colombiana, convencidos por tus argumentos, pero la mayoría no ha dado su brazo a torcer y siguen queriendo que seas nombrado subdirector de la delegación en Madrid. Quieren que seas mi segundo a partir del próximo mes.

Aquella noticia le cayó a John como un jarro de agua fría. En un momento vio esfumarse todas sus ilusiones y todas sus motivaciones. El jefe le estaba diciendo que la decisión de que se tenía que volver a España era definitiva y, además, ya le ponía una fecha para estar de vuelta en su país de origen: el próximo mes. Eso significaba que no le quedaban más que doce días junto a Elena, junto a la persona que más quería y la que le había hecho crecer, aprender numerosas cosas y, sobre todo, la persona junto a la que había encontrado el amor.

El día perdió su luz y la oscuridad se cernió sobre John. Aunque el cielo continuaba libre de

nubes, con un azul radiante y el sol esparciendo sus rayos invadiendo cada rincón de la ciudad y de su despacho, John sólo veía oscuridad. La negrura envolvió su presente y también su futuro. Ya no se trataba de aceptar o no el cargo, si no de si volver a España o quedarse allí.

–Una cosa más, John –la voz de su todavía jefe le devolvió a la realidad–, los del consejo quieren una respuesta cuanto antes. El lunes, a primera hora, en cuanto llegues a tu despacho tienes que transmitirnos tu decisión, porque tu viaje de vuelta está planeado para el día 31 de este mes.

–Gracias, director.

Fue lo único que acertó a decir John antes de despedirse y colgar la llamada. Aquel viernes, que había empezado con la esperanza de poder alargar su estancia y su relación con Elena hasta el infinito, acababa de dar un giro completo para ponerle en la dirección opuesta. Había llegado el momento de tomar la decisión y tenía dos días para ello.

¿Qué le diría a Elena? ¿Cómo afrontaría la joven ese momento tan crucial?

John estaba preocupado por lo que diría la joven, por lo que pensaría y por lo que ella querría que él hiciera. Elena le diría que aceptara el cargo, que regresara a España, anteponiendo su carrera profesional a la felicidad propia. Le diría que, una vez fuese nombrado director de la delegación de Madrid, él ya podría manejarse con más soltura y trasladarse de vuelta a Colombia. O que para ese momento, ella habría encontrado trabajo, habría podido ahorrar lo suficiente y que podría trasladarse a vivir a España, con él.

John tenía que encontrar la manera de decírselo a Elena.

Era viernes y, como todos los viernes, cenarían juntos. Aprovecharía la cena para decirle todo lo que había hablado con su jefe y después tomaría la decisión. Era obvio que escucharía todo lo que Elena le dijera, pero él también quería que Elena escuchara todo lo que él tenía que decirle.

Aquella sería, sin duda, una de las cenas más complicadas que tendría que afrontar, porque no estaba únicamente en juego su futuro laboral, si no que estaba en el aire su trabajo, su relación actual con Elena, el futuro de ella y su relación futura.

Aunque los dos sabían que él tenía algo que decir, John decidió esperar hasta terminar la cena para contarle a Elena todo lo sucedido. Cuando salieron del restaurante y comenzaron a caminar hacia la casa de la joven, John rodeó los hombros de ella con el brazo, intentando retener todas y cada una de las sensaciones que el estar con Elena le producía.

–Creo que ya va siendo hora de que me digas qué te ha dicho tu jefe, John –Elena tenía un tono de impaciencia y tensión, por mucho que tratara de disimularlo.

–Mi jefe me ha dicho que ha hablado con el consejo de administración de la empresa. Les ha trasladado los argumentos que yo mismo le expuse a él para quedarme aquí, pero no ha sido posible. Había algunos miembros a los que les convencía la idea de que asumiera yo el papel de director de esta delegación, pero la mayoría no ha aceptado y quieren que me incorpore a mi nuevo puesto, subdirector de la delegación de Madrid, el primer día del mes que viene.

John habló seguido, sin apenas pausa entre las frases. Creyó que era mejor soltar todo y después, tras asimilarlo todo, esperar a que Elena dijese algo.

La joven se mantuvo en silencio mientras su novio le contaba todo lo acontecido en la reunión con su jefe, le apuntaba los matices y le daba la mala noticia de que la empresa seguía adelante con su plan de que volviera a España en pocos días.

–Ya sabíamos que esto era lo más probable, por mucho que tuviéramos esperanzas de que hubiese algún cambio de última hora –dijo Elena hablando despacio–. Ahora queda lo más difícil

y, por suerte o por desgracia, es algo que tienes que decidir tú. Yo puedo darte mi opinión, si me la pides, pero en última instancia tendrás que ser tú quien decida.

–Elena, aquí hay en juego más cosas aparte de mi trabajo, cosas de las que tú formas parte. Por supuesto que quiero tu opinión.

–John, tenemos algo muy bonito, precioso, entre nosotros, pero tenemos que ser lo más objetivos posibles –Elena trataba de contener la emoción y no dejarse llevar por los impulsos que la empujaban a lanzarse en sus brazos y suplicarle que no se fuera–. Si te quedas aquí, no tendrás trabajo, tendrás que empezar de cero y no tendrás la seguridad o la estabilidad que tienes en España. Si vuelves a tu país, tendrás un puesto importante en la empresa, un futuro ascenso esperándote y la posibilidad de empezar de nuevo –Elena se quedó un momento en silencio. Necesitaba coger fuerzas para lo que iba a decir–. Al marcharte solamente me estarías dejando a mi atrás. Nada más.

–No digas eso, Elena. Si me voy, estaré dejando atrás lo más importante que tengo, lo mejor que me ha pasado nunca. ¿De verdad me estás diciendo que crees que lo mejor sería que aceptara el puesto en Madrid?

–John, tu también sabes que es lo mejor. Allí tendrás las oportunidades que aquí no sabes si tendrás. ¿Arriesgarás todo por algo que no sabes si sucederá?

–Y, ¿qué pasa con nosotros, con nuestra relación?

–No me lo pongas más difícil, John. Sabes que me importas mucho, muchísimo, y que eres lo mejor que me ha pasado nunca, que contigo he superado muchos miedos y situaciones complicadas. Pero ahora no se trata de mí, se trata de tu futuro.

–Pero yo quiero que mi futuro esté ligado al tuyo.

–En ocasiones no se trata de lo que queremos, John, si no de lo que nos conviene.

Los dos siguieron caminando a paso lento. Sabían a qué futuro se enfrentaban y parecían no querer afrontarlo.

Cuando llegó a su casa, Elena se fue directamente a su habitación, se tumbó en la cama y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas y empaparan el cojín con el que estaba tapándose la boca para amortiguar sus sollozos.

No sabía si había hecho bien al recomendar a John que aceptase el puesto de trabajo que le ofrecían, pero lo que si sabía era que ella no podría cargar con la culpa si él hubiese decidido quedarse por sus palabras. Ella no le había pedido en ningún momento que se quedara. Por supuesto que estaba deseando que le hubiesen concedido la dirección de la delegación de Colombia, lo que supondría ver algo de luz en el futuro de su relación, pero tampoco podía obligarle a renunciar a su carrera profesional por ella. No se daba esa importancia a sí misma, ni se consideraba imprescindible en la vida de nadie. John tendría que decidir, por sí mismo, su futuro.

Elena se preguntaba cómo cambiaría su vida en caso de que John decidiera volverse a España. Desde que el joven llegara en enero, aunque le parecía que llevaba bastantes más tiempo en el país, habían sucedido muchas cosas. Ella se había centrado en terminar la carrera ese mismo año y había dejado los dos trabajos que tenía, la tienda y el estudio, para ello. Se estaba volcando en sus estudios y había dejado de lado el ingresar dinero en casa para ayudar a sus padres. Era cierto que ninguno de los dos le pedía nada y que se puso a trabajar por iniciativa propia, pero ahora pensaba si no habría sido algo egoísta al dejar sus trabajos. También era verdad que nadie la había obligado a dejarlos, mas sentía algo próximo al arrepentimiento. O quizá se trata únicamente de una reacción a la posible decisión de John de marcharse y la consecuencia de

quedarse sola.

¿Qué haría ella si John se iba? ¿Cómo afectaría la marcha del joven a su relación? ¿Había posibilidades reales de que John rechazase el nombramiento y se quedara a vivir con ella en Colombia?

John llegó a su hotel pensativo. Pensaba que Elena le diría que se quedara, pero ella había tratado, en todo momento, de ser objetiva y ver las cosas como eran. Era cierto que si regresaba a España, su futuro laboral estaba más que asegurado con la subdirección de la delegación de Madrid y con el futuro cargo de director, pero el seguía teniendo en la cabeza todo lo que dejaría atrás. Aquello le martilleaba la cabeza con una constancia mecánica, a cada momento, a cada pensamiento.

No se imaginaba un futuro sin Elena, como tampoco se imaginaba un futuro sin trabajar en aquella empresa. La compañía le había dado una oportunidad laboral inmensa cuando entró a trabajar para ellos y siempre se habían portado muy bien con él, reconociendo su valía y con buenas remuneraciones.

John dejó que el agua caliente de la ducha empapase todo su cuerpo. Dejó que el calor y el vapor llenaran todo el baño hasta parecer que estaba en una sauna. Su mente era un continuo trasiego de pensamientos, argumentos, pros y contras de cada posible decisión, se adelantaba a lo que podría pasar si decidía quedarse o si decidía marcharse. ¿Qué pasaría con Elena si él se marchaba? ¿Cómo afectaría su marcha a la relación con Elena? ¿Podrían seguir manteniendo una relación a distancia hasta que llegase la posibilidad de volver a reunirse?

Muchas preguntas y pocas respuestas.

John lanzó un pequeño grito de desesperación y cerró el grifo. Cogió la toalla y comenzó a secarse la cabeza. Decidió ponerse el pijama y tumbarse en la cama para, si era posible, descansar un poco.

El lunes pondría fin a toda la incertidumbre y pondría la primera piedra de su nuevo futuro.

Bogotá - 21 de mayo de 2018

Lunes.

Había llegado el día.

John entró en las oficinas de la empresa y, tras saludar a los integrantes de su equipo, se dirigió a su despacho, donde encendió el ordenador. Mientras arrancaba, se sentó en la silla y se giró para ver la ciudad. A esas horas, cuando el sol aún no había subido mucho en el cielo, la ciudad tenía un color indescriptible e hipnótico. Los edificios, a medio iluminar y los parques, despertando poco a poco de otra noche tropical, parecían los dedos de gigantes. Las luces de todos los lugares se iban apagando, como dejando el camino libre a los potentes rayos solares que pronto subirían la temperatura hasta registros más que agradables.

El joven estuvo unos minutos mirando por la ventana, sin prestar atención al ordenador, que ya estaba listo para poder ser utilizado.

Lo primero que tenía que hacer John ese día era llamar a su jefe de Madrid para comunicarle la decisión que había tomado. Para el joven había sido un fin de semana demasiado largo. Desde que el viernes volviera al hotel después de cenar con Elena, no había vuelto a salir. Se había encerrado en su habitación, había pedido las comidas al servicio de habitaciones y estuvo haciendo una lista tras otra, todas ellas con pros y contras.

Fueron las cuarenta y ocho horas más largas de su vida y, en ese momento, delante del

ordenador, le pareció que hacía poco que se había levantado de ese mismo sitio el viernes por la tarde.

John abrió el programa de videollamadas y marcó el número de su jefe. Los sonidos eran los mismos que cuando se hacía una llamada de teléfono normal y no tuvo que esperar mucho hasta que su jefe aceptara la llamada.

–Buenos días, John.

–Buenos días, director.

–¿Cómo va todo, John?

–Director, no alarguemos esto como si no supiéramos para lo que he llamado –John trataba de hablar calmadamente, pero tanto sus gestos como su voz denotaban cierta agresividad y cierto enfado–. Me pidió que tomara una decisión y lo he hecho. Desde que entré en la empresa me he sentido arropado por todas y cada una de las personas con las que he trabajado, me han dado oportunidades de ascender y de tomar responsabilidades en proyectos importantes. Estoy muy agradecido por todo lo que la empresa ha hecho por mí durante todos estos años y creo que he tomado la decisión acertada.

El rostro del director de la delegación de Madrid se destensó nada más escuchar aquellas palabras. Aunque John aún no había dicho que aceptaba el cargo de subdirector y que volvía a España, sus palabras dejaban muy a las claras cuál era su intención. Aún así, con la felicidad embargándole y con una sonrisa pugnando por dibujarse en su cara, el director no dijo nada y espero a que John siguiera hablando y le comunicara su decisión.

–He meditado mucho durante este fin de semana –continuó diciendo John– y he tomado la decisión. Quiero que me preparen todos los papeles necesarios para causar baja en la empresa con fecha del último día de este mes. Mi decisión es quedarme en este país y si la empresa no está por la labor de mantenerme aquí, dejo la empresa.

La cara del director cambió radicalmente. De estar relajada pasó a tensarse en menos de un segundo, las mandíbulas apretadas y un enfado perceptible tanto en la mirada como en la vena de su cuello.

–¿Cómo que dejas la empresa!

El grito del director tuvieron que oírlo en toda la delegación de Madrid. Incluso John, que estaba al otro lado de la pantalla se asombró de la potencia del grito. No pensaba que su decisión pudiera desatar tal enfado en su superior. Numerosas personas habían sido despedidas o se habían marchado de la empresa en todos aquellos años y nunca había visto a nadie ponerse como se acababa de poner su todavía jefe.

–¡No puedes dejar la empresa! Eso no era lo que habíamos acordado –continuó diciendo el director de Madrid–. Creía que tendrías alguna exigencia en cuanto a salario o días libres, pero no me esperaba esto. Es casi una traición.

–Yo no he traicionado a nadie, director, y he tomado esta decisión, precisamente, para no traicionarme a mí mismo. Yo no le prometí que aceptaría el cargo, le dije bien claro que tenía que pensármelo. Si usted pensó que por pensarlo iba a aceptar, lo siento mucho, pero se ha equivocado.

–John, ¡por dios! Trata de entrar en razón y ver que estás tomando una decisión equivocada. Tu carrera profesional se verá truncada; no tendrás muchas más oportunidades como esta. Ninguna.

–Director, oportunidades en la vida laboral hay muchas, pero no tantas en la vida personal. Para mí es más importante mi estabilidad personal que un ascenso que me obliga a renunciar a



cosas y, sobre todo, a personas.

–John...

–No trate de convencerme, director –le interrumpió John–. He tomado la decisión y es una decisión firme. El último día de este mes será mi último día en la empresa. Hable con recursos humanos para que me envíen todos los papeles que tengo que firmar.

–De acuerdo, John –dijo el director mostrando todo su enfado–, pero luego no vengas pidiendo ayuda. Si cierras esta puerta no te aseguro que en el futuro se vuelva a abrir.

–Gracias por su franqueza, director. Ahora, si me lo permite, me pondré a trabajar e informaré al resto de compañeros de mi renuncia, que se hará efectiva en diez días.

John no tuvo que colgar porque ya la hizo su jefe. Se quedó mirando un rato la pantalla, dejando que los nervios escaparan de su cuerpo y dándose cuenta de que se había quitado un enorme peso de encima. En ese momento y gracias a esa sensación, estuvo seguro de que había tomado la decisión correcta.

Ahora quedaba comunicarle su decisión a Elena, quien no sabía nada de lo que acababa de suceder en su despacho. Tendría que esperar hasta el mediodía para poder hablar con ella, porque la joven mantenía el teléfono apagado durante las clases. De repente, a John se le ocurrió una idea. Iría a esperar a Elena a la salida de la universidad y le diría, en persona, que su decisión era quedarse en Colombia. Con ella.

Elena salió de la universidad con algo más de prisa que otros días. Se acercaba el final del mes de mayo y, con ello, el comienzo de los exámenes. La joven siempre creía que podría preparar los exámenes mejor de lo que lo hacía y quería aprovechar todo el tiempo posible para estudiar. Con todo el agobio relacionado con el futuro de John, no había podido estudiar todo lo que a ella le hubiera gustado, con lo que esperaba poder aprovechar cada minuto de la semana que acababa de empezar.

Cuando se dirigía hacia la parada del autobús vio una figura que se le hizo conocida, muy conocida, pero entre la intensidad de la luz del sol y que la figura, en aquel momento, le daba la espalda, no supo de quien se trataba. Al dar un paso más y aunque la persona seguía dándole la espalda supo de quién se trataba. No podría confundir aquella silueta, en ningún lugar. La pregunta que le vino a la cabeza fue sobre qué hacía John allí a esas horas.

Elena se dirigió hacia donde estaba John y, cuando estaba a punto de llegar, él se giró para quedar los dos frente a frente. Aunque el joven sonreía, Elena sabía que algo pasaba. Su sonrisa no era la de siempre y, sumando el hecho de que era algo completamente extraordinario que él estuviera allí un lunes a esas horas, le hizo sospechar que John tendría que decirle algo relativo al trabajo.

En ese momento Elena se acordó de que John había tenido una reunión con su jefe de Madrid esa misma mañana. ¿Vendría a comunicarle la decisión que había tomado? Ella no sabía nada en absoluto, John la había mantenido al margen de aquella decisión y ella, respetuosa siempre con la manera de proceder de los demás, no quiso entrometerse ni inclinar la balanza hacia ningún lado.

La sonrisa de John seguía llamándole poderosamente la atención. Si sonreía era porque tenía buenas noticias, pero al no sonreír con la misma convicción y naturalidad de siempre, Elena pensó que estaba fingiendo y que las noticias no serían tan buenas. Si las noticias no eran buenas al ir a hablar con ella, eso únicamente podía significar una cosa. John había decidido aceptar el cargo de subdirector en Madrid y se tendría que ir de Colombia en poco más de una semana.

Cuando se dieron un beso, Elena tenía el cuerpo tenso y John se dio cuenta. Él sabía que no era habitual verle a esas horas allí y supuso que eso era lo que hacía que Elena estuviese así.

–¡Qué sorpresa verte aquí, John!

–He salido antes del trabajo para comer algo y he querido venir para verte.

Elena seguía sospechando que había otro motivo, algo más importante que John no le decía, pero esperó a que fuese el joven quien sacara el tema.

–También he venido porque he tenido una reunión con mi jefe y he tenido que comunicarle mi decisión –dijo John todo seguido sin apenas respirar–. He pensado que la primera persona que tendría que enterarse de lo que será mi futuro, eres tú.

Elena se mantenía en silencio. Quería decirle tantas cosas a John que no sabía por dónde empezar. Era evidente que él había decidido marcharse, de lo contrario no estaría, en ese momento, delante de la universidad, sino que estaría trabajando.

–Verás, Elena –John siguió hablando ante el silencio y la mirada fija de su novia–, ha sido una decisión muy difícil de tomar y me he pasado todo el fin de semana pensando. Casi no he dormido y he estado completamente centrado analizando todas las consecuencias de las dos opciones que tenía. Finalmente y tras muchos dolores de cabeza, hoy lo he tenido todo claro cuando me he sentado en mi despacho y he empezado a hablar con mi jefe. Lo he sentido en mi cabeza y en todo mi cuerpo; había algo que me decía que estaba haciendo lo correcto y que, pase lo que pase en el futuro, es algo que no se volverá en mi contra.

–John, estás haciendo que me ponga muy nerviosa. Estoy a punto de clavarte las uñas en el brazo de la tensión que tengo ahora mismo.

John cogió aire, se puso delante de Elena, le agarró las manos y clavó sus ojos en los de ella.

–He rechazado el ascenso y le he comunicado a mi jefe que dejaré la empresa el último día de este mes –dijo John de un tirón utilizando todo el aire que tenía en los pulmones.

A Elena le pareció que el tiempo corría mucho más despacio y que todo a su alrededor prácticamente se había detenido. Las palabras de John aún resonaban en su cabeza y los ojos del joven seguían fijos en los suyos. Por su cabeza estaban pasando muchas cosas y las preguntas se agolpaban en unos labios que no conseguían pronunciar ninguna palabra. Se preguntaba por qué habría hecho John algo así, por qué habría desechado una grandísima oportunidad para mejorar en su carrera profesional y qué haría una vez terminara de trabajar, apenas dentro de diez días.

–¿Cómo...? ¿Qué...? –Elena balbuceaba sin poder salir de su asombro–. ¿Por qué has hecho eso?

–Verás, Elena, estuve pensando durante todo el fin de semana y cuando hoy, por fin, me he sentado de nuevo frente al escritorio y he pensado que podría estar viviendo mis últimos días aquí, en esta ciudad, pero sobre todo contigo, he tenido claro que no quería perder nada de eso. No me ha importado el trabajo ni lo poco que pueda tener en España. Aquí es donde tengo todo lo que quiero y aquí es donde quiero estar. Lo que más deseo y lo que no quiero perder por nada del mundo está aquí, aquí y ahora, delante de mí.

Aunque a Elena aquellas palabras le hacían soñar despierta, su parte racional seguía tratando de asimilar lo que John había hecho. Estaba renunciando a su carrera laboral, cuando se veía que podría llegar a ocupar cargos importantes dentro de la empresa, por quedarse junto a ella, apostando por la relación y con intenciones, aunque él no lo hubiese dicho aún, de empezar una nueva carrera profesionales allí, en Colombia.

Aquello significaba que John estaba decidido a apostar fuerte, con todo, por su relación, no dejando que nada se interpusiese entre ellos, lo que produjo una sensación de vértigo en la joven.

Elena se sintió de pronto en el filo de un acantilado, temiendo dar el siguiente paso por si caía en aquel abismo que no sabía a dónde la llevaría. Siempre había sido consciente de que estaba en una relación seria y adulta con John, pero la decisión que había tomado el joven la ponía de frente a aquella realidad.

En el silencio entre los dos empezaba a notarse la tensión y la mente de Elena trabajaba a toda velocidad para tratar de asimilar las palabras del joven y dar la réplica a John.

–Me has dejado impresionada, John –mientras hablaba Elena trataba de ganar tiempo para ordenar sus pensamientos–. Sabía que hoy tenías la reunión con tu jefe y que tendrías que tomar un decisión, pero no me esperaba verte aquí a estas horas. Las palabras que has dicho son preciosas y me halagan mucho, muchísimo, pero no querría enterarme, pasado el tiempo, que tomaste esta decisión pensando en mí en vez de tomarla pensando en ti.

–Y es precisamente lo que he hecho. Incluso me parece que he sido un poco egoísta por pensar únicamente en mí a la hora de tomar esta decisión. No te he consultado en ningún momento porque me dijiste que era una decisión que tenía que tomar yo, pero estabas todo el tiempo en mi cabeza porque eres lo más importante para mí. Trabajos hay muchos, lo mismo que oportunidades, pero personas como tu no hay. Sé de sobra que es una gran decisión la que he tenido que tomar y que, hiciese lo que hiciese, habría unas consecuencias que tendría que afrontar, por eso he decidido hacerle caso al corazón a la hora de tomar la decisión y dejar que sea la cabeza la que tome las riendas de las consecuencias.

Elena supo que no debía insistir en proyectar su inseguridad momentánea en la decisión tomada por John. En el fondo se alegraba inmensamente de que él fuese a permanecer en el país y que los dos pudiesen caminar de la mano durante mucho más tiempo. La joven rodeó con sus brazos a John y hundió su cara en el pecho del joven. Ambos se quedaron un tiempo quietos, disfrutando del contacto y Elena escuchando los latidos del corazón del joven.

Pasados unos minutos deshicieron el abrazo y caminaron juntos hasta la parada del autobús para que Elena volviese a casa a estudiar. John tenía que volver al trabajo para dejar todo el proyecto bien definido y con toda la información clara para quien fuese su sucesor en la empresa. Sin duda sus compañeros le harían muchas preguntas y John pensaba que mejor sería pasar por aquel interrogatorio cuanto antes.

Bogotá - 25 de mayo de 2018

La semana había pasado más rápida de lo que él había imaginado el lunes cuando llegó a su despacho tras haber ido a esperar a Elena a la salida de la universidad. Él se había imaginado una semana de mucho trabajo, de mucho papeleo y de muchas preguntas por parte de sus compañeros. Él no les había dicho nada de que le quedaba tanto tiempo en la empresa como días del mes, pero estaba seguro que su jefe ya habría difundido la noticia de que no volvería con ellos a España. No sabía decir por qué, pero sus compañeros se limitaron a un par de preguntas y a desearle lo mejor para esa nueva vida que empezaría dentro de pocos días.

Cuando John acababa su trabajo cada uno de los días de esa semana, se quedaba un rato más mirando por la ventana de su despacho, mirando una ciudad en la que iba a vivir durante no sabía cuánto tiempo. Pensaba en qué haría el primer día que no tuviera que ir al trabajo, que pudiera quedarse durmiendo hasta algo más tarde y no tener que atenerse a los horarios de la empresa.

También empezó a pensar en su lugar de residencia. Mientras fuera empleado de la empresa tendría alojamiento gratuito en el hotel, ya que era la compañía la que corría con los gastos, pero una vez estuviese desempleado, tendría que elegir si seguir viviendo en el hotel, con el desembolso que ello conllevaba, o mudarse a un piso pequeño y acogedor, a poder ser cerca de donde vivía Elena.

John estaba mirando por la ventana de su despacho, al mediodía, cuando su ordenador empezó a emitir el sonido de una videollamada entrante. Se giró intrigado y vio que era de su aún jefe en Madrid. Supuso que le diría las cosas que tendría que dejar preparadas para la semana siguiente y que le informaría del estado de sus papeles para hacer efectiva su salida de la empresa dentro de una semana.

–Buenas tardes, director, veo que trabaja hasta tarde hoy viernes.

–Buenas tardes, John. Si, la verdad es que se me ha hecho tarde, pero tengo algo que decirte y no podía esperar hasta el lunes.

La intriga de John creció exponencialmente con cada una de las palabras que decía su jefe. No era normal que le llamara un viernes a esas horas y mucho menos que estuviese aún trabajando. Los viernes siempre aprovechaban para salir del trabajo a las dos de la tarde y con el cambio horario, en Madrid tenían que ser más de las seis.

–Hoy se ha reunido de nuevo el consejo de administración de la empresa y tu nombre ha vuelto a salir a la palestra –aquello era lo que John menos se esperaba que le pudiera decir–. Quieren que te hagas cargo de la delegación de Colombia.

Las últimas palabras del director desaparecieron en el aire y el silencio se apoderó del despacho. John no se movía y le dio la sensación de que el tiempo se detenía. Justo después de haber tenido que tomar una de las decisiones más importantes de su vida y de haberse hecho a la idea de cuánto cambiaría su vida a partir de entonces, venía de nuevo su todavía jefe a decirle que su nombre volvía a estar en boca de los dueños de la compañía. Y para hacerse cargo de una delegación recién creada, nada menos.

–Si lo he entendido bien –dijo John pausadamente–, lo que quieren es que me haga cargo de la dirección de esta delegación. ¿Es así?

–Si, quieren que te encargues de la delegación, aunque no con el cargo de director. En un principio la delegación seguiría bajo el paraguas de esta, la de Madrid, y con el tiempo se vería hacia dónde enfocar el futuro de tu oficina.

–Supongo que el permanecer aquí y dirigir la delegación, aunque sin el cargo de director, tendrá también alguna compensación.

–Tendrías todas las ventajas que hubieses tenido en caso de haber aceptado el cargo de subdirector de la delegación de Madrid y únicamente responderías ante mí. Serías el encargado de gestionar la delegación colombiana y hacer los estudios pertinentes para ver la evolución de la misma y la viabilidad de nuevas delegaciones o nuevos clientes.

–Acepto.

–Veo que no te lo has tenido que pensar mucho esta vez.

–Verá, director, hace una semana me puso usted entre la espada y la pared. Me hizo elegir entre dos cosas y aprendí cuáles eran mis prioridades. En esta ocasión me están dando la opción de quedarme junto a lo que más me importa y, además, conservar un empleo que me gusta y que me satisface. No había motivo alguno para dudar esta vez.

–Bien, John. Siendo así, la semana que viene te enviarán los papeles en los que se detalla tu nuevo puesto, tu salario y complementos, tus días de vacaciones y demás obligaciones y derechos.

Fírmalos y los envías de vuelta a recursos humanos para que lo tramiten cuanto antes. Este cambio será efectivo a partir del día 1 de junio.

La conversación entre los dos se desvió hacia otros temas de trabajo y, transcurridos varios minutos, se emplazaron para una reunión el próximo martes para debatir, junto con los otros tres compañeros españoles, la situación de la delegación y cómo harían el cambio de personas en sus respectivos puestos.

Al finalizar la llamada, John agarró el teléfono y llamó a Elena. Le dijo que tenía algo que contarle y que si le parecía bien que pasara a buscarla por su casa para ir a cenar los dos. Elena aceptó encantada e intrigada al mismo tiempo por lo que John tuviera que contarle. Tras la noticia de que dejaba la empresa, no sabía qué era aquello tan importante que tenía que contarle, pero le vendría bien salir de casa y levantar la cabeza de los libros por unas horas. Después de toda la semana estudiando, tanto en la universidad como en casa, necesitaba despejarse un rato.

Sentados frente a frente en el restaurante, Elena no paraba de fijarse que John tenía dibujada una sonrisa permanente. Sin duda la noticia que tenía que darle era buena, lo que la tranquilizaba en grado sumo. No quería verse sorprendida por malas noticias y menos cuando estaba a punto de entrar en período de exámenes y necesitaba estar completamente centrada en sus estudios. No es que John y sus noticias fuesen una distracción, pero si las noticias eran malas, sin duda pasaría tiempo analizándolas y dándoles vueltas, con lo que siempre era mejor recibir buenas noticias.

–Hoy he recibido una llamada del director de Madrid. Quería trasladarme la opinión del consejo de administración y hacerme una oferta.

Elena sintió que la tensión se apoderaba de su cuerpo y la idea de que John se fuese definitivamente a España cruzó su mente dejando un rastro importante. Pero si era eso, pensó la joven, no podía ser que John tuviese aquella sonrisa en su rostro. Tendría que ser otra cosa, mas la joven no se imaginaba la oferta que le habría hecho la empresa apenas una semana después de haberles comunicado su intención de quedarse en Colombia.

–Quieren que me ponga al frente de esta delegación, aunque seguiría estando bajo el control del director de Madrid.

–¿Le has dado ya la respuesta?

Elena enfatizó la palabra la como si únicamente existiese una respuesta correcta. Y es que aquello cambiaba por completo las cosas. Si John había aceptado, se quedaría en el país, con ella, tal y como él había decidido, pero además tendría garantizado el futuro laboral. Por lo menos durante un tiempo.

–Por supuesto que le he dado una respuesta, pero no sin antes saber cuáles serían las nuevas condiciones de mi puesto.

–¿Qué condiciones serían esas?

A Elena le estaba desesperando que John retrasase tanto el anuncio de su respuesta, pero a esas alturas no tenía ninguna duda de que había aceptado el cargo. Por eso le había preguntado por las condiciones.

–Tendré todos los beneficios que hubiese tenido en caso de haber sido subdirector de la delegación de Madrid: aunque no tendré el cargo de director, tendré un aumento de categoría profesional y de sueldo, más días de vacaciones y días libres, libertad para dirigir la delegación como yo crea conveniente, poder de decisión en cuanto a clientes y posibles ampliaciones futuras, etc. La verdad es que son unas buenas condiciones, por eso mismo he aceptado sin dudar.

–¡Eso es fantástico!

Elena se había dejado llevar por la emoción y había gritado un poco, lo que hizo que varios comensales que se encontraban también cenando se giraran para observarles. La joven se levantó y abrazó a John, a quien apenas le dio tiempo a ponerse de pie antes de recibir a su novia entre los brazos. La gente del restaurante se puso a aplaudir de pronto ante la sorpresa de Elena y John.

–Creo que piensan que me he declarado y has dicho que sí –bromeó John al oído de Elena.

Los dos rieron y volvieron a ocupar sus asientos mientras los aplausos disminuían y todos volvían a centrarse en sus mesas y en sus conversaciones.

–¿Cuándo se hace efectivo todo este cambio?

–Según me ha dicho el director –ahora John hablaba con más tranquilidad al ver también una amplia sonrisa en el rostro de Elena–, el próximo mes ya estará reflejado todo en mi nuevo contrato y estará todo actualizado en la jerarquía de la empresa. El próximo martes tendremos una reunión para informar de todo al equipo que forma mi delegación –era la primera vez que John hacía referencia de ese modo a la oficina y, aunque le gustaba, le sonaba bastante raro– y a los compañeros que vinieron conmigo de España y que se marchan el próximo viernes.

–Está siendo todo bastante rápido –comentó Elena.

–Rapidísimo. Con lo tranquilo que he estado esta semana, por mucho que tuviese que dejar todo bien preparado y ordenado, no me quiero imaginar la cantidad de trabajo que me espera la semana que viene para hacerme cargo de todo.

–Estoy segura de que lo vas a conseguir y que lo que sientes ahora es un poco de vértigo por verte al borde de una nueva situación, pero si han decidido darte esta oportunidad es porque te la mereces y saben que serás capaz de manejar toda la delegación.

–Yo también intento pensar eso para quedarme un poco más tranquilo, pero a la vez me genera un poco de presión por estar a la altura de la responsabilidad que depositan sobre mis hombros.

–No creo que tengas que hacer mucho más de lo que llevas haciendo desde que llegasteis hace tres meses. Si acaso, tendrás que encargarte de algunas parcelas que hasta ahora se encontraban bajo el mando de tus compañeros españoles, pero ellos, por lo que me has ido contando, han formado a diferentes personas para ocupar todos los puestos de la oficina. Además, ¿la idea primera no era que los cuatro regresarais a España y que la delegación la coordinara uno de los recién contratados? Siendo así, seguro que están preparados para asumir sus responsabilidades y ayudarte en lo que haga falta.

John sabía que Elena estaba tratando de quitarle esa presión de encima, pero analizando sus palabras se dio cuenta de que era cierto todo lo que decía. En un principio, sus compañeros y él habían viajado hasta el país suramericano para tres meses y después se volverían. El proyecto contemplaba que uno de los contratados para la puesta en marcha de la delegación, el más experimentado en esos cargos, se hiciese cargo de las riendas, así que, si la empresa había decidido ahora que fuese él quien se quedase al mando, sería porque sabían que estaba capacitado para hacerlo.

Terminaron de cenar comentando detalles de lo que le esperaba a John a partir de la siguiente semana y cuando terminaron caminaron un poco, hasta el lugar donde Rafael estaba esperando para llevarles donde quisieran. Aunque ella tenía que estudiar, se dirigieron al hotel de John para celebrar aquella buena noticia.

Bogotá - 10 de junio de 2018

Elena afrontaba la semana decisiva en la universidad. Ese día, lunes, tenía el primero de los cuatro exámenes que, en cuestión de cinco días, pondrían a prueba sus nervios y sus conocimientos. Era la semana más importante del año para ella porque, si todo salía bien y aprobaba, terminaría la carrera y podría cerrar el capítulo de la universidad para abrir el del mercado laboral.

Desde que empezara el mes de junio apenas había visto a John uno de los fines de semana. Entre que ella estaba todo el día encerrada en casa estudiando para todos los exámenes y que él pasaba mucho tiempo en el trabajo cogiéndole la medida al nuevo cargo, apenas habían tenido tiempo para disfrutar de la compañía mutua.

La joven estaba de los nervios cuando entró por la puerta de la universidad y se dirigió hacia el aula donde tendría que hacer el examen. Tras no haber dormido mucho por la noche, aprovechó el trayecto en autobús para hacer el último repaso a lo que ella creía que llevaba peor y lanzó una súplica mentalmente para tener suerte.

Se sentó en el lugar que tenía asignado por su apellido y puso los bolígrafos de la mesa. No podía tener nada encima de la mesa excepto los bolígrafos y las hojas del examen. Mientras el profesor repartía los folios con las preguntas Elena siguió repasando mentalmente y tratando de tener fácil acceso a la mayor cantidad de datos posible.

Cuando tuvo las hojas de examen sobre la mesa y pudo ver las preguntas soltó un suspiro, a medias entre satisfacción y preocupación. Sabía la respuesta a la mayoría de las preguntas, pero había un par de ellas que no tenía nada claro cómo resolverlas. Una vez leídas todas no perdió más tiempo y empezó a contestar las preguntas que mejor se sabía y que tardaría menos tiempo en rellenar, dejando así más tiempo para aquellas en las que tenía dudas.

Tras casi hora y media para contestar la docena de preguntas que componían el examen, Elena salió del aula y se fue hacia la biblioteca de la universidad para seguir preparando los dos exámenes que tendría al día siguiente. Había quedado a comer con John, que se acercaría hasta la universidad y comerían en la cafetería, para despejarse un poco. Los dos lo necesitaban y John no perdería mucho tiempo porque le llevaría y le traería Rafael en su furgoneta.

John salió de la oficina y vio que Rafael estaba ya esperándole en la puerta. Saludo amablemente al conductor y ambos se subieron al vehículo, que se puso en marcha en dirección a

la universidad.

John llevaba un par de semanas de locos en el trabajo. Desde que aceptara quedarse a dirigir la sede en Bogotá todo habían sido reuniones: con el director de Madrid, con los compañeros españoles que a esas alturas ya se encontraban de vuelta en España, con los trabajadores que ahora se encontraban bajo su mando y un sinfín de personas más. Una reunión tras otra para atar todos los cabos y para que la delegación siguiera funcionando como hasta ese momento.

Recordaba la reunión entre el director de Madrid, los tres compañeros españoles y él mismo como si hubiese ocurrido hacía pocos minutos. Cuando el director dijo que John se quedaría en Colombia en tareas de dirección, sus tres compañeros se giraron para mirarle con curiosidad. La última noticia que recibieron fue que John abandonaba la empresa a finales de mes y que no regresaría con ellos a España, sino que se quedaría en Colombia, donde parecía haber encontrado alguien más importante que su trabajo.

Tras la videoconferencia, los cuatro se quedaron en el despacho de John, hablando distendidamente sobre aquel cambio de opinión. John les explicó que no fue él quien cambió de opinión, sino que la empresa cambió de parecer y decidió darle la dirección de la sede colombiana. Sin el cargo de director, claro.

Aquel día, después del trabajo, los cuatro compañeros se fueron a cenar y a tomar algo para celebrar que todos conseguían aquello que querían: John quedarse en Colombia y un ascenso y ellos regresar a España y volver a sus vidas. La velada transcurrió entre risas, buenos momentos y recuerdos sobre anteriores viajes que habían hecho, juntos o por separado.

Rafael soltó un exabrupto y eso hizo que John regresara de forma inmediata de sus recuerdos al presente. Un coche se había cruzado delante de la furgoneta y no habían chocado por escasos centímetros. Por unos minutos, John volvió a centrar su cabeza en el presente, viendo los coches pasar a su alrededor, mientras Rafael canturreaba las canciones que sonaban en la radio.

Los primeros días sin sus compañeros españoles se le hicieron algo raros. Acostumbrado como estaba a hablar con ellos a diario para tomar las decisiones sobre el día a día de la delegación, de pronto se vio solo, teniendo que asumir toda la responsabilidad y cogiéndoles la medida a los encargados de cada zona. Por suerte, durante los meses previos, había hecho muy buenas migas con todos los nuevos trabajadores contratados para ese proyecto y aquello hizo que fuese algo más fácil aquella transición.

Rafael le palmeó el hombro cuando estaban llegando a la universidad para sacarle de aquella especie de trance en el que el joven había hecho la mayor parte del trayecto. Ya conocía algunos aspectos de John y sabía que era un joven dado a concentrarse mucho en sus pensamientos, con lo que no le sorprendió que no le diera conversación durante el recorrido desde la oficina hasta la universidad.

Cuando Rafael supo que John dejaría la empresa sintió un poco de tristeza. Le caía bien aquel español que, aún siendo joven, tenía el sentido del respeto y de la educación propios de alguien más mayor. John desde el principio se interesó por saber más sobre él y Rafael acabó cogiendo cariño al joven, que además había empezado una relación con una joven muy guapa. Al enterarse de la noticia, el conductor repasó todos los momentos en los que había llevado a John, ya fuese por trabajo o por ocio, de un lado a otro de la ciudad y supo que echaría de menos aquellos desplazamientos. Afortunadamente, pocos días después, supo, por boca de otros trabajadores de la oficina, que John se quedaría en la empresa y asumiría mayores responsabilidades. Rafael sonrió ampliamente al conocer aquella nueva y se sintió satisfecho de poder seguir trabajando con aquel joven.



Cuando llegaron a las inmediaciones del campus, Rafael se despidió de John en la entrada de la universidad y le dijo que le avisara cuando tuviera que volver a recogerle.

Hacía muchos años que John no entraba en una universidad y cuando cruzó las puertas de la facultad de Elena para dirigirse a la cafetería, aprovechó cada paso para volver a sus años de carrera. El ambiente, cargado de tensión por los exámenes, los alumnos yendo y viniendo en un constante paseo de unas aulas a otras, profesores con sus carteras entrando en las clases, alumnos histéricos porque no se acordaban de lo estudiado los días anteriores y un continuo murmullo llenaban los diferentes pasillos.

Abriéndose paso por entre aquella aglomeración de gente, nervios, tensión y caféina, John llegó hasta la cafetería, pero encontrar a Elena no fue tan sencillo como él había supuesto. Las mesas estaban abarrotadas de estudiantes y profesores. Unos con los libros encima de la mesa para estudiar mientras comían y otros con sus portátiles abiertos corrigiendo exámenes o preparando los de los próximos días.

John agarró el teléfono y pensó que acabaría antes llamando a Elena que pasando por todos los pasillos hasta encontrarla. El teléfono tardó en dar señal, pero finalmente los tonos le indicaron que el teléfono de Elena debía de estar sonando. Mientras los tonos continuaban, John se giraba hacia todos los lados para ver si, por casualidad, veía a su pareja. Finalmente, Elena respondió a la llamada y le dio un par de instrucciones para llegar hasta ella. Había encontrado un sitio tranquilo, si es que podía utilizarse tal adjetivo en un lugar como aquel, en un recoveco al final del mostrador donde servían la comida.

–Se me había olvidado lo que era la universidad en plena época de exámenes –dijo John sonriendo después de haber saludado y besado a Elena.

–La semana pasada no estaba tan llena, pero hoy estamos ya todos con exámenes y esto es un auténtico caos. Como normalmente suelo comer en casa, me suelo librar de este gentío.

Elena, aprovechando que había llegado antes, había cogido comida para los dos. Se trataba de un par de menús compuestos de un primer plato de legumbres y un segundo plato con algo de carne, lo mejor para reponer energías y volver a los estudios por la tarde.

–¿Cómo te ha ido el primer examen?

–Creo que bien –dijo Elena con un tono de satisfacción tras haber bebido un sorbo de agua–. La mayoría de las respuestas me las sabía y las que no tenía tan controladas, creo que las he resuelto bastante bien. No voy a sacar un diez, pero espero sacar buena nota.

–Ya ha salido la Elena que todo lo quiere hacer perfecto –dijo John.

Los dos rieron ante el comentario de él y siguieron comiendo entre risas. Ella le desarrolló un poco el contenido del examen y cuáles habían sido las preguntas que mejor había respondido. Él le contó cómo había ido la mañana y que todos los trabajadores parecían haber encajado con interés y aprobación su nombramiento.

Cuando estaban a punto de empezar a comer el postre, algo hizo que Elena torciera el gesto. John estaba de espaldas a la multitud, por lo que no sabía a que se debía aquella reacción de la joven. No podía ser por algo raro en la comida porque lo hubiese notado antes, así que se giró y, nada más darse la vuelta, él también torció el gesto mientras recuperaba su postura frente a Elena.

–¿Que hace ella aquí?

–Tranquila, Elena, estudia en la universidad y es normal que venga a la cafetería –John, aunque también estaba sorprendido y contrariado, trataba de utilizar un tono sosegado para calmar a Elena, que estaba visiblemente crispada–. Quizá pase de largo. Al fin y al cabo no tiene nada que decirnos.

Elena apretó con rabia la cucharilla, hasta tal punto que los nudillos se le pusieron blancos. Antes incluso de poder responder algo a John, la persona que se acercaba a ellos se plantó junto a la mesa con una sonrisa sarcástica en los labios.

–Vaya, vaya, pero si son los tortolitos –dijo Verónica–. ¿O debería decir los tontolitos?

Elena hizo amago de contestar, pero fue John quien habló primero.

–Hola, Verónica. ¿Qué te trae por aquí?

–Estamos en una cafetería, así que es bastante obvio a lo que vengo.

–Sabes que no me refiero a eso, sino a qué es lo que quieres de nosotros –a John le estaba costando mantener el gesto tranquilo mientras por dentro ardía en deseos de mandarla a paseo.

–Os he visto cuando he llegado al mostrador para pedir la comida y no me he podido resistir a acercarme y saludar. ¿Cómo os va todo? ¿Sigue siendo todo felicidad entre vosotros dos?

Elena estaba cada vez más furiosa por el tono que estaba utilizando Verónica y le faltaba poco para ponerse en pie y decirle cuatro cosas a aquella mala persona que únicamente quería hacer el mal a los demás.

–Sí, todo nos va genial, gracias por preguntar –contestó John con cierto retintín–. Si no te importa, nos gustaría terminar de comer a gusto antes de volver a nuestras obligaciones.

–Encima que me acerco a saludar, me hablas en ese tono –Verónica se sintió ofendida por las palabras de John.

–Mira, Verónica –dijo John levantándose rápido de la silla y quedándose a un paso de la chica–, te lo voy a decir solamente una vez y espero que lo entiendas. Elena y yo tenemos una relación y entre tu y yo nunca ocurrió nada y nunca ocurrirá. Guárdate tu orgullo herido, tu rencor y tu odio –el hecho de que John estuviese casi susurrando hacía que Verónica prestase más atención y que sintiera cierto temor– y déjanos en paz. Ella no quiere saber nada de ti y, sinceramente, yo ni me acordaba de ti hasta hacía un par de meses. Vuelve a tus cosas, tus estudios o lo que quiera que hagas y deja de entrometerte en la vida de los demás.

Verónica, que había tenido sus ojos fijos en los de John mientras este hablaba, siguió con la mirada al joven mientras volvía a sentarse. Sin decir palabra y sin despedirse, Verónica dio media vuelta y se fue por donde había venido.

Elena, envuelta en el manto del enfado, había escuchado todo lo que John le había dicho a Verónica y en su fuero interno supo que ya no volverían a saber nada más de ella. No podía explicar por qué lo sabía, pero al fijarse en sus ojos mientras John le dejaba las cosas claras, vio que su antigua amiga por fin comprendía que allí no tenía nada que hacer, que jamás tendría a John y que nunca podría inmiscuirse en su relación.

Los hombros de Elena se levantaron unos milímetros, nada perceptible a simple vista, pero para ella era mucho. Otro peso que se quitaba de encima. Su instinto le decía que Verónica intentaría algo más para abortar aquella relación y, aunque con el tiempo pensó que sólo eran imaginaciones suyas, siempre había tenido cierto grado de tensión. En ese momento, por fin, desaparecía no solo Verónica, sino también la tensión.

–Creo que no tendremos que preocuparnos más de ella –dijo Elena soltando la cuchara y recuperando la compostura.

–Eso espero –dijo John suspirando–. Quizá he sido algo duro con ella, pero pienso que era la única manera de que entendiera cuál es su lugar.

–Bueno, dejemos eso a un lado –parecía mentira que fuese Elena quien dijese eso cuando era ella, precisamente, la que más había tenido siempre en la mente el tema de Verónica– y aprovechemos el tiempo antes de que tengamos que volver al trabajo.

Al terminar de comer John le envió un mensaje a Rafael para que estuviese en el mismo lugar que le había dejado en quince minutos. Elena y él salieron de la universidad y caminaron lentamente hacia el aparcamiento. Hablaron sobre lo que harían a la tarde y sobre todo lo que tenían que hacer durante la semana. Como ella tenía exámenes hasta el viernes, estuvieron de acuerdo en que se verían de nuevo el viernes para cenar.

—¿Y si en vez de cenar el viernes comemos con tus padres el sábado?

A Elena le pareció una muy buena idea, porque desde que supieron que John se quedaría en el país y que conservaría su trabajo, Isabel y Mario no habían visto al joven. Sería una buena ocasión para hablar de todo aquello.

Bogotá - 15 de junio de 2018

Elena se desplomó sobre su cama. Por fin era viernes y por fin podía llegar a casa y relajarse. Tirarse en la cama y no hacer nada era algo que llevaba más de un mes esperando. Con todo el ajetreo de los exámenes, sumado a la incertidumbre de lo que sucedería tras las decisiones de John, no había podido tomarse ni un momento para ella, para estar tranquila y relajarse leyendo, viendo la televisión o, simplemente, poder dormir más los fines de semana.

Al tumbarse en la cama notó como si todo su peso fuese deslizándose poco a poco hacia abajo, traspasando su cuerpo y perdiéndose en el colchón. En ese momento se dio cuenta de todo el cansancio que había ido acumulando y arrastrando durante los últimos días.

Aquella semana había sido ya el punto álgido.

Cuatro exámenes con los que, en caso de aprobar, por fin terminaría la carrera.

Tal y como le contó a John el lunes, un día que en la mente de Elena quedaba tremendamente lejos en el tiempo, el primer examen le salió bastante bien y estaba satisfecha con lo que había hecho. En dos de los otros tres las sensaciones eran parecidas. En ambos hubo preguntas que no sabía a ciencia cierta toda la respuesta, pero lo compensaba con las otras preguntas que sí que se sabía.

Sin embargo, el último examen, el de ese mismo día, había sido otra cosa.

No era, ni mucho menos, la asignatura que peor se le daba, pero al haber sido el último examen, no había podido estudiar todo lo que a ella le hubiese gustado. Cuando tuvo delante el examen y pudo leer las preguntas, un escalofrío le recorrió las espaldas. Tendría que andar con cuidado e hilar muy fino en las respuestas para no perder demasiados puntos y poder asegurarse el aprobado.

Haciendo un gran esfuerzo consiguió apartar de su cabeza el pensamiento que le decía que si suspendía únicamente esa asignatura tendría que estar otras tres semanas estudiando para la recuperación. Suspiró un par de veces, se sujetó el pelo con una coleta para que no le molestara a la hora de escribir, agarró el bolígrafo y se puso a escribir con decisión.

No miró el reloj en ningún momento. Estaba concentrada en responder primero las preguntas que mejor se sabía y después fue a por el resto. Cuando hubo escrito todo lo que sabía no quiso ni repasar lo que había respondido. Puso su nombre en el examen, se levantó y lo entregó en la mesa del profesor. Al dejar los papeles sobre la mesa pensó en las palabras de César al cruzar el río Rubicón: la suerte está echada.

Ahora, en casa y tumbada sobre la cama, no quería pensar más en exámenes, en clases ni en la universidad. Todo lo que tenía que hacer estaba hecho y lo que tocaba hacer ahora era esperar. Esperar a que los profesores corrigieran los exámenes y a que publicaran las notas. Hasta ese

momento, era libre de ocupar su tiempo como quisiera. Y lo que en esos momentos le apetecía era descansar.

Se quitó las zapatillas sin desatar los cordones y sin quitarse ninguna otra prenda se acomodó sobre la cama. La siesta que iba a echarse iba a ser histórica.

Elena no tardó en quedarse dormida, con la ropa puesta y sin taparse. Cuando abrió los ojos por primera vez, sin fijarse en ningún reloj, vio que la noche hacía tiempo que se había instalado en el cielo y el silencio la rodeaba por completo. Seguía notando el cansancio, más mental en esos momentos, con lo que se quitó la ropa, se puso el pijama y se metió en la cama con la intención de disfrutar de otras cuantas horas de sueño bien merecido.

Los primeros rayos de sol del sábado empezaron a entrar por la ventana de Elena, que no se había molestado en bajarla el día anterior. En ese momento los rayos jugaban con las motas de polvo en suspensión, que parecían bailar al son de una música inaudible. Poco a poco la habitación de la joven fue llenándose de luz hasta que, finalmente, la claridad terminó por despertarla.

La primera sensación que tuvo Elena al despertar fue que no sabía qué día era ni cuánto había dormido. Después de tanto tiempo sin dormir lo suficiente y con un cansancio que no terminaba de quitarse de encima, aquellas horas de sueño ininterrumpido le parecieron infinitas. Cuando miró el reloj del teléfono móvil se dio cuenta de que no había dormido tanto como ella pensaba. Era sábado y apenas pasaban unos minutos de las ocho de la mañana. Dejó el teléfono de nuevo en la mesilla y se quedó boca arriba en la cama, observando el techo blanco de su habitación, disfrutando de no haber sido despertada por la alarma del teléfono, ni de tener que levantarse con prisa para acudir a la universidad. Esbozó una sonrisa llena de alegría y descanso y pensó en lo único que tenía que hacer aquel día. John iría a casa a comer y después, si le apetecía a ambos, irían a dar una vuelta.

John llegó a casa de Elena hacia el mediodía. Como ya era costumbre, llamó un par de veces al telefonillo del portal y subió las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso. Fue Isabel quien le abrió la puerta y le dijo que Mario estaba terminando de poner la mesa y que Elena había salido pocos minutos antes para comprar el pan.

La comida transcurrió en el mismo ambiente agradable y familiar que los envolvía a los cuatro cuando estaban juntos. Hablaron sobre la situación laboral de John, que les explicó los pormenores de su nuevo puesto tras su renuncia inicial y también hablaron sobre los exámenes de Elena. Todos estuvieron de acuerdo, excepto quizá la propia Elena, en mostrarse optimistas y pensar que lo aprobaría todo a la primera. Al haber tenido todos los exámenes comprimidos en una semana, las notas saldrían todas casi el mismo día, pero aún faltaba casi una semana para conocer las calificaciones.

—Así que, John —empezó a decir Mario mientras servían el café—, tu idea era quedarte en Colombia pasase lo que pasase con tu trabajo.

—Sí. Aquí está lo mejor que me ha pasado en la vida y sabía, con toda convicción, que no quería dejarlo escapar.

Elena se puso colorada inmediatamente. No se esperaba que John admitiese algo así delante de sus padres. Una cosa era que se lo dijera a ella, en los momentos más románticos e íntimos que compartían, pero soltar aquello así, sin previo aviso, en presencia de Mario e Isabel hizo que casi se atragantara con un trozo de pan.

-Sabía que con los ahorros que poseo -continuó hablando John- podría aguantar varios meses hasta que encontrase otro trabajo, por eso no estaba demasiado preocupado en ese aspecto. Como al final no he tenido que hacer uso de esos ahorros y además he obtenido una subida salarial al aceptar el nuevo cargo, he podido hacer un esfuerzo para comprar un piso no muy lejos de aquí.

Ninguno de sus tres acompañantes sabía nada de aquello. Mario e Isabel no se sorprendieron de enterarse en aquel momento, pero Elena se sorprendió tanto que a su padre y a su madre les quedó patente que ella tampoco sabía nada al respecto. John mantuvo en secreto aquella información y también todo lo relativo a la búsqueda de un piso por si las cosas no salían bien. Él no quería que ella se ilusionase o empezase a pensar en el futuro sin que hubiese necesidad de ello.

-¿Cuándo lo has comprado? ¿Dónde está?

Elena mostraba mucho interés en su tono de voz al hacer las preguntas.

-El piso no está muy lejos de aquí, a poco más de dos cuabras y empecé ayer todo el papeleo en el banco. El piso vine a verlo hará cosa de una semana, me convenció la ubicación, el tamaño y la distribución y conseguí ajustar un poco el precio. En el banco no me han puesto ningún problema y cuando les he llevado los papeles necesarios, entre ellos un extracto de la nómina, han visto la empresa para la que trabajo y todo han sido facilidades. Supongo que conocen la empresa, aunque sea de oídas, y habrán visto a un cliente que pagará religiosamente todas las letras de la hipoteca.

Mario asintió al escuchar las últimas palabras de John. Sabía por experiencia propia que los bancos daban más facilidades a las personas que estaban respaldadas por grandes compañías o trabajos estables. Él, que siempre había vivido con poco más que lo justo, sabía lo difícil que era que un banco prestase dinero a la gente que realmente lo necesitaba para poder sacar adelante sus proyectos laborales o, simplemente, para poder tener un techo bajo el que cobijarse.

-Por cierto, Mario -siguió hablando John-, cambiando de tema por un momento, en la empresa estamos buscando otro chófer. Hasta ahora Rafael podía organizarse para ayudarnos en los desplazamientos e ir a buscar a nuestros clientes e invitados, pero ahora que queremos empezar a abrirnos un poco en el mercado colombiano y comenzar a mirar hacia los países vecinos, necesitamos otro conductor. ¿Estarías interesado en cambiar de trabajo?

-Más que interesado, la verdad. ¿Tienes más datos sobre el puesto?

-En cuanto al horario, sería el mismo que hacemos en la oficina, con la excepción de que haya que ir a buscar a algún cliente especial al aeropuerto fuera de ese horario. Es decir, de lunes a viernes de siete de la mañana a tres de la tarde; fines de semana libre y con un mes de vacaciones al año, aparte de los días festivos por ley, obviamente.

-Suenan muy interesantes, pero ¿qué me puedes decir del sueldo?

-Bueno, el salario bruto mensual inicial asignado a ese puesto son dos millones de pesos. Después, con el tiempo y la experiencia, se pueden añadir pluses y otros complementos.

Mario intentó que su cara no reflejase la sorpresa al escuchar la cifra del salario mensual, pero Elena y su madre no fueron capaces y abrieron tanto los ojos que pareció que iban a salirseles de su sitio. Aquella cifra representaba algo más del triple del salario mínimo y, si Mario decidía aceptar la oferta, les daría una gran estabilidad y acabaría de raíz con todos sus problemas económicos. No es que pasasen grandes apuros, pero desde que Elena dejó sus trabajos para centrarse en la universidad, su economía se había resentido y tuvieron que hacer un pequeño esfuerzo para apretarse el cinturón.

-¡Qué chimba! Es una oferta imposible de rechazar, John. Acepto.

–¿Cuánto tiempo necesitas para arreglar todos los trámites con tu actual empresa?

–Les avisaré el lunes de mi intención de abandonar la empresa y si preparan todo a tiempo, el mismo viernes terminaría en mi actual trabajo y podría empezar en tu empresa.

–Bien, perfecto, así me dará tiempo a enviar tus datos al departamento de recursos humanos para que redacten el contrato y demás formalidades.

El resto de la comida transcurrió en un ambiente de alegría y felicidad. Mario estaba contento porque tendría un nuevo trabajo con mejor horario y mejor, mucho mejor, sueldo; Isabel se alegraba de que, por fin, la fortuna les sonriera a ellos; Elena estaba contenta por haber terminado la universidad, si es que aprobaba todos los exámenes, y porque John había hecho, no sabía si queriendo o por casualidad, que sus padres pudiesen vivir desahogadamente gracias a ese contrato de trabajo.

Después de tomar café y de seguir charlando de muy diversos temas durante la sobremesa, Elena y John se prepararon para ir a dar una vuelta. Se despidieron de Mario e Isabel, que se quedaron en el sofá, abrazados, viendo una película y ellos salieron a la calle, donde el sol hacía que el día fuese tremendamente luminoso.

–¿Por qué le has ofrecido ese trabajo a mi padre?

Hacía bastante rato que habían dejado atrás la casa de Elena y se acercaban a uno de los numerosos jardines que había entre algunas de las cuadras en aquella parte de la ciudad. Elena había querido hacer esa pregunta mucho antes, incluso estuvo a punto de hacerla durante la comida, pero pensó que era mejor hacérsela a John en privado.

–Verás, sabía que el empleo que tiene ahora no es el más estable y que, al haber dejado tú los trabajos para centrarte en la universidad, los tres habéis tenido que hacer grandes esfuerzos. Esta es la manera que tengo de poner mi granito de arena para que puedan volver a vivir sin tener que preocuparse por los gastos. Además, Mario es una persona que tiene experiencia en un sector parecido, sabe moverse por las calles, es educado, amable y responsable. Es un candidato más que apto para ocupar el puesto que le he ofrecido.

–Gracias.

Fue todo lo que Elena acertó a decir. Ella también era consciente de lo que supuso dejar de trabajar y centrarse en la universidad. No era que ella ganase mucho dinero, pero sí que conseguía que sus padres pudiesen destinar a la casa y a ellos mismos todo lo que ellos ganaban. Los meses que ella llevaba sin trabajar habían tenido que vivir con menos dinero y eso se había empezado a notar unas semanas atrás. Pero ahora, con el regalo que John les estaba haciendo, porque era un regalo en toda regla, aquella situación cambiaría. Mario e Isabel vivirían más tranquilos pensando en que el trabajo de él sería estable, con unos horarios fijos, con un muy buen salario y con la oportunidad de irse de vacaciones de vez en cuando, algo que no habían hecho nunca juntos.

Siguieron paseando juntos, disfrutando del sol, de la ligera brisa y del sonido de los pájaros que estaban posados en las ramas de los árboles que daban sombra en aquel pequeño jardín.

Tras pasar la tarde juntos, Elena y John se separaron. Ella para volver a su casa y él para dirigirse a su hotel, en el que le quedaban pocos días por alojarse. Pero antes de separarse, Elena le insistió para acercarse hasta el portal de la nueva vivienda de John. Efectivamente, tal y como él había dicho durante la comida, estaba a poco más de dos cuadras de distancia de su casa y, por fuera, era un edificio que tenía bastante buena pinta. Si John lo había comprado, seguro que el interior también estaba bien. Elena sintió grandes deseos de poder entrar al piso y verlo, pero se contuvo y se dijo que no tendría que esperar mucho tiempo para poder entrar, pues los trámites de compra ya estaban avanzados.

Bogotá - 25 de junio de 2018

Isabel, Mario y Elena se dirigieron hacia el piso de John. Hacía poco menos de una semana que se lo habían entregado y que había realizado algunos cambios para empezar a ponerlo a su gusto. Por el momento únicamente había empezado por comprar nuevos electrodomésticos para la cocina. El resto de la casa quería decorarlo y amueblarlo con la ayuda de Elena, porque estaba pensando en decirle que se fuera a vivir con él. Por supuesto, no quería que fuese de la noche a la mañana, sino que empezara a pasar ciertos días en su casa, que Isabel y Mario también se acostumbraran a ir y ese tipo de cosas. John quería seguir compartiendo su vida con Elena y sabía que uno de los pasos que tendrían que en el futuro, sería vivir juntos.

Por el momento eran los pensamientos que tenía él, pero nunca se lo había planteado a Elena, más que nada porque hasta ese momento no había tenido un piso propio ni ella tenía la posibilidad de comprar o alquilar un apartamento al no tener un trabajo estable. John sabía que pronto llegaría el momento de decirle a Elena si quería quedarse unos días en su casa y ver cómo funcionaba todo.

Cuando John abrió la puerta, se fijó en la cara de Elena, más sonriente de lo habitual. Cuando estuvieron los cuatro dentro y la puerta cerrada, John empezó a guiarles por el piso para enseñarles todo. Llegados a un punto, no pudo aguantar más y le preguntó a Elena si todo iba bien.

–Claro que todo va bien –respondió Elena sonriendo–. ¿Por qué lo preguntas?

–Bueno, te veo sonreír mucho y no creo que sea por ver el piso porque ya lo viste el otro día, así que pienso que ha pasado algo que te pone contenta.

–No, es simplemente que me hace ilusión que papá y mamá estén viendo tu piso.

John no se creyó aquello, pero tampoco insistió. Sabía por experiencias previas que si Elena quería decirle algo se lo diría cuando ella quisiera, así que era inútil seguir preguntando.

–Veo que sigues mirándome intrigado, John –dijo Elena sonriendo mientras se sentaban los cuatro a la mesa–. Pues bien, te voy a contar por qué estoy tan contenta. Hoy me han dado todas las notas de la universidad y he aprobado todas las asignaturas. ¡He terminado oficialmente la carrera!

Parecía que cada vez que se reunían los cuatro era porque había alguna noticia importante y buena que compartir. Si aquello se convertía en lo habitual, John no sabía cuál podría ser la siguiente buena noticia. Otro día más, los cuatro se reunieron alrededor de la mesa para celebrar.

Bogotá - 2 de julio de 2018

John se había acostumbrado ya a la mezcla de calor, humedad y altitud que reinaba en el clima de la capital colombiana y no se sentía tan afectado por ello como cuando llegó por primera vez al país andino a finales del mes de enero. Incluso se le estaban pegando algunos dichos y expresiones propios de aquella tierra, haciendo que dejase de lado algunas de sus expresiones españolas.

Haciendo memoria se dio cuenta de que habían pasado numerosas cosas desde que la empresa le dijera que tendría que viajar a Colombia para poner en marcha la nueva sede de la compañía con la que dar el salto al continente americano. Si no hubiese sido por la existencia de Elena, él nunca hubiese aceptado que le enviaran a aquella región del mundo, por mucho que fuese con fecha de vuelta. Pero el hecho de conocer a Elena y poder conocerse en persona pesó mucho en su

decisión y en sus actos para que todo se desarrollase del modo que él terminase trabajando en Bogotá.

Recordaba cómo había reaccionado Elena cuando le dijo que era uno de los elegidos para ir a Colombia; su reacción cuando se encontraron en persona por primera vez y cómo había surgido entre ellos la chispa que tan evidente resultaba a través del ordenador. Se asombraba de la rapidez con la que se habían sucedido todos esos acontecimientos, pues no llevaba en el país más que cinco meses y ya tenía una especie de proyecto de futuro junto a Elena. John empezó a preguntarse, a medida que repasaba todo lo vivido junto a su novia, si no había llegado el momento de dar un paso más y pedirle a Elena que se casara con él. Tan rápido como vino ese pensamiento, lo descartó. No, seguro que Elena no pensaba lo mismo y seguro que aún era demasiado pronto para plantear aquello. Mejor esperaba unas semanas más. O quizá unos meses.

John salió de su ensoñación y de sus recuerdos cuando el teléfono de la oficina empezó a sonar. Cogió el auricular sin fijarse ni en el nombre ni en el número que le aparecía en la pantalla y se lo llevó a la oreja con algo de desgana.

–Buenos días, John, ¿cómo va todo?

John parpadeó un par de veces como para volver del todo en sí y se sorprendió de escuchar la voz de su jefe al otro lado de la línea. No tenía ninguna reunión o llamada programada con él para ese día y le descolocó completamente el estar hablando con él, pero no dejó que aquello se viese reflejado en su tono de voz.

–Bien, director, todo bien. ¿Cómo va todo por Madrid?

Los dos intercambiaron más fórmulas de cortesía y un pequeño apunte sobre cómo iban sus respectivas delegaciones. John seguía estando por debajo en la jerarquía de la empresa y las reuniones en las que rendía cuentas sobre el estado y el progreso de la delegación americana eran periódicas. Pero aquella llamada estaba totalmente fuera de lugar. No se hacía en una de las fechas estipuladas para hacer balance o informar de progresos; no estaba programada en el calendario de actividades de ninguno de los dos; se estaba efectuando sin previo aviso, como si algo urgente e importante acabase de suceder. Mas John no notaba nada de esa posible urgencia o importancia en el tono de voz de su jefe.

–Seguramente te estarás preguntando el por qué de esta llamada –dijo el jefe de John–, ya que no teníamos planificada ninguna reunión. Pues bien –continuó el jefe ante el silencio de John–, desde el consejo de administración de la empresa te han estado vigilando durante los meses que llevas dirigiendo esa delegación, una especie de período de prueba si quieres llamarlo así, y han llegado una conclusión.

La sangre de John se heló en sus venas a la par que su corazón dejaba de latir y empezaba a sentir una presión en su cabeza y en su pecho. Si todo ese tiempo había estado a prueba y en ese momento le llamaba su, todavía, jefe era porque habían tomado una decisión sobre él.

Empezó a repasar mentalmente todo lo realizado durante el tiempo que llevaba al frente de la delegación y también lo acontecido desde que inauguraran la delegación. Repasó números, clientes, reuniones, decisiones. No encontró nada que le pudiesen reprochar y aquello aumentó sus temores sobre lo que sería su futuro. Si hubiese encontrado algo mal ejecutado o hecho en contra de los intereses de la empresa tendría algo a lo que atenerse, pero parecía que tendría que esperar a que su jefe le revelara el fondo del asunto.

–No sabía que había estado a prueba todo este tiempo –dijo John intentando mantener la calma.

–Bueno, es normal, el consejo quería ver cómo te desenvolvías sin tener la presión de saberte



observado. Querían ver cómo te movías y qué decisiones tomabas, pero teniendo ellos siempre la última palabra en ciertas cuestiones o negociaciones. Después de estas semanas, han tomado una decisión que ya es inamovible y definitiva. Con efecto inmediato.

–Entiendo.

Fue lo único que acertó a decir John. En su mente ya estaba escuchando las fatídicas palabras que le dirían que debería buscarse un nuevo empleo. Tantos meses de trabajo en Colombia para nada; tirados a la basura.

–Verás, John, si haces memoria, te acordarás que se te dio la dirección de aquella delegación, pero sin el rango de director, es decir, que estabas bajo mi supervisión. Ahora eso cambiará. La decisión del consejo de administración es que te hagas cargo de la delegación con todo lo que ello conlleva: cargo, salario, responsabilidades, etc. A partir de ya mismo no dependes de la delegación de Madrid para nada, serás autosuficiente y podrás tomar todas las decisiones que consideres oportunas.

John se quedó sorprendido con cada palabra que escuchaba por el auricular del teléfono y comenzaba a darse cuenta de que la situación era totalmente opuesta a lo que él se había imaginado. Ahora tendría que procesar todo lo dicho por su jefe, bueno, por el que hasta ese momento había sido su jefe, para asimilarlo correctamente.

–La verdad es que todo esto me pilla por sorpresa –dijo John algo emocionado–. No sé muy bien qué decir o si tengo que decir algo en concreto. Más cuando ya me has dicho que la decisión está tomada y es firme.

–No hay nada que decir, John. Tu trabajo es el que ha hablado por ti y ha puesto de manifiesto que tenías razón al solicitar el puesto de director de la delegación de Bogotá y que el consejo ha tomado la decisión acertada.

–Gracias, señor.

–Ya no soy tu superior –dijo el hasta ahora jefe de John con una sonrisa–, ahora estamos en el mismo lugar, John. Quiero aprovechar para felicitarte por este nombramiento. Sé que no siempre te he dicho las cosas positivas, pero de verdad que me alegro por tu ascenso y por el rumbo de tu carrera.

–Gracias, director. Esas palabras son todo un halago viniendo de quien vienen y las agradezco profundamente.

Los dos siguieron hablando un rato sobre cómo quedaría la situación a partir de ese momento, cómo tendría que relacionarse John con el resto de directores y con la cúpula de la empresa y cuáles eran sus nuevas obligaciones como director, esta vez de manera completa, de la delegación colombiana.

Bogotá - 3 de julio de 2018

Con los primeros días de julio llegaba también el cumpleaños de Elena. Para ella siempre había sido una especie de recompensa tras acabar los estudios en junio. Saber que después de los exámenes y tras unos días de descanso venía su cumpleaños, la llenaba de felicidad y alegría. Además, ese año sería el primer cumpleaños que compartiría con John. Era algo obvio porque hacía un año por aquellas fechas aún no se conocían, ni siquiera por internet. Con ocasión de su cumpleaños habían quedado los cuatro, su padre, su madre, John y ella para comer en el piso de Mario e Isabel, como la vez en que les presentó a John como su pareja.

La celebración iba a ser doble, por un lado su cumpleaños y por otro lado la noticia del

ascenso de John, que si bien ocurrió el día anterior, Elena le dijo que lo celebrarían todo junto. Al principio John le dijo que no era necesario celebrar las dos cosas al mismo tiempo, que para celebrar su ascenso tenían mucho tiempo por delante y que era más importante celebrar su cumpleaños y disfrutar de ese día. Finalmente, ante la insistencia de Elena, celebrarían las dos cosas el mismo día con una comida en casa de Mario e Isabel.

John llegó a casa y fue Elena la que le abrió la puerta.

–Feliz cumpleaños, Elena –le dijo John después de haberse besado en la entrada del piso–. ¿Seguro que no quieres dejar la celebración de mi ascenso en el trabajo para otro día?

Elena intentó poner cara de fastidio, pero no aguantó mucho tiempo el gesto y terminó sonriendo mientras negaba con la cabeza.

–Gracias –dijo Elena, tras lo cual se besaron nuevamente.

Los dos se dirigieron hacia la cocina, al fondo del piso, donde Isabel y Mario estaban terminando de poner la mesa. La comida estaba preparada y únicamente faltaba que los cuatro se sentaran para disfrutar de lo que habían preparado.

El cuarteto comió entre risas y conversaciones agradables. Aunque John no quería tocar mucho el tema de su ascenso porque consideraba que ese tenía que ser un día completamente dedicado a Elena, no pudo evitar que le preguntaran por ello. Intentó dar las explicaciones lo más rápido y conciso posible y enseguida intentaba desviar la conversación hacia otros temas.

Cuando llegó el momento de los postres John, Isabel y Mario se miraron y asintieron casi imperceptiblemente, algo que no pasó desapercibido para Elena. La joven supuso que se habrían conchabado para sorprenderla con algo, pero no se imaginaba qué podría ser.

Tras unos minutos en los que Elena permaneció sentada y los otros tres se levantaron para volver a la cocina con unas bolsas, la joven se vio de frente con cuatro regalos diferentes: dos eran de Isabel y Mario y otros dos eran de John.

Ninguno le decía qué regalo abrir en primer lugar, simplemente se los habían dejado todos delante, cada uno metido de una bolsa. Elena paseó la mirada por los cuatro paquetes y, ante el silencio de los demás, optó por empezar a abrirlos de izquierda a derecha. Primero abriría los de sus padres y los últimos serían los de John.

–Bueno, pues empiezo por este mismo.

Cuando Elena cogió el primer regalo, John cambió el orden de los suyos, dejando a la joven con la mayor de las intrigas por saber qué habría en ese último paquete.

Elena abrió el primer paquete, una caja de zapatillas con unas deportivas blancas muy bonitas en su interior.

–¡Son muy cómodas! Gracias –dijo Elena mirando a sus padres.

Elena siguió abriendo los regalos, encontrándose con una camiseta en el segundo paquete de sus padres y un traje de baño en el primer regalo de John. Ya solamente le quedaba por abrir el regalo que más intriga le había generado. Si John no llega a cambiarlo de posición quizá no se hubiese fijado tanto en el pequeño paquete, pero desde que lo había puesto en último lugar, tenía unas ganas terribles de abrirlo.

Cuando lo cogió entre sus manos miró a John, quien esperaba pacientemente, pero con cierta tensión marcada en la mirada. Sin saber muy bien por qué, Elena miró también a sus padres y pudo ver la misma tensión en sus miradas. Isabel, su madre, era la que más demostraba aquella tensión y toda esa situación estaba haciendo que la mente de Elena trabajase a toda velocidad por intentar saber lo que escondía aquella caja antes de abrirla.

Elena agarró la pequeña caja que había dentro de la bolsa y observó que no tenía ninguna

marca ni ningún logotipo. Lo movió un poco y no escuchó sonido alguno. Miró con curiosidad a John, porque él sabía de sobra que ella no solía utilizar joyas o abalorios y la caja parecía, por completo, contener un anillo o algo por el estilo.

Por fin se decidió a abrir poco a poco la caja. Una vez abierta observó que, sobre el pequeño cojín que encajaba a la perfección en el hueco, había únicamente un objeto.

—¿Y esto?

Elena alternaba la mirada entre lo que había en el interior de la caja y la cara de John. El joven no se movía y tampoco hablaba, estaba esperando a que fuera ella quien descubriese el significado de lo que le estaba regalando.

Ella cogió el objeto entre sus dedos y comenzó a examinarlo detenidamente. Al igual que la caja, no tenía ninguna marca ni logotipo. Entonces, tras haber mirado el objeto desde todos los ángulos y habiendo buscado en su cabeza la respuesta a aquel enigma, fue como si una luz se encendiera en su mente iluminando una idea que hizo que una amplia sonrisa apareciera en su rostro.

Elena paseó la mirada entre las personas que tenía delante y supo que los tres estaban metidos en aquello. Sin duda John había hablado con Isabel y con Mario para hacerle ese regalo. Era algo que, aunque pudiese hacerse sin necesidad de contar con sus padres, siempre quedaba mejor haber contado con ellos.

La joven alzó el objeto hacia John, que permanecía de pie, mientras ella clavaba su mirada en la de él.

—¿Me estás pidiendo... que... me... vaya a vivir contigo?

Las palabras salieron a trompicones de su boca y, aunque sus palabras expresaban una pregunta, sus ojos estaban dando la respuesta que John tanto quería escuchar.

—Si, claro que quiero ir a vivir contigo —dijo Elena aferrando fuerte la llave que hasta hace escasos segundos había estado dentro de la caja entre sus manos.

En ese momento los otros regalos, que también le habían gustado, pasaron a un lejano segundo plano. Elena se sentía eufórica, con una alegría y una emoción como nunca antes había sentido. Aquel era un gran paso en su relación, quizás algo precipitado según como se mirase, pero nada en su relación con John era normal; ni la forma de conocerse, ni la manera en la que se fue desarrollando todo a medida que se fueron conociendo, ni lo que sentían el uno por el otro.

Elena también pensó en su padre y en su madre. Los dos estaban ahí, delante de ella, con una sonrisa enorme en sus rostros, sabiéndose cómplices de John en todo aquello y muy contentos con la reacción de su hija ante la propuesta del joven. Era cierto que, desde que John comprase el piso, ella pasaba muchos días y muchas noches en su casa, si bien seguía yendo de vez en cuando a su casa a estar con sus padres y a por ropa, pues no había llevado nada suyo, al menos oficialmente, al piso del joven.

Ahora eso cambiaba. Ella residiría con él, todo el día, toda la semana. Tendría que llevarse sus cosas poco a poco y hacerse a la idea de que aquella sería su nueva casa. Seguiría visitando a sus padres con regularidad y, hasta que encontrara trabajo y mientras John estaba trabajando, ella iría a ayudar a su madre en las tareas diarias.

John se sentía desbordado por la reacción de Elena ante el regalo que le hacía. Pensándolo bien, era un regalo algo egoísta, porque a él le gustaba mucho pasar el mayor tiempo posible con Elena. La cara de alegría de ella fue algo que John no olvidaría nunca. Aquella amplia sonrisa, aquellos ojos inmensamente abiertos, aquella luz reflejada en su cara y en su mirada. Todo el cuerpo de Elena estaba diciendo que sí antes incluso de que ella verbalizase sus deseos de ir a

vivir juntos.

Tras unos minutos en que la emoción y la alegría anduvieron rondando por la estancia sin dejar a los protagonistas hablar o reaccionar, las pulsaciones volvieron a su ritmo normal y todos, aunque especialmente Elena, volvieron a recuperar la calma.

En cuanto Elena se hubo tranquilizado un poco y asimiló lo que aquello significaba, empezó a planificar lo que tendría que llevarse, qué ropa se llevaría y qué ropa dejaría en casa de sus padres, los objetos de baño que necesitaría, adornos, libros, diferentes dispositivos...

Isabel, Mario y John no pudieron menos que reír cuando Elena entró en la vorágine de hacer la lista y empezar a apilar las cosas que se llevaría consigo.

Bogotá - 10 de agosto de 2018

Elena se dirigía desde casa de sus padres hacia el piso que compartía con John, su piso. Caminaba a paso lento, fijándose en los escaparates de las tiendas de comida para ver qué le llamaba la atención para llevar a casa para cenar o de postre. De pronto escuchó que alguien gritaba un nombre, pero no identificó que se estuviesen refiriendo a ella o que hubiesen dicho su nombre. Siguió caminando y se paró delante de una tienda de comida rápida italiana, que tenía en el escaparate trozos de pizza, lasaña, panini y otras tantas delicias.

—¡Helendream!

Aquella vez escuchó claramente lo que aquel joven estaba gritando. Siguió pensando que no se dirigían a ella, porque ella no tenía nada que ver con aquel apelativo. Se dispuso a entrar en la tienda para comprar la cena cuando el joven que había gritado un par de veces se puso a su lado.

—Sé que eres tu, Helendream, por mucho que hace tiempo que no te haya visto conectada.

En ese momento y al escuchar la última palabra de aquel joven, Elena ató cabos rápidamente y en su mente hizo las conexiones necesarias para ubicarse y que aquel joven no la sorprendiera más de lo que ya lo estaba haciendo. Aquel nombre, Helendream, era su nombre de usuaria cuando trabajaba en el estudio de modelos de webcam.

—Creo que te has confundido —respondió Elena tratando de ser amable y de no perder la calma.

—Oh, vamos, ¿en serio vas a decirme que no eres tú?

Elena notaba que se estaba metiendo en un agujero del que no sabía cómo iba a salir o cómo iba a gestionarlo para que no la tragase del todo. Aquella era una etapa olvidada para ella, tan lejana en el tiempo como bonita por el resultado que obtuvo al trabajar allí. Además, ella siempre había tenido cuidado de bloquear el acceso a su sala a personas de su propio país, porque quería evitar, precisamente, ese tipo de situaciones. Nunca podía estar segura de quién estaba detrás de un ordenador y en el tipo de páginas en las que ella trabajó, quizá, menos que en ningún otro sitio. Encontrar personas como John no era lo más habitual. Todo lo contrario. Lo más normal era encontrar a usuarios que no sabían discernir la realidad de la ficción y que querían llevar aquella relación puramente comercial y virtual a la vida real. Ella nunca quiso que eso pasase y, mucho menos, con un compatriota suyo.

Mientras seguía dándole vueltas a cómo podría haberla encontrado aquel joven, intentó negar, de nuevo, que ella no era la persona que él estaba buscando.

—De verdad que lo siento, pero te has confundido de persona. No sé quien es esa tal Helendream.

—¡Venga ya! Tú no me conoces, pero yo sé perfectamente quién eres —dijo el joven mientras se

ponía entre Elena y la puerta del establecimiento para impedir que ella pudiese entrar—. Eres Helendream, de la página de modelos webcam. Hace varios meses que ya no estás por la página y te echo de menos. Aquello no es lo mismo sin ti.

Elena se estaba poniendo cada vez más nerviosa. Había intentado negarlo un par de veces, pero se veía que aquel joven había visitado su sala en numerosas ocasiones y que se había quedado con su cara. Ella no cayó en la trampa de preguntarle por su nombre de usuario, pues con eso le estaría dando la razón y diciéndole que, efectivamente, era ella.

Buscando una manera de salir de aquella situación empezó a mirar hacia los lados, observando si había alguien a quien pedir ayuda o calculando las posibilidades salir corriendo y llegar a su casa, que estaba a escasos cincuenta metros, antes de que el joven pudiese reaccionar. El chico se dio cuenta de lo que Elena estaba pensando y dio un pasó al frente para reducir la distancia que los separaba.

Pero no fue el chico el único que se dio cuenta de que algo atípico estaba pasando en la puerta del establecimiento. El dueño, que en ese momento estaba atendiendo la barra, también había observado la escena a ratos, y al percatarse de los movimientos de Elena, como queriendo buscar una salida, se dijo que ahí estaba ocurriendo algo raro y decidió salir de la tienda.

—¿Qué está sucediendo aquí?

El joven acosador se dio la vuelta asustado. No había tenido en cuenta, ni se había percatado, de que desde el interior podían ver perfectamente todo lo que estaba sucediendo.

—¿Le está molestando este joven, señorita?

—No, para nada —respondió el joven acosador—. Yo ya me iba.

Y el joven se fue a paso rápido calle abajo y sin mirar atrás.

—Gracias —dijo Elena—. Me ha confundido con alguna conocida suya, no entraba en razón y no me dejaba seguir mi camino. Gracias de nuevo.

—Ven, pasa.

Elena pasó a la tienda y se quedó mirando las diferentes comidas que podía llevar a casa. Hacía mucho tiempo que no comían pizza, así que decidió que llevaría unos cuantos trozos con diferentes ingredientes.

Una vez hecha la selección, sacó la cartera y fue a pagar, pero el dueño insistía en no cobrarle.

—Bastante susto te has llevado ahí fuera. Acepta, por favor, este regalo.

—Le agradezco mucho el gesto —Elena seguía tratándolo de usted—, de verdad, pero no puedo aceptar semejante regalo.

—Está bien, yo te cobré, pero me permites que añada un panini sin coste extra.

Elena no quiso insistir más y tampoco quería faltarle al respeto a aquel simpático tendero que la había ayudado y se mostraba amable y tranquilizador con ella.

—Vale, de acuerdo. Muchas gracias.

Elena salió de la tienda y miró a todos lados antes de enfilarse hacia su casa. Quería asegurarse de que aquel acosador no estaba por los alrededores y que no descubría dónde vivía. Si ya había sido incómodo y violento el encuentro frente a la tienda, no se quería imaginar cómo podría ser otro encuentro, pero esa vez delante de su casa o, llegando más lejos, dentro de su portal.

Con la bolsa de la comida bien pegada al cuerpo, Elena anduvo rápido hasta llegar al portal. Abrió con rapidez y se metió en el ascensor sin mirar atrás. Lo que más quería en ese momento era llegar a casa y abrazar a John, donde sabía que se sentiría protegida y a salvo y podría recuperar su calma habitual.

Bogotá - 17 de agosto de 2018

John llevaba varios días pensando. Tras más de un mes de convivencia con Elena, todo parecía ir de maravilla. Su relación iba viento en popa, con los dos disfrutando el momento y sintiendo el uno por el otro lo mismo que el primer día, aunque renovado día a día y haciendo de cada momento algo especial. John pensaba en todo lo que había sucedido desde que se encontrase con Elena por primera vez detrás de la pantalla del ordenador. Echando la vista atrás le parecía que había pasado toda una vida desde aquel momento, cuando en realidad aún no había pasado un año. Aquellos diez meses habían tenido de todo un poco, desde la fase de empezar a conocerse hasta llegar a vivir juntos pasando por la ilusión de saber que iban a conocerse en persona, la inquietud por si él tenía que volver a España, la alegría de saber que se quedaría en Colombia y la satisfacción de que Elena terminara sus estudios y que John fuese ascendido en su trabajo.

El joven estaba completamente enamorado de Elena. Cuando la conoció en internet le pareció una chica de lo más interesante, inteligente y buena persona y cuando la conoció en persona, corroboró todo aquello. Elena fue y seguía siendo un soplo de aire fresco en su vida, alguien alegre, vivaz, con ganas de vivir la vida y de aprender constantemente. Su situación no fue la mejor durante su juventud, pero aquello forjó su carácter para que acabase siendo como era. John admiraba el espíritu de superación que tenía Elena y eso hacía que se apoyara mucho en ella, especialmente durante sus primeras semanas en el país andino.

Todo era maravilloso entre ellos dos.

Debido a esos sentimientos que albergaba, John empezó a pensar en si no era el momento de dar otro paso en su relación y formalizarla un poco más. Y el paso lógico en la formalización de la relación, después de haber conocido a los padres de Elena y de haberse ido a vivir juntos, era pasar por el altar y convertirse en marido y mujer. Aquella idea iba cogiendo forma en la mente de John y es que, al fin y al cabo, todo era maravilloso entre ellos dos.

¿Todo?

Desde hacía una semana Elena se comportaba de manera extraña. No hacia él, sino en general. Un día llegó algo alterada a casa y cuando él le preguntó si le pasaba algo, ella respondió que nada y trató de llevar la conversación hacia otros temas. Al principio, John se dejó llevar, pero después hizo un par de intentos por volver a sacar el tema y Elena volvió a eludir la conversación. Le dijo que estaba algo cansada y algo nerviosa porque quería encontrar un trabajo y así poder contribuir ella también a la economía doméstica.

Mientras John estaba sentado en el sofá, esperando a que Elena llegara para él ponerse a hacer la cena mientras ella le contaba lo que había hecho durante el día, la joven entró en casa cerrando bruscamente la puerta, se dirigió al sofá y, tirándose en brazos de John y apoyando su cabeza sobre el pecho del joven, dejó escapar un torrente de lágrimas ante el asombro y la sorpresa de él.

John abrazó tiernamente a Elena mientras ella no dejaba de llorar y de temblar. Estuvieron así, con John en silencio, varios minutos, hasta que, poco a poco, Elena pareció empezar a calmarse. O, por lo menos, dejó de temblar y pareció que lloraba algo menos. Fue ese momento el que eligió John para hablar, utilizando un tono de voz bajo y cálido.

—¿Qué te pasa, Elena? ¿Qué ha ocurrido?

La joven se separó unos centímetros de su pareja, sin deshacer el abrazo, pero mirando a John a los ojos.

–No sé cómo explicarlo. Ni siquiera sé por dónde empezar –dijo Elena mientras trataba de detener las lágrimas y se sonaba la nariz con un pañuelo.

–Tranquila, Elena, respira y tómate el tiempo que necesites para poder ordenar un poco lo que pasa por tu cabeza.

La joven se tomó un par de minutos para intentar tranquilizarse un poco más, pero cuando empezó a hablar, las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas y la respiración se le aceleró.

–Cuando he llegado al portal... había un chico que estaba esperándome... el mismo que hace cosa de una semana me abordó delante de la tienda... me conoce de mi trabajo en el estudio... quiere... no sé... creo que quiere que salga con él... o algo parecido.

–Un momento –John estuvo a punto de decirle que cómo era posible que alguien la hubiese estado siguiendo y acosando y no le hubiese dicho nada, pero prefirió guardarse el enfado y no echar más leña al fuego–. Si lo he entendido bien, un chico te abordó hace pocos días cuando venías hacia casa y hoy, de nuevo, ha hecho por encontrarte y te estaba esperando en el portal con la intención de quién sabe qué.

–Sí, eso es.

John atrajo hacia su pecho a Elena y suspiró profundamente. En su interior se debatía entre decirle a la joven que no había sido prudente el ocultarle las cosas y dejar pasar aquello. Estaba seguro de que, si Elena no le dijo nada el día que fue abordada delante de la tienda, fue porque pensaba que no era nada serio y que aquello quedaría más como una anécdota que como cualquier otra cosa. Sin embargo, no había pasado mucho tiempo hasta que aquel joven, John supuso que sería joven porque Elena le había llamado chico, se presentó en su portal. Según lo que la joven había conseguido decir, aquel chico tenía intenciones de salir con ella, pero John sospechaba que, tal y como solía pasar con los acosadores, aquel chico tenía intenciones más allá que el mero hecho de salir con Elena. Aquel tipo de personas buscaban la dominación de la otra persona, anulándolas y suponiendo un verdadero problema psicológico para sus víctimas.

Los dos se mantuvieron pegados durante largos minutos, en silencio. Elena tratando de calmarse ahora que ya había soltado lo que llevaba aguantando en su interior varios días y John manteniendo la tranquilidad y esperando a que Elena se recuperase.

La cena seguía enfriándose en la cocina, a la espera de que los dos quisieran saciar el hambre que no sentían en esos momentos. La casa, en silencio después de que John apagara la televisión al llegar Elena, parecía que respetaba aquel instante en que los sentimientos y la sensaciones estaban a flor de piel y no emitía ninguno de los sonidos que, en ocasiones, rompían la monotonía cotidiana.

–Por intentar aclarar todo eso -empezó a decir John-. Según él te conoce del trabajo del estudio, ¿crees que puede ser verdad? Por lo me que dijiste en alguna ocasión tenías restringido el acceso para ciertas localizaciones.

–Sí, no sé, estoy casi segura de que es verdad.

–¿No es posible que alguien le haya hablado de aquel trabajo y le haya dado algún dato para venir a molestarte?

Elena frunció el ceño porque no entendía bien la pregunta de John. Él sabía de sobra que muy pocas personas estaban al tanto del trabajo que realizaba en el estudio y, además, nunca le había pasado nada de eso. ¿Por qué iba a empezar a pasarle justo ahora? No tenía ningún sentido.

John esperó a que Elena respondiese, porque no quería decirle que él veía la mano de Verónica, su ex-amiga, en todo este lío. No podía asegurarlo del todo, pero algo se le escapaba y le hacía recelar de aquella chica que, en varias ocasiones, intentó acabar con su relación. Aquella

maniobra podía ser obra de Verónica, perfectamente.

–Imposible. Además -continuó Elena recuperando prácticamente por completo la tranquilidad y el estado de ánimo habituales-, las únicas personas que sabían que trabajaba en el estudio no sabían cuál era mi alias y este chico, a falta de una vez, lo ha utilizado en dos o tres ocasiones. No sé a dónde quieres ir a parar, John.

–No es que quiera llegar a ninguna conclusión, es, simplemente, que quiero entender la situación al completo para luego decidir cómo actuamos. Es algo lo suficientemente grave como para dar parte a la policía y poner una denuncia.

–Quizá han sido dos ocasiones aisladas. No le demos más importancia de la que ya tiene.

–¿Ocasiones aisladas? ¡Elena, te ha seguido hasta el portal! –John quería seguir manteniendo la calma, pero se le notaba algo alterado–. Quién sabe a qué mas sitios te ha seguido o desde cuando viene haciéndolo.

–Te prometo que si vuelve a pasar, te lo diré inmediatamente e iremos a la policía. Aunque aquí ese tipo de cosas no las suelen tomar demasiado en serio. Quizá en España la cosa sea diferente, pero aquí, si no hay agresión o algún delito manifiesto, no suelen tomar medidas.

–Bueno, pero no estará de más interponer la denuncia en caso de que vuelva a suceder. Mejor tomar alguna medida que estar esperando a verlas venir.

Elena, queriendo terminar con la conversación y poder estar tranquilamente con su novio en casa, pasó sus brazos alrededor del cuello de él y abrazó a John con ganas y fuerza.

–Gracias por todo, John.

Él no dijo nada, se quedó callado y devolvió el abrazo con las mismas ganas y la misma fuerza. Evidentemente no olvidaría esa conversación y la situación por la que estaba pasando Elena, pero el abrazo en el que se estaban fundiendo le trajo, de nuevo, como si un rayo alcanzara su cabeza, sus pensamientos sobre pedirle matrimonio a Elena. Obviamente aquel no era el mejor momento y aún tenía que hacer otra cosa primero. Algo que no era obligación, por supuesto, pero que quería hacer.

John quería hablar con los padres de Elena para decirles que estaba pensando en casarse con su hija. No para pedirles permiso, pues no lo necesitaba, sino para que le ayudaran a encontrar la mejor manera de preparar el momento de la pedida de mano. Quería que fuese algo bonito, romántico, íntimo y que quedara en la memoria de los dos, pero sobre todo en la de Elena, para siempre.

Bogotá - 30 de agosto de 2018

Habían pasado casi dos semanas y Elena no había tenido ningún otro encuentro desagradable. Tal y como John y ella creían, lo mejor era que la joven continuara con su vida normal, haciendo las cosas que tuviese que hacer y que quisiera hacer, intentando dejar atrás aquel episodio y mirando hacia adelante.

A medida que los días desde aquel tenso momento pasaban, John fue más consciente de todo lo que sentía por Elena. Durante la confesión de Elena de lo sucedido frente a la tienda y en el portal, John llegó a creer que podría perder a Elena para siempre y aquello le hizo ver el abismo muy cerca. Él quería a la joven. La quería como nunca antes había querido a nadie. Cada día le atraía más, era como si cada jornada la descubriera de nuevo, explorando cada detalle de su cuerpo y de su mente; estaba perdidamente enamorado de aquella joven humilde, trabajadora, educada e inteligente que le sorprendía cada día.



John entró en su despacho algo más despistado que otros días. Los pensamientos sobre Elena, lo ocurrido y el futuro que tenían juntos por delante le hizo entrar como si no viese a nadie, enfrascado como estaba en las ideas que poblaban su mente. Al entrar en su despacho no vio que la administrativa le hacía una seña para llamar su atención y, tras abrir las cortinas, se sentó en la silla a la vez que encendía el ordenador.

–Disculpe, John –dijo la administrativa tras haber llamado a la puerta y haberse acercado hasta el borde la mesa–, recuerde que hoy tiene cita para realizar el reconocimiento médico de la empresa. El coche le estará esperando abajo a las diez menos cuarto.

–Gracias, Julia –dijo la impresión de que John volvía de un lugar muy lejano al responder–. La verdad es que ni me acordaba del reconocimiento. Gracias por el recordatorio. ¿Qué tal te va todo?

John se interesaba por todos los trabajadores y su secretaria no era la excepción. Era una mujer de unos cuarenta años, de pelo moreno que le rozaba los hombros, unas gafas finas y una figura algo redondeada tras haber traído al mundo tres niños. Julia era la dulzura personificada y John no recordaba haberla visto nunca enfadada.

–Bien, muy bien, gracias. Los niños han terminado el colegio y ahora están todo el día pidiendo jugar e ir a la piscina.

–Me alegro, Julia, y espero que siga así. ¿Le importaría avisarme cinco minutos antes de tener que salir del despacho hacia el reconocimiento?

–Cuenta con ello.

John había intentado en numerosas ocasiones que Julia le tutease, pero, entre el modo de hablar de los colombianos y el respeto por la jerarquía que demostraba la secretaria, no lo había conseguido.

Le dio las gracias a Julia y esta salió del despacho cerrando la puerta.

–Casi es la hora, John. En cinco minutos le espera el coche en la puerta.

La voz de Julia le sorprendió por el teléfono, tras lo cual John miró el reloj incrédulo. No tenía ni idea de cómo había sido posible que el tiempo pasase tan rápido. La última vez que se había fijado en la hora, el ordenador indicaba que eran poco más de las nueve y ya había pasado más de media hora desde ese momento.

–Gracias, Julia, bajo enseguida.

John terminó de redactar un correo electrónico, cerró el portátil y salió del despacho hacia el ascensor. Bajó hasta el recibidor y vio que el chófer que le estaba esperando ese día era Mario, el padre de Elena y, si todo iba como lo estaba planeando, su futuro suegro.

Llegaron a la clínica donde los trabajadores de la empresa estaban haciéndose los diferentes reconocimientos. Desde que la empresa se instalase en el país andino firmó un convenio con una de las mejores clínicas privadas, ya no solo de la ciudad, sino del país.

John entró en la clínica y tras rellenar los diferentes formularios pertinentes, le introdujeron en una sala de espera, donde podría leer alguna revista o ver la televisión hasta que una enfermera acudiese a buscarle. No tuvo que esperar mucho y en cuestión de una hora habían terminado de hacerle todas las pruebas que la empresa solicitaba.

La última prueba había sido un electrocardiograma, así que se abrochó la camisa y se colocó bien el resto de la ropa. Salió de la habitación y se dirigió hacia recepción para saber cómo y cuándo sería informado de los resultados. Mientras se acercaba al mostrador no pudo evitar escuchar una conversación entre la enfermera que le había acompañado en las primeras pruebas y una compañera. Estaban hablando de que la clínica estaba buscando aumentar el personal

sanitario en una o dos personas y que el proceso de selección comenzaría en pocos días. Automáticamente al joven se le vino la imagen de Elena a la cabeza y que sería una magnífica oportunidad para comenzar en el mercado laboral. La joven, que recién acababa de terminar la carrera, tenía ganas de trabajar e ilusión e iniciativa no le faltaban.

En cuanto en recepción le hubieron aclarado que en menos de una semana recibiría una carta con los resultados de sus pruebas y estuvo saliendo por la puerta en dirección al coche, John sacó el teléfono del bolsillo y llamó a Elena.

–Hola, Elena, ¿tienes un momento?

–Claro. Enseguida iré a casa de mis padres, a hacerles una visita.

–Estupendo, pero antes tengo una cosa que comentarte –el tono alegre e ilusionado de John le indicaba a Elena que se trataba de algo bueno–. Acabo de salir de hacerme el reconocimiento médico de la empresa y he escuchado como unas enfermeras estaban diciendo que la clínica está buscando aumentar el personal. Creo que es una muy buena oportunidad para que les hagas llegar tu currículum.

–¿Tú crees? Si apenas acabo de terminar la carrera.

–No tienes experiencia, eso es cierto, pero tienes otras virtudes que pueden hacer que la balanza se incline a tu favor.

–Bueno, yo voy a preparar el currículum y luego ya veré lo que hago.

–De acuerdo. No te quiero presionar, simplemente he creído que sería una buena oportunidad para ti.

–Lo sé, John, y te lo agradezco muchísimo. Voy a por el ordenador. Luego hablamos.

Elena colgó el teléfono y encendió el ordenador. Tal y como le había dicho a John, se puso a escribir su currículum utilizando una de las plantillas que incorporaba el editor de textos del ordenador. Los datos personales y académicos los rellenó bastante rápido. Los primeros porque eran los datos que más utilizaba uno de uno mismo y, los segundos, por breves. Habiendo terminado la carrera apenas dos meses antes, no había mucho dato académico o laboral que añadir.

Escribió el título completo de la carrera, el intervalo de años en los que había cursado los estudios y aprovechó para citar los diferentes trabajos de prácticas en los que había tomado parte durante la universidad. Dejó claramente anotado que eran prácticas durante la universidad, no fueran a pensar que estaba atribuyéndose trabajos de otras personas.

El mayor problema le vino cuando llegó a la parte en la que tenía que escribir otros datos sobre ella que pudiesen ayudarla a conseguir el puesto de trabajo. No estaba muy segura de qué podría poner en ese apartado. Si ella se preguntaba a sí misma qué virtudes o aptitudes tenía para poder plasmarlas sobre el papel, no le venía ninguna a la cabeza. Ella se veía como una chica normal que no destacaba en nada, que se comportaba tal y como la habían educado, que había trabajado cuando había hecho falta para ayudar en casa aunque nunca se lo hubieran pedido.

Pensó que estaría bien poner que había trabajado en una tienda de ropa durante un par de años mientras estudiaba. No iba a ponerlo en experiencias laborales porque no tenía nada que ver con sus estudios, pero pensó que sí estaría bien que en la clínica viesan que no se quedaba quieta a verlas venir.

Al terminar de escribir todo el currículum lo releyó unas cuantas veces para ver si tenía que hacer alguna modificación o si podía escribir alguna cosa de otra manera para que quedara mejor. Quedando contenta con el resultado y estando convencida de que no iban a contratarla, dejó el ordenador sobre la mesa hasta que John le dijese la dirección a la que tenía que enviarlo. Otra

cosa era si, llegado el momento de tener la dirección, acabaría enviándolo o no.

Se estaba preparando para ir a casa de sus padres cuando el ordenador emitió el sonido que indicaba que acababa de recibir un correo. Se acercó sin prisa al dispositivo y vio que el correo electrónico era de John, indicándole la dirección de la clínica a la que enviar el currículum. Elena se sentó en el sofá, apoyó el ordenador portátil sobre sus rodillas, abrió el correo electrónico y envió su currículum a la dirección que John le había indicado.

Todo lo había hecho sin pensar.

Cuando volvió a dejar el portátil sobre la mesa recapacitó sobre lo que acababa de hacer y se puso a pensar en las decenas de detalles que habría cambiado en el currículum o el texto que había escrito en el correo electrónico.

Pero ya estaba hecho.

No quería pensar más en ello. Además, estaba segura de que, aunque en la clínica llegasen a leerlo y le llamaran para realizar una entrevista, no la cogerían para el puesto que estaba vacante.

Terminó de prepararse, cogió las llaves de casa y salió hacia casa de sus padres.

Bogotá - 3 de septiembre de 2018

Una llamada de teléfono despertó a Elena. No era habitual que estuviese durmiendo a esas horas de la mañana, pero la noche anterior había estado leyendo más tiempo del acostumbrado y al final, con las ganas de saber cómo terminaba la historia que estaba leyendo, le dieron casi las cuatro de la mañana antes de apagar la luz.

Elena abrió los ojos mientras tanteaba la mesilla donde solía dejar siempre el teléfono. Agarró el celular y respondió a la llamada sin fijarse el número o el nombre que aparecía en la pantalla.

-¿Dígame?

-¿Señorita Quintero?

-Sí, soy yo -dijo Elena incorporándose en la cama.

-Buenos días. Le llamo de la clínica Fundación Santa Fe, en relación al currículum que nos hizo llegar mediante correo electrónico la semana pasada.

En ese momento Elena despertó de golpe. No se esperaba que la llamaran y menos que lo hicieran tan rápido. Envío el currículum el jueves pasada la hora de comer y el lunes a primera hora de la mañana ya estaban llamándola por teléfono.

-Buenos días, dígame.

-Le llamamos porque nos ha gustado su perfil y nos gustaría concertar una entrevista para conocerla en persona y valorar su candidatura a cubrir el puesto vacante.

-Por supuesto.

-¿Le viene bien mañana por la mañana, a primera hora?

-Sin ningún problema. Tengo plena disponibilidad para realizar la entrevista.

-Perfecto, pues nos vemos mañana a las ocho en punto. Le enviaré enseguida un correo con todos los datos: ubicación de la clínica, por quién tiene que preguntar en recepción y un recordatorio sobre la hora.

-Muchas gracias -acertó a decir Elena.

-Muchas gracias a usted, señorita Quintero, mañana nos vemos.

-Hasta mañana.

Elena colgó el teléfono con una sonrisa mezcla de alegría e incredulidad dibujada en el rostro.

En la clínica habían leído su currículum y además lo habían puesto entre los interesantes, le llamaban para una entrevista y le decían que su perfil les había llamado la atención y que les gustaba.

Tras dejar el teléfono en la mesilla volvió a cogerlo de inmediato. Pensó en llamar a John, pero se acordó que este tenía varias reuniones durante la mañana por ser primeros de mes, así que optó por enviarle un mensaje.

“Buenos días, John. ¡Me acaban de llamar de la clínica! Les ha gustado mi perfil y quieren que vaya a una entrevista mañana por la mañana. Estoy muy contenta, pero también algo nerviosa, porque no sé si la entrevista saldrá tan bien.”

Elena depositó de nuevo el teléfono en la mesilla y fue a la cocina para prepararse el desayuno. Mientras se calentaba el café pensó en qué haría para pasar el día. Los nervios de la entrevista del día siguiente la acompañarían durante todo el día, así que pensó que lo mejor sería hacer cosas que le ayudaran a relajarse.

Después de desayunar preparó una mochila con ropa de deporte y bañador y se fue al polideportivo que había a poca distancia de casa. Se cambió y se puso unas mallas, una camiseta y las zapatillas, fue hasta el sitio donde estaban las cintas y se puso a correr en una de las que estaban libres. Tras estar corriendo durante algo más de media hora se fue al vestuario, se metió en la ducha para quitarse el sudor y se puso el traje de baño para ir a nadar otro rato.

Le gustaba nadar desde que era muy pequeña. Ella siempre recordaba con alegría los momentos de piscina. Si bien nunca había nadado en el mar, aprovechaba al máximo cada una de las veces que iba a la piscina. Desde que empezó la carrera en la universidad y, sobre todo, desde que empezó a trabajar en la tienda de ropa, no había ido mucho a la piscina. Volver a sumergirse en el agua, a sentir cierta ingravidez y una gran libertad ayudó a su relajación.

Se ajustó el gorro y las gafas y se zambulló de cabeza en el agua, acompasó la respiración a los movimientos de los brazos y nadó de un lado al otro de la piscina completando innumerables largos.

Dejó de nadar cuando el estómago le empezó a dar señales de que necesitaba comer. Había salido de casa sin reloj y tuvo que esperar hasta llegar al vestuario y coger el móvil para ver que hacía bastante rato que había pasado la hora en la que habitualmente comía.

Se duchó, se vistió y regresó a casa para preparar algo de comer y pasar el resto de la tarde leyendo o viendo alguna película o serie.

–Hola, Elena –la voz, pero sobre todo la mano de John sobre su hombro hizo que Elena se despertase–. Te has quedado dormida en el sofá.

La joven no recordaba haberse quedado dormida. Después de comer había encendido la televisión y había puesto una serie sobre zombis, que a John no le gustaban mucho y aprovechaba a verlas cuando estaba sola. Recordaba haber empezado a ver el capítulo y, de repente, se encontraba con John a su lado y con la televisión apagada.

–Hola, John, ¿qué tal el día?

–Bien, muy bien. Mucho mejor desde que he leído tu mensaje de que te han llamado de la clínica para hacer mañana una entrevista.

Estuvieron hablando de cómo les había ido el día a cada uno. Elena le contó cómo le había despertado la llamada de teléfono, que no se podía creer que le estuviesen llamando tan rápido para hacer una entrevista, que había decidido ir a hacer deporte para intentar calmar los nervios y

supuso que se habría quedado dormida por el cansancio de haber estado corriendo y nadando durante bastante tiempo.

–¿Has pensando en preparar un poco la entrevista, Elena?

–No, no lo había pensado. No sabía ni que las entrevistas se preparasen.

–A ver, no estoy diciendo que haya que estudiar como para un examen, pero sí que hay que tener ciertos aspectos controlados o sabiendo qué tipo de respuesta vas a dar a ciertas preguntas.

–¿Me ayudas?

Elena puso voz dulce sabiendo que John iba a ayudarla de todas maneras, pero, de vez en cuando, los dos jugaban a pedirle cosas al otro con tonos de voz más dulces o suplicantes.

–No sé, me lo tendré que pensar –contestó John riéndose a carcajadas–. Me cambio de ropa, comemos algo y preparamos un poco la entrevista. Y hoy pronto a la cama, que mañana no puedes llegar tarde.

John volvió a reír mientras se dirigía a la habitación para quitarse el traje y ponerse ropa más cómoda para estar en casa.

Bogotá - 4 de septiembre de 2018

Elena esperaba en una sala contigua al despacho de la directora del departamento de recursos humanos de la clínica Fundación Santa Fe, la mejor clínica del todo el país. Había preguntado en recepción por la directora y cuando dijo a qué venía, un celador muy amable la acompañó hasta la sala en la que se encontraba.

–Puede pasar, señorita Quintero –dijo el joven administrativo que había abierto la puerta.

Elena se levantó y siguió al joven. Pasó por una estancia habilitada a modo de oficina, que era la que ocupaba el administrativo, y después entro en el despacho de la directora de recursos humanos. Esta se levantó, estrechó la mano de Elena y la invitó a que tomará asiento en una de las sillas que estaban frente a su mesa.

La joven, que por recomendación de John llevaba un currículum impreso, lo apoyó en la mesa y trató de tener las manos quietas para no demostrar los nervios que recorrían su cuerpo. Esperó en silencio hasta que su interlocutora tomó la palabra para dar comienzo a la entrevista.

–Buenos días, Elena.

–Buenos días.

–Veo que ha traído un currículum impreso. ¿Le importa si comenzamos por hacer un repaso del mismo?

–Por supuesto –dijo Elena sin tener muy claro si tenía que decir algo al respecto de que hubiese llevado una copia de su currículum.

–Veo que ha acabado la carrera hace un par de meses, con notas bastante aceptables según lo que he podido comprobar en la universidad, y también ha trabajado en una tienda de ropa durante casi dos años.

Elena se sorprendió cuando escuchó que habían consultado su expediente académico y trató de que aquella sorpresa no se reflejara en su rostro.

–¿Por qué empezó a trabajar en la tienda de ropa –siguió hablando la directora– cuando aún estaba en la universidad?

–Verá, mi familia no tiene todos los recursos que nos gustaría y, aunque nunca me faltó de nada, mi forma de ver las cosas me hacía querer ayudar en casa. La universidad no es barata y mis padres hicieron un gran esfuerzo por darme la mejor educación que podían, así que decidí

ponerme a trabajar mientras estudiaba, aunque ellos me repitieran una y otra vez que no era necesario.

—¿Por qué lo dejó?

—Se avecinaban los exámenes finales y sabía que, al ser el último semestre, eran aún más importantes que todos los anteriores. Preferí centrarme en terminar la universidad de manera que más adelante no pudiera arrepentirme o decirme a mí misma que podría haber hecho más.

—Evidentemente, al haber terminado los estudios este mismo año, no puede aportar experiencia en este sector —continuó con tono amable la directora de recursos humanos—, pero, ¿qué cree que puede aportar usted a la clínica?

Elena respiró hondo un par de veces. Aquella pregunta era una de las que John le avisó que podrían hacerle y había ensayado numerosas veces lo que decir. Trató de mantener la calma y seguir controlando el movimiento de sus manos mientras hablaba. Era obvio que la directora notaba sus nervios, pero hasta ese momento parecían estar controlados. Elena quería que eso siguiera igual.

—Soy una persona a la que gusta aprender, que me amoldo a trabajar en equipos más grandes o más pequeños, me gusta trabajar la asertividad y trato de aprender de mis errores, que también los cometo, y de los consejos de los compañeros.

Elena soltó la parrafada tratando que no se notase que lo traía preparado. John le dijo que era bueno que mencionara que cometía errores, porque, normalmente, la gente que admite que comete errores suele tratar de ponerles remedio y aprender de ellos.

La directora siguió mostrando una cara amable mientras anotaba en un lateral del currículum de la joven algunas de las cosas que Elena decía. Por el momento a Elena le daba la sensación de que la entrevista estaba yendo por buen camino, por mucho que en su fuero interno siguiera pensando que terminarían por no contratarla.

—He repasado los trabajos prácticos que menciona en su currículum, señorita Quintero, dígame, ¿en cuáles de ellos se encontró más cómoda y cuáles fueron los que más le gustaron?

Elena pasó entonces a describir algunas de las prácticas en las que había tomado parte, definiendo en cuáles había intervenido y en cuáles había estado como observadora. Después pasó a describir cómo había procedido en los casos que le había tocado hacer la práctica y enumeró las dificultades a las que tuvo que hacer frente, explicando cómo las afrontó.

Tras varios minutos hablando que a Elena le parecieron interminables, la directora recuperó la palabra para realizar más preguntas a la joven.

—¿Qué es lo que busca en este trabajo, señorita Quintero?

Aquella era otra de las preguntas clave de las que John le había hablado la tarde anterior.

—Busco un buen ambiente laboral donde poder dar lo mejor de mí misma a la vez que aprendo de gente que lleva más tiempo trabajando. Mi meta es seguir formándome y aprendiendo.

Después de aquella respuesta la directora pasó a hablar de otros temas que, aparentemente, no tenían nada que ver con el propósito de la entrevista. Elena no bajó la guardia y trató de recordar todo lo que habló con John la tarde anterior, mientras preparaban la entrevista. Las preguntas de tipo más personal las soslayó, sin brusquedad pero con seguridad.

Tras unos minutos más de charla y casi una hora desde que comenzara la entrevista, la directora tenía todos los datos que le hacían falta.

—Muchas gracias por haber venido, señorita Quintero. Le llamaremos en los próximos días para comunicarle la decisión. Que tenga un buen día.

—Muchas gracias a ustedes por la oportunidad que me han dado con esta entrevista. Que tenga

un buen día usted también.

Elena salió del despacho de la directora y pasó por la oficina del administrativo para salir al pasillo y dirigirse al exterior de la clínica. Cuando estuvo en la calle, cogió el teléfono y llamó a John para decirle cómo había ido la entrevista y qué sensaciones tenía ella al salir de allí.

–La verdad es que ha ido mejor de lo que me esperaba –dijo Elena–. Me ha hecho algunas de las preguntas que dijiste ayer y he intentado responder de la misma manera que ensayamos. Me ha hecho decirle las prácticas que hice y también me ha hecho alguna pregunta más personal. Pero yo creo que el balance es positivo.

–¿Sientes ahora que tienes posibilidades de que te contraten? Ya sabes que siempre puedo hacer una llamada para intentar inclinar la balanza a tu favor.

–No, John, ya te dije ayer que no quiero ese tipo de ayudas. Si consigo el trabajo sería por mis méritos y, la verdad, he salido con algo más de ilusión de lo que pensaba. No estoy convencida de que me vayan a contratar porque, estoy segura de que habrá gente más preparada que yo siendo entrevistada, pero estoy más que satisfecha.

–Me alegro de escuchar eso, Elena. Si quieres pásate por la oficina y vamos juntos a comer para celebrar esa ilusión y esa satisfacción.

Bogotá - 6 de septiembre de 2018

El teléfono de Elena sonó mientras John y ella comían en la cocina. En cuanto vio el nombre que aparecía en la pantalla la joven se lo enseñó a su pareja y ambos dejaron los cubiertos sobre la mesa. Estaban llamando de la clínica y solamente podía ser para comunicarle a Elena si finalmente la contrataban o no. Para no llevarse un susto como el del lunes, la joven decidió guardar el número de teléfono en la agenda de contactos y hoy se daba cuenta de lo acertado de su decisión.

–¿Dígame?

–Señorita Quintero, soy Teresa –dijo al otro lado de la línea la directora de recursos humanos–. Le llamo para comunicarle la decisión de la clínica sobre su incorporación. Como ya sabe, tenemos una vacante que cubrir y hemos recibido numerosos currículum, algunos mejores que el suyo si le soy sincera. Como usted comprenderá –en ese momento Elena estuvo a punto de interrumpir a la directora para decirle que no era necesario que dijera nada más y que entendía que contratasen a otra persona con mayor experiencia– era muy complicado conseguir este puesto de trabajo.

La ilusión desapareció de la cara de Elena y por un instante John temió que fuese a desmayarse. A él no le hizo falta escuchar nada de la conversación para poder seguir el hilo de la misma y, viendo la cara que tenía Elena, sabía que no le habían dado el trabajo. Por un momento se maldijo de no haber hecho aquella llamada que le abriría las puertas de la clínica a Elena, pero tenía que respetar los deseos y las decisiones de su pareja.

–Lo entiendo perfectamente, Teresa.

–Siendo sincera, he de decirte, permíteme que te tutee, que me gustó mucho tu perfil y que me trasladaste muy buena impresión durante la entrevista, por eso mismo hemos aumentado el número de vacantes a dos y tú eres la segunda elegida.

Elena se levantó de golpe de la silla, con la sorpresa dibujada en cada resquicio de su cara. Se levantó tan de golpe que la silla cayó al suelo. John se sorprendió de la reacción de la joven y la intriga empezó a anidar en su cabeza por saber qué era lo que le estaban diciendo a Elena.

–Muchas gracias, Teresa, es una alegría inmensa. Muchas gracias por esta oportunidad.

–De nada, Elena –era la primera vez que la directora se dirigía a ella por su nombre de pila–, será un placer que te incorpores a nuestro grupo de trabajo. Te mandaré un correo electrónico detallando el día de tu incorporación, así como otros datos de interés y cosas a tener cuenta. ¿Te parece bien?

–Sí, claro, me parece estupendo.

–De acuerdo. Y si tienes alguna duda, puedes escribirme con total tranquilidad.

–Repito las gracias, Teresa.

–De nada, Elena, nos vemos pronto.

Cuando Elena se aseguró de que Teresa ya había colgado el teléfono dio uno de los gritos más grandes y alegres que había dado en su vida. Dejó el móvil sobre la mesa y dio rápidamente los tres pasos que la separaban de John, que viendo la reacción de Elena al levantarse de la silla también se había levantado. Ella le rodeó el cuello con los brazos y apoyó su mejilla contra la de él. Elena no podía parar de sonreír y las palabras no le pasaban de la garganta.

John no necesitaba que le dijera nada, sabía de sobra que habían contratado a Elena, porque de lo contrario no se hubiera producido esa reacción. Tremendamente contento por dentro, se alegraba por partida doble. Por una parte, a una maravillosa persona se le daba la oportunidad de seguir mejorando en la vida y, por otra parte, su pareja encontraba un trabajo que le vendría genial para poder dejar de sentir que él la mantenía. Elena nunca había dicho una palabra al respecto, pero John sabía que, de vez en cuando, ese pensamiento pasaba por la cabeza de su pareja.

Ahora las cosas cambiaban y lo hacían para bien.

John estaba seguro de cuál tenía que ser su siguiente paso.

Bogotá - 17 de septiembre de 2018

Elena entró por la puerta de casa y notó que el ambiente era diferente. Normalmente, siempre que llegaba a esas horas, el sol estaba empezando a esconderse por el horizonte y a sus rayos les costaba más colarse por entre los edificios para traspasar las ventanas de la casa e iluminar las estancias. Pero, ese día las cosas eran diferentes. Alguien, supuso que John, había bajado las persianas hasta que la luz que entraba por las ventanas era mínima, mas había encendido unas cuantas velas que iluminaban las estancias con una luz acogedora y cálida.

La joven se dirigió a la cocina tras haber escuchado un leve sonido y al cruzar la puerta se encontró a John de pie, junto a la mesa preparada con todo lujo de detalle y esperando a servir la cena.

–¿Y esto?

La voz de Elena era todo sorpresa, lo mismo que su cara, y no se acordó ni de saludar a John. No es que en otras ocasiones no le hubiese preparado la cena o recibido en casa de alguna manera especial, pero aquello superaba todo lo ocurrido anteriormente.

–¿No sabes qué día es hoy, Elena?

La joven empezó a repasar tan rápido como su mente se lo permitía todas las fechas que podían coincidir con aquel día. Estaba claro que no era su cumpleaños y tampoco el de John y era obvio que tenía que ser una fecha en la que los dos hubieran hecho algo juntos. Elena no tardó ni dos segundos en acordarse y, rápidamente, se sintió avergonzada por no haberse acordado antes y por no tener nada para John.

–Sí, hoy hace justo un año que nos conocimos. Parece mentira que haya pasado un año desde



aquel momento en el que apareciste al otro lado de la pantalla –la sonrisa iluminó la cara de Elena, agradeciendo interiormente los gestos que tuvo John el primer día que hablaron–. Perdona que no te haya preparado nada, John.

–¿Perdón? No hay nada que perdonar, Elena, bastante tienes con el ritmo de trabajo y de vida que llevas como para encima tener que andar pidiendo perdón. No, lo único que tienes que hacer ahora es sentarte aquí –dijo John mientras separaba una de las sillas de la mesa– y disfrutar de lo que me ha dado tiempo a cocinar.

Los dos se sentaron a la mesa y comenzaron a comer mientras se contaban qué tal día habían tenido. A medida que iban hablando y recordaban el día que estaban celebrando no pudieron evitar recordar algunos de los momentos que vivieron cuando tenían que verse a través del ordenador. Evocaron buenos y no tan buenos momentos y volvieron a reírse de viejos chistes o bromas.

La velada fue transcurriendo en un ambiente tranquilo, cálido, íntimo. Al llegar al postre, Elena se levantó y se sentó sobre las rodillas de John, pasó sus brazos alrededor del cuello de él y se fundieron en apasionado beso.

–Gracias por todo, John. Desde aquel día, hace ya un año, todo es genial a tu lado. Gracias.

Bogotá - 26 de octubre de 2018

Había pasado más de mes y medio desde que Elena recibió la llamada en la que le comunicaban que se incorporaría a trabajar en la mejor clínica del país. Un día después de aquella llamada le llegó un correo donde le explicaban los documentos que necesitaba la clínica para hacerle el contrato y los seguros pertinentes, le indicaban cuándo se incorporaría al trabajo y lo que realizaría durante las primeras semanas.

Al incorporarse a la clínica le dieron unos cuantos uniformes, sus acreditaciones de enfermera y de seguridad y le dieron formación sobre la ubicación de las diferentes salas y estancias, así como de los planes de evacuación en caso de emergencia y de los protocolos a seguir con los pacientes en esos casos.

Recordaba los primeros días de trabajo como una vorágine de nueva información, desbordada por todo lo que le decían y creyendo que sería imposible recordarlo todo. Recordaba que llegaba a casa tras cada jornada con sentimientos encontrados. Por un lado llegaba muy cansada, tanto física como mentalmente, y sentía que aquello no sería lo suyo. Sí, había estudiado enfermería, pero ella en ningún momento pensó que el trabajo sería tan duro y agotador. Al llegar a casa se decía que aquella sensación la abandonaría tras coger un poco de soltura y de haberse habituado al lugar, al trabajo y a los pacientes.

Por otro lado, la sensación era maravillosa porque por fin podía dedicarse a lo que le gustaba. Ella misma se daba cuenta de que sus pensamientos se contradecían al pensar primero que aquello no era para ella y después pensar que se sentía complacida de poder estar trabajando de lo que le gustaba.

Como siempre, John resultó un gran aliado en aquel mes y medio que llevaba trabajando en la clínica. Todos los días le preguntaba qué tal le había ido el día, lo que había aprendido, lo que había hecho y si ya iba haciendo cosas sin la supervisión de sus compañeros. Los días en los que la veía más afectada por sus pensamientos encontrados la sorprendía con alguna cena o con alguna otra sorpresa, sabiendo perfectamente que era eso lo que ella necesitaba para liberar un poco su cabeza. Elena siempre encontraba palabras de apoyo saliendo de la boca de John y, en ocasiones, llegó a pensar que él creía mucho más en ella que ella misma.

Durante un tiempo también le dio vueltas al hecho de que ella no se hubiese acordado del aniversario de haberse conocido. Los primeros días tras el aniversario estuvo pensando en cómo podría compensar a John por aquel despiste, pero luego pensó que la mejor manera de hacerlo era tener detalles con él a lo largo del tiempo, en momentos que no se los esperase y con acciones que

le pillasen por sorpresa.

Elena caminaba absorta en aquellos pensamientos, recorriendo como siempre hacía, con paso ligero la distancia desde la parada del autobús hasta su casa. No prestaba demasiada atención a lo que la rodeaba, acostumbrada como estaba a ver casi siempre a las mismas personas y los mismos escaparates con los mismos productos.

Dobló una última esquina para llegar a su calle y se encontraba a poco más de cincuenta metros del portal cuando una voz que le heló la sangre hizo que se detuviera. En su fuero interno sabía que su reacción debería ser la contraria y salir corriendo para llegar cuanto antes al portal, pero sus piernas nos respondían a sus deseos.

La voz volvió a sonar y Elena empezó a sentir que su corazón latía con mucha más fuerza, como si intentara salir de su pecho.

—¡Helendream, cuánto tiempo sin verte!

Al escuchar la voz supo quién se encontraba en algún lado de la calle, pero al escuchar aquel nombre pasó a estar totalmente segura de que quien se estaba dirigiendo a ella era aquel acosador que ella creía haber dejado atrás hace mucho tiempo.

Elena, desde donde estaba, no podía ver a aquel chico y no sabía si estaba hacia su derecha y por lo tanto tenía el camino hasta el portal libre, o se encontraba a su izquierda, con lo que tendría que evitarle para poder llegar a casa.

—¡Helendream!

Esa vez Elena pudo identificar el punto de origen de la voz y, dando gracias, se dijo a sí misma, tratando de convencerse, que el chico estaba a su derecha y que el camino al portal estaba libre.

Su cabeza trabajaba a una velocidad endiablada, intentando buscar una solución a la situación e intentando encontrar la manera de llegar al portal sin que el joven la alcanzase. En una de estas metió la mano al bolsillo, sacó el teléfono y marcó el teléfono de John. Como si sus piernas hubiesen estado esperando ese momento, salió corriendo hacia el portal y escuchó el lamento del joven, que no se esperaba aquella reacción, y salió corriendo detrás de Elena.

Los tonos en el teléfono parecía que sonaban más despacio de lo habitual y que John tardaba demasiado en coger, pero apenas había recorrido quince metros cuando escuchó la voz de John al otro lado del teléfono.

—¡Viene a por mí, John!... ¡Me está siguiendo!... ¡El chico!

Las frases de Elena se entrecortaban por el esfuerzo de correr y hablar al mismo tiempo. Cuando estuvo cerca del portal se dio cuenta que ya llevaba las llaves en la mano y comenzó a buscar la correcta para abrir la puerta.

—¡Espérame, Helendream!

La voz del chico sorprendió a Elena por su cercanía. Durante el tiempo que había estado corriendo no había mirado hacia atrás en ningún momento y en ese instante se dio cuenta de que él estaba más cerca de lo que pensaba. Además, la voz sonaba enfadada, con lo que las consecuencias, en caso de que llegase a alcanzarla, podrían ser terribles.

Elena, respirando aceleradamente, consiguió introducir la llave en la cerradura, abrir lo justo para entrar y cerrar la puerta una vez dentro. Creyó que lo había conseguido, cuando el chico introdujo la mano antes de que ella consiguiera cerrar del todo la puerta. La joven se encontró apoyando todo su cuerpo contra la puerta y ejerciendo toda la fuerza de la que era capaz para intentar cerrarla. Pero el joven era más fuerte que ella y parecía que la carrera no había hecho tanta mella en él como en ella.

–Vamos, déjame entrar, lo pasaremos muy bien.

Elena, aparte de intuir una sonrisa en el rostro de su agresor, captó diferentes matices en la voz del joven mientras trataba de empujar la puerta, pero el chico había logrado introducir uno de sus brazos y no dejaba que la puerta se cerrara. Captó satisfacción, deseo, lujuria, violencia e incluso un punto de disfrute con aquella situación. Todo eso le puso aún más los pelos de punta y le hizo redoblar sus esfuerzos porque la puerta no se abriera.

–Vamos, Helendream, ya me dijo Verónica que te resistirías un poco, cosa que me gusta, pero estoy empezando a cansarme un poco. He venido a por ti y quiero disfrutar de mi premio.

La mente de Elena intentaba calcular cuánto tiempo habría pasado desde que había hablado con John por teléfono y si él habría entendido lo que ella le decía y estaría reaccionando en consecuencia. Por lo que parecía, no las tenía todas consigo de que John hubiese acertado en lo que estaba pasando, pues, en lo que a ella le estaban pareciendo unos momentos eternos, su pareja no había hecho acto de presencia.

La joven notó que un grito pugnaba por salir de los más profundo de sus pulmones. Quería dar la voz de alarma por si alguien, aparte de John, lograba escucharla y llegar a tiempo para ayudarla y, de paso, también buscaba liberar toda la tensión que se iba acumulando en cada rincón de su cuerpo. El saber que detrás de aquel perverso estaba su Verónica, su resentida amiga, le producía una rabia que nunca antes había sentido. Justo en el momento en que el grito subía por su garganta y estaba a punto de materializarse, John apareció bajando las escaleras de tres en tres, descalzo. Al ver a su pareja llegar, Elena se relajó de inmediato, lo que propició que el agresor pudiera abrir la puerta y entrar en el portal. Tan centrado estaba en agarrar a Elena para hacer con ella lo que le apeteciera, que no se fijó en que John bajaba rápido a impedirlo.

Elena estaba sentada en el portal, junto a la puerta. Las fuerzas la abandonaron de golpe en cuanto vio a John y tuvo que sentarse y recostarse contra la pared para no caer de golpe y hacerse daño. La joven vio como, tras haber abierto completamente la puerta del portal, el agresor se acercaba a ella con la clara intención de agarrar por los brazos para atraerla hacia él y sacarla del portal. Mientras sus ojos no podían separarse del joven que, por su rictus, parecía estar ya disfrutando de ella, Elena escuchaba las pisadas de John sobre la fría piedra del portal.

John llegó a la entrada del portal en el mismo instante en el que el agresor iba a agarrar a Elena, se interpuso y empezó a retorcer el brazo del agresor. No es que fuese ningún experto en temas de defensa personal, pero sí que había tomado algún curso y sabía algunas cosas básicas que, en ese momento, le vendrían como anillo al dedo. Consiguió que el agresor apartara su mirada de Elena y centrara toda su atención en él, pero el tiempo que había estado sin percibir su presencia le estaba dando una ventaja importante a la hora de tratar de inmovilizar al agresor. Consiguió retorcer su brazo y, tras colocarse a su espalda, John obligó al agresor, ejerciendo una ligera presión en la muñeca, a que se arrodillara.

–¿Estás bien?

John miraba a Elena mientras hablaba, pero no aflojaba un ápice la presión que ejercía, a través de la muñeca y el brazo, en el cuerpo del agresor. Tras comprobar que Elena estaba bien y que asentía con la cabeza para reforzar sus impresiones, le dijo que llamase a la policía. Esta vez ya era demasiado y aquello tenía que acabarse. No podían permitir que Elena no pudiera andar tranquila por la calle o hacer todo lo que se le antojara por miedo a encontrarse con aquel descerebrado que no sabía distinguir la realidad de una ficción o un personaje.

Saliendo del estupor de acabar de presenciar cómo John había conseguido inmovilizar tan rápida y eficazmente al agresor, Elena agarró el teléfono móvil y llamó a la policía. Tardaron un

poco en atenderla, cosa que le extrañó siendo la policía, pero en cuanto pudo hablar con un agente le explicó todo lo ocurrido y le dijeron que en pocos minutos una patrulla se acercaría al lugar, que mantuviesen la calma y que tratasen de retener al agresor pero sin causarle ningún daño.

Elena y John se miraban constantemente pero no decían nada. Era como si hubieran llegado a un acuerdo mudo en el cual los dos estuvieron de acuerdo en no hablar de nada hasta estar tranquilos en casa y habiendo superado ese dantesco y terrible episodio.

La policía tardó poco en llegar y lo primero que hicieron fue esposar al agresor y meterlo en el coche patrulla. Después, cada uno de los agentes se reunió por separado con John y con Elena y les hicieron numerosas preguntas para tratar de obtener la mayor cantidad posible de datos. Los dos jóvenes contaron la misma historia a los dos agentes, a lo que Elena sumó las declaraciones que el agresor hizo en la calle y en el portal mencionando a Verónica y John les dijo que podría también hacer uso de las imágenes que habría grabado la cámara de seguridad que había en el interior del portal.

Cuando los agentes terminaron de tomarles declaración, les dijeron que les mantendrían informados de lo que ocurriría con el agresor y se despidieron, dejando a John y a Elena de pie, juntos, en el portal. John cerró la puerta con suavidad, rodeo los hombros de Elena con uno de sus brazos y comenzaron a subir, pausadamente, las escaleras hasta su piso.

Elena comenzó a sentir que la adrenalina de la situación previamente vivida empezaba a diluirse y que la sensación de cansancio, de nervios y de estrés comenzaba a apoderarse de ella. Las piernas comenzaron a temblarle y se agarró con más fuerza a John temiendo caerse si no lo hacía.

Por fin llegaron hasta su piso, John abrió la puerta y pasaron al salón directamente. Elena dejó las cosas junto al sofá y se dejó caer en el mismo, sin preocuparse de nada más que de intentar parar el temblor de sus manos y piernas y tratar de guardar las lágrimas que pugnaban por salir. Los dos estuvieron en silencio unos momentos, mientras a Elena se la pasaba el mal cuerpo.

Cuando ella volvió a ser de nuevo dueña de su propio cuerpo, de sus sentimientos y de sus reacciones, le dio las gracias a John por haber aparecido en el momento oportuno.

—¿Qué es lo que ha pasado en la calle para que se haya montado semejante circo en el portal, Elena?

—Venía andando tranquilamente, como hago todos los días, desde la parada del autobús. Venía distraída, pensando en mil cosas y cuando he girado la calle para enfilar ya el portal, he escuchado que alguien me llamaba por el nombre que utilizaba en el estudio —Elena tuvo que parar un momento para coger un poco de aire y relajarse—. Al principio no he podido identificar de dónde venía la voz, pero cuando me ha llamado por una segunda vez he sabido dónde estaba y he salido corriendo hacia el portal mientras te llamaba. He podido abrir la puerta, pero al intentar cerrarla, el chico ya había metido un brazo, con lo que lo único que podía hacer era fuerza para que la puerta no se abriera hasta que tú llegaras. Aunque, siendo sincera, has tardado demasiado en bajar.

—Entiendo que se te haya hecho largo ese momento —John no había tardado ni medio minuto en bajar al portal, pero tampoco quería hacer sentir mal a Elena—, a mí me hubiese pasado lo mismo. Afortunadamente —dijo John mientras rodeaba de nuevo a Elena con sus brazos—, ya ha pasado todo, estamos en casa y al chico se lo ha llevado la policía.

John dejó volar los pensamientos que poblaban su cabeza mientras abrazaba a Elena. Cuando recibió su llamada unos minutos antes no se imaginó que sería algo tan grave, pensó que le preguntaría si había que llevar algo a casa o algo por el estilo. Pero cuando escuchó el tono de

voz de la joven y prestó atención a sus palabras, el corazón se le contrajo y pensó que se le detendría de un momento a otro. Sobreponiéndose a aquella sensación de rigidez, John dejó el teléfono y salió corriendo por la puerta de casa y, tras cerrarla de un portazo, bajó las escaleras lo más rápido que pudo sin pensar en su seguridad. Cuando llegó al portal y se encontró a Elena separándose de la puerta se temió lo peor y una sensación de pérdida comenzó a invadirle todo el cuerpo. Se imaginó su vida sin Elena en caso de que no pudiese socorrerla, pero no pudo imaginarse esa vida. Necesitaba a Elena en su vida hasta un punto que ni él mismo se había dado cuenta. Llevaba varias semanas pensando en que su vida con Elena tenía que dar un paso más, pasar de ser simples novios a estar comprometidos con la vista puesta en una futura boda. Y fue en aquel momento, cuando vio que Elena se dejaba caer al suelo mientras apoyaba su espalda contra la pared cuando supo que no podía esperar más. Mientras estaba de pie, inmovilizando al agresor, no podía dejar de mirar a Elena y pensar en cómo podría pedirle que se casara con él. Se fijaba en los ojos de Elena, en los rasgos de su cara, en el pelo que le caía alborotado por ambos lados de la cara, en su respiración acelerada y en los movimientos de sus manos. Quería a aquella persona con todo su corazón, con cada fibra de su ser y estaba seguro, en ese momento más que en ningún otro, que quería pasar el resto de su vida con ella.

Mientras John seguía abrazándola, Elena recordó lo que había sentido cuando vio aparecer a John en el portal. Aparte del alivio que le supuso saber que ya no tendría que seguir buscando fuerzas para enfrentarse al agresor, sintió que su conexión con John era más fuerte que nunca. Siempre le había caído y bien y no tardó mucho en enamorarse de aquel joven, pero a medida que el tiempo pasó, aquel amor se hizo mucho más grande, ocupando casi toda su vida y haciéndole ver que, por mucho que ella hubiese pasado malos momentos durante su adolescencia, por fin la vida le daría algo bueno. No quería perder, por ningún motivo, a aquel joven que la había apoyado desde el primer día, incluso cuando no se conocían de nada; a aquel joven que dejó su país para ir a trabajar casi a la otra punta del mundo para tener una posibilidad de conocerse en persona; a aquel joven que dejó su trabajo por ella, cuando le ofrecieron el ascenso y lo rechazó; aquel joven que siempre se había interesado por sus padres y les había ayudado más, mucho más, de lo que él mismo creía. En ese momento lo supo. Quería pasar toda su vida con él. Pero, se preguntaba si sentiría él lo mismo por ella. Durante el intercambio de miradas en el portal le pareció intuir que la misma pasión y el mismo sentimiento que la inundaba a ella fluía por las venas de John, pero tampoco podía asegurarlo al cien por cien. Quizá se tratara únicamente de su deseo de que él sintiera lo mismo que ella estaba sintiendo.

—Vengo en un segundo.

La voz de John sacó de sus pensamientos a Elena, que se sorprendió tanto por haber estado tan concentrada en sus pensamientos, como porque John se levantara del sofá y la dejase sola en un momento como ese.

John no tardó ni medio minuto en volver al salón y ponerse frente a Elena. Cuando él puso una rodilla en el suelo, una parte de Elena supo lo que iba a hacer y a decirle, pero otra parte se negaba a creer que aquello estuviese sucediendo de verdad.

—Elena, sé que no es el mejor ambiente para hacer esto y que tampoco es todo lo romántico que me hubiese gustado, pero hoy me he dado cuenta de algo que mi corazón sabe desde hace muchísimo tiempo. Hoy he sido consciente de todo el cariño que siento por ti, de todo lo que me haces sentir y de todo lo que te quiero. Por eso y por mucho más —John continuó hablando mientras sacaba una pequeña cajita de su bolsillo—, quiero hacerte una pregunta.

John hizo una pausa que a Elena se le antojó eterna, un momento mucho más largo que el que

había tenido que esperar en el portal a que él apareciese escaleras abajo. Pero, por fin, ahí estaba la pregunta.

—¿Quieres casarte conmigo?

Elena no se lo pensó. La respuesta era obvia y al mismo tiempo que la voz salía por su boca, en su cabeza confirmó que él sentía por ella lo mismo que ella por él.

—Sí, sí quiero.

John sacó el anillo de su caja y se lo colocó a Elena, que vio que le quedaba perfecto y no había que llevarlo a que lo estrecharan. Una vez que el anillo estuvo en el dedo de Elena, los dos se fundieron en un abrazo y se dieron un beso, el más apasionado que recordaban de todo el tiempo que llevaban juntos.

Al deshacer el beso y el abrazo Elena, instintivamente, bajó la vista hasta el anillo y sonrió. Sonrió complacida por saberse comprometida con una persona que la respetaba y la amaba más que a nada, por saberse comprometida con alguien que la valoraba, pero, sobre todo, sonrió complacida porque comprobaba que aquel chico que había dejado todo a miles de kilómetros por ella, era la persona que más feliz le hacía y porque había podido comprobar que los dos sentían lo mismo.

Por mucho que la frase estuviese utilizada hasta la saciedad y hubiese perdido algo de su significado, Elena podía decir que estaban hechos el uno para el otro.

Cerraban una etapa juntos y empezarán una nueva etapa de la misma manera.

Juntos.

Bogotá - 27 de octubre de 2018

Isabel y Mario estaban sentado enfrente de Elena y de John. Los cuatro estaban en la casa de los padres de ella y habían quedado para comer a petición expresa de los jóvenes. Los padres de Elena no suponían que detrás de aquella visita hubiese ningún motivo especial, pues no era raro que su hija y su pareja acudiesen a comer o a cenar de vez en cuando a su casa. La comida transcurrió, como siempre, en el mejor de los ambientes, hablando de trabajo, de aficiones y de resultados deportivos.

Elena y John habían decidido que no les dirían nada de lo ocurrido la noche anterior con el agresor, ni que era alguien incitado por Verónica, ni tampoco de las otras veces que Elena se había topado con él. Pensaron que lo mejor sería esperar a que tuvieran información por parte de la policía de lo que pasaría con aquel chico y después, cuando ya tuviesen algo sólido que contar, hablarían con Isabel y con Mario del tema. De lo contrario, sería hacer que se preocuparan innecesariamente.

Durante la comida ninguno de los dos, ni Isabel ni Mario, se había fijado en las manos de Elena o, más concretamente, en el nuevo anillo que lucía en su mano. Ella tampoco había dicho nada, ya que la estrategia de los dos jóvenes era, si para entonces no lo habían descubierto, darles la noticia durante el postre.

Cuando Isabel dejó el bizcocho sobre la mesa, Elena y John se cogieron de la mano.

—Tenemos algo que deciros.

Fue Elena la que habló y provocó que, al escuchar aquellas palabras, tanto Isabel como Mario bajasen sus miradas hasta las manos de los jóvenes. Entonces, como si un golpe hubiese agudizado su mente, Isabel se dio cuenta de lo que pasaba, corroborando lo que acababa de intuir al ver el anillo de su hija.

Mario no conocía todos los anillos que solía usar Elena, pero sabía que no era de utilizarlos muy a menudo, así que, entre verle un anillo en el dedo anular y la reacción de Isabel, supo también en ese mismo instante que la buena noticia acababa de suceder.

—¡Qué alegría más grande, hija mía! ¡Qué alegría más grande!

Isabel no podía parar de felicitar a su hija y se levantó de la silla para rodear la mesa y abrazar con fuerza a Elena entre sus brazos. Mario se levantó, estrechó la mano de John y después también se fundieron en un abrazo. Cuando Isabel hubo dejado respirar un poco a Elena, Mario se acercó a su hija y también la abrazó. Lo hizo con menos efusividad que su madre, pero la joven sabía y notaba que el cariño, la ilusión y la felicidad con que lo hacía era la misma con la que la había abrazado su madre.

—Me alegro mucho de este paso que estáis dando, John. Es fantástico y nos emociona mucho, hijo.

John se sintió a gusto escuchando la palabra hijo de los labios de Isabel. Siempre le habían aceptado en aquella familia y le habían hecho sentir como en su propia casa, pero con aquel apelativo caía un último velo invisible que lo unía, de una manera más fuerte y profunda, a aquella familia. En ese mismo momento supo que toda su vida la pasaría allí, en aquella ciudad, en aquel país, con aquella familia. Su familia.

Madrid - 2 de noviembre de 2018

Cuando por fin el avión tomó tierra, bajaron de la aeronave y recogieron las maletas, Elena empezó a creerse que estaba pisando suelo español. Era la primera vez que montaba en avión. En realidad era la primera vez que viajaba fuera de Bogotá, la primera vez que viajaba en avión, la primera vez, por supuesto, que estaba en España. Estaba haciendo tantas cosas por primera vez que no terminaba de creerse que estuviese de verdad en Madrid. Si hubiese tenido que moverse sola por aquel aeropuerto seguro que habría acabado perdiéndose, pero John la guiaba con seguridad, sabiendo por dónde tenían que ir, qué pasillo tenían que coger y cuál era el camino más corto para salir a la calle y coger un taxi.

Elena sentía algo de vértigo. No solo por el largo trayecto en avión, sino por todo lo que había pasado en los últimos días y, en mayor medida, por lo que pasaría en los días venideros.

El viaje había transcurrido con normalidad, sin sobresaltos o incidentes que mencionar. Todo lo que se desarrollaba a bordo de un avión era algo nuevo para ella, no así para John, más acostumbrado a viajar en avión a diferentes países. Durante el vuelo hablaron, rieron, durmieron y vieron alguna película. A Elena se le empezó a hacer largo el viaje, pero enseguida John le dijo que apenas les quedaba media hora para aterrizar. Aquello alegró a Elena, mas también le hizo empezar a sentir el vértigo que la acompañaba mientras salían del aeropuerto y montaban en el taxi.

—Elena, ya sabes que mis padres y yo no estamos muy unidos —comenzó a decir John mientras el taxi salía de la terminal 4 del aeropuerto de Madrid—. Alguna vez te lo he comentado, pero nunca he llegado a decirte el por qué. Tendría que habértelo contado antes, mas no puedo retrasarlo más, pues no quiero que te sorprenda la posible reacción de mis padres.

Elena se mantenía callada, viendo como su prometido cambiaba la vista del frente a sus ojos y volvía a retirarla, como si estuviese calculando el tiempo que tenía para contarle lo que le sucedió con sus padres. Ella decidió permanecer en silencio. En alguna ocasión que le preguntó por sus padres él intentó cambiar de tema y notó que su expresión cambiaba, por eso nunca insistió y



pensó que, llegado el momento adecuado, John se abriría y le contaría lo que hubiese entre sus padres y él.

–Verás, mi padre es médico y mi madre es abogada –la voz de John sonaba un poco alterada– y los dos querían que hubiese seguido los pasos de uno de ellos. Las indirectas y no tan indirectas empezaron cuando estaba haciendo el bachillerato e incrementaron a medida que me quedaba menos tiempo para entrar en la universidad. Al escoger el lado científico del bachillerato, los dos pensaron que me decantaría por estudiar medicina, pero a mí no me gusta la medicina, para nada, y tampoco me gusta la abogacía. He visto como mi padre tenía que hacer guardias eternas, turnos de trabajo agotadores, le he visto llegar a casa tan cansado que parecía que le absorbían la energía de alguna manera. Y mi madre se pasaba casi todo el día fuera de casa, en el bufete o en los juzgados. Es abogada en un bufete bastante prestigioso de Madrid, en el que representan a grandes firmas y multinacionales. Si les preguntas a ellos te dirán que son tremendamente exitosos y que están en la cumbre de su carrera, pero yo no quiero eso. No lo quería hace diez años y lo sigo sin querer ahora –John se tomó unos segundos para tomar aire antes de continuar. Parecía que una vez dicha la primera palabra todo lo sucedido hacía una década pugnaba por salir de su cabeza–. Cuando terminé la selectividad les dije que no quería estudiar medicina, sino que mis preferencias eran las ingenierías. Al principio los dos intentaron convencerme de que cambiara de opinión, pero al no conseguirlo se enfadaron por no seguir la tradición de la familia. Desde hace varias generaciones, en mi familia, los hijos estudian la misma carrera que uno de sus progenitores. A mí no me gusta ninguna de esas carreras y, siendo sincero contigo igual que lo fui con ellos, no estudiaré algo que no me gusta simplemente por complacer a alguien. Por mucho que sean mis padres.

–John, no quiero trivializar lo ocurrido, pero tampoco creo que sea algo como para romper la relación con ellos.

–No fui yo quien rompió la relación, fueron ellos. Cuando estuvieron seguros de que no conseguirían que estudiara lo que ellos querían, decidieron que no pagarían mis estudios ni nada aparte de mi manutención. Dijeron que me comprarían lo justo y necesario, por lo que me vi obligado a trabajar en algunas épocas para poder disponer de algo de dinero con el que comprar material optativo para las clases o para hacer alguna escapada con los amigos –John se quedó mirando al frente unos segundos, como si estuviese recordando alguno de esos viajes de los que estaba hablando–. Nunca se interesaron por cómo llevaba los estudios y, cuando les dije que había terminado la carrera, se limitaron a decirme que encontrara trabajo para así dejar de vivir con ellos.

Elena no daba crédito a lo que estaba escuchando. Los padres de John le habían dejado de lado, sin apoyo, sin muestras de cariño, por haberse saltado una tradición familiar pensando en su propio futuro. Ella entendía el valor de las tradiciones, pero también era partidaria de que cada persona tenía que buscar lo mejor para sí misma y para su futuro. Hipotecar el futuro por complacer a alguien en el presente le parecía una pérdida de tiempo.

–¿Por qué quieres entonces ir ahora a decirles que nos vamos a casar?

–Elena, yo siempre he respetado a mis padres, aunque les haya llevado la contrario en el tema de los estudios. Les he ido diciendo las diferentes cosas que han ocurrido en mi vida, como cuando entré a trabajar en la empresa, cuando empecé a viajar por motivos de trabajo o como cuando se empezó a barajar la posibilidad de ir a trabajar de seguido al extranjero. Siempre he hablado con ellos para comunicarles las buenas noticias y su reacción siempre ha sido la misma: una afirmación carente de todo sentimiento. Ahora quiero contarles esta maravillosa noticia y ver

si reaccionan y podemos volver a ser una familia, como lo éramos antes, solo que una familia con un miembro más, tú.

Elena sonrió y notó que se ponía colorada. Con todo lo que le acababa de contar John, no sabía lo que se encontraría al llegar a casa de sus futuros suegros.

El trayecto en taxi transcurrió con normalidad, mientras John le explicaba a Elena cosas y detalles sobre los lugares por los que pasaban. La conversación fluyó hacia otros temas como queriendo dejar atrás el mal sabor de boca que había generado el relato de John y Elena descubrió rincones y anécdotas sobre aquellos que otros turistas tardarían muchísimo tiempo en descubrir y conocer.

Elena abrió mucho los ojos cuando el taxi se paró frente a una enorme puerta de metal con intrincadas formas que parecían hechas a mano. Cuando John le dijo que irían a Madrid, Elena pensó que irían a algún edificio de viviendas en la capital, por muy lujoso que pudiera ser debido al éxito en sus carreras, pero no se imaginó que irían a la afueras, a una zona de urbanizaciones exclusivas y que el coche se pararía frente a la casa más grande que ella hubiese visto nunca. Por supuesto que había visto edificaciones más grandes, pero no viviendas tan grandes donde únicamente viviese una familia.

John descargó las maletas de los dos mientras Elena seguía impresionada por la casa, la puerta y el entorno. Su prometido pagó al taxista, tocó el timbre y la puerta metálica se abrió en escasos segundos, dejando a la vista un cuidado jardín junto a un camino de piedras por el que circularían los coches hasta llegar al garaje. Los prometidos siguieron aquel camino en paralelo y llegaron a la entrada de la casa, en la cual había un señor de mediana edad esperando.

—Hola, José —saludó John al señor de la puerta—, ¿cómo estás? ¿Cómo está tu familia?

En ese momento Elena se dio cuenta de que aquel hombre no era el padre de John, sino que sería un trabajador, seguramente el mayordomo, de sus futuros suegros.

—Te presento a Elena, mi prometida.

—Un placer conocerle, José —dijo Elena mientras recordaba que en España se daban dos besos en la mejilla al saludarse—.

—Oh, por favor, señorita, de tú.

La sonrisa que se dibujó en la cara del mayordomo era contagiosa y pronto los tres estaban sonriendo mientras José ponía a John al día sobre su familia.

José los hizo pasar al interior y guardó las maletas en un armario que había a la derecha de la entrada. Les preguntó si querían darse un baño y descansar un poco del viaje, aprovechando que los padres de John aún no estaban en casa. Los dos dijeron que sí y José, muy diligente, les dijo que les prepararía una de las habitaciones que tenía baño incorporado.

—José, no se moleste. No te molestes, perdón —corrigió Elena al darse cuenta que le había vuelto a tratar de usted—. Podemos hacerlo nosotros y así también puedes descansar tú un poco.

—No, señorita —José volvió a sonreír mientras hablaba—, yo preparo la habitación y después ya haré lo que tengo que hacer.

Elena siguió los pasos de John por la casa. Su prometido le iba explicando dónde estaba cada estancia de la casa, la cocina, el salón, el comedor, las habitaciones, los baños, el jardín y la piscina. Pasado casi un cuarto de hora se encaminaron hacia la habitación que José había preparado para ellos y Elena volvió a impresionarse como había hecho un rato antes frente a la puerta metálica de la casa. Aquella habitación era enorme, con una cama de tamaño gigante en

mitad de la estancia, una butaca, un sofá de dos plazas y una cómoda. Un pequeño pasillo frente a la cama daba paso a un vestidor que era más grande que la habitación de su casa en Bogotá y, después, tras una puerta bien disimulada, estaba el baño. Ducha, bañera de hidromasaje, dos lavabos, un espejo pequeño y otro de cuerpo entero,... Elena jamás había visto algo así en persona. En las películas siempre se veían cosas de ese estilo, pero ella nunca imaginó que se vería en un lugar como aquel y que todo aquello estuviera a su disposición. Aquella habitación era más grande que todo su piso de Bogotá.

Elena empezó a sentirse pequeña. Siempre había sabido que la familia de John había tenido recursos, porque él mismo se lo había contado, pero nunca supuso que hasta ese nivel. La joven, sin querer, empezó a comparar a su familia con la de John y vio que no se parecían en nada. Era como si fuesen no ya de dos continentes diferentes, que lo eran, sino de dos mundos totalmente diferentes. Ella no se explicaba cómo alguien como John, proveniente de una familia tan acomodada y con unos supuestos valores tan tradicionales y unas tradiciones tan arraigadas, podía haberse fijado en ella, cómo podía haber querido conocerla, cómo era que tomó la decisión de cambiar toda su vida por irse a Colombia a conocerla, cómo había podido salir con ella y, sobre todo, lo que más la abrumaba era, cómo era posible que estuviesen comprometidos y que fuesen a casarse en cuanto regresaran a su país.

John captó el cambio en la mirada de Elena e inmediatamente supo lo que estaba pensando su prometida. Se acercó a ella, la abrazó y la llevó hacia el sofá de la habitación, donde se sentaron uno junto al otro.

—Sé lo que estás pensando, Elena, y de verdad te digo que estás equivocada. El hecho de que mis padres tengan esta casa no significa que yo valore las mismas cosas que ellos o que aspire a tener lo mismo que tienen ellos. Por lo que has podido ver y que yo no te había querido contar, mis padres tienen mucho apego a lo material y quieren que la gente sepa que tienen éxito. Como has podido comprobar en todo el tiempo que llevamos juntos —John cogió a Elena de las manos y las guardó entre las suyas—, yo doy prioridad a otras cosas y valoro más otros aspectos de la vida.

Elena se sintió más tranquila porque lo que John le estaba diciendo era verdad. Él nunca se había preocupado por el dinero o por las propiedades, siempre había buscado el bien de los dos e, incluso, el de su familia, ayudando a sus padres en todo lo que pudiera.

—Eres fantástica, eres maravillosa, me aportas todo lo bueno que tengo. Te quiero, Elena.

Se dieron un pequeño beso en los labios y después se dieron un largo abrazo, tras el cual se fueron a duchar para quitarse el cansancio del viaje y algo de la tensión que empezaba a respirarse por la inminente llegada de los padres de John a casa.

—Mamá, papá, os presento a Elena.

Elena y John estaban sentados en el jardín cuando llegaron a casa los padres de John. Cuando José les avisó de que llegaban los señores de la casa, los dos se levantaron y se dirigieron hacia la entrada, donde creyeron oportuno esperar a Joaquín y Samantha.

La joven había intentado no hacerse una imagen mental de los padres de John con lo que él le había contado, pero cuando los vio, le pareció ver todo ese carácter apegado a las tradiciones que su prometido le contó en el viaje del aeropuerto a la casa. Trató de no poner ningún gesto raro y se centró en mantener a raya los nervios que se habían agarrado a su estómago. Si normalmente conocer a los padres de tu pareja siempre era un momento de nervios y tensión, teniendo en cuenta la situación que se vivía entre John y sus padres, aquellos nervios y aquella tensión se

multiplicaban varias veces.

–Encanta de conocerles.

Elena se acercó a ellos para darles dos besos a cada uno y, aunque recibió también los besos de ellos, notó que no estaban muy por la labor de facilitar las cosas.

Fueron hasta el salón, donde se sentaron en dos sofás, John y Elena en uno y Joaquín y Samantha en el otro.

–Papá, mamá, como ya os dije por teléfono, Elena y yo vamos a casarnos y quería que la conocierais antes del enlace.

–Veo que, por lo menos, sigues mostrando algo de respeto.

El dardo envenenado lanzado por Joaquín casi se llegó a ver. Elena se quedó asombrada al escuchar el tono en el que el padre se dirigía al hijo, más cuando les estaba comunicando una buena y bonita noticia. El casamiento de un hijo siempre es algo que se ha de celebrar y por lo que alegrarse, mas Elena no salía de su asombro.

–Yo siempre os he respetado, padre –John trataba de mantener un tono de voz agradable mientras pensaba en qué hacer para que la conversación no girase hacia lo de siempre, el monotema de no seguir las tradiciones familiares–, eso siempre lo habéis sabido. Y es en base a ese respeto que hemos decidido venir a visitaros para que conozcáis a la mujer que quiero antes de casarnos.

–Tampoco es que tengamos mucho que decir –siguió diciendo Joaquín–. Ya habéis decidido casaros y tenéis todo pensado y planeado.

–Nos alegramos de que hayáis venido –comenzó a decir Samantha, haciendo gala del poder de intermediación que tenía que desarrollar en su día a día como abogada, aunque no le terminase de encajar por completo aquella situación que se estaba dando en el salón de su casa– y estamos muy contentos de que vayáis a casaros, pero tienes que entender, hijo, que hace mucho tiempo que no nos veíamos y de repente nos encontramos con esta noticia.

Joaquín emitió una especie de gruñido que daba a entender que estaba de acuerdo con lo que decía su mujer, o así quisieron entenderlo Elena y John.

–¿A qué te dedicas, Elena?

La joven fijó su mirada en Samantha, que parecía haber tomado las riendas de la conversación.

–Soy enfermera. Recién terminé la carrera este año y estoy trabajando en una clínica privada de Bogotá.

Elena no sabía si tenía que decir algo más o si, por el contrario, había hablado en exceso. No quería enturbiar más el ambiente, ni ser la causa de una nueva discusión entre John y sus padres, así que estaba intentando ser más correcta de lo habitual.

–Joaquín es médico, si alguna vez decidís venir a España quizá pueda ayudarte a encontrar trabajo.

–Mamá, no empieces –dijo John–. Sé dónde acaba esa conversación y no es el momento ni el lugar para ello. Estamos aquí para daros la buena noticia de que nos casamos y para invitaros al enlace que tendrá lugar en Bogotá.

–Como he dicho antes, hijo, nos alegramos del enlace –Samantha alternó su mirada entre el rostro de su hijo y el de Elena–, pero no vamos a poder asistir. Los dos tenemos mucho trabajo y no podemos dejarlo de lado tantos días como los que serían necesarios para asistir a la boda.

A Elena no le pasó desapercibido que lo que su futura suegra quería decir era que no querían asistir a la boda. Daban su visto bueno, cosa que ninguno necesitaba, pero no querían tener mayor

implicación, ni siquiera asistiendo.

La conversación siguió avanzando, aunque algo forzada en algunos momentos. Elena no terminó de quitarse la tensión de encima y tampoco lo logró durante la cena. Finalmente, cuando se fueron a la habitación a descansar, se dejó caer sobre la cama con la sensación de que pesaba cientos de kilos. La sensación de que cada vez pesaba menos pero que el colchón la atrapaba ocupó su mente, ayudándola a olvidar todo lo sucedido en las horas previas.

–Si quieres –empezó a decir John–, podemos pasar en mi piso los tres días que tenemos para estar en Madrid.

–¿No les parecerá mal a tus padres?

–Elena, ya has visto su comportamiento desde que han entrado por la puerta. Creo que todos estaremos más tranquilos si nos vamos a mi piso, a nuestro piso.

Madrid - 5 de noviembre de 2018

Elena había disfrutado mucho durante los días que estuvieron por Madrid. Exceptuando el primer día, cuando conoció a los padres de John y pudo comprobar por qué su prometido no tenía una buena relación con sus padres, el resto del tiempo lo pasó de maravilla. John le enseñó los lugares más emblemáticos de la capital y también aprovechó para enseñarle otros, no tan turísticos, pero igual de bonitos e interesantes. Estuvieron juntos a cada momento, disfrutaron de las cenas en diferentes lugares de Madrid y de los desayunos en la cama en el piso de John que, tras la boda, sería de los dos porque John se negó, cuando hablaron del tema poco después del compromiso, a hacer separación de bienes.

Elena no pudo seguir conociendo más sitios porque su vuelo de vuelta a Colombia salía ese mismo día y no podía apurar más su salida hacia el aeropuerto. Los dos hicieron las maletas y llamaron a un taxi para que les llevara al aeropuerto. Podrían haber ido en metro, pero ambos preferían la comodidad de meter las maletas en el maletero del coche e ir cómodamente sentados hasta el aeropuerto.

Al llegar a la misma terminal en la que aterrizaron, facturaron el equipaje y buscaron un sitio donde comer algo tranquilamente. Su vuelo nos salía hasta casi tres horas después, con lo que tenían tiempo de sobra para comer algo, dar un paseo y pasarse por las tiendas a comprar algún detalle para Isabel y Mario.

Bogotá - 10 de noviembre de 2018

Nada más llegar de viaje y poner los pies en casa, Elena llamó a sus padres para decirles que ya estaban de vuelta y que fueran a comer el sábado a su casa. Eso había sido el lunes y, sin darse cuenta ninguno de los dos, ni John ni Elena, estaban ya a sábado. Se habían pasado la semana trabajando; John poniéndose al día de todo lo que había sucedido durante su ausencia para tener, como siempre, todo bajo control; Elena, terminando un pequeño curso de formación de la clínica sobre evacuación en caso de emergencia.

Cuando llegó el sábado los dos vieron muy lejano su corto pero reciente viaje a España. Mientras esperaban a que llegaran Mario e Isabel, se pusieron a repasar varios aspectos de la boda y decidieron cuál querían que fuera el orden del día. La ceremonia sería en una de las delegaciones que el ayuntamiento tenía cerca de donde vivían ellos. Asistirían Mario, Isabel y dos amigas de Elena, tras lo cual irían al restaurante que tanto les gustaba a los dos y con el que ya

habían hablado para reservar una mesa para seis personas. Los dos querían una boda sencilla, en la intimidad y que pasase desapercibida para el resto de personas que estuviesen a su alrededor. Irían vestidos de calle, elegantes, pero sin grandes ostentaciones y los cuatro invitados habían recibido la misma información.

El timbre les sorprendió decidiendo si pondrían alguna decoración en la mesa del restaurante, algún ramo de flores o algún otro detalle. Era algo que podían dejar para más adelante. Elena fue a abrir la puerta en cuanto escuchó el timbre.

–¡Mamá! ¡Papá! ¡Qué alegría volver a veros!

Mario e Isabel abrazaron a su hija y después pasaron a la cocina, donde John terminaba de preparar la mesa. El joven saludó a su vez a sus futuros suegros y después se pusieron a hablar sobre el viaje a Madrid. Elena había avisado a sus padres para que no sacaran el tema de la ausencia de los padres de John, ya que para el joven podía ser un tema delicado y no quería romper aquel bonito momento.

Comieron mientras Elena les contaba a sus padres todos los lugares que había visto, utilizando a modo de referencia algún edificio o algunos monumentos que sus padres pudieran conocer de haberlo visto en la televisión o en algún libro. Les habló del ambiente de la ciudad, de lo que sintió mientras paseaba con tranquilidad por las calles del centro, de la cantidad de gente que había en la Puerta del Sol aún haciendo bastante frío, de lo bonita que le pareció la Plaza Mayor, lo curioso de tener un templo egipcio cerca del Palacio Real y lo espectacular que era el parque del Retiro.

Cuando llegaron a comer los postres, Elena y John sacaron de detrás de sus sillas un paquete cada uno, que había estado oculto a la vista de Mario e Isabel. Elena le dio el suyo a su madre y John hizo lo propio entregándole el paquete a Mario.

Isabel abrió su regalo y se sorprendió al encontrar un taza en la que se había impreso la imagen del Teatro Real de Madrid. Elena sabía que a su madre le gustaba mucho el teatro y optó por comprarle algo de utilidad, pero que a la vez tuviese algo que lo hiciera más personal. A la joven no le gustaban los regalos en los que se ponía el nombre del destinatario, con lo que optó por dejarse guiar por una de las pasiones de su madre, por mucho que hiciese muchos años que no iba al teatro.

Mario también abrió su regalo con entusiasmo y su cara reflejó sorpresa e ilusión al ver el libro que le habían comprado. Se trataba de un libro sobre astronomía adquirido en el Real Observatorio de Madrid, con prólogo del astrónomo Carlos Gutiérrez. Hasta ese momento Mario no había tenido ningún libro de astronomía en propiedad, sino que se limitaba a leer los que había disponibles en la biblioteca, donde tenía que devolverlos por mucha pena que le diera. Ese era su primer libro, el primero que era suyo de verdad, pero se dijo que no sería el último. Sería el primero de muchos.

–Isabel, me gustaría proponerte una cosa.

La mujer dejó con cuidado la taza y miró a John, esperando a que este continuara hablando.

–Tengo pensado algo desde hace un tiempo, pero quería esperar a estar de vuelta para pedirte algo –los rodeos que estaba dando el joven estaban empezando a poner nerviosa a Isabel–. ¿Aceptarías ser mi madrina en la boda?

Isabel sintió una sonrisa dibujándose en su rostro, cada vez más grande y expresiva. No se esperaba, por nada del mundo, que el joven le pidiese semejante favor. Aquel rol era algo que por norma general lo cumplía la madre del novio, pero ante la situación que se vivía en aquella familia, por lo poco que les había contado Elena, sabía que no sería la madre de él quien ejerciese

de madrina. Eso sí, lo que no se esperaba para nada era que hubiese pensado en ella para ser su madrina. Aquello era un regalo maravilloso. Le estaba diciendo, pero con otras palabras, que la veía como a su propia madre y que, como tal, quería que estuviese a su lado en uno de los días más importantes de su vida.

–¡Oh, John! Por supuesto, claro que sí. Será para mí un placer y un orgullo ser tu madrina. ¡Ven aquí!

Isabel se levantó y abrazó efusivamente a John, que sonreía agradecido y contento por la muestra de cariño que estaba recibiendo.

–Otra buena noticia –siguió diciendo Elena mientras su madre y John volvían a sentarse en sus sitios– es que ya tenemos fecha para la boda.

Como nadie decía nada e Isabel y Mario permanecían quietos a la espera de que Elena o John dijese algo más, la joven optó por romper el silencio.

–El sábado 15 de diciembre.

–¡Pero, eso es en poco más de un mes! –se sorprendió Isabel–. ¿Tenéis ya todo preparado?

–La verdad es que no hay mucho que preparar –dijo Elena–. Queremos que sea algo íntimo y sencillo, así que hemos optado por pedir hora en el ayuntamiento y reservar una mesa en un restaurante que nos gusta mucho. A la ceremonia civil y al restaurante solamente acudiremos nosotros cuatro y Marta y Belén.

Isabel no se sorprendió de escuchar aquellos dos nombres, pues eran unas amigas de Elena desde que empezó a ir al colegio que, aunque desde que empezaran la universidad no se hubieran visto mucho, siempre se preocupaban por ella.

–Hombre, visto de esa manera –dijo Mario–, es cierto que no hay mucho que preparar. Además, tampoco queréis vestuarios ostentosos ni recargados, así que, no hay mucho que preparar. Van a ser más detalles que otra cosa. ¿Hay algo en lo que os podamos ayudar?

Siguieron hablando animadamente de todos los detalles que creían importantes para la boda y cómo querían ellos que fuese todo aquel día. Entre los cuatro pusieron todo en orden y se dieron cuenta que apenas quedaban media docena de cosas por hacer o elegir. Tendrían tiempo de sobra para hacerlas mucho antes de que llegase el gran día.

Lo siguiente que había que hacer era comunicarles la fecha exacta a Marta y a Belén, las dos amigas de Elena que estaban invitadas a la ceremonia y al restaurante.

Bogotá - 14 de diciembre de 2018

Elena estaba nerviosa. Al día siguiente sería su boda con John y tenía ganas ya de que llegara el momento de ir al ayuntamiento para ser oficialmente marido y mujer. Estaba en casa de sus padres, con Marta y Belén. Aunque vivía con John desde hacía varios meses, les había parecido bien dormir separados aquella noche para verse de nuevo en el ayuntamiento al día siguiente. Elena había llamado a Marta y a Belén para que le hicieran compañía ese día y para que le ayudaran a decidirse por la ropa y el peinado que llevaría el día de su boda.

Sabía, más o menos, qué estilo de ropa quería llevar, pero no se decidía por nada en concreto. Sus dos amigas le dijeron que sacara del armario todo lo que le parecía que podía ponerse para su boda y que después eligiese las cosas que se pondría. Por algún lado había que empezar a hacer la selección y aquella manera les pareció la mejor.

Mientras sus amigas empezaban a mirar lo que había separado en diferentes montones, Elena recordó el momento en el que les dijo a las dos que se casaba. Llamó a Marta con una

videollamada y cuando estaban hablando sobre cómo les iba todo, Elena unió a Belén a la llamada. En un principio ninguna de las dos amigas intuyó nada y no les pareció raro que estuviesen hablando las tres a la vez. Era la primera vez que lo hacían por video, pero no era la primera vez que utilizaban la llamada a tres para ver qué tal estaban. Cuando todo parecía ir encaminándose hacia una despedida Elena les dijo que casi se le olvidaba algo.

–Me voy a casar con John –les dijo Elena como si no fuese nada importante, pero su sonrisa delataba su entusiasmo e ilusión–. Me lo pidió hace unos días.

Elena sonrió al recordar aquel momento y, sobre todo, las caras de asombro de sus amigas. Ellas no se esperaban una noticia así y así se lo hicieron saber. No creían que Elena sería de las chicas que acabaría casándose, pero cosas más raras se habían visto.

También recordó Elena el día que les dijo a las dos que la boda sería el quince de diciembre.

–¿En diciembre? ¿Una boda en diciembre?

Marta se sorprendió muchísimo y puso voz al asombro de su compañera.

–Sí, queremos una ceremonia que no requiere de grandes alardes ni preparativos –le contestó Elena–. Queremos algo sencillo y, para eso, con el ayuntamiento y un restaurante nos es suficiente.

Y ahí estaban las tres, en la habitación que Elena había ocupado durante más de veinte años y que hacía unos seis meses en los que no dormía allí. Había tenido que traerse algo de ropa de su casa para, junto con lo que aún tenía en casa de sus padres, elegir lo que ponerse.

Sus amigas parecían haber reducido las posibilidades del vestuario nupcial a tres o cuatro pantalones y otras tantas blusas y camisas. Elena se levantó de la silla y se acercó hasta la cama, que se había convertido en una mesa provisional donde dejar todas las prendas.

–Los pantalones quiero que sean oscuros –decidió en el momento Elena– y la parte de arriba quiero que sea clara.

Entre las tres retiraron unos pantalones blancos y otros color crema y dos camisas negras. Las posibilidades se iban reduciendo, pero aún Elena no tenía claro el conjunto que quería lucir al día siguiente. Aparte del cual, luego quedaría elegir los zapatos que se pondría. Elena estaba empezando a pensar que, aunque la boda fuese íntima e informal, había subestimado el trabajo que le llevaría elegir el vestuario. Seguro que John lo tenía ya decidido y preparado para el día siguiente.

Elena empezó a probarse todas las combinaciones posibles de pantalones y camisas en un frenesí textil que se llevó consigo gran parte de la tarde. Finalmente eligió unos pantalones de color azul oscuro estrechos, pero sin llegar a ser pegados, y una camisa blanca con unas disimuladas costuras que formaban curvas y dibujos en la parte trasera.

Elegir los zapatos fue algo rápido. En cuanto Marta y Belén vieron unos zapatos blancos, de medio tacón y cerrados en su mayor parte, le dijeron que esos eran los que tenía que llevar. Se los puso y no pudo evitar sacarse unas fotos, algunas ella sola y otras junto a sus amigas, juntas y por separado.

Por el peinado parecía que tampoco tendría que preocuparse mucho. Marta le había propuesto algo sencillo pero elegante y que prometía gustarle mucho. Era un peinado que aprovecharía su melena, alisándola, cogiendo un mechón de cada lado a la altura de la sien y llevándolos a la parte trasera de la cabeza, donde se unirían en una especie de coleta y caería después junto con el resto del pelo. A Elena le recordaba al peinado de los elfos en El Señor de los Anillos y se rio cuando se imaginó así peinada. Tendría que esperar hasta el día siguiente para verse, porque no quería plancharse el pelo ese día y arriesgarse a que al dormir se le estropeará.



Bogotá - 15 de diciembre de 2018

La luz entraba a raudales por la ventana de la habitación de Elena. La joven llevaba despierta varios minutos, disfrutando de los juegos de los rayos del sol que entraban y jugaban con las motas de polvo en suspensión, pensando en que dentro de pocas horas estaría frente al hombre que amaba, dando un sí rotundo, de corazón, para compartir la vida, su vida, con él.

Se desperezó cuando vio que el despertador marcaba algo más de las nueve de la mañana. Desde su habitación escuchaba los sonidos que provenían de la cocina, donde sus padres y sus amigas estaban desayunando. Se levantó y se unió al cuarteto con cara un poco de dormida. Anoche le había costado un poco dormirse y por la mañana su cara lo reflejaba. Eso sí, nada que el maquillaje que se aplicaría después de ducharse no pudiera disimular.

Sus amigas habían dormido en su casa porque Elena se lo había pedido. Quería tenerlas a su lado en cada fase de la preparación, lo mismo que a su madre. Después, irían los cinco juntos hasta la delegación del ayuntamiento, donde les estaría esperando John.

La ducha de esa mañana se le hizo corta y larga a la vez a Elena. Corta porque le hubiese gustado disfrutar más tiempo de la sensación de calidez y de la ilusión de los preparativos de la boda; larga porque pensaba que había tardado demasiado en ducharse y que no le daría tiempo a prepararse. Una cosa era que la novia, por costumbre, llegase algo tarde y otra que se retrase hasta tal punto que pudiera surgir la idea de que no iba a llegar.

Salió de la ducha y Marta y Belén estaban esperando para ayudarle a alisarse el pelo. Primero se peinaría y luego se vestiría. Además, como iba a llevar una camisa, no había peligro de que se estropeará el peinado al ponérsela.

Un cuarto de hora antes de la hora del enlace, las doce del mediodía, los cinco estaban listos. Isabel lucía un sencillito vestido de color rojo de anchos tirantes y escote en pico; Mario llevaba un traje azul marino, camisa blanca y sin corbata; Marta y Belén iban muy parecidas, con un vestido corto con un ligero vuelo, uno de color azul y otro de color beige. Cuando todos se miraron y vieron que estaban listos, salieron de casa para montar en el coche e ir a la delegación del ayuntamiento.

El trayecto fue corto y tuvieron la suerte de que, al ser sábado, no había muchos coches estacionados en la puerta de la delegación y pudieron dejar el coche casi en la misma entrada. Allí les estaba esperando John, vestido con un traje oscuro con rayas finísimas, una camisa blanca y una corbata negra también con rayas muy finas.

Los cinco bajaron del coche, pero Elena y Mario se quedaron junto al vehículo. Los demás entraron en la delegación y recorrieron los pocos metros de pasillo que los separaba del salón donde se celebraría el enlace. John se puso junto al concejal que iba a officiar la ceremonia, acompañado de Isabel, en el papel de madrina. Marta y Belén ocuparon dos asientos cercanos al lugar donde estarían los novios de entre los numerosos asientos que había en el salón.

John permanecía de pie, esperando a que Elena entrara junto a Mario en el salón. Todo estaba preparado para recibir a Elena y empezar la ceremonia. Isabel le susurró unas palabras al oído y en aquel momento se abrió la puerta del salón de actos y aparecieron padre e hija, Elena agarrada al brazo de Mario. Avanzaron por el corto pasillo y, tras darle un beso en la mejilla a su padre, Elena se colocó junto a John. Sentadas estaban ya Marta y Belén y se les unieron Isabel y Mario.

El concejal empezó con las fórmulas habituales en los enlaces civiles, sin grandes florituras y dando relevancia a lo realmente importante en aquel momento, los contrayentes. Se dirigió brevemente a cada uno de ellos para luego cederles el turno de palabra y que pudieran decir

algunas palabras. Fue John el primero en hablar.

–Elena, desde el primer día que te vi supe que eras especial. Luego, cuando te fui conociendo entendí que no eras especial, sino que eras única. Conocerme es lo mejor que me ha pasado en la vida y todos mis esfuerzos irán destinados a hacerte feliz. Te quiero, hoy y siempre.

Marta y Belén estaban al borde del llanto. Ellas apenas conocían a John de haberle visto un par de veces y todo lo que sabían de él era lo que Elena les había contado. Sabían que su historia era especial y algo fuera de lo común, pero escuchar aquellas palabras les hizo sentir que aquello que tan especial era para Elena era real. Y se alegraban mucho por su amiga.

Unos segundos después de que John hubiese terminado de decir sus palabras llegó el turno de Elena, que se tomó su tiempo para empezar a hablar. Las palabras de John le habían creado un nudo en el estómago de la emoción y le habían dejado sin palabras.

–John, mi vida empezó a cambiar en el mismo instante en que me preguntaste si me pasaba algo. No sé si fue suerte, karma o cualquier otra cosa, pero eres lo mejor que me ha pasado. Día a día me has demostrado que ves más allá, que ves lo que hay detrás de mis ojos y me has demostrado que te preocupas por mí y mi familia, ahora nuestra familia. El pasado se fue, por fin, y ahora encaramos el futuro. El presente y el futuro tienen dos nombres: el tuyo y el mío. John y Elena. Te quiero, hoy y siempre.

Esta vez no solo estaban al borde de las lágrimas Marta y Belén, sino que Isabel e incluso Mario tenían los ojos vidriosos. Cada uno por sus razones, pero todos compartiendo la alegría de ver a dos personas que se querían iniciando un proyecto de vida juntos.

Isabel reflexionó sobre las palabras que Elena había dicho, sobre todo en unas en particular. Se le habían grabado como a fuego en su cabeza. Su hija había dicho que el pasado por fin se había ido y ella sabía exactamente lo que significaba aquello. Su hija, por fin, dejaba atrás los problemas sufridos durante su adolescencia con su padre biológico y le estaba mandando un mensaje a ella, a su madre, para que hiciera lo mismo. Isabel miró a su izquierda, vio a Mario y pensó que las palabras que Elena había pronunciado para John podría haberlas pronunciado ella para Mario. Isabel puso su mano sobre la de Mario y se miraron a los ojos. No hizo falta que dijeran ninguna palabra, sus ojos hablaron por ellos. Se apretaron la mano y sonrieron. Sonrieron por su hija y también por ellos. Aquel también era un comienzo para ellos.

El concejal pronunció la fórmula con la que finalizaba todos los casamientos y declaró esposo y esposa a John y Elena. Los dos se besaron mientras la familia y las amigas aplaudían y reían con todas sus ganas.

Isabel, Mario, Marta y Belén se adelantaron a los ya casados para esperarles en la salida y lanzarles pétalos de rosa y granos de arroz. Elena y John salieron radiantes, con un brillo especial en sus miradas, cogidos de la mano y caminando al mismo paso. Al salir por la puerta de la delegación dejaron que los pétalos de rosa que lanzaban los cuatro invitados les resbalaran por el cuerpo y que alguno que otro se les quedara enganchado en el pelo o sobre los hombros.

Cuando se les acabaron los pétalos de rosa, John saludó a Marta y a Belén y se abrazó con Mario. Tras unos minutos de conversación, Elena y John se montaron en su coche y los otros cuatro en el de Mario para dirigirse al restaurante, donde celebrarían el enlace con un menú especial.

El menú estuvo compuesto de varios pescados y carnes, así como de entrantes españoles y varias clases de vino y otras bebidas. Tenían una mesa redonda para ellos solos en una esquina tranquila y un poco apartada, para que pudieran celebrar a su gusto el enlace.

El encargado del restaurante sabía que estaban celebrando una boda, pero le extrañaba que no

hubieran pedido nada especialmente diferente o algo más concreto para celebrar una boda. Apenas se limitaron a pedir un ramo de flores en el centro de la mesa que diese a la decoración un toque festivo, pero nada en el menú podía hacer imaginar que se trataba de un banquete de boda.

Sin comentarlo con los recién casados y arriesgándose a meter la pata, el encargado del restaurante hizo llegar una tarta especial junto con el resto de postres, donde se leían los nombres de los novios.

Elena y John se quedaron maravillados por la sorpresa y en un primer momento pensaron que sería algún detalle que habían encargado Mario e Isabel o las amigas de Elena. Después, tras varias negativas por parte de todos, los recién casados se levantaron para ir donde el encargado y agradecerle enormemente el detalle de la tarta. El encargado le restó importancia al asunto y les deseó una feliz comida y una buena vida juntos.

Al acabar la comida y la extensa sobremesa, cuando ya hubieron pagado la cuenta y estaban a punto de salir por la puerta, John se acercó al encargado y le tendió un sobre de manera disimulada mientras le daba las gracias. Una vez hubieron salido todos del restaurante y con buen disimulo, el encargado vio que dentro del sobre había una serie de billetes. Era su propina por haber hecho un gesto tan simple como el de servir una tarta en una mesa.

Marta y Belén se despidieron en la puerta del restaurante y les desearon un buen viaje de luna de miel y también mucha suerte y las mejores bendiciones para su matrimonio.

Mario e Isabel les acompañaron hasta casa y fue en el portal donde se despidieron. Les felicitaron por enésima vez por la boda, les volvieron a decir, sobre todo Isabel, lo contentos que estaban por ver que formaban una familia y les desearon, al igual que las amigas de Elena, un feliz viaje.

Elena y John subieron las escaleras de casa algo cansados. Había sido un día cargado de emociones y sentimientos, algo que al final del día acababa pasando factura y sobrevenía el cansancio de golpe. Pero aquella vez el cansancio no iba a vencerles. No. Tenían algo que cumplir al día siguiente.

Al día siguiente saldrían a cumplir otro de los sueños de Elena. Se iban de luna de miel a Nueva Zelanda, a conocer los espectaculares paisajes que tanto llamaban la atención de la joven.

Elena y John. John y Elena.

Los dos juntos.

Los dos felices.

## Epílogo

Bogotá - 22 de mayo de 2020

Los dolores empezaron a media tarde. Elena estaba sentada en el sofá, viendo la televisión, después de que John llegara de trabajar. Desde hacía unas semanas le costaba mucho moverse y prácticamente su vida se reducía a ir de la cama al sofá y del sofá a la cama. Eran pocas las veces que salía de casa, siempre acompañada por John, Isabel o Mario. Isabel se ofreció a mudarse a la casa de su hija hasta que todo aquello pasara, pero la joven dijo que no hacía falta, que en caso de necesidad llamaría por teléfono para que fuera alguien a casa.

John estaba en la cocina cuando escuchó el pequeño grito de Elena e inmediatamente se acercó hasta la sala para ver si su mujer se encontraba bien. Comprobó que sí, que estaba bien, pero también se dio cuenta de que el momento que tanto llevaban esperando por fin había llegado.

Elena se encontraba ya de pie, con su barriga hinchada y un líquido transparente que le corría por las piernas, llegando a manchar ligeramente el suelo.

Ya estaba. Había llegado el momento.

Ese día acabarían los nueve meses en los que habían pasado muchas cosas, la mayoría de ellas buenas, y verían como el mayor fruto de su amor venía al mundo.

Ese día nacería su hijo. O hija, porque no habían querido saber el sexo de la criatura. A ellos, con saber que el bebé estaba sano les era suficiente. Luego ya, lo que viniera lo aceptarían con ilusión y emoción y tratarían de darle lo mejor.

John ayudó a Elena a lavarse un poco y a cambiarse de ropa. Cogieron la pequeña bolsa que tenían preparada desde hacía una semana para cuando llegara ese momento y, poco a poco, bajaron las escaleras hasta llegar al portal. Elena esperó unos segundos apoyada en la pared hasta que John trajo el coche, se montó y salieron raudos hacia el hospital.

En cuanto llegaron, las enfermeras hicieron pasar a Elena a una de las salas de parto del hospital. Habían comprobado que había dilatado ya lo suficiente y que pronto tendrían que empezar a manipular para ayudar a Elena a traer al mundo una nueva vida.

A John, que insistió en estar presente durante el parto, le dieron la ropa adecuada y le obligaron a lavarse en profundidad las manos. Aunque únicamente fuese a agarrar de la mano a Elena, los médicos no podían tolerar que cualquier persona que entrara en la sala no estuviese convenientemente limpia.

A Elena la ayudaron a tumbarse. El sudor perlaba su frente y su rostro y se abría paso también por parte de su pecho. John estaba a su lado, cogiendo su mano derecha y apartando el pelo que se

le pegaba en la cara.

Ella hacía lo que le decían los médicos y las comadronas. Empujaba cuando se lo decían, respiraba, resoplaba y volvía a empujar con más fuerzas todavía. Por un momento pensó que, de tanto empujar y hacer fuerza, iba a desmayarse, pero su cuerpo se rebelaba contra aquella posibilidad y le demostraba que estaba preparado para sufrir aquella prueba.

Elena, ante una nueva indicación de la comadrona, volvió a empujar y escuchó que alguien, no estaba segura de quién, decía que la cabeza ya esta fuera. Siguió empujando con fuerza y pronto en la sala de partos pudo escucharse el llanto de un bebé.

Elena miró a John y comprobó que él también tenía sus ojos fijos en los suyos. Los dos sonrieron a la vez e incluso Elena lloró. Era un llanto mezcla del esfuerzo del parto y de la felicidad por poder ver, al fin, a su bebé.

Cuando hubieron limpiado un poco al bebé, hubieron cortado el cordón umbilical y hubieron envuelto a la criatura en una pequeña manta, lo pusieron sobre el pecho de Elena, que aún subía y bajaba a gran velocidad.

Tanto Elena como John se quedaron mudos, mirando la cabecita del bebé, su bebé. En aquel momento se acercó la comadrona y les dijo que se trataba de una niña, que había nacido sin problemas y que se encontraba sana.

Los padres primerizos sonrieron abiertamente y centraron su mirada en la pequeña de la familia.

Tardaron un par de horas en subir a Elena a una habitación, pero cuando lo hicieron, no tuvieron que esperar mucho para ver aparecer por la puerta a Isabel y a Mario. La mujer fue a dar un abrazo a su hija mientras Mario y John estrechaban sus manos y se cogían de los hombros.

Así estaban cuando una enfermera pidió permiso para entrar en la habitación. Llevaba una pequeña cuna con una criatura bien envuelta en una manta y con un gorro puesto. Cuando lo dejó junto a la cama de Elena, esta cogió a su hija y la puso sobre su pecho. Isabel y Mario se acercaron y se inclinaron para contemplar la cara de su nieta, aún con los ojos cerrados, pero con un gesto de tranquilidad y serenidad encantadores, como si supiera que estando sobre su madre estaba protegida de todo.

Ahí estaban todos.

Isabel y Mario.

Elena y John.

Y Sofia.

Ahí estaba la familia de Elena.